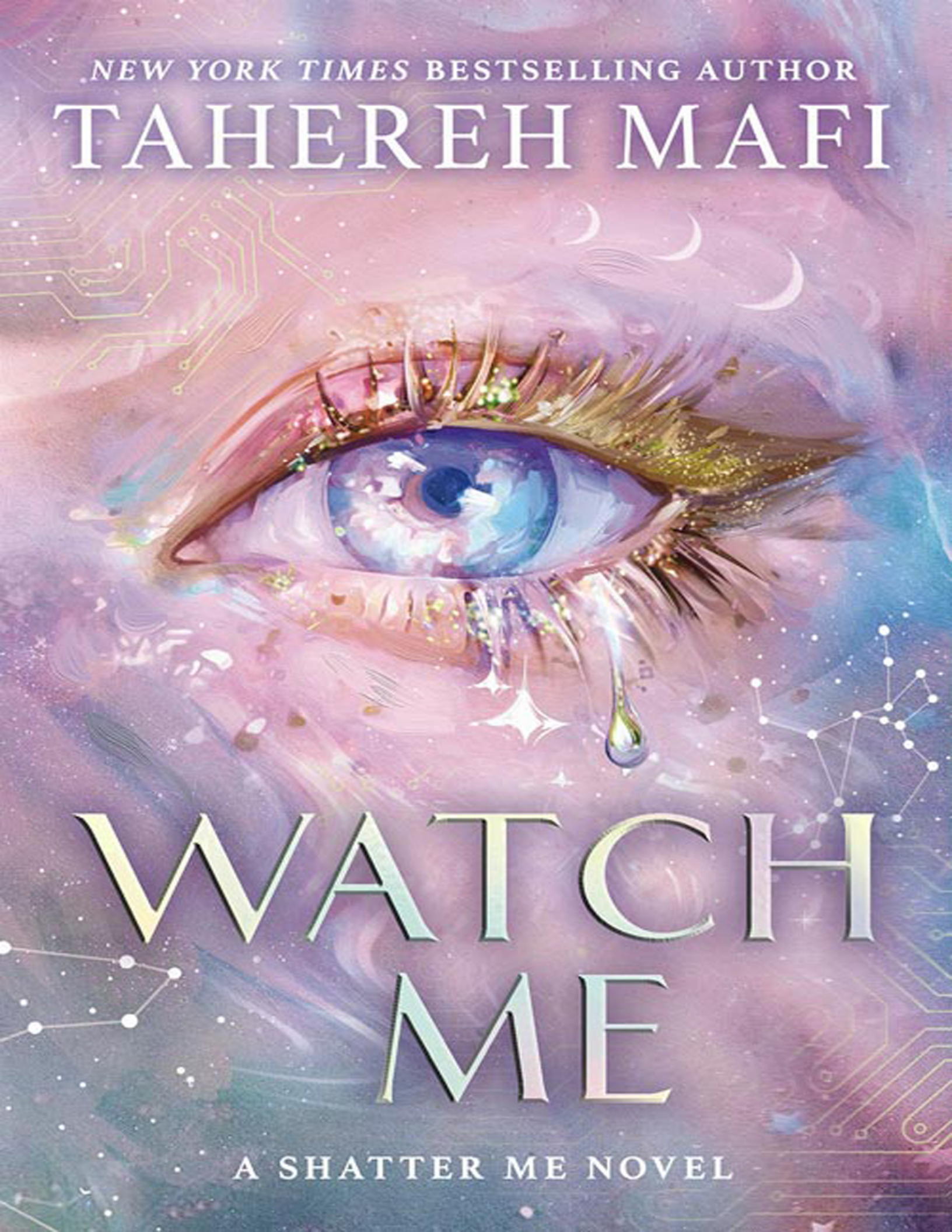
NEW YORK TIMES BESTSELLING AUTHOR

TAHEREH MAFI



WATCH ME

A SHATTER ME NOVEL

WATCH ME

A SHATTER ME NOVEL

TAHEREH MAFI

El archivo que ahora tienen en sus manos es el resultado del trabajo de personas que sin ningún fin de lucro, han dedicado su tiempo a traducir y corregir los capítulos del libro.
Es una traducción de fans para fans, les pedimos que sean discretos y no comenten con la autora si saben que el libro aún no está disponible en el idioma.
Les invitamos a que sigan a la autora en las redes sociales y que en cuanto esté el libro a la venta en sus países, lo compren, recuerden que esto ayuda a los escritores a seguir publicando más libros.

Disfruten de su lectura.

Firefly y Atenea.

EPÍGRAFO

La cuestión de la próxima generación
no será cómo liberar a las
masas, sino más bien cómo hacer que
amen su servidumbre.
—Aldous Huxley

Nadie sabrá jamás la violencia que
fue necesaria para volverse tan gentil.
—Desconocido

ROSABELLE

CAPÍTULO 1

Cuando abro la alacena, los estantes están vacíos. Esto no es una sorpresa, por supuesto; los estantes han estado vacíos durante semanas. Es por el bien de Clara que hago el espectáculo de abrirlos cada mañana, fingiendo que podría haber algo más que la misma cucaracha correteando dentro. Cierro la puerta del gabinete y me vuelvo hacia ella. Clara nunca deja la cama a menos que yo la cargue; hoy está sentada, mirando por la ventana helada, con sus ojos pálidos hechos aún más pálidos por el estallido de la luz de la mañana. Su mano tiembla mientras agita la cortina raída, y un resplandor azul ilumina brevemente el cristal. —Nos quedamos sin pan —anuncio—. Voy a salir.

Algunos días Clara me deja irme sin hacer preguntas. Otros días me pregunta cómo pago la comida que traigo a casa. Hoy dice: —Soñé con mamá anoche. Mantengo mi rostro impasible. —¿Otra vez? Clara se vuelve hacia mí, tan demacrada que sus ojos parecen hundidos en su cara. —No estaba bien, Rosa. Estaba sufriendo. Me pongo las botas, sacudiendo la cabeza mientras me muevo hacia un haz de luz. —Fue solo un sueño —le digo—. Los muertos no sufren. Clara vuelve a apartar la mirada. —Siempre dices eso. —Y tú miras demasiado su fotografía —digo, anudando mis cordones. Mi mano derecha no tiembla hoy, y experimento un arrebato de alivio al incorporarme, seguido de un destello de terror al notar el fuego agonizante en el hogar —y la menguante pila de leña a su lado. Obligo al terror a retroceder. —Además —añado—, apenas la conociste. —Bueno, tú apenas hablas de ella —replica Clara con un suspiro.

A través de la ventana vislumbro un pájaro carpintero de cabeza roja y observo, absorta, cómo martillea su pico contra un tronco musgoso. Ha pasado poco más de una década desde la caída del Restablecimiento —poco más de una década desde que vivimos aquí, en la Isla Ark— y yo también desearía poder golpear mi cabeza

una y otra vez contra una superficie dura cada día. Tomo un respiro profundo, ignorando el dolor siempre presente del hambre.

Todavía es extraño ver a los pájaros. Llenan el cielo de sonido y color, sacudiendo techos y ramas. A nuestro alrededor, los árboles de hoja perenne ascienden en espiral hacia el cielo, sin rendirse jamás a las estaciones. Aquí siempre está húmedo; viridiscente; frío. Los lagos brillan sin provocación. Las cadenas montañosas distantes parecen pintadas en acuarelas, capas de dientes hechas translúcidas por la niebla. Se sabe que los cálidos y bien alimentados llaman a esta tierra hermosa.

—No tardaré —digo, abotonándome el viejo abrigo de Papá. Hace años corté las insignias militares con una hoja desafilada, ganándome una cicatriz en el proceso—. Veré de reconstruir el fuego cuando regrese. —Está bien —dice Clara en voz baja. Luego: —Sebastian pasó ayer. Me quedo rígida.

Muy lentamente me reanimo, envolviendo la bufanda andrajosa de mi madre con demasiada fuerza alrededor de mi cuello. Ayer me permitieron trabajar en el molino, y para cuando llegué a casa, Clara ya estaba dormida. —Vino a entregar el correo —dice ella. —El correo —repito—. Vino todo este camino solo para entregar el correo. Clara asiente, luego busca debajo de su almohada para recuperar un periódico doblado y un sobre grueso sin marcas, los cuales extiende como una ofrenda. Guardo ambos en el bolsillo de mi abrigo sin mirar ninguno. —Gracias —digo suavemente. Imagino, por un momento, qué se sentiría degollar a Sebastian.

Clara inclina la cabeza hacia mí. —Dijo que faltaste a la reunión de la semana pasada. —Estabas enferma. —Eso le dije. Miro hacia la puerta. —No tienes que decirle nada. —Él todavía quiere casarse contigo, Rosa. Levanto la cabeza bruscamente. —¿Cómo sabes eso? —¿Sería tan terrible? —Ella ignora mi pregunta, tiritando violentamente—. ¿No te agrada? Pensé que te agradaba.

Me giro para mirar nuestra pequeña cocina, la estufa pequeña, la mesa desvencijada y las sillas que nunca usamos. La placa de madera que cuelga sobre el fregadero.

Nuestra sociedad RESTABLECIDA Nuestro futuro REDEFINIDO

Mis ojos se desenfocan. Tenía diez años cuando llegué a casa y encontré a un oso negro destrozando lo último de nuestra comida. Clara tenía tres; mamá llevaba muerta tres días. No recuerdo haber matado al oso ni haber enterrado lo que quedaba de mi madre. Recuerdo la sangre. Recuerdo las semanas que me tomó fregar los tablones del suelo. Los barrotes de la cuna de Clara. El techo. Las últimas palabras de mamá para mí habían sido *cierra los ojos, Rosa*, excepto que ella había cerrado los suyos y yo había mantenido los míos abiertos. Se metió la pistola en la boca apenas unas horas después de que escucháramos que Papá ya no sería ejecutado por crímenes de guerra. Él nos había canjeado a todas por una vida a medias, vendiendo secretos al enemigo a cambio de una lenta podredumbre en prisión. Solía pensar que mamá se suicidó porque no pudo soportar la vergüenza. Ahora estoy segura de que fue porque sabía que la obligarían a pagar por la traición de papá.

Tal vez pensó que perdonarían a sus hijos.

Agarro la piel del oso de su gancho y la coloco alrededor de los miembros temblorosos de Clara. Ella odia la piel. Dice que el dolor del oso aún permanece en la cabaña, que la hace sentir náuseas incluso después de todos estos años. Así que cuando permite que la piel se asiente sobre sus hombros sin protestar, sé que la situación es desesperada. —Si te casaras con Sebastian, las cosas mejorarían —dice Clara, reprimiendo otro escalofrío. Se detiene para toser, y el sonido seco perfora un agujero en mi cabeza—. Levantarían las sanciones. No tendrías que fingir que tenemos comida en nuestras alacenas cada mañana.

Lentamente, me encuentro con sus ojos. Recuerdo cuando nació Clara, cuando la miré y me pregunté si mamá había dado a luz

a una muñeca. Solo más tarde me di cuenta de que yo debí de lucir igual de extraña cuando nací: toda fantasma y cristal. La estudio a menudo cuando duerme, o cuando la enfermedad la domina de forma tan completa que cae en coma. A los trece años, es tierna y optimista; nada parecida a lo que yo era a su edad. Aun así, a pesar de los siete años que nos separan, ella y yo somos físicamente similares: sorprendentemente pálidas; cabello tan rubio que es casi blanco; ojos de un tono de frío desconcertante. Mirar a Clara es como mirar hacia el pasado, a lo que solía ser, a quién podría haber sido.

Yo también fui suave alguna vez. —Realmente creo que te ama —dice ella, con los ojos brillando de sentimiento—. Deberías haber escuchado la forma en que habló de ti— Rosa, espera—

No me despido de mi hermana. Alcanzo el rifle automático escondido en la entrada, pasando la correa sobre mi cabeza antes de ajustarme un pasamontañas estropeado sobre la cara. Salgo al frío, y gruesos copos se enganchan en mis pestañas justo cuando la puerta principal se cierra de golpe tras de mí, el sonido ahogando brevemente su voz. Es mi única explicación para haberme sobresaltado. —Rosabelle —dice él, cortándome el paso con una sonrisa—. ¿Sigues muerta por dentro?

ROSABELLE

CAPÍTULO 2

Esquivo al teniente Soledad, pasando distraídamente la mano por el arma fría que cuelga de mi pecho. Soledad ya no es un teniente como lo fue alguna vez; el título es una reliquia de otro tiempo. En este mundo recién imaginado, él es el jefe de seguridad de nuestra isla, lo que lo convierte en nada más que un entrometido glorificado. Y un tirano.

Asiento ante rostros familiares mientras pasan, sus ojos rastreando ansiosamente el espacio entre Soledad y yo, quien se ha puesto a caminar a mi ritmo. La nieve empieza a cuajar en el suelo; espirales de humo se desprenden de las chimeneas amontonadas, manchando los cielos como pinceladas errantes. Me ajusto el pasamontañas; la lana es vieja y pica. Estoy impaciente.

—Pensé que nuestra cita era para mañana —digo con voz plana. —Pensé en darte una sorpresa —dice él—. Los interrogatorios improvisados suelen dar resultados interesantes.

Me detengo en seco y me vuelvo hacia él. Recuerdo cuando Soledad era joven, estaba en forma y lleno de valentía; cuando servía a las órdenes de mi padre, el comandante en jefe y regente del Sector 52. Ahora, de alguna manera, tiene el pecho ancho como un barril pero fofo; encorvado. Su piel es cerosa, su cabello ralo. Exuda el aire rancio de otra época, cuya única evidencia persistente queda grabada en su rostro. Un suave resplandor azul pulsa en sus sienes; sus ojos oscuros se iluminan ocasionalmente y luego se apagan.

Sin previo aviso, mi brazo derecho tiembla. Silenciosamente cambio mis planes para el día, sintiendo la presión de una única llave física guardada en el bolsillo falso cosido en el viejo abrigo de Papá. La única cerradura que poseo está atornillada al cobertizo camuflado en la maleza más allá de la cabaña; el cual pensaba visitar primero y que ahora tendré que evitar.

Nadie en "el foso" sabe de la cerradura porque las cerraduras son ilegales; las casas en el foso deben ser sin fronteras. Nuestras mentes, también, deben estar abiertas en todo momento para inspección. Era la forma de ser de nuestros padres, la forma del Restablecimiento.

La vigilancia es seguridad, solía decir Papá. *Solo los criminales necesitan privacidad*.

Miro a Soledad, que todavía viste su viejo uniforme militar, con el bolsillo delantero adornado con el emblema tricolor de una era sepultada. Perdió un brazo durante las escaramuzas post-revolucionarias y luce su prótesis con orgullo, con una manga remangada para revelar el brillo plateado de la maquinaria muscular.

—Entonces —dice—. Podemos instalarnos aquí, o podemos volver a la central. Tú eliges.

Lanzó una mirada furtiva alrededor del foso, que comprende un grupo de cabañas con ventanas cuadradas que brillan bajo la luz gris de la mañana. La gente se escabulle con la cabeza baja, evitando el contacto visual con Soledad, quien nunca ha visitado el foso sin causar algún daño. Aquellos que viven aquí han sido sancionados —aislados de la comunidad por cualquier número de infracciones—, pero nadie ha vivido aquí más tiempo que Clara y yo, que nunca hemos conocido otro hogar en la isla. En las caóticas semanas posteriores a la matanza de nuestros comandantes supremos, Papá nos envió aquí con Mamá, prometiendo seguirnos tan pronto como pudiera. Resultó que Papá se había quedado atrás a propósito, entregándose voluntariamente a los rebeldes. Como recompensa, fuimos sancionados al llegar.

—¿Tenemos que hacer esto ahora? —pregunto, pensando en Clara, temblando y hambrienta—. Preferiría mantener nuestra cita para mañana. —¿Por qué? ¿Tienes planes esta mañana? —Lo dice como si fuera un chiste—. No tienes permitido turno en el molino hoy.

Una aguda punzada de hambre me atraviesa entonces, casi dejándome sin aliento. —Solo algunas cosas que hacer.

Soledad me agarra de la barbilla y reprimo un sobresalto, manteniéndome firme mientras me obliga a mirarlo. Me clava la mirada durante un largo rato antes de soltarme, y yo anulo el brote de repulsión en mi pecho, obligando a mi corazón acelerado a calmarse. Me recuerdo a mí misma que estoy muerta por dentro.

—Es tan extraño no saber qué estás pensando —dice, mientras se forma un surco entre sus cejas—. Después de todos estos años y todavía no me he acostumbrado. Hace que sea difícil creer que siempre dices la verdad.

Otro ligero temblor recorre mi mano derecha. Soy la única persona aquí que no está conectada al Nexo. Incluso Clara fue conectada antes de que arrestaran a Papá. Justo antes del final, todos los civiles bajo la directiva del Restablecimiento habían sido conectados a la red neuronal, un programa rápidamente desmantelado por el nuevo régimen. A Soledad y a los demás les gusta recordarnos que la razón por la que perdimos la guerra fue porque los rebeldes no tenían chip. No tengo ninguna excusa aceptable.

—Lástima que no parezcamos poder conectarte de nuevo —dice Soledad finalmente—. Las cosas podrían haber sido más fáciles para ti.

Los recuerdos cobran vida: metal frío; gritos apagados; pesadillas inducidas por drogas. Con Mamá muerta, no había nadie que les suplicara que pararan. Nadie a quien le importara si sus experimentos acabarían matándome. —No podría estar más de acuerdo —miento.

Soledad cambia su peso de pierna. Venas de luz azul pulsan a través de su brazo de metal, los dedos plateados brillan mientras se

flexionan y se encogen. —Entonces —dice—. ¿Por qué faltaste a la reunión de la semana pasada?

Así de fácil, ha comenzado un interrogatorio extraoficial. Aquí, en el frío glacial. Mientras mis vecinos observan. Clara, me doy cuenta, probablemente pueda vernos desde la ventana.

De repente hay un coro de gritos y mi corazón da un vuelco, estabilizándose solo cuando veo a los gemelos de Zadie, Jonah y Micah, forcejeando en la nieve. Uno de ellos golpea al otro en el estómago, y este logro es puntuado por carcajadas. Me llega el aroma errante de carne de desayuno de una cabaña cercana y mis rodillas casi ceden. Vuelvo mis ojos hacia Soledad.

—Clara estaba enferma. —¿Coma? —No. —Miro hacia otro lado—. Pasó la mayor parte de la noche vomitando. —¿Comida? —Sangre —aclaro. —Cierto. —Soledad se ríe. Me examina a través del abrigo demasiado grande de Papá—. Eso tiene más sentido, considerando el hecho de que ambas se están muriendo de hambre. —No nos estamos muriendo de hambre. —Otra mentira.

Un nuevo estruendo de sonidos cortocircuita mi sistema nervioso. Una bandada de cuervos aterriza pesadamente en un techo cercano, con graznidos inquietantes y aleteos. Los observo, fascinada un momento por el brillo iridiscente de las plumas negras, cuando suenan dos disparos ensordecedores.

Me pongo rígida por impulso; luego me obligo a descongelarme, a que mis dedos se relajen, a que mi pulso disminuya. —Malditos pájaros —mutila Soledad.

Se acerca al dúo de cuerpos caídos y luego pisotea sus huesos pequeños y huecos, manchando la nieve con sangre y plumas. Parpadeo, exhalando suavemente en el frío. *He estado muerta por dentro durante años*, me recuerdo.

La mayoría de la gente aquí odia a los pájaros por lo que representan. Los pájaros significan que el Restablecimiento ha sido

destronado, que el proyecto prácticamente ha fallado. La Nueva República y sus líderes traidores —los hijos de nuestros comandantes supremos caídos— han sido una fuente inagotable de odio desde que tengo memoria.

Clara, me doy cuenta, tendrá preguntas sobre los disparos. —Tengo trabajo de verdad para ti, si te interesa —dice Soledad, limpiándose ahora las botas en un trozo de suelo limpio. Levanto la vista. La comprensión es rápida. —No viniste aquí para un interrogatorio.

Soledad me sonríe, pero sus ojos son ilegibles. —No se le escapa nada a esta. Siempre he odiado eso de ti. —¿Cuántos esta vez? —pregunto, y mi corazón comienza un ritmo traicionero. —Tenemos cuatro en total. Tres ya han sido procesados. El nuevo llegó anoche y definitivamente es— —Los ojos de Soledad se iluminan, nublándose en un tono azul inhumano. De repente se da la vuelta, marcha hacia los gemelos que aún forcejean en la nieve, agarra a uno de ellos —Micah— por la nuca y lo empuja con furia al suelo—. Acabas de perder tus raciones de la semana.

Jonah se lanza hacia adelante. —Pero... solo estábamos jugando— —Iba a sacarte un ojo —ladra Soledad, y luego sacude la cabeza con un movimiento familiar.

Micah grita. Jonah se queda quieto, pero sus ojos están fijos en su hermano, que yace en el suelo, ahora silencioso y retorciéndose violentamente. Se oye el portazo de una puerta, un grito repentino, y su madre, Zadie, llega corriendo. Soledad sacude la cabeza con disgusto, y Micah es liberado de su parálisis. Con algo de esfuerzo, el niño se reanima en los brazos de su madre. —Lo siento, señor —dice Micah, con el pecho agitado—. No quise decir—

Soledad dirige sus siguientes palabras a Zadie. —Si no puedes lograr que estos dos idiotas dejen de actuar como animales, pasarán otro año en el foso. ¿Está claro?

Aparecen cabezas, y luego desaparecen, en las ventanas vecinas. Zadie asiente, mascullando algo inarticulado, luego agarra a sus hijos y sale corriendo.

En el silencio posterior, Soledad vuelve a mi lado, buscándome una reacción, pero tengo cuidado, como siempre, de no traicionar ninguna emoción. Es la única forma en que he sobrevivido aquí, donde soy vigilada no solo por el sistema sino también a través de los ojos de todos los que encuentro... incluso de mi propia hermana.

La vigilancia es seguridad, Rosa. Solo los criminales necesitan privacidad. Solo los criminales necesitan privacidad.

Durante muchísimos años solía creer todo lo que decía mi padre. Aquellos eran los años en que Soledad era un amigo de nuestra familia; los años en que vivíamos en una casa cálida y cómoda, cuando la comida abundaba, cuando la niñera me vestía con sedas antes de trenzarme el cabello. Me escapaba abajo durante las cenas de mi madre solo para escuchar el sonido de su risa.

—¿Cuántos más antes de que levanten las sanciones? —pregunto, arrancándome el pasamontañas de la cabeza. Siento la estática de mi cabello; la opresión de mi pecho. El viento cortante golpea mi cara, pero el aire helado es bienvenido contra mi piel caliente.

Soledad sacude la cabeza. —No puedo responder a eso. Tu padre sigue vivo, sigue filtrando secretos al enemigo. Mientras no podamos conocer tu mente, siempre serás un signo de interrogación. —Se encoge de hombros y luego aparta la mirada—. Todos hacemos sacrificios por la seguridad de nuestra nación, Rosabelle. Por la seguridad de nuestro futuro. Este es tu sacrificio... y puede que nunca termine.

Vuelve a mirarme. —Mira —dice—. Puedes matarlos a todos a la vez o uno por uno. Dejaré que tú decidas. Cuando hayas terminado, veré de conseguirle algo de medicina a Clara. —Y comida

—digo demasiado rápido, luego hago una pausa, tomándome un momento para recomponer mi rostro—. Y leña. —A todos a la vez, entonces —dice él, entrecerrando los ojos. —A todos a la vez —asiento—. Y ahora mismo.

Soledad levanta las cejas. —¿Estás segura? Una de ellas no para de gritar. Tuvo una mala reacción al sedante.

Siento un calor inusual para la estación. Demasiado abrigada. Me distraigo metiendo el pasamontañas en el bolsillo del abrigo de Papá, y el sobre grueso de antes me besa con un corte de papel. El dolor enfoca mis pensamientos.

No es necesario matarlos así. Tenemos en nuestras filas a algunos de los mejores médicos y científicos del mundo; poseemos formas mucho más avanzadas y humanas de matar a los raros espías que logran penetrar en la Isla Ark. Por supuesto, asesinarlos no pretende ser humano.

—¿Te importa cómo los mate? —pregunto, y mi voz es, por suerte, firme.

El zumbido eléctrico del helicóptero atrae mi atención hacia el cielo. Clara lo verá. Sabrá lo que significa. —No me importa cómo lo hagas. —Soledad sonríe ahora; una sonrisa de verdad—. Siempre has sido creativa.

JAMES

CAPÍTULO 3

—Bien. De acuerdo. Esto está bien. Estás bien —digo, caminando de un lado a otro en el corto tramo de mi celda. Vacilo, luego miro a mi alrededor por centésima vez.

Digo, supongo que esto es una celda. Está limpia, lo cual es raro. También está bien iluminada, totalmente bañada por una fuente de luz que no logro identificar. Las paredes y los suelos son de acero reluciente —tan pulido que puedo verme desde cualquier dirección— y los reflejos deformados me están asustando. No tengo idea de cuánto tiempo llevo aquí. De vez en cuando, se libera una extraña niebla en la habitación, y cada vez pierdo lo que parecen ser unas cuantas horas.

Mi brillante plan no está saliendo exactamente según lo planeado. —Mira —digo, señalando una mancha derretida de mi cara—. No hay razón para entrar en pánico. Todavía tienes tus propios pantalones puestos, además de todas tus partes originales del cuerpo, y si se supusiera que vas a morir aquí, a nadie le importaría si tuvieras que usar el baño, ¿vale? Dejarían que te murieras en un montón de tu propia mierda...

Como si fuera una señal, un zumbido mecánico precede la apertura de una hendidura en el suelo. He estado aquí lo suficiente como para aprender que cada vez que digo la palabra *baño*, un panel se desliza para revelar un foso negro sin fondo, cuya abertura está bordeada de dientes de metal que básicamente prometen arrancarte el rabo de un bocado. Nunca en mi vida he estado tan aterrorizado y aliviado de echar una meada. Odio este puto lugar.

Intenté gritar otras cosas también; cosas como *Sáquenme de aquí* y *Hijo de puta* y *Copa de helado*, y lo único que obtuve fue más niebla en la cara. Me pregunto si alguien en casa se habrá dado cuenta de que no estoy.

—Por supuesto que sí, idiota —murmuro. Adam se va a cabrear. Warner se va a cabrear muchísimo. Puede que Juliette ya esté llorando. Si sobrevivo a esto, es probable que Kenji me mate él mismo.

Hace una semana parecía una buena idea intentar infiltrarse en la Isla Ark. Este basurero es el último refugio del Restablecimiento —el último aliento de un gobierno psicópata y fascista que básicamente quiere esclavizar al mundo— y nadie ha sido capaz de penetrar sus defensas. Allá en el útero del hogar y la familia, donde todavía me tratan como a un bebé que no sabe limpiarse el culo, hacer algo como esto parecía una genialidad. Si pudiera hacer lo único que ni siquiera el famoso Aaron Warner Anderson pudo hacer, tal vez finalmente me respetarían. Tal vez finalmente me mirarían como a un hombre y no como a un niño de diez años que solía llorar por su hermano mayor todas las noches.

—Gran trabajo, idiota. —Golpeo mi cabeza contra la pared. Si alguna vez regreso a casa, nunca me dejarán volver a hacer nada. Mi propio medio hermano básicamente dirige el mundo con su esposa, y yo seré reducido a trabajo de escritorio. De vuelta a los pañales. Todos mis permisos de seguridad revocados.

Suelto una risa nerviosa y me paso ambas manos por el pelo. No sé cómo hizo Juliette para aguantar el confinamiento solitario durante casi un año. Antes de que ella sola orquestara la caída del Restablecimiento, había sufrido de formas que yo nunca podría imaginar. Ahora, mirando a mi alrededor en este infierno reluciente, me doy cuenta de que nunca la he apreciado lo suficiente. Pensé que no podía amarla más de lo que ya la amo —rayos, ella y Warner ayudaron a criarme—, pero imaginar cómo la torturó el Restablecimiento...

No. No puedo ir allí. No aquí. No ahora. —¡Ducha! —le grito a la pared. No pasa nada. —¡Pedazo de mierda! —le grito a la pared. El agujero del inodoro se abre de nuevo. —Escucha —digo enfadado—, si

no vas a matarme, lo mínimo que podrías hacer es ofrecerme unos snacks...

Las palabras apenas han salido de mi boca cuando un recuerdo me sobresalta. Impulsado a la acción, busco en mis bolsillos hasta que lo encuentro: una pequeña bolsa de plástico con ositos de goma, medio derretidos. No puedo evitar sonreír. Estos imbéciles me quitaron cada arma del cuerpo pero me dejaron el caramelo. Se lo había birlado a la pequeña Gigi, de cinco años, de su bolsa de merienda al salir por la puerta; un momento que ahora parece una vida entera atrás. Abro el paquete de un tirón, luego miro las gominolas derretidas por medio segundo; el aroma artificial de varios sabores frutales genera un reconocimiento sensorial tan fuerte que mi corazón casi se rinde.

—Oye —digo, entrecerrando los ojos ante mi reflejo líquido—. Contrólate. Me vacío la bolsa de gominolas en la boca y luego me meto el plástico en el bolsillo. Todavía estoy masticando cuando digo: —Vas a ir a casa. Vas a ver a todos de nuevo. Vas a...

La habitación comienza a vibrar con un suave estruendo mecánico, y las palabras mueren en mi garganta. Me pongo rígido y retrocedo, protegiéndome los ojos mientras una de las paredes desaparece y luego reaparece en un destello tan brillante que no logro captar el cambio. De repente, tengo una visita.

Sabía que el Restablecimiento tenía tecnología seriamente avanzada —llevamos una década estudiando su trabajo—, pero esta chica se materializa como si saliera de la nada. Estamos cara a cara, atrapados por el acero en todas direcciones, y ella está tan inhumana mente quieta que por un segundo pienso que estoy alucinando. Parece una criatura élfica de un cuento de hadas, tan delgada que es prácticamente un rayo de luz. Cabello rubio platino, ojos gélidos. Piel como el cristal. Realmente, absurdamente preciosa.

Mi corazón late un poco demasiado fuerte mientras parpadeo y me enderezo, con los sabores de caramelo falso cobrando vida en mi lengua en el peor momento. Tengo la boca llena de ositos de goma masticados a medias. Intento masticar sin que parezca que estoy masticando. Jesús. El pequeño elfo da un paso hacia mí y doy un respingo.

—Diga su nombre y fecha de nacimiento —dice ella en voz baja, con sus ojos fríos evaluándome.

Algo en la forma en que inclina la cabeza —eso, y el sonido suave y medido de su voz— y de repente lo entiendo. Esta rareza hermosa no es una persona real. Es inteligencia artificial. Exhalo, y la irritación hace el trabajo contraintuitivo de relajar mi cuerpo.

El hecho de que sea un robot facilita las cosas. En primer lugar, no voy a hablar con un puto robot. Puede que sea un idiota, pero no estoy desinformado. Sé cuánto le gusta al Restablecimiento la vigilancia. Sé que esta celda está siendo observada. Les encantan los juegos mentales. Aman torturar. Si me quisieran muerto, habrían enviado a una persona real para joderme la cabeza al menos un poco antes de matarme. En cambio, esta cosa probablemente está grabando y analizando mis signos vitales mientras hace una verificación de antecedentes. Apuesto a que está rastreando alguna base de datos ahora mismo, descubriendo que Aaron Warner Anderson es mi medio hermano; que Juliette Ferrars es su esposa; que soy el hijo menor de Paris Anderson, el muerto y ex-comandante supremo de América del Norte. Han atrapado a un pez gordo.

Mentalmente, me doy una patada en la cara. —Le he dado una directiva —dice ella, y da otro paso más cerca.

Mastico un poco más, intentando tragar sin matarme en el proceso. —Mira, si la computadora en tu cabeza no sabe ya quién soy solo con escanear mi cara, no voy a responder a tus preguntas. Así que si estás aquí para extraer información, no tienes ninguna puta

posibilidad. Tal vez simplemente envía al tipo que se supone que debe torturarme.

Ella vacila; la sorpresa tiñe sus facciones tan brevemente que casi se me escapa. Tecnología fascinante y realista. Parpadea con esos ojos extraños antes de decir suavemente: —¿Estás comiendo algo? —Ositos de goma —digo con la boca llena.

Vuelve a parpadear. Hay algo tan humano en la forma en que me estudia entonces que se me pone la piel de gallina. —No entiendo —dice ella. —¿Ositos de goma? Es, como, un caramelo masticable— —¿No tienes miedo a morir? —Eh. —Dejo de masticar—. ¿Qué?

Y entonces se mueve hacia mí, cerrando el espacio entre nosotros en dos zancadas, y me doy cuenta con un miedo súbito y palpable... Esta es una mujer real. No un robot.

Estoy tan distraído por este hecho, tan alarmado por el calor de su mano pequeña mientras me toca la cara que, al principio, ni siquiera noto el cuchillo que ha presionado contra mi garganta. Me tiene la cabeza sujeta con un agarre sorprendentemente firme, mi cuello abierto y expuesto a su hoja, pero puedo sentir su aliento contra mi piel y me está trastornando la cabeza. Tiene manos de muñeca. Huele a fresco, como a pinos y jabón. De cerca, sus ojos son de un azul grisáceo pálido y su abrigo oscuro está apolillado y le queda gigante. Debajo lleva un jersey holgado, con el cuello abierto dejando ver un atisbo de piel tan fina que me siento mareado solo de mirarla.

No creo entender el propósito de este ejercicio. Soy un prisionero de alto perfil; cualquier idiota sabría que no debe matarme de inmediato. Deberían estar torturándome para obtener información. Usándome como cebo o moneda de cambio. En cambio, me han asignado a un elfo que necesita ponerse de puntillas para alcanzar mi cuello. Siento como si me estuviera asaltando una flor. Es molesto, sin embargo, el cuchillo en mi garganta.

Decido lanzarla al otro lado de la habitación solo por seguridad, pero cuando deslizo mis manos dentro de su abrigo, ella toma aire de forma brusca y sobresaltada y casi tropieza. La agarro por instinto, sosteniéndola firme sin pensar, pero me descoloca su tacto: una cintura tan pequeña que parece casi peligrosa. Estudio su rostro, entrecerrando los ojos confundido, y ella me devuelve la mirada con un estallido de emoción tan intenso que juro por Dios que lo siento en el pecho.

—Hueles a manzana —susurra, y estoy a punto de sonreír cuando me corta el cuello.

Veo el destello del metal, pero la hoja se mueve rápido y el dolor no me golpea hasta que ella se ha alejado. Me llevo una mano a la herida mientras mi visión se deteriora, la sangre filtrándose contra mis dedos justo cuando me doy cuenta de que no puedo hablar. *Hijo de puta*. También me ha cortado la tráquea.

La de las Manos de Muñeca claramente ha hecho esto antes, y lo ha hecho bien. Me tambaleo ligeramente, soltando un sonido estrangulado mientras caigo mal sobre mis rodillas. Ella se cierne sobre mí, observando, inexpresiva. Como si viniera del espacio exterior, la oigo decir: —Está listo para la extracción de órganos —justo cuando me desplomo en el suelo.

Me quita el envoltorio de gomita del bolsillo antes de desaparecer.

JAMES

CAPÍTULO 4

Los sonidos entran y salen de mi conciencia: un borrón de voces, el estruendo del metal. Dolor. La luz estalla en ráfagas eléctricas detrás de mis ojos. Siento manos sobre mi cuerpo, acero frío, mis pensamientos se arrastran. Un análisis a ciegas de la situación parece indicar que estoy tumbado en una camilla, siendo transportado por lo que solo puedo suponer que es un pasillo. Tengo que aferrarme a mi mente, obligarla a concentrarse antes de desmayarme, porque si pierdo el conocimiento no despertaré hasta que mi garganta haya sanado, lo que significa que podría despertar justo cuando me estén extirpando los riñones. O algo peor.

No es de conocimiento público que tengo poderes de curación, pero tampoco es exactamente un secreto. El Restablecimiento debe de haberse ido realmente a la mierda por aquí si son tan malos en su trabajo. Uno pensaría que uno de los regímenes fascistas más avanzados tecnológicamente de la historia habría investigado un poco sobre sus prisioneros. Uno pensaría que sabrían que no pueden simplemente degollarme y echarme en una camilla en las entrañas de algún lugar ultrasecreto en una isla ultrasecreta sin consecuencias graves. Uno pensaría que me habrían atado de pies y manos antes de sacarme de mi celda, que me habrían dado algún tipo de tranquilizante o al menos me habrían sellado los ojos... Sí. Olvídalo. Ahora que lo pienso, no hay forma de que sean tan estúpidos. Lo más probable es que esto sea algún tipo de trampa.

Hora de pivotar.

Por suerte, mi cabeza empieza a despejarse. Mi respiración ha comenzado a estabilizarse. Una frase que nunca pensé que pensaría: estoy agradecido por el desastre de sangre que me baja por la garganta, porque está ocultando el hecho de que mi herida se está cerrando.

Abro los ojos apenas una rendija. Manos de Muñeca es un borrón a mi lado, pero parece que hay alguien más también. Mi audición está mejorando, mi ritmo cardíaco se acelera.

—...esperaba llegar a casa a tiempo para cenar —dice un tipo, y luego se ríe—. Supongo que debería haberlo imaginado. Todos seguidos, ¿eh? Estaré trabajando toda la noche procesando tu nueva descarga de cadáveres.

Vaya, genial. Manos de Muñeca es una asesina en serie. Mis pantalones se me estaban apretando por una asesina en serie. A Kenji le va a encantar esto.

—¿Te he dicho que mi mujer está preparando lasaña? —El tipo vuelve a reír, pero ahora suena nervioso. No puedo culparlo. Los asesinos en serie suelen poner nerviosa a la gente. —Hace una lasaña estupenda —está diciendo—. En realidad, se le da bien todo. Quiero decir, siempre supe que tenía talento, pero vaya, cada día me sorprende. Ah, y nos acaban de entregar las fotos de la boda...

Sin previo aviso, chocamos contra algo, y mi cabeza se levanta y luego se estrella de nuevo contra la camilla de acero tan fuerte que casi hago una mueca. Silenciosamente, repaso cada palabrota que conozco.

—¡Uy, no vi esa pared ahí! —Más risas nerviosas y agudas del tipo, luego el sonido chirriante de las ruedas, la vibración del metal, y nos ponemos en marcha de nuevo. Tengo que tener cuidado de no levantar el pecho al inhalar, pero siento que la fuerza regresa a mi cuerpo, lo que significa que es casi hora de actuar.

—Sabes —dice el tipo nervioso—, no hace falta que me acompañes todo este camino... —Sí, Jeff, hace falta —dice ella suavemente—. Órdenes de Soledad.

Algo se agita en mi pecho cuando ella habla, y mentalmente me doy un puñetazo en la entrepierna. Su voz es suave como la seda —la voz de una sociópata o de una sirena— y me preocupa que Jeff y

yo podamos mearnos encima si sigue hablando. —Ah —dice él—. Yo... no me había dado cuenta.

Por suerte, Manos de Muñeca no dice nada a esto, pero ahora me pregunto quién demonios es Soledad. —¿He mencionado que mi mujer prepara lasaña esta noche? Más silencio. —Me encanta la lasaña —dice Jeff—. ¿A ti... a ti te gusta la lasaña?

Cuando ella lo ignora por segunda vez, empiezo a sentir lástima por el tipo que espera extirpar los órganos de mi cadáver. Me incorporo y me giro hacia él. —Por lo que valga, Jeff, a mí me encanta la puta lasaña.

Jeff grita. Cruzo la mirada con Manos de Muñeca solo un segundo, lo suficiente para captar el horror en su rostro antes de saltar de la camilla y empujarla violentamente en su dirección; el pesado acero la clava contra la pared con un crujido satisfactorio. Ella lanza un grito mientras Jeff huye chillando, activando una alarma al pasar. El pasillo se llena de repente de luces parpadeantes y un sonido caótico. Doy una vuelta sobre mí mismo. Personas con aspecto de pánico en batas de laboratorio empiezan a afluir al pasillo, pero cuando vislumbran mi cuello y mi camisa empapados de sangre —y a la chica desfallecida deslizándose por la pared— desaparecen rápidamente. El lugar, noto, es de un blanco brillante y carece totalmente de señalización. No tengo ni idea de cómo salir de aquí. Lo más importante: necesito encontrar un arma.

Manos de Muñeca vuelve para el segundo asalto. Empuja la camilla lejos de ella con un movimiento espasmódico, luchando por aire mientras se endereza. Observo cómo se presiona una mano contra el costado mientras pelea por respirar, y no puedo evitar sonreír ante la escena. —Mala mía. ¿Te rompí las costillas? —Púdrete —suelta ella. —Tú primero. —Estás delirando —dice ella—. Esto no es una victoria. No tienes idea de lo que te harán ahora.

Las sirenas suben de marcha, aullando con renovado vigor. Probablemente sea cuestión de segundos antes de que este lugar se

llene de gente. —Mira —digo, gritando un poco por encima del caos—. A mí tampoco me encanta esta situación. Se siente muy raro golpear a una chica. Pero considerando el hecho de que me acabas de asesinar hace un minuto, creo que tengo derecho a una retribución. Así que te doy dos opciones: me muestras cómo salir de aquí, o me entregas tu cuchillo. —Vete al infierno. —¿Acaso una de esas costillas rotas te perforó un pulmón? —pregunto, sonriendo de verdad ahora—. ¿Puedes sentir cómo te mueres? —¿Alguna vez te han arrancado los intestinos del cuerpo? —dice ella, con los ojos echando chispas—. He oído que es insoportable. —Tienes cinco segundos para decidir —digo, cruzando los brazos sobre el pecho—. Cinco. Cuatro. Tres. Dos... ¡Joder!

Me echo hacia atrás mientras un dolor abrasador prende fuego a mi brazo. Al parecer, eligió la opción dos: entregarme su cuchillo. Cierro los ojos con fuerza y me arranco la hoja del hombro, logrando de algún modo reprimir una ráfaga de improperios. —Tienes una puntería terrible —digo, apretando los dientes mientras limpio el arma en mi camisa—. El truco, por si no lo has descubierto todavía, es matarme instantáneamente.

Pero cuando miro a la chica, veo por qué lanzó mal la hoja; está medio encorvada, apoyándose en la pared, con la piel cenicienta. Aun así, me sorprende la mirada de sus ojos. Ya no parece enfadada. Sacude la cabeza, casi decepcionada, cuando dice: —Idiota.

Luego saca una jeringuilla de su bolsillo, quita el capuchón con los dientes y se clava la aguja en el muslo. Casi grita mientras se endereza, con el pecho agitado mientras introduce aire en sus pulmones. Un estruendo de pasos resuena por el pasillo.

Me giro, ensangrentado y confundido, para descubrir a un enjambre de personal militar cargando hacia mí. Quiero decir, obviamente esto iba a pasar —el Restablecimiento no iba a dejarme salir de aquí caminando así como así— pero, joder. Están apuntando en mi dirección con armas que ni siquiera he visto nunca. Cosas

enormes, pesadas, aterradoras y de colores neón. Se ven increíbles. Quiero una.

—Rosabelle —truena una voz. Un hombre se separa del grupo y da un paso al frente, y estoy tan ocupado procesando el hecho de que la asesina en serie se llama algo tan suave como *Rosabelle* que casi me pierdo la vista de su brazo de metal lleno de venas. También me toma un segundo notar que parece loco. Una luz azul nubla sus ojos, pulsa en sus sienes, irradia a través de su prótesis biónica. Una sensación de inquietud me eriza la piel. Malos recuerdos.

El Restablecimiento una vez recompuso a mi padre con prótesis elegantes similares. Ese tipo de regeneración de extremidades sin costuras era inaudito hace una década, y aunque todavía no hemos descubierto cómo replicar la tecnología con precisión, parece que aquí podría ser algo común. Claramente, el Restablecimiento ha estado avanzando en nuevos niveles de bioingeniería y, claramente, hemos estado subestimando su capacidad de progresar en aislamiento. Durante más de una década hemos intentado prepararnos para cualquier nuevo infierno que pudieran estar gestando aquí fuera, pero nuestros esfuerzos de espionaje fracasan una y otra vez, porque toda nuestra tecnología está construida sobre los sistemas y redes arraigados que *ellos* establecieron.

El Restablecimiento sabe cómo desactivar nuestros satélites porque ellos los diseñaron; saben cómo sabotear nuestras centrales eléctricas porque ellos las construyeron; saben cómo apagar nuestras redes eléctricas porque ellos las idearon. Los civiles no parecen entender que restos del Restablecimiento todavía viven entre nosotros. Cuando el régimen cayó, solo la élite más refinada se marchó a la Isla Ark. Solo las familias militares de más alto rango y más ricas del Restablecimiento fueron siquiera notificadas del plan de salida; ellos fueron los que pudieron subirse a jets privados y evitar las consecuencias. El resto de los sicofantes se quedaron atrás.

Nunca ha sido fácil discernir cuál de los miembros "reformados" del Restablecimiento podría seguir siendo leal al viejo orden. Muchos de ellos son ahora agentes encubiertos repartidos por todo el globo, socavándonos en cada oportunidad. El año pasado fue más brutal que nunca: hubo una misteriosa explosión en una tubería de gas en una de las escuelas primarias, y murieron más de cien niños. Fue uno de los días más oscuros de nuestra historia reciente; la pesadilla sigue grabada en mi piel.

Seguimos intentando explicar a nuestra propia gente que estamos siendo hackeados y atacados, pero cada vez es más difícil convencer a la gente de estos hechos cuando el Restablecimiento parece, por todas las apariencias externas, haber desaparecido totalmente. Todo lo que sabemos con certeza es que estamos pasando apuros.

Estas operaciones psicológicas tienen como objetivo poner a las masas en nuestra contra. La gente tiene una memoria corta y voluble; demasiados están empezando a preguntarse si la vida bajo el Restablecimiento era mejor. Juliette está preocupada. Incluso Warner, que rara vez muestra emociones, parece estresado. Lanzó la idea de iniciar una misión encubierta en el Ark, pero todos sabíamos que no dejaría a Juliette en su estado.

Así que se me ocurrió este plan genial: descubrir algo útil sobre los psicópatas de aquí fuera, volver a casa vivo y, en el proceso, ganarme el respeto de mis amigos y familia. El problema es que ningún espía del continente ha traspasado nunca estas fronteras y ha sobrevivido. Tenía la esperanza de tener las habilidades necesarias para ser la excepción. Parece que me equivoqué.

El tipo con el brazo de robot avanza hacia mí ahora, con el arma levantada. Estoy barajando varios escenarios en mi cabeza, intentando hacer los cálculos necesarios para determinar si vale la pena apuñalar a este tipo antes de que me abra un agujero en el pecho, cuando de repente se detiene. Me estudia con esos ojos espeluznantes. Baja su arma.

—Increíble —dice, con la voz teñida de asombro—. Te pareces tanto a tu padre. Qué lástima que ambos deban tener muertes tan trágicas. Luego, lanzándole su pistola a ciegas a Rosabelle: —Hazlo rápido.

ROSABELLE

CAPÍTULO 5

En la fracción de segundo en que el arma vuela entre Soledad y yo, el recluso se lanza hacia adelante, la atrapa en el aire y aterriza en una voltereta fluida. Inmediatamente abre fuego contra todos.

Los disparos estallan, los gritos perforan el estruendo. Soledad ladra órdenes, pero los sonidos se deforman y distorsionan; las sirenas aúllan mientras las luces parpadean. Me apoyo contra la pared fría, con los talones golpeando los zócalos, mis manos buscando de qué asirse. La escena que se desarrolla ante mí es tan imposible que parece desdibujarse en los bordes. Siento como si el suelo se derritiera bajo mis pies, mis respiraciones suenan fuertes en mis oídos, el dolor en mis costillas comienza un nuevo *crescendo*. Le disparan al recluso una y otra vez, pero sus reflejos son extraordinarios; logra esquivar la mayor parte del fuego, sufriendo heridas menores que ahora me doy cuenta de que puede superar fácilmente. Verlo moverse es como ser testigo del viento: solo está claro que ha pasado por allí cuando alguien más cae.

No hay precedentes para esta situación. He sido convocada aquí incontables veces, y mi trabajo siempre ha sido impecable. Jamás he fallado al matar a un objetivo. Jamás un recluso ha sido capaz de escapar. No se puede permitir que este corra desenfrenado por estos pasillos; no se le puede permitir informar de nada de lo que ha presenciado aquí. Y yo... Yo será ejecutada por este fracaso.

La comprensión me golpea como otra inyección de adrenalina. Una imagen de Clara cobra vida tras mis ojos, su nombre repitiéndose en mi cabeza. Si estoy muerta, nadie limpiará la sangre de sus labios. Si estoy muerta, nadie la sostendrá cuando se desplome. Nadie la bañará, nadie le leerá, nadie desenredará los nudos de su cabello. A Clara solo se le permite vivir como lo hace porque yo asumo la total responsabilidad de sus necesidades. Sin mí,

arrojarán a mi hermana al manicomio, donde morirá una muerte lenta y tortuosa.

Si estoy muerta, nadie volverá a sonreírle jamás.

Me incorporo a duras penas, reprimiendo un sonido mientras el dolor me atraviesa el cuerpo. No tengo idea de cuántas costillas me he roto. La inanición sistemática ha debilitado mis huesos, atrofiado mis músculos. Siento el temblor revelador en mi mano derecha y cierro el puño contra él. El Restablecimiento no tiene simpatía por los débiles.

Me doy cuenta al dar un paso al frente de que me he quedado ligeramente sorda por el bombardeo de caos y sonido. Hay un pitido en mis oídos tan fuerte que solo escucho una disonancia sorda mientras me obligo a entrar en la refriega, cojeando un poco sobre los cuerpos caídos. Mi visión se ha estrechado hasta una sola figura: el recluso está ahora enfrascado en un combate cuerpo a cuerpo con los únicos dos oficiales que quedan, y lo veo asestar un golpe demoledor a la mandíbula de uno, luego al otro, antes de preparar su arma robada y abrir fuego directamente a sus gargantas. Me estremezco dos veces, en sintonía con cada retroceso. La sangre salpica por todas partes, pero solo la cabeza de un oficial se desprende totalmente de su cuerpo.

Mis oídos siguen pitando. Vagamente registro que Soledad yace cerca en un charco de su propia sangre, con el brillo de su prótesis centelleando en mi periferia. En un movimiento tan insoportable que casi me quita el aliento, me inclino para arrebatar la pistola de Soledad de sus dedos inertes, luego levanto el arma pesada entre mis brazos, comprobando distraídamente la carga láser del cargador. Manchas negras nublan mi visión; el sudor se me agolpa en la frente. Se me ocurre que tengo un poco de fiebre, que quizás mi estado físico es peor de lo que temía.

Extrañamente, esta comprensión me ofrece consuelo. Si voy a morir de cualquier manera, hay poco que temer de una herida. No

tendré miedo de este extraño que parece crónicamente valiente. No tendré miedo de un insurrecto arrogante; de un rebelde sin valor. Las últimas palabras de Soledad hacia él resuenan en mi cabeza: *Te pareces tanto a tu padre*.

No sé qué significa eso. No sé quién es su padre o si la información es relevante. Quizás nunca lo sepa, ya que Soledad está muerto. Sé que el recluso tiene ojos azules y cabello castaño, una descripción simplista que no logra ilustrar el problema. Su rostro no se parece a ninguno que haya conocido. Su belleza es absurda y chocante, un efecto agravado por contradicciones que atraen la mirada una y otra vez: es un estudio de contrastes, a la vez juguetón e implacable. Su frente y su mandíbula son severas, pero hay un rastro juvenil de pecas sobre el puente de su nariz. Su cuerpo es sólido, tenso de músculo, pero parece cómodo en su propia piel. Sus ojos parecen brillar, como si la risa le brotara con facilidad... y sin embargo, él solo masacró a una docena de soldados. Y estaba desarmado.

Todavía siento el crujido del plástico en mi bolsillo; todavía recuerdo el aroma sintético a manzana en su aliento. Pensé que a Clara le gustaría recortar los ositos coloridos ilustrados en el envoltorio. Pensé que le gustaría saber a qué huele el azúcar. Pensé que regresaría a casa con ella con comida, medicinas y leña, y me doy cuenta ahora de que es posible que no regrese con ella en absoluto.

Cierro los ojos. Los abro. No lloré cuando mi madre se pegó un tiro frente a mí. No lloré la primera mañana que encontré a Clara ahogándose en su propia sangre. No lloraré ahora, ni nunca más.

En el silencio emergente, mi oído parece mejorar, el pitido metálico se desvanece. Ahora escucho mi latido, el sonido de mis propios pies arrastrándose. El arma está resbaladiza en mi mano, más pesada de lo que recuerdo. Mis brazos tiemblan. Me parece que no puedo respirar. El recluso se da la vuelta. Disparo.

Él es más rápido que yo; más fuerte; sonríe mientras esquiva mi disparo imperfecto. La sangre está ahora manchada por su rostro, veteada en su cabello. Sus ropas gotean mientras camina, sus botas dejando huellas rojas a lo largo de los suelos blancos. Está herido en varios lugares, pero este hecho no parece molestarle. De hecho, parece encantado. No queda nadie a quien matar más que a mí.

La noticia de esta masacre seguramente ya ha llegado a los oficiales, pero toda nuestra tecnología de vigilancia no puede compensar la falta de personal. No sé cuánto tiempo pasará antes de que otra tropa sea notificada, armada y enviada. No estamos acostumbrados a tales ataques. Tenemos más científicos que soldados. Nunca, desde su creación, la isla ha sufrido tales pérdidas.

El recluso me guiña un ojo. —Parece que por fin estamos solos, preciosa.

Disparo de nuevo. Él se zambulle fuera del camino, riendo, pero el retroceso daña mi cuerpo herido de nuevo. Tropiezo mientras una nueva agonía vuelve blancos los bordes de mi visión. Una de mis costillas rotas, me doy cuenta, debe de haber perforado finalmente un órgano.

Preparo mi arma, el corazón tronando en mi pecho. Me pregunto cómo le dirán a Clara que estoy muerta. Me pregunto si serán amables con ella, pero ya sé que no lo serán. La batería eléctrica vibra bajo mis manos mientras la pistola se recarga. Aprendimos pronto que fabricar balas era caro y consumía mucho tiempo. La mayoría de nuestras armas funcionan ahora con energía dirigida. Láseres tan potentes que algunos pueden reducir el hueso a cenizas en un solo disparo. El recluso apunta dos de esas armas en mi dirección. Sobre su hombro lleva colgadas cuatro más, recolectando botín mientras me acecha. Debe de estar cargando más de cuarenta kilos de armamento, pero no parece fatigado por el esfuerzo.

Otro destello de dientes blancos mientras sonríe, y de repente la distancia entre nosotros ha desaparecido. No me doy cuenta de que estoy de rodillas hasta que noto que lo estoy mirando hacia arriba, con mi cabeza ardiendo en fiebre. Me arrebata la pistola de las manos y parece que le está pasando a otra persona. Me tambaleo ligeramente y él dice: "Ahora estamos en paz", pero las palabras tartamudean en mi cabeza y me pregunto si las habré imaginado. El dolor abarrota mis pensamientos, el calor devora mi mente. Estoy delirante. Muriendo ya.

Él apunta el cañón brillante a mi cara y siento menos vergüenza por la derrota que por lo que pretendo decir a continuación. Mi mayor momento de debilidad: observado por un extraño. Registrado por máquinas. Recordado para siempre.

—Por favor —jadeo—. Dile que sean amables con ella.

El recluso baja su arma un centímetro. —¿Qué? Mi cabeza se balancea hacia atrás, golpea una superficie dura. —Es solo una niña. —¿Quién? —exige él, su voz retumbando entre mis oídos—. Oye... —Mi hermana —logro decir, aunque parece que no puedo moverme. Siento como si me estuviera quedando ciega—. Cuando muera, la arrojarán al manicomio.

El recluso parece quedarse quieto. Siento esto de alguna manera, aunque quizás esté alucinando. No puedo distinguir si mi mente ya se ha desprendido de mi cuerpo. Quizás sea la fiebre. Los escalofríos sacuden mis huesos; el dolor sufre espasmos por mi torso. Por una vez, el silencio me asusta.

—Es solo una niña —susurro de nuevo.

Cuando no dice nada, me preparo para el golpe final, para el dolor que precede a la nada, por el fracaso que fue mi vida, por la futilidad de todo lo que soy…

Pero cuando me obligo a mirar hacia arriba, el recluso se ha ido.

ROSABELLE

CAPÍTULO 6

En mis sueños, todo es suave. Los bordes afilados del mundo están embotados, mi rostro acunado por las nubes. Mi cuerpo parece suspendido en el agua, mi cabello liberado de su nudo utilitario, cascadas sedosas cayendo por mi espalda. Soy un cuerpo todavía en formación, intacto por la tragedia. En mis sueños estoy a salvo; tengo una mano fuerte a la que aferrarme; una puerta que cerrar con llave contra la oscuridad; un oído de confianza al que le susurro mis miedos. En mis sueños soy paciente y amable; tengo espacio en mi corazón para más dolor que el mío propio. No tengo miedo de sonreír a los extraños. Nunca he presenciado la muerte. En mis sueños la luz del sol barniza mi piel; un viento suave acaricia mis miembros; la risa de Clara me hace sonreír. Ella está corriendo. En mis sueños, ella siempre está corriendo. *Estás muy guapa con el pelo así, Rosa*, dice ella. *¿Te gustaría jugar a un juego conmigo?*

Inhalo profundamente mientras mis ojos se abren de golpe. El coro de mis propias respiraciones agitadas y los latidos palpitantes de mi corazón surgen con un desacuerdo de sonidos distantes e ininteligibles. Me quedo congelada un momento, temblando de frío, mis ojos comunicando horrores a mi mente.

Mi primer pensamiento es que me han enterrado viva. Levanto una mano hacia el interior liso, color cáscara de huevo, de mi tumba, y solo después de que mi corazón casi se rinda reconozco la primera falla en mi teoría: este espacio estrecho y cerrado está iluminado de forma antinatural. Tentativamente, golpeo con mis nudillos la piedra fría y el sonido resuena. Una segunda falla: no parezco estar bajo tierra.

Aguzo el oído buscando más —más sonidos anómalos, más pistas sobre mi ubicación— y solo distingo un tintineo distorsionado de metal y el zumbido intermitente de maquinaria. Mirándome a mí misma lo mejor que puedo, paso una mano ciega por mi cuerpo. Se me ocurre entonces que no siento dolor.

Llevo puesta una bata de hospital. Mis costillas parecen estar intactas. Un aluvión de recuerdos me asalta: el recluso, la masacre, mi muerte inminente. Clara. El rebelde sonriente, que desapareció.

Ante este recordatorio de mi desastroso fracaso, me pongo rígida de pavor. Si todavía estoy viva después de fallar al matar a un espía del continente, es porque el Restablecimiento ha elegido una vía diferente de castigo. Ellos no creen en actos de misericordia.

Las voces aumentan de repente, los pasos se hacen más fuertes. Me preparo anticipando algo —lo que sea—. Varios clics y un sonido, como un suspiro de aire, y mi tumba se desella a mi alrededor sin previo aviso. La pesada parte superior se eleva mientras la luz fluorescente resplandece a través de los costados abiertos. Parpadeo lentamente contra el resplandor, dándome cuenta de que estoy reseca. Trago saliva contra el papel de lija de mi garganta, luego estudio el paisaje surrealista de mi pesadilla. La tapa de piedra flota justo encima de mí; a mi derecha vislumbro una sección transversal de torsos. Batas de laboratorio pululan y se dispersan; la luz azul constante y familiar de la vigilancia parpadea dentro de mi bóveda.

Incluso aquí, ahora, me están observando. Domino mis rasgos, tratando de no traicionar ninguna emoción mientras escaneo lo que es visible de mi ubicación. Parece haber cinco personas con batas de laboratorio; dos están de espaldas a mí y una está saliendo de la habitación. No puedo descifrar los diversos clics y zumbidos de las máquinas. No sé qué han hecho con mi ropa. No tengo idea de qué tortura tienen planeada.

—Comiencen la transferencia —dice alguien. El miedo se apodera de mis extremidades, un terror renovado crece mientras una voz incorpórea comienza una cuenta regresiva desde veinte. —Espere... Señor... —¿Qué? —ladra un hombre. —Basándonos en sus constantes vitales, no durará más de seis minutos en la cuna— —Catorce, trece... —...y la tenemos programada para diez. —¿Y? —Nueve, ocho... —Diez minutos y existe la posibilidad de que sus

pulmones nunca se recuperen— —Yo no tomé la decisión. —Pero... —Klaus dice diez minutos.

Klaus. —Cuatro, tres... —Tomen nota de que necesitará ser vestida y rehidratada dentro de una hora. —¿Y si...? —Dos...

Nunca tengo la oportunidad de gritar. Hay un momento de ingravidez, un súbito vacío en mi estómago, y el fondo de mi tumba se desencaja, liberándome. El agua helada se cierra sobre mi cabeza, llenando mi boca jadeante, subiendo por mi nariz. Un sabor metálico recubre mi lengua y quema mi garganta, indicando que hay algo más que agua en este líquido. Me agito salvajemente, mis ojos se abren de par en par mientras un grito terrible crece en mis pulmones y el pánico asalta las paredes de mi pecho. Está todo negro. Estoy bajo el agua y ciega, asfixiándome...

Cierra los ojos, Rosabelle. La voz profunda y traicionera, como algo forjado en el mar, despierta en mi cabeza. Un escalofrío doloroso recorre mi columna vertebral.

Todos hemos oído historias sobre Klaus. Klaus es la razón por la que la Isla Ark existe tal como es. Klaus es la razón por la que el Restablecimiento volverá a reinar. Es la cima de la inteligencia química; un cerebro sintético y omnipotente construido sobre décadas de trabajo e investigación —construido sobre los restos calcinados de la Operación Síntesis—, pero solo unos pocos elegidos han escuchado su voz. Klaus es material de leyenda en el Ark, tan envuelto en secreto que yo había empezado a preguntarme si el programa era siquiera real...

No hay duda de que yo soy real.

Me pongo rígida. Mi ritmo cardíaco, que había bajado, se acelera; mis ojos se agrandan de miedo. Mi cabello se ha soltado de su nudo, largos mechones mojados lamiendo mi cara mientras giro con torpeza en la penumbra. Las náuseas me golpean, mi estómago se contrae contra la nada. Parpadeo, las pupilas dilatándose,

buscando desesperadamente en la oscuridad señales de vida. Profundidades insondables me reciben en todas direcciones, la penumbra infinita rota ocasionalmente por destellos efervescentes. Me muevo hacia una fuente de luz, pero algo sólido me roza la pierna y grito, la sombra llenando mi boca mientras un destello repentino, como una lengua de fuego, ilumina el agua.

De repente: claridad. Estoy en un bosque submarino de luz, ramas delgadas de bioluminiscencia fracturando el agua como circuitos de neón, cada vena pulsando como si poseyera un latido. Docenas de cuerpos lisos y grisáceos aparecen suspendidos en la inmensurable extensión que me rodea, sus formas desnudas electrificándose al azar. Hilos de luz recorren su piel putrefacta, sus ojos huecos brillan. Obviamente llevan mucho tiempo muertos, mentes y órganos sacrificados en el altar del aprendizaje artificial.

Esta debe ser la cuna. Los rumores dicen que Klaus debe ser alimentado; que su alma química nació de materia prima humana; que la cuna se limpia solo cuando los cadáveres vacíos suben, como escoria, a la superficie. No sé cuántos de los rumores que he oído sobre Klaus son ciertos. Solo sé que todos son material para pesadillas.

Te dije que cerraras los ojos.

Esta vez, cuando escucho su voz, no dudo en obedecer. Solo la curiosidad me ha mantenido consciente, pero estoy empezando a perder la batalla por el oxígeno, y es un alivio rendirse. Destellos de color se iluminan y se apagan detrás de mis párpados cerrados, la sensación que los acompaña es como dedos hurgando en mi cráneo. Me rodeo a mí misma con los brazos mientras una inquietud serpenteante sube por mis costillas, retorciendo mis huesos. Mi cabeza se calienta. Choques eléctricos irradian dentro de mí. Las imágenes se filtran en mi visión, escenas de mi vida examinadas con impaciencia y fuera de orden...

un escalofrío de frío cuando mis pies descalzos tocan el suelo esta mañana; Clara, a los cuatro años, atada a mi espalda mientras caminamos por el bosque; amor lleno de asombro mientras veo a mi padre abotonarse el uniforme; el peso de un arma en mi mano pequeña y blanda; sed; sudor resbalando por mi espalda bajo el sol abrasador; *Nada*, mi padre gritando. *No pasa nada... esto es charla de adultos, Rosa, vete a tu cuarto*... dolor, explosivo, cuando me rompo el fémur durante un ejercicio de entrenamiento; la humedad y la oscuridad de tinta del antes del amanecer; el vuelco en mi estómago la primera vez que Sebastian me besa; *Estoy teniendo sueños con mamá otra vez*, dice Clara una mañana, *dice que está buscando sus gafas; quiere saber si las has visto*... asombro, la primera vez que veo una flor; ira; ira; pétalos triturados mientras arranco violentamente las flores de sus tallos; el sonido ensordecedor de la pistola disparándose; Clara perdiendo su primer diente, sonriendo mientras dice: *Mira, Rosa, me estoy muriendo*; mi madre, furiosa porque he llamado a la puerta del despacho de mi padre; el brillo espantoso de su vestido rosa; una mirada salvaje por la ventana; *¿Cuántas veces tengo que decirte que tu papá es un hombre importante? Es el comandante en jefe y regente del Sector 52, ¿no lo entiendes? Tiene responsabilidades serias, y si quieres su atención tendrás que demostrar que eres digna*...

Es como si mi cerebro estuviera siendo desmenuzado, como si Klaus estuviera tamizando todo mi ser, desenterrando desordenadamente el recuerdo de la carne. Las sensaciones zumban a través de mí: el agotamiento y el aislamiento de los años que pasé entrenando; la alegría brillante al sonido de la risa de Clara; el vómito la primera vez que maté a alguien; el jadeo cegador del hambre; la traición de la traición de mi padre; la ira reduciéndome a cenizas; vergüenza; vergüenza; autodesprecio; furia...

Mis ojos se ponen en blanco mientras una nueva agonía estalla a través de mi brazo derecho, las imágenes inundando mi mente con desenfreno ahora: pinzas de acero; cables de neón; los balbuceos de científicos desconcertados; la rabia de Soledad; la repulsión en los

ojos de Sebastian; *No, no lo arreglen; Que el dolor le recuerde la decepción que es; Nos has decepcionado, Rosa; Nos has decepcionado a todos...*

Habían dicho que no duraría más de seis minutos en la cuna. Desearía que mis pulmones fallaran. Desearía saber cómo escapar de este infierno. Estoy segura de que llevo aquí una eternidad...

Extraño, dice Klaus, girando dentro de mi piel. *Muy extraño.*

Me estoy mareando de fatiga. Mi cuerpo parece estar hinchándose, estirándose dolorosamente para acomodar esta invasión mental. El agotamiento me arrastra más y más profundo hacia la oscuridad. Derivo contra un cadáver frío, los dedos muertos de un cuerpo muerto rozando mi mejilla, pero carezco de energía incluso para estremecerme. Me doy cuenta, con cierto alivio, de que finalmente debo de estar muriendo. Otra vez.

No, no morirás hoy.

Mis ojos se abren apenas.

Pero no está claro, Rosabelle Wolff, si mereces vivir.

JAMES

CAPÍTULO 7

A la mierda todo esto. A la mierda este lugar. Odio estar aquí, me odio a mí mismo por pensar que esto era una buena idea, odio a mi familia por tener razón sobre lo idiota que soy, odio el hecho de que nunca podré demostrarles que se equivocan porque soy un imbécil, odio que Warner probablemente tenga razón al decir que la blasfemia es probablemente un fallo de la mente, que solo los idiotas necesitan recurrir al lenguaje soez para expresarse correctamente... o cualquier estupidez que le dijera a Adam aquella vez, no me acuerdo... pero ya he reconocido el hecho de que soy un idiota, así que creo que está bien que me deje llevar por esa personalidad por el momento. Joder.

Golpeo mi cabeza contra el tronco del árbol, asustando a un grupo de pájaros y sacudiendo una capa de nieve. La corteza rugosa me raspa la frente de una forma dolorosa y agradable a la vez, y esto también me cabrea, aunque no estoy seguro de por qué. Da igual. En este momento, todo me está cabreando.

Por un lado, estoy muy feliz de haber logrado escapar. Por el otro... ¿Lo logré? ¿De verdad lo logré? Este lugar. Este lugar espeluznante. Estos capullos tramposos. No me creo que sean tan estúpidos, que realmente me dejen salir de una prisión/laboratorio de alta seguridad con todas sus armas increíbles.

Miro el arsenal de armamento camuflado en un matorral cercano. Si logro poner aunque sea una de estas magníficas piezas de maquinaria en manos de Winston, podría suplicar perdón por ser un imbécil. Pero la verdad es que, a pesar de que técnicamente soy un hombre libre parado aquí congelándome el culo en medio de... —entrecierro los ojos hacia arriba, luego a mi alrededor— algún desastre de bosque musgoso y gélido, no estoy seguro de ser realmente libre. Y no estoy seguro de si alguna vez llegaré a casa.

Empiezo a caminar de un lado a otro. Hecho uno: Hay nieve en el suelo. Hay nieve en el suelo, y maté a, no sé, un montón de gente, y definitivamente dejé un rastro de sangre a mi paso. Logré aguantar lo peor de mis heridas mientras sanaban, pero no estoy precisamente equipado con un botiquín médico. Tuve que sacar dos balas de mi pierna con mis propias manos y luego rellenar las heridas abiertas con nieve; un niño pequeño podría haber señalado mi dirección solo por mis gritos de obscenidades al cielo. Hecho dos: Estoy escondido en el bosque como una princesa de dibujos animados. Incluso sin un rastro de sangre, el Restablecimiento podría escanear fácilmente esta isla con un dron de búsqueda de calor. Hecho tres: Una ardilla tuvo la audacia de trepar por mi pierna con sus garras raras y mirarme con su cara estúpida y adorable, y juro por Dios que creí ver que sus ojitos brillaban. No sé si estoy viendo visiones, pero el cuarto hecho es: No confío en esta gente.

Y en quinto lugar... Gruño mientras me paso las manos por la cara. En quinto lugar, debería haber matado a la chica.

Un pájaro rojo brillante pasa volando por encima y se posa en una rama cercana. Me estudia con sus ojos de cuenta, y yo le devuelvo la mirada, prácticamente desafiándolo a ser algún tipo de robot. —¿Qué estás mirando? —le pregunto. Eriza sus plumas, moviendo la cabeza con espasmos. —Oye, no me sacudas las alas. Sé que probablemente eres algún pájaro cíborg...

Me interrumpe con un trino suave y se aleja volando con otra sacudida de cabeza. Suspiro, apoyándome contra el tronco del árbol. El Restablecimiento me quitó prácticamente todo lo útil que llevaba encima, incluido mi reloj, pero basándome en la posición del sol, creo que es seguro estimar que llevo aquí fuera al menos varias horas. Varias horas que pasé caminando por el bosque y todavía no me han rastreado. No he tenido que matar a nadie en absoluto.

Esta falta de asesinatos recientes me está poniendo ansioso. Cada sonido me sobresalta. Cada criatura de cuento de hadas me

cabrea. La adrenalina no gastada corre por mis venas, poniéndome tenso, volviéndome paranoico.

Me deslizo por el tronco hasta quedar sentado, golpeando accidentalmente mi montón de armas en el proceso. Se iluminan a través de la maleza, despertando de su estupor eléctrico. Apostaría toda mi ropa y el excelente pelo de mi cabeza a que estas cosas tienen rastreadores dentro.

Cierro los ojos, exhalando. Pasé las primeras dos horas manteniéndome ocupado, montando el campamento. Construí un refugio temporal y oculto con materiales locales; recogí nieve para tener agua; robé nueces a las ardillas y bayas a los pájaros. Aparte del hecho de que me estoy congelando con mi suéter ensangrentado, este paisaje no es un desafío. En serio. En uno de mis primeros simulacros de entrenamiento me dejaron abandonado en una jungla remota durante diez días con nada más que una cantimplora vacía, y al final Warner casi me hace un cumplido.

Dijo —y cito textualmente—: *"Eso no fue del todo decepcionante. Pero solo porque tu cuerpo pueda sanar a una velocidad extraordinaria no te hace invencible. Deja de presumir. Pasas demasiado tiempo con Kishimoto. La próxima vez, no lo manches todo de sangre como un idiota. No dejes que tu enemigo sepa de lo que eres capaz. A menos que, por supuesto, tu intención sea ser asesinado rápidamente en tu juventud*".

Una crítica entusiasta. El único problema es que no aprendí de mis errores. Manché todo de sangre, y tal vez estaba presumiendo un poco. Pero Warner casi nunca se equivoca y, según sus cálculos, ya debería estar en esa etapa de "asesinado rápidamente" en mi vida. Esto es algún tipo de manipulación psicológica, sé que lo es. Me dejaron escapar.

Tuve la sensación de que esto era una trampa cuando me echaron en una camilla sin atarme. Debería haber sabido con certeza que era una trampa unos instantes antes, cuando enviaron a

una asesina preciosa a mi celda para distraerme con su belleza. Debería haberla matado en el momento en que me di cuenta de que era humana. Debería haberla desarmado inmediatamente y haberle clavado el cuchillo en uno o en ambos ojos en lugar de perder un latido entero de mi vida preguntándome cómo una persona podía ir por ahí con una cara así sin avisar a la gente primero. Sinceramente, matarla en cualquier momento habría sido una idea excelente.

En lugar de eso, dejé vivo a un enemigo, y lo hice a propósito. Vuelvo a golpear mi cabeza contra el árbol. Normalmente soy bueno compartimentando las cosas. Normalmente guardo mi trauma infantil en una caja sellada herméticamente bajo montones de otra mierda inútil en mi cerebro, pero en ese momento... No sé, fue como si tuviera diez años otra vez.

Ella estaba desnuda de defensas, a punto de morir, totalmente vulnerable, y en lo único en lo que podía pensar era en su hermana pequeña. Que yo sepa, los asesinos en serie no se detienen a pensar en sus hermanitas. Los sociópatas no se ponen emocionales antes de ser asesinados. Y aunque no estaba claro solo con mirarle a la cara, bajo mis manos la chica se sentía tan delgada que era casi antinatural. Como si estuviera desnutrida. Como si tal vez el Restablecimiento la estuviera matando de hambre.

Me recordó a Adam. Adam Kent Anderson, medio hermano de Aaron Warner Anderson; esposo de Alia; padre de Gigi y Roman. Mi hermano mayor, el tipo más amable del mundo. No lastimaría ni a una mosca, se niega a tener un arma. Dirige una empresa de diseño con su esposa. Ayuda a organizar colectas de fondos en la escuela primaria. No tiene interés en el negocio familiar. No le gusta hablar de su pasado. Vamos al mismo restaurante todos los jueves y siempre pide lo mismo: una hamburguesa con queso y sin cebolla.

Adam solía ser un soldado del Restablecimiento, pero se alistó solo para protegerme. Dejó la escuela secundaria para convertirse en un sicario contra su voluntad, y lo hizo para salvarme la vida.

Cometí el error de proyectar su historia sobre ella. Fue un movimiento estúpido y emocional.

No sé nada de la chica excepto que me asesinó, y luego intentó asesinarme una y otra vez. Fue un error enorme atribuirle complejidad a su carácter. Ni siquiera sé con certeza si la chica sigue viva... pero conozco el tipo de milagros médicos de los que es capaz el Restablecimiento. Si llegaron a ella a tiempo, definitivamente vivirá para asesinar otro día. Diablos, vi a ese tipo con el brazo robótico y supe en ese mismo instante que hemos estado subestimando a estos fascistas. No existe un mundo en el que yo simplemente haya escapado del Restablecimiento sin consecuencias reales, y la verdad inviolable de ese hecho me está estresando.

Me meto una baya asquerosa en la boca y mastico. Me pregunto por qué dejaron los ositos de goma en mi bolsillo. Me pregunto por qué me dejan pensar que me salí con la suya. Me pregunto por qué pensé que sería capaz de salir de esta isla sin una estrategia de salida sólida.

"Tu poder te ha vuelto intolerable". Warner me dijo eso una vez. Dijo: *"Pensé que eras molesto cuando eras niño. Tenía razón. Pensé que tal vez se te pasaría con la edad. Me equivoqué. Ahora pareces pensar que eres un superhéroe. Caminas por el mundo como si nada pudiera tocarte. No sé por qué sonríes tanto. Kent sabía que era mejor no sonreír tanto. Ciertamente yo nunca te enseñé a sonreír. Cállate"*, dijo, cuando intenté señalar que él sonreía todo el tiempo últimamente. *"Un día ese optimismo exagerado te va a meter en problemas. Crees que estoy siendo duro contigo. Lo soy. Es porque no quiero que mueras, idiota"*.

Sonrío ante el recuerdo. Eso es lo más cerca que él llega de decir "te quiero, hermanito". Escupo la semilla de la baya.

Robé un jet para llegar aquí —añádelo a la lista de cosas estúpidas que he hecho— excepto que para llegar aquí de forma más o menos indetectada, aterricé el avión en una isla más pequeña

cercana, una que todavía está bajo el gobierno de La Nueva República. Fui en kayak desde la isla pequeña a una isla aún más pequeña, y luego salté en parapente desde un acantilado hacia la extensión más densa y despoblada del Bosque Ark. Por razones obvias, no podía dejar un rastro y, de todos modos, supongo que los chicos en casa ya habrán recuperado el avión que robé. Es poco probable que esté donde lo dejé.

—Bien. Nuevo pivote. Me pongo en pie de un salto y doy una palmada, asustando a un mapache en el proceso. Me mira desde un par de metros de distancia, con un par de patas de rana asomando por su boca. —Sí —digo, señalando al bandido peludo—. Emociónate. Estos capullos no están haciendo ningún esfuerzo por encontrarme, así que voy a encender un fuego, tostar unas nueces y luego vamos a pulir los detalles de un nuevo plan.

El mapache reanuda su masticación, sin parpadear. —Idealmente —digo, metiéndome otra baya en la boca—, la mejor manera de salir de esta isla implicaría robar otro jet. Yo mastico; el mapache mastica. —Pero, siendo realistas, todo lo que necesito es un bote.

Hurgo en el sotobosque, buscando leña seca. —Sé lo que estás pensando —le digo, blandiendo un palo hacia el mapache, que ahora agarra una nuez con su mano—. Estás pensando: "¡James, eso es lo obvio! ¡Van a esperar que hagas lo obvio! ¡Los puertos probablemente estén llenos de explosivos! ¡Fuertemente vigilados! ¡Soldados por todas partes! ¡Demasiados para matar incluso para alguien tan fuerte y capaz como tú!".

El mapache mordisquea la nuez. —Bueno, agradezco el cumplido, pero eso no es lo que vamos a hacer —recojo unos cuantos palos más—. La cuestión es que te diría lo que vamos a hacer, excepto que... me estás grabando ahora mismo, ¿verdad, pequeño panda de la basura? Y no voy a decirles a ustedes, pedazos de mierda, exactamente lo que tengo planeado.

Doy un paso hacia el animal, mirando fijamente sus ojos oscuros. Bajo la inclinación perfecta de la luz, el brillo azul es inconfundible. —Así que —digo, agachándome para encontrarme mejor con su mirada—, si estás viendo este programa ahora mismo, te animaría a preguntarte esto: ¿Qué haría Aaron Warner Anderson? Porque esa es la pregunta que estoy a punto de responder. Y él me enseñó todo lo que sé.

ROSABELLE

CAPÍTULO 8

Porque esa es la pregunta que estoy a punto de responder. Y él me enseñó todo lo que sé.

La transmisión se distorsiona mientras el video se pixela; el sonido de la estática abruma las imágenes hasta que se convierten en un borrón de cielo y ramas. Parece que el recluso ha pateado al mapache a través del bosque. Inmediatamente cambio a otra pantalla, donde una perspectiva diferente —a través de los ojos de un halcón— lo muestra desde arriba.

James Alexander Anderson. Su linaje es legendario.

Mi corazón truena en mi pecho mientras lo observo; un miedo difuso me oprime las vías respiratorias. Finalmente, entiendo las últimas palabras de Soledad. Finalmente, empiezo a comprender el verdadero nivel de caos desatado en nuestra isla.

La familia Anderson es notoria; no solo son responsables de construir el Restablecimiento, sino también de derribarlo. El patriarca, Paris Anderson, fue uno de nuestros fundadores principales. Ascendió de rango a lo largo de los años hasta convertirse en el comandante supremo de América del Norte, solo para ser brutalmente masacrado hace una década por su hijo mayor: el infame y traidor Aaron Warner, quien nos traicionó a todos al desertar con los rebeldes de Omega. Él y su ahora esposa, Juliette Ferrars —hija de otro comandante supremo—, derrocaron al gobierno en uno de los golpes de estado globales más devastadores de la historia.

Se oye el chasquido de una rama, el crujido de las hojas. James se pone de pie para estirarse; su suéter se levanta revelando un vistazo de su torso esbelto. Se revuelve el cabello de manera juvenil y sencilla, y luego entorna los ojos hacia las nubes que se agrupan.

Tomo aire para calmarme. Primero lo vi masacrar a toda una tropa de soldados, y ahora esto. Llevo sentada en esta sala de mando al menos unas horas, viendo a James mover su cuerpo maltrecho y ensangrentado por el bosque. Ha recorrido terrenos difíciles, ha vadeado lagos poco profundos y ha escalado la pared de una montaña empinada, todo mientras cargaba más de cuarenta kilos de artillería a la espalda. En un momento dado, se sentó en el suelo, se abrió sus propias heridas y se sacó las balas de la pierna sin anestesia. Fue horroroso de presenciar.

En este momento, James ha vuelto a sentarse en el suelo cubierto de nieve, con el rostro severo bajo una tempestad de luz de hoguera. Se sube las mangas para revelar unos antebrazos fuertes y marcados antes de atizar las llamas de una fogata decente; sus movimientos son seguros y experimentados. El humo asciende en espiral hacia el cielo, anunciando su ubicación al mundo, pero él parece relajado. Rompe nueces con los puños, con una sonrisa suavizando sus rasgos mientras lanza cáscaras de bellota hacia el bosque, usándolas para golpear objetivos imaginarios.

El juego simple parece complacerlo. Esto me resulta fascinante.

—Ves el problema —dice Damani.

Aparto la vista de James el tiempo suficiente para encontrarme con la suya. Mona Damani, una de los tres comandantes que he tenido el disgusto de conocer hoy. Su largo cabello oscuro brilla bajo la tenue luz de su oficina central, donde cada pared es de cristal tecnológico que se activa con su directiva biométrica. He sido llevada al vientre de la inteligencia sintética, expuesta a los mecanismos internos de la vigilancia del Ark de una manera que nunca antes había experimentado.

De alguna manera, esta es mi vida ahora. Él es mi vida ahora.

—Sí —digo, sin expresión, mientras devuelvo la vista a las pantallas—. Es un adversario competente.

Competente. Aterrador. Si fallo en esta misión, este hombre me masacrará y no le costará nada. Ni siquiera seré una muerte memorable.

—Klaus ha predicho cada uno de sus movimientos —dice Damani, con la voz teñida de satisfacción—. Es la primera vez que hemos podido probar adecuadamente el programa en un sujeto desconocido.

Se queda quieta, con los ojos desenfocados un momento mientras recibe un mensaje entrante. Vuelve en sí y luego consulta otra pantalla. —Ha sido emocionante ver cómo se desarrolla todo en perfecto orden. Un verdadero triunfo. —Termina esta frase mirándome expectante, esperando una respuesta.

—Sí —asiento—. Emocionante.

Hace solo unas horas supe que este nivel de invasión psicológica era siquiera posible. He vivido bajo la bota de hierro de la vigilancia desde que tengo memoria, pero los poderes inexplorados de Klaus han demostrado los límites de mi imaginación: no puedo concebir los peligros incalculables de semejante tecnología, y aún no he decidido si reaccionar con terror o con asco. Es traición de cualquier manera.

Damani logra esbozar una sonrisa. —Tu falta de entusiasmo parece indicar una vacilación por tu parte. —No lo entiende —digo en voz baja—. Yo nunca experimento entusiasmo.

Ella suelta una carcajada repentina, con una mano en el pecho mientras varias emociones —alivio, comprensión, preocupación— se dispersan y desvanecen en su rostro. —Soledad fue quien te conoció por más tiempo, ¿verdad? ¿Desde que eras niña? —Sí.

Damani asiente, como si eso lo explicara todo. —El resto de nosotros no estamos acostumbrados a interactuar con alguien desconectado del Nexus —dice—. Soledad siempre fue mejor que nadie leyéndote; por eso, por supuesto, le reportabas a él. —Suspira pesadamente—. Desafortunadamente, el suyo fue un sacrificio necesario. Perdimos muchas almas brillantes esta mañana, que en paz descansen, todo en pos de un bien mayor para el futuro global. Espero que comprendas el peso de lo que te estamos confiando hoy.

Solo me quedo mirándola. Un ramalazo de hambre me desgarra salvajemente las entrañas; parpadeo lentamente, conteniéndolo. Su sonrisa se vuelve incierta.

—Puedes entender por qué tuvimos que ocultarte los detalles. Era imperativo que tu primer encuentro ocurriera de la manera más orgánica posible; Klaus determinó que tus posibilidades de éxito con el sujeto serían mayores si él tenía motivos para subestimar tu inteligencia. Al fallar en matarlo, te presentaste como alguien débil, una conclusión reforzada por tu súplica final por tu hermana. Manifestaste una fragilidad convincente y lastimera que disminuyó su opinión sobre ti como rival, y al perdonarte la vida, él ha establecido un precedente emocional subconsciente como tu protector, un desarrollo que esperamos... —Se interrumpe, mirando otra pantalla—. Ah. Mira. En un momento va a bañarse en ese lago, justo ahí...

Señala una masa de agua brillante en la cercanía, poniéndola en primer plano. Yo todavía estoy procesando las palabras *fragilidad lastimera*, con el corazón latiendo con fuerza mientras me aseguro a mí misma que no he revelado nada nuevo, que mi mayor debilidad nunca ha sido un secreto. A menudo he sentido que el Restablecimiento se deleita silenciosamente con el hecho de la existencia de Clara, aunque solo sea porque mi preocupación por ella les da ventaja para controlarme.

De repente, James entra en el encuadre, acercándose al lago tal como se predijo. Se quita la camisa por la cabeza, y la vista de su

torso desnudo es tan inesperada que casi desvío la mirada. No quiero ver esto. Se siente voyerista. Y, sin embargo, no puedo apartar los ojos de las pantallas. No se me permite apartar los ojos de las pantallas.

Neutralizo aún más mi expresión mientras él revela un pecho amplio, un torso exquisitamente esculpido. La sangre seca está pintada en su cuello, manchada en su esternón y, confusamente, esto solo aumenta su atractivo físico. Siento subir un calor desconcertante mientras lo estudio; una conciencia física se enciende dentro de mí sin mi permiso consciente.

El puro poder de su belleza es aterrador. La pendiente afilada de su nariz, el corte brutal de su mandíbula, la asombrosa fuerza de su cuerpo. Sería más fácil de categorizar si sus líneas severas no estuvieran suavizadas por sorpresas: la risa fácil, el arrugar de su nariz, los ojos brillantes. Está bronceado en todas partes donde el sol podría tocarlo, con un rastro de pecas dispersas por la parte superior de su espalda. En contraste con su piel besada por el sol, el blanco de innumerables cortes y cicatrices grita en protesta. Archivo esta información: sus poderes de curación no borran los atentados contra su vida.

Distraídamente, me toco la garganta. Me pregunto si James siempre llevará la marca de nuestro primer encuentro. Yo recordaré por siempre, con una claridad insoportable, la forma en que vacilé cuando él me tocó, la forma en que me sostuvo por impulso, manteniéndome firme incluso cuando yo me preparaba para asesinarlo. Siento una punzada de vergüenza.

—¿Qué te dije? —Damani está sonriendo—. Increíble, ¿verdad? —Increíble.

El expediente que me dieron indica que tiene veintiún años. Sus ojos, azules. Su cabello, castaño. Pero bajo el resplandor del sol de la tarde veo que su cabello es más dorado de lo que se presentó originalmente; desde arriba, las hebras doradas brillan bajo la luz

filtrada, otorgando un glamour inesperado a su apariencia. Me hace preguntarme si era más rubio de niño. Me hace preguntarme cómo era de niño, y punto.

Como hijo de un comandante supremo, no pudo haber tenido una crianza fácil y, sin embargo, no puedo comprender qué ecuación emocional explicaría la forma en que sonríe, como si no le costara nada. Hay algo juguetón en él incluso cuando está enfadado; nunca he visto a nadie hacer que la violencia parezca algo casual. Su imprevisibilidad me pone nerviosa. Sigo buscándole patrones y, en su lugar, descubro inconsistencias.

Damani abre una pantalla diferente, esta vez desde la perspectiva de un ratón de campo que lo mira fijamente desde la rama de un árbol. James se queda quieto, como si sintiera la cámara, luego mira por encima del hombro y frunce el ceño, dedicándole un gesto obsceno al árbol antes de desabotonarse los pantalones. —Pervertidos —dice.

La incomodidad se acumula en mi interior. Solo miro sus pies mientras entra en las aguas cristalinas. Murmura una maldición en voz baja, estremeciéndose por la temperatura, y luego se sumerge por completo en el lago. Damani se pone rígida a mi lado. —¿Qué acaba de decir?

Levanto la vista ante su tono tajante. Para sí misma, ella dice: —Repitan eso. Nuevamente, vemos a James probar el agua, maldecir entre dientes y sumergirse en el lago. —No —dice ella, hablando con alguien a quien no puedo ver—. No, se suponía que debía decir "hijo de puta", no "hijo de una puta helada". Sí, mira, me doy cuenta de que te parece un detalle menor, pero esta no es la primera vez...

Damani sale de la habitación, el sonido de sus botas resonando. Se gira brevemente para sellar la puerta de cristal insonorizada, atrapándome dentro con cien ángulos de un James semidesnudo antes de apoyarse en una columna cercana. Sus ojos se

entrecierran mientras me observa, moviendo la boca rápidamente. Devuelvo la vista a los monitores.

No puedo negar que James es hipnotizante de observar. Irradia una fuerza y un magnetismo palpables incluso a través de la distancia de una pantalla. El espectáculo de su belleza poco común me sitúa en una gran desventaja. Resulta chocante ocupar el mismo espacio que él, y este hecho me desconcertó tanto la primera vez que nos vimos que casi fallo en matarlo. No puedo permitirme que me atrapen desprevenida otra vez.

Tomo aire con fuerza, obligándome a mirarlo. A cansarme de mirarlo.

Se sumerge una y otra vez en las profundidades heladas, apartándose el pelo mojado de los ojos, con ríos de sangre diluida bajando por su cuerpo. Me pregunto, mientras lo observo, si tiene algún recuerdo de lo que se le hizo. Probablemente no sepa que fue sumergido en la cuna una y otra vez durante las primeras horas de su encarcelamiento. Probablemente atribuya los lapsos en su memoria a haberse quedado dormido; una mala asignación del tiempo. Nunca adivinaría que Klaus fue capaz de mapear su mente, extraer su historia psicológica y aproximar su reacción a miles de escenarios diferentes durante un período de veinticuatro horas. El programa es todavía imperfecto, inacabado... y aun así fueron capaces de diseñar un plan limitado de acción y reacción. Como resultado, pudieron dirigir a James directamente hacia el resultado que más deseaban, todo mientras le permitían creer que sus decisiones eran propias.

La provechosa ilusión del libre albedrío.

Nada fue más devastador para el Restablecimiento que la revolución que condujo a su caída. Tiene sentido entonces que todos los esfuerzos para alimentar la insaciable mente química de Klaus hayan sido en pos de un programa diseñado para generar la servidumbre voluntaria de las masas. Puedo verlo ahora, los escenarios de uso multiplicándose. Es lógica pura: si creemos que

nuestras elecciones son nuestras —si no sabemos que estamos siendo doblegados hacia la obediencia— no sentiremos la tentación de rebelarnos. El objetivo final de la inteligencia sintética, entonces, es la aniquilación de la inteligencia orgánica. La erradicación de la resistencia.

Un instinto de autopreservación parece fallar dentro de mí ante el pensamiento, un tartamudeo de mi sistema nervioso enviando una advertencia. Sé, incluso mientras lo pienso, que la dirección de mis pensamientos es ilegal. Este miedo limpia la pizarra de mi mente, borrando las teorías como si fueran agua. No es seguro dejar que mis dudas se filtren. He aprendido por las malas que la desconexión del Nexus no es suficiente; la única manera de sobrevivir a las invasiones mentales en el Ark es vigilar mis propios pensamientos, guardándome secretos a mí misma.

Vuelvo a centrar mis energías en James, prestándole toda mi atención mientras se adentra más en el agua. Mi cabeza se inclina al unísono con la suya, imitándolo mientras él se concentra en algo justo bajo la superficie. Se queda quieto de repente... y luego se sumerge con una fuerza sorprendente, reapareciendo momentos después, riendo y sin aliento. Lo veo hacer esto varias veces más antes de emerger, victorioso, con un pez brillante atrapado en un puño.

—Oigan —grita, volviendo su amplia sonrisa hacia una cámara—. ¿Puedo comer esto? ¿O es carne de robot?

El pez se agita desesperadamente en su mano grande. —Quiero decir, miren, comida es comida —está diciendo James—. No soy tan orgulloso como para no comer carne de robot. Pero, ¿cuántos gramos de proteína creen que hay en la carne de robot? ¿Más que en un pez normal? ¿Menos? Solo porque esté de vacaciones no significa que deje de intentar alcanzar mis metas diarias, ¿saben?

Solo porque esté de vacaciones. Su despreocupación: otra absurdidad. Añado esto al archivo que estoy construyendo en mi

cabeza. Más tarde, pasaré más tiempo examinando los datos que he recopilado. Por ahora, miro por encima del hombro a Damani, que ha empezado a caminar por el pasillo corto fuera de la puerta de cristal, gesticulando airadamente mientras habla. Todavía no me ha informado sobre mi nueva misión, pero la retención de información sigue un patrón familiar. Siempre ha sido así.

Al menos esta misión, a diferencia de las otras, es motivo de esperanza. Si ejecuto mis directivas sin fallar, finalmente podría ser liberada del abismo. Clara y yo finalmente podríamos ser libradas del hambre, de la enfermedad. La penitencia que he pagado todos estos años por los pecados de mis padres finalmente podría llegar a su fin. Esta fue la promesa que Klaus me hizo mientras yo era rescatada, como un naufragio, de los fluidos amnióticos de su mente.

Una serie de sonidos de salpicaduras interrumpe mi ensoñación. James sale del agua lentamente, con el pelo goteando y regueros cristalinos serpenteando por los planos duros de su rostro. Tengo cuidado de mantener los ojos por encima de su cintura mientras se desplaza hacia tierra firme. Por primera vez parece casi cansado, cerrando los ojos mientras se queda bajo un parche de sol que se enfría. Lanza el pez hacia su campamento y luego se pone un bóxer oscuro. Finalmente exhalo, un ápice de alivio relajando mis hombros mientras despego los ojos de su cabeza, viéndolo ahora calentarse ante las brasas de su fuego.

Damani irrumpe de nuevo en la oficina. El bombardeo de sonido estalla en mi interior: el golpeteo de sus tacones; el suspiro de la puerta de cristal; un aliento agudo; el tamborileo sordo de sus dedos contra su brazo. Su sonrisa triunfante ha desaparecido. Se ve irritada, aunque no explica ni su irritación ni su ausencia, optando en cambio por cernirse sobre mi hombro, observando a James ahora con una ansiedad palpable que no existía antes.

—¿Ya ha abierto tu carta? —exige ella. Me giro lentamente para mirar a Damani. —¿Qué?

ROSABELLE

CAPÍTULO 9

—Tu carta —dice Damani, impaciente—. La del teniente Rivers. Sebastian —se corrige—. Se confirmó a través de las comunicaciones de Clara que ella te entregó el correo esta mañana. ¿No te acuerdas?

Resisto el impulso de palparme, de buscar en mis bolsillos vacíos la pequeña pila de cartas que Clara me dio hace solo unas horas... no, hace una vida. Pero ya no llevo la ropa de esta mañana. Estoy vestida con un conjunto anodino de uniforme médico rosa. Zapatillas de tenis blancas. Mi solicitud de un uniforme táctico negro de dotación estándar fue rechazada sumariamente. No me devolvieron mis botas. Mi ropa fue incinerada. El abrigo de papá —mi único abrigo de invierno— fue destruido.

—¿Por qué tendría James mi correo? —logro preguntar. Ella frunce el ceño. —El sujeto las birló de tu abrigo en algún momento antes de dejarte en el pasillo. Creo que sus palabras exactas fueron: *Ahora estamos en paz*. Supongo que tiene sentido que no lo recuerdes; estabas casi muerta de fiebre.

Devuelvo la vista a las pantallas, con el corazón latiendo tan fuerte que me preocupa que Damani pueda oírlo. Quizás sea porque se siente como una violación que un extraño abra mi correo antes que yo... o porque no tengo idea de qué podría estar enviándome Sebastian esta vez... o quizás, de forma más aterradora, porque creo que *sí* sé lo que me envía y no quiero procesar la noticia así, con los ojos de mi mundo observándome...

—No importa, aquí vamos —dice Damani, asintiendo hacia los monitores—. Temía habérmelo perdido.

El pánico causa estragos en mi pecho. James se está poniendo sus pantalones tácticos acribillados, subiéndose la cintura alrededor de las caderas cuando la esquina afilada de un sobre asoma por un bolsillo lateral. Contengo el aliento, viéndolo sacar el montón,

confundido solo por un segundo antes de que una sonrisa ilumine sus rasgos. Sacude un poco de agua de su cabello, echa un vistazo al titular del periódico de ayer:

LA ISLA ARK SIGUE LIDERANDO EL MUNDO COMO LA ÚNICA NACIÓN AUTOSUFICIENTE

Luego guarda el fajo de papeles en su bolsillo. Sujeta el sobre pesado entre los dientes mientras sube la cremallera, abotona y se pasa el suéter cubierto de costras de sangre por la cabeza y, finalmente, se sienta ante la hoguera que se apaga.

—Vaya, vaya, vaya —dice, dando vueltas a la papelería en sus manos—. Este papel es elegante.

De alguna manera, mi corazón late aún más fuerte. Me impresiona, mientras lo observo, que James vive en su piel sin autoconciencia, cómodo a pesar de las violentas cicatrices de su cuerpo, a pesar de saber que está siendo observado. Este hecho despierta en mí una envidia voraz que soy incapaz de suprimir. Él mira hacia una ardilla cercana y Damani cambia de pantalla para captar mejor su rostro.

—La gente ya no envía cartas —le dice al roedor, rasgando el sobre—. No a menos que quieran decir algo realmente...

Las cejas de James se disparan hacia arriba, las palabras muriendo en su garganta mientras extrae la tarjeta brillante de su funda. Observo, paralizada, cómo sus ojos recorren la página. Levanta la cabeza bruscamente, frunciendo el ceño a la ardilla cuando dice: —¿Quién carajo es Sebastian?

Damani se ríe, dando palmadas. —Oh, esto es genial.

Apenas respiro. —¿Se va a casar? ¿La asesina en serie se va a casar la próxima semana con algún idiota llamado Sebastian Alastair von Idiota el Cuarto? La bilis me ha subido por la garganta. —Tú eres la asesina en serie —me dice Damani en voz baja—. El sujeto se

referirá a ti como asesina en serie varias veces más durante las próximas doce horas. —Lo siento, ¿pero su prometido sabe que ella podría estar muerta ahora mismo? ¿Sabe siquiera que es una asesina en serie? —James parece inusualmente molesto por la invitación, la cual no pierde tiempo en sostener sobre el fuego, mirando fijamente cómo las llamas devoran la costosa papelería—. Boda deprimente.

—Felicidades, aunque sea tarde, por cierto —dice Damani—. La isla es un hervidero; todos recibimos nuestras invitaciones ayer. Será la boda del año.

Niego con la cabeza apenas un milímetro, plenamente consciente de que todos los oficiales del Ark —incluido Sebastian— me están observando esperando una reacción. —Él no es mi prometido —suelto a la fuerza—. No nos vamos a casar.

James recoge una roca de tamaño considerable que lanza con fuerza contra un peñasco pequeño, con los ojos fijos mientras ve cómo se rompe. De los restos recoge un trozo dentado. —Estoy segura de que es difícil de creer —me dice Damani, con los ojos todavía pegados a las pantallas. James ha empezado a usar una piedra redonda como martillo, golpeándola contra los bordes rugosos del trozo dentado, afilándolo para convertirlo en una hoja rudimentaria—. Ciertamente nadie pensó que el teniente Rivers honraría el compromiso tras la caída en desgracia de tu familia. Pero presentó un argumento apasionado ante el consejo, y la moción se aprobó con sorprendentemente poca objeción.

Trago saliva. Siento la garganta en carne viva. —Ah, y deberías saberlo —añade Damani, dedicándome una mirada—. De ahora en adelante, hemos decidido que reportarás al teniente Rivers...

Me pongo rígida; la afirmación es como una bofetada en la cara. —...quien te conoce casi tan bien como lo hizo una vez Soledad.

En la pantalla, James está usando la hoja rudimentaria para afilar un palo y convertirlo en una lanza. —Todos comprendemos las complicaciones de que reportes a tu prometido, pero el deber prevalece sobre todo lo demás en este caso. Hasta que podamos conectarte a la red, tendrás que estar bajo el mando de alguien que conozca tu historial. La boda tendrá que posponerse de todos modos —solo hasta que la misión se complete—, pero estoy segura de que Sebastian lo entenderá.

—Comandante... Damani levanta un dedo, con los ojos desenfocados mientras recibe un mensaje. Mira de nuevo a James antes de decir: —Afirmativo.

Hay un latido de silencio, un estallido sordo... Una explosión de fuego sacude las pantallas; la onda expansiva eleva a James por los aires antes de lanzarlo como a un muñeco de trapo contra un árbol vecino, del cual una bandada de pájaros se dispersa como metralla. Los gritos furiosos de la fauna puntúan la bruma de fuego y humo, casi ahogando el grito de agonía de James mientras golpea violentamente cada rama en su caída por el tronco, golpeando finalmente el suelo del bosque con un impacto seco a varios metros de donde estaba antes.

No se mueve. Un pico de pánico me impulsa a gritar y mato el instinto sin piedad, cerrándome tanto hacia adentro que empiezo a sentirme entumecida, extraña en mi propio cuerpo. Me recuerdo a mí misma que estoy muerta por dentro. He estado muerta por dentro durante años.

Observo en silencio gélido cómo las estrías de sangre fracturan el suelo nevado bajo él. Cuando hablo, mi voz suena lejana. Plana. —¿Cómo han hecho eso? —pregunto.

Damani se ríe, mirándome entonces con algo parecido al aprecio antes de estudiar a un James ensangrentado y tiznado en la pantalla. —Realmente eres una de nuestras mejores ejecutoras —dice—. Soledad siempre hablaba de lo imperturbable que eras. Dijo

que una vez te comiste un sándwich entero después de decapitar a un prisionero.

Eso es mentira, no le digo. James empieza a agitarse, un grito estrangulado arrancándose de su garganta. La posición de sus extremidades, noto, es antinatural; fragmentos de hueso han atravesado la pernera de su pantalón, la manga de su suéter. Mi pecho se hunde solo un poco.

Suavemente, digo: — No recuerdo que me ofrecieran un sándwich.

Damani vuelve a reír, esta vez más fuerte. —Ya. En fin, detonamos por control remoto el arsenal de artillería que robó. —Señala a James, que ahora convulsiona de dolor—. El sujeto no parece entender que todo lo que aprendió de su hermano le fue enseñado primero por su padre... quien fue entrenado, desde el principio, por nosotros.

—Idiota —susurro, viéndolo luchar. James gime, llevando una mano temblorosa a su pecho, luego a su brazo roto, a su pierna rota. Suelta una sarta de improperios antes de desfallecer, jadeando por aire.

—Obviamente no queremos que muera, todavía no —dice Damani—, pero esta incapacitación nos da el tiempo que necesitamos para preparar la siguiente fase. Klaus predice que, además de romperse los huesos principales, la gravedad de la explosión causará que el sujeto sufra un desgarro parcial de una vértebra mid-cervical y una hemorragia cerebral. Se espera que los poderes del sujeto sean lo suficientemente fuertes como para revivirlo durante la noche, otorgándonos un receso de aproximadamente seis a ocho horas en el programa. —Se gira hacia mí, abriendo la boca para decir algo más, luego duda—. Es un alivio —dice finalmente— que ya nadie aquí porte el gen mutativo. ¿Verdad?

No digo nada al principio, tratando de decidir si esto es una prueba. Pero, con el Restablecimiento, la mayoría de las cosas son una prueba. A todos nosotros en la isla se nos administró la vacuna mutativa, la terapia de edición genética que revirtió los efectos de un programa experimental diseñado por el Restablecimiento en sus primeros años. Todas las transmutaciones supernormales —como los poderes de curación de James— fueron borradas de la población de la noche a la mañana. Como resultado, todos se volvieron mucho más fáciles de gobernar.

Todos, excepto yo. —¿Verdad? —pregunta de nuevo.

Asiento. —El experimento —dice Damani—, por brillante que fuera para su época, resultó ser un enorme dolor de cabeza en el continente. —Sonríe ahora, con un aspecto extraño—. Gente corriendo por ahí con poderes no regulados, sin probar. Al final volvieron todo nuestro duro trabajo contra nosotros. ¿No fue así?

Esta es la teoría que circula, la inquietante hipótesis sobre Rosabelle Wolff, hija del deshonrado oficial de alto rango que se vendió a los rebeldes por una miseria. La gente cree que no puedo conectarme al Nexus porque conservé el gen mutativo; que de alguna manera poseo un poder lo suficientemente fuerte como para resistir los avances de la tecnología. Algunos piensan que mi padre tuvo algo que ver. Que soy una infiltrada, una agente doble. El hecho de que no puedan leer mi mente hace que sea imposible estar seguros... pero cómo podría ser esto cierto, ni siquiera puedo imaginarlo. No he hablado con mi padre en más de una década.

—¿No fue así? —pregunta de nuevo. —Sí —digo—. Así fue.

Se oye un crujido brutal, luego un grito desgarrador, y me giro bruscamente hacia las pantallas, donde James está intentando recomponer su pierna. Sus manos están resbaladizas por la sangre, su rostro contorsionado por el dolor. Por un momento pienso que no puedo imaginar su agonía, y luego recuerdo que sí puedo.

—Estamos aprendiendo de nuestros errores, Rosabelle. Hemos aprendido que necesitamos controlar cada aspecto del experimento *ad infinitum*. Para siempre. —Damani pone una mano en mi hombro, y resisto el impulso de romperle el cuello—. Sin un control constante, no podemos garantizar resultados, ¿verdad? —No —digo—. No podemos.

Me sostiene la mirada un instante. —Tu reunión con Soledad estaba programada originalmente para mañana. Ante tu inminente despliegue, completarás tu interrogatorio hoy. Una vez que hayas sido autorizada, el teniente Rivers te guiará a través de los próximos movimientos de la misión.

Siento que el pánico aumenta. —Comandante, con todo el respeto, necesito hablar con mi hermana... —Luego —dice ella, antes de señalar con la cabeza hacia la salida.

Se oye el suspiro del cristal desellándose, una ráfaga de aire... y me giro, como a través del tiempo, hacia la puerta que se abre.

ROSABELLE

CAPÍTULO 10

Me desplomo en la silla de acero, con la cabeza caída hacia un lado. Familiares pulsos eléctricos parpadean detrás de mis ojos, me duelen los dientes, me provocan espasmos en la garganta. Parece que no puedo dar órdenes a mis extremidades. Ya no siento mi piel. Durante tres horas he resistido el impulso de tener arcadas ante el sabor metálico de mi boca. El ácido se revuelve en mi estómago vacío. El hambre y el delirio anulan cualquier pensamiento coherente.

Me sacudo hacia arriba, dándome cuenta de que tenía los ojos cerrados solo cuando se abren de golpe, lagrimeando ante el resplandor de una luz excesivamente brillante. Una frecuencia de estática aguda llena mi cabeza; el murmullo de voces suena lejano e inconexo.

—La capacidad cerebral ha bajado otro punto porcentual —dice alguien—. Se está deteriorando a un ritmo exponencial. Tendremos que pasar a preguntas de sí o no.

—Rosa —dice una voz, con ese tono familiar y chirriante—. Rosa, solo quedan unos minutos. Luego tendrás un descanso.

Intento mirarlo, pero mis pupilas están dilatadas de forma antinatural; los detalles se emborronan bajo la dura iluminación de la sala de examen. Entornando los ojos con dolor, desvío la mirada y me doy cuenta, al bajar la vista, de que me ha tomado la mano, sosteniéndola con ternura entre sus palmas borrosas. La repulsión me vence. Vomito. La acción involuntaria es automática, pero mi vientre vacío apenas conjura nada más que humillación.

Alguien me limpia la boca. —Rosa —dice él con amabilidad—. Concéntrate por mí, ¿de acuerdo? Solo preguntas de sí o no ahora. ¿Consideras alguna vez hacer daño a la gente de la Isla Ark?

Mi pecho todavía se agita. —Negativo —dice una voz lejana.

—¿Te encuentras alguna vez simpatizando con los líderes de La Nueva República? Levanto la cabeza; el color y la luz se emborronan donde debería estar su rostro. —Negativo —dice una voz lejana.

—¿Alguna vez dudas de...? Suena la estridente alarma de una señal de socorro; una voz se esfuerza por encima del estruendo para decir: —La capacidad cerebral está en un nivel crítico. Treinta segundos.

—Rosa —dice él rápidamente—, ¿dudas alguna vez de las acciones del Restablecimiento? —Afirmativo —dice una voz lejana.

Hay una pausa tensa. —Veinte segundos antes de un daño cerebral permanente. —Rosa.

Siento los labios extraños. Gomosos. El chillido constante de la alarma sigue resonando en la sala. —Quince segundos.

—Rosa, ¿tus dudas llegan a abrumar alguna vez tu lealtad al Restablecimiento? Mi cabeza cae hacia atrás. —Negativo —dice la voz, gritando por encima del estrépito.

Me sacudo hacia adelante sin previo aviso, jadeando mientras cientos de puntas láser se retraen de mi cuerpo, liberándome de una parálisis simulada. La alarma se apaga.

Me desplomo en mi asiento; el respaldo de la silla se clava dolorosamente en mi cuello mientras mis sentidos despiertan lentamente. El frío se filtra en mi piel; los moratones florecen a lo largo de la parte interna de mis brazos y en otros lugares... en todas partes. Ya puedo sentirlos brotar, como siempre hacen, por mi torso, envolviendo mi espalda.

Mi ritmo cardíaco sigue siendo demasiado lento; mis pulmones siguen comprimidos. Me esfuerzo por respirar, con las extremidades temblando. Ahora puedo sentir la presión de sus manos, su forma y peso familiares. Intento apartarme, pero su agarre solo se aprieta.

Levanto la vista, buscando, como si fuera a través del agua. Mis pupilas se contraen, restaurando mi visión por grados; la habitación se enfoca lentamente. En el borrón que se disipa, mi mente conjura su rostro a partir del recuerdo; retratos viejos y nuevos se superponen como dobles exposiciones antes de resolverse en el momento presente.

De cerca está más tenso, más afilado; pero su pelo es el mismo de siempre: negro azabache a juego con sus ojos. Lo miro vacante, incluso mientras ráfagas de sensaciones me invaden: el apretón de la infancia, la presión de la luz del sol, una carrera sin aliento bajo la lluvia de verano.

Sebastian sonríe, pero el esfuerzo está forzado por una preocupación genuina. Desvío la mirada; mis ojos cansados caen sobre la extensión de su torso, el objeto de mi fascinación interminable. Tantas horas de mi vida he pasado preguntándome cómo podría arrancarle el corazón del pecho.

—Rosa —dice suavemente, deslizando un dedo bajo mi barbilla, levantándome la cara. Me acaricia la mejilla con el pulgar y estoy demasiado cansada para estremecerme—. Felicidades. Tus autorizaciones han sido aprobadas por otro mes.

No digo nada a esto. Nunca digo nada.

Mis interrogatorios mensuales siempre habían sido gestionados por el teniente Soledad, pero ejecutados por el teniente Rivers. Ahora que Soledad está muerto, supongo que Sebastian —el teniente Rivers— asumirá ambos roles. Nunca llegué a acostumbrarme a sus ascensos a lo largo de los años; nunca me aclimaté a llamarlo de otra forma que no fuera Sebastian. Crecimos juntos. Nuestras madres eran mejores amigas.

Durante muchos años, él lo fue todo para mí.

—Siempre agradezco ser yo quien haga esto por ti —dice, apretando mis manos—. Cuando estemos casados, podré cuidarte aún

mejor. Mis informes personales serán mucho más exhaustivos, lo que significa que podré solicitar periodos más largos entre interrogatorios.

Trago saliva; el movimiento es doloroso. Mi garganta está desecada. —Sebastian. —¿Sí? Vuelvo a tragar. —¿Puedo tomar un poco de agua?

Él niega con la cabeza, retrocediendo, con los ojos entrecerrados por la angustia. —Tus vales de comida aún no se han renovado. En cuanto lleguen, te lo haré saber.

Una vez más, trago saliva. Mis raciones disminuyen de semana en semana, dejando casi nada al final del mes; este suministro se repone solo después de que he superado mis interrogatorios. El problema es que recibo apenas comida suficiente para una persona. Clara no cuenta en el reparto. El Restablecimiento no cree en desperdiciar recursos en los débiles.

—¿Por qué tienes que darle tanto? —pregunta él—. ¿De qué sirve? ¿Cuando sabes cómo va a terminar?

Me aparto de él sin elegancia, tropezando mientras lucho por ponerme de pie. Sebastian intenta alcanzarme automáticamente y, en mi prisa por escapar de él, choco contra una pared de armarios de acero, despertando una cascada de sonido. La desorientación persistente es casi peor que el interrogatorio en sí. No me gusta perder el control.

—Necesito ver a Clara —digo, intentando estabilizarme—. Necesito decirle que me voy. Nunca antes he salido de la isla y tendré que hacer planes para ella. Necesito limpiar las ventanas. Hoy no limpié las ventanas y, si no limpio las ventanas todos los días, el hollín mancha el cristal y ella no puede ver afuera y necesita... —tropiezo, la habitación se inclina— necesita poder mirar afuera o ella, ella... Debería hablar con Zadie. Uno de sus hijos acaba de

perder sus raciones de la semana, y si le doy algunos de mis vales de comida tal vez me ayude a cuidar de Clara mientras no esté...

—Rosa... —Me gustaría irme a casa —lo interrumpo, tocándome los dedos con la boca con alarma. Se me ocurre que podría estar hablando demasiado, y la comprensión me asusta—. Estoy cansada —digo, bajando la mano—. Me gustaría irme a casa ahora.

Sebastian toma aire. —Está bien —dice—. Se te permite un breve interludio antes del despliegue de mañana. Supongo que puedes tomarlo ahora. —Gracias.

—Te llevaré de vuelta volando y podemos repasar el itinerario de mañana una vez más. Recuerda —dice, y finalmente me encuentro con sus ojos—, Klaus solo pudo trazar un programa de acción para veinticuatro horas. Para el amanecer nos quedarán poco menos de tres horas de guion. Después de eso, el comportamiento del sujeto ya no es seguro. Estarás sola para gestionarlo.

Asiento ciegamente. —Entiendo.

—Dame un minuto para recoger algunas cosas antes de irnos —dice Sebastian, dedicándome una sonrisa—. Ahora que estamos comprometidos, puedo quedarme contigo a pasar la noche.

Mi mente se despeja en un instante. —¿A pasar la noche?

Él se ruboriza; niega con la cabeza. —Solo quiero decir que puedo ayudar a cuidarte.

Me doy la vuelta en respuesta, mirando al vacío mientras mi corazón late con fuerza. En menos de veinticuatro horas mi vida ha sido reordenada hasta ser irreconocible. Soledad está muerto: un motivo de celebración. Y, sin embargo, he sido liberada de un agresor solo para ser encadenada a otro.

Nunca más podré mantener a Sebastian a raya, soportándolo mes a mes. Ni siquiera puedo rechazar su propuesta sin ser acusada de locura... o algo peor, de deslealtad. ¿Quién sino un traidor

rechazaría una oportunidad de salir del abismo? ¿De casarse con riqueza y prestigio? ¿De no conocer nunca el hambre?

Y luego está Clara. *Si te casaras con Sebastian, las cosas mejorarían. Quitarían las sanciones. No tendrías que fingir que tenemos comida en nuestras alacenas cada mañana.*

Casi me sobresalto cuando Sebastian intenta tomar mi mano de nuevo, con los ojos suavizándose cuando dice: —No tienes que darle a Zadie tus vales de comida, por cierto. Clara estará bien. Ella sabe que te han dado una nueva misión, sabe que estarás fuera de la isla por un tiempo y sabe que la van a trasladar por la mañana.

—¿Qué? —Una ola de frío recorre mi cuerpo, embotando mi cerebro, frenando mi corazón acelerado—. ¿Trasladarla a dónde?

—Voy a hacer que la muden a la casa de mi madre. Tendrá una enfermera dedicada y atención las veinticuatro horas mientras no estés. —Sonríe—. Ya he obtenido la aprobación.

Un miedo fosilizado dentro de mí se relaja, amenaza con desplomarse. Se siente casi como alivio, lo que parece una trampa. Estudio las líneas suaves del rostro de Sebastian; la sutil barba incipiente que me dice que se está haciendo tarde. Sus ojos son sinceros.

—Pero nunca te ha importado Clara —digo.

—¿Puedes culparme? —La sonrisa de Sebastian es autocrítica, como si hubiera dicho algo encantador—. El simple hecho de su existencia te está matando. Es parásita.

El instinto de cerrarme es reflexivo. Siento que sucede casi sin mi permiso; los sentidos se apagan hasta que mi propio cuerpo me resulta extraño. Mi pelo parece el pelo de otra persona; mi piel parece la piel de otra persona. Me oigo decir, desde lejos: —Entonces, ¿por qué te importaría ahora?

Sebastian da un paso adelante, y me he retirado tan profundamente dentro de mi mente que apenas lo siento cuando me atrae hacia él, apoya su frente contra la mía.

—Siempre te he querido, Rosa. Después de todo lo que pasó con tu familia —niega con la cabeza—, solo he querido cuidarte. Incluso si eso significa cuidar de tu hermana. —Su voz se vuelve más profunda, más suave—. Siento que hemos estado esperando toda nuestra vida por esto. Todavía no puedo creer que esté sucediendo. Después de todos estos años, realmente vamos a estar juntos.

Sebastian saca un anillo de su bolsillo, y un carrusel de recuerdos me recorre, empujándome más profundamente hacia el abismo: el sabor de la sangre que vomité mientras él miraba; el sonido de su voz sacarina, resonando: *Nos has decepcionado, Rosa, nos has decepcionado a todos*; el dolor cegador en mi brazo derecho; los sonidos inconexos de mis propios gritos; *Nos has decepcionado, Rosa*; el raspado de la piedra bajo mis rodillas; el jadeo de un aliento entrecortado; *Nos has decepcionado a todos*; la violencia silenciosa de la banda de oro que desliza en mi dedo muerto.

Lo estudio, brillando contra mi piel. Centímetro a centímetro, levanto la cabeza para mirar a Sebastian. Un destello de luz azul parpadea en sus ojos oscuros, y me doy cuenta de que no sé cuánta gente está mirando. *Solo los criminales necesitan privacidad, Rosa.*

—Sé que no puedes usarlo mientras no estés —susurra—. Y sé que aún no estamos casados. Pero quiero que te lo lleves contigo, para que recuerdes por qué estamos luchando.

Me sonríe con un afecto genuino y desenfrenado, y me quedo atónita, no por primera vez, por la capacidad de Sebastian para vivir en un paisaje onírico forjado enteramente por el engaño. No siempre fue así. A lo largo de los años lo vi entregar su mente a pedazos, dedicándose al culto de la opinión colectiva, ofreciendo fe ciega a cambio de fraternidad.

A veces, cuando floto a salvo bajo el velo del sueño inminente, descubro que puedo ser generosa con mis pensamientos. En el crepúsculo de la conciencia, mi corazón se expande lo suficiente como para recordar a Sebastian como fue una vez, lo suficiente como para compadecer al hombre que es ahora. El sentimiento nunca dura lo suficiente como para proporcionar consuelo.

Si fallo en esta misión, me quedaré sin opciones. Sebastian se cernirá sobre mí siempre, matándome suavemente por el resto de mi vida.

JAMES

CAPÍTULO 11

Me despierto de la misma forma en que me desmayé: cabreado.

El corazón me truena, la cabeza me pesa; abro los ojos ante un borrón de colores, entrecerrándolos por el resplandor de la luz. Tengo sangre en la boca, en las orejas, pegada al pelo, seca sobre la piel. El dolor se irradia por mis articulaciones. Parpadeo, y mi visión se va aclarando. Los azules y verdes del bosque cobran nitidez, el fulgor del sol matutino se fractura a través de una cortina de ramas. Dejo que los ojos se cierren, ya agotado, y paso una mano temblorosa por mi cuerpo, buscando huesos rotos. Solo cuando confirmo que mis extremidades están totalmente intactas, exhalo con alivio.

Hijos de puta.

El suelo bajo mí está frío y húmedo; mi ropa, rígida y apelmazada por la sangre. Los restos de la fiebre aún se aferran a mi piel sobrecalentada y pegajosa, y me estremezco involuntariamente, presionando la palma de mis manos ensangrentadas contra mis ojos.

Este dolor de cabeza es digno de un premio. Este dolor de cabeza es tan malo que deberían estudiarlo. Alguien debería vender entradas para esta pesadilla. La gente debería hacer cola por la oportunidad de probarse mi cráneo para apreciar cómo se me ha derretido el cerebro entre las orejas.

No suelo desmayarme a menos que las cosas se pongan realmente mal —peligrosamente mal— porque, aunque el sueño generalmente acelera el proceso de curación, la compensación rara vez vale el riesgo. He aprendido por las malas a lo largo de los años que es bastante fácil que alguien termine de asesinarme, por ejemplo, cuando estoy demasiado inconsciente para defenderme. En este caso, no recuerdo haber tenido elección.

Entorno los ojos de nuevo, estudiando la inclinación del sol. Es temprano por la mañana, lo que significa que he estado inconsciente, expuesto y completamente vulnerable durante al menos varias horas. El hecho de que estos capullos me hayan dejado vivir para ver la luz del día me dice que nuestra diversión juntos ni siquiera ha empezado. Lo de anoche fue solo un aperitivo de todo lo que está por venir. Genial.

Me incorporo hasta quedar sentado, haciendo una mueca. El dolor está disminuyendo, pero lentamente, lo que me indica que este ha sido un ataque más brutal de lo normal. Me apoyo contra el tronco del árbol más cercano, cerrando los ojos de nuevo con un suspiro. Maldita sea, acababa de terminar de lavarme toda la sangre de la primera ronda de intentos de asesinato. Como dije: *hijos de puta*.

Esta situación ya no tiene gracia. Para que conste, nunca la tuvo, pero ahora estoy realmente cabreado. Muy cabreado. Como aquella vez que alguien casi mata a Juliette durante una aparición pública y quedó tan mal que tuvo que volver a aprender a caminar. O cuando nos obligaron a mudarnos de nuestras casas a un complejo fortificado por razones de seguridad. O incluso aquella vez que Kenji se comió el sándwich que yo había guardado para la cena y no se disculpó.

Levanto la vista, distraído por un movimiento repentino, solo para descubrir a una ardilla mirándome boca abajo. Un pulso inusual de rabia despierta mi adrenalina y atrapo al monstruo peludo de un solo movimiento, mirando brevemente sus brillantes ojos azules antes de romperle el cuello. Busco en el suelo del bosque algo afilado y lo uso para abrir a la criatura, dejando al descubierto sus entrañas resplandecientes. Entorno los ojos.

No hay cables eléctricos recorriendo sus venas, ni órganos mejorados con maquinaria. No hay nada que indique un cambio de estado, excepto un sutil brillo azul que reluce por toda su anatomía, por lo demás ordinaria. Separo el resto del cuerpo, con los dedos

goteando sangre, hasta que descubro el chip casi indetectable enterrado dentro de su cerebro. Arranco la pequeña pieza, con mis manos grandes torpes, y la sostengo hacia la luz de la mañana, examinando la extraña textura de metal azul, similar a una huella dactilar.

Experimento un sombrío momento de triunfo. Olvidad las armas. Si consigo llevar esto a casa, podríamos tener una oportunidad de entender exactamente a qué nos enfrentamos.

Con la fiebre desaparecida y la energía volviendo a mi cuerpo, decido probar mis fuerzas, usando el tronco del árbol como apoyo mientras me pongo en pie. Con cuidado, apoyo el peso en mis piernas, exhalando aliviado cuando todo parece estar en orden. Lanzo el cadáver de la ardilla alienígena al bosque, me guardo el chip en el bolsillo y me giro para mirar a la fauna, cuyos muchos ojos me observan desde arriba.

—Juzgad todo lo que queráis —murmuro—. No voy a darme otro baño.

Trepo por la base del tronco, me impulso hacia la rama más baja y me elevo, enderezándome en el madero solo para golpearme la cabeza con la rama que tengo justo encima. Me froto la nuca, frunciendo el ceño, y cuando me giro para fulminar con la mirada a la rama ofensora, camino de cara contra una enorme telaraña, grito como una niña pequeña, pierdo el equilibrio y casi me caigo del árbol.

Casi puedo oír a los animales riéndose de mí.

—Vale, de acuerdo, se acabó el espectáculo —digo, encontrándome con los muchos ojos que me observan a través del follaje—. Y si la asesina en serie buenorra está viendo esto ahora mismo, me gustaría dejar constancia, para que conste, de que me estoy recuperando de lo que estoy seguro que fue una lesión cerebral reciente. —Me quito los hilos de seda de araña de la cara y

luego escupo restos de telaraña pegajosa en dirección a unos pájaros indignados—. ¿Y además? Las telarañas hacen que mis entrañas se sientan raras. Las telarañas hacen que las entrañas de *todo el mundo* se sientan raras. No pretendáis ser mejores que yo.

Un gorrión aterriza en mi hombro justo entonces, y me sobresalto cuando sus alas aletean y se posan junto a mi cara. El pájaro y yo nos giramos para mirarnos al mismo tiempo, manteniendo un momento de contacto visual extraño e intenso, y aunque sé que es un pájaro-robot demoníaco, no puedo evitar estirar la mano y acariciar su cabecita suave. Trina suavemente bajo mi tacto.

—Estoy viviendo el sueño de Kenji ahora mismo —susurro, sin dejar de acariciar la cabeza del pájaro—. Excepto por toda la sangre, soy básicamente un príncipe de cuento de hadas. Todo lo que necesito es un número musical y un hada madrina. Ahora lárgate de aquí.

De un revés quito al pájaro-robot de mi hombro y vuelvo a mirar al follaje con ojos entrecerrados. De un vistazo, calculé que los perennes de esta región remota medían al menos treinta metros de altura; algunos incluso más. Esto servirá. Tomando aire, salto a la siguiente rama.

Con cuidado, trepo por el árbol lo más rápido posible. Mis movimientos son todavía un poco lentos, pero mis niveles de energía mejoran por momentos, y para cuando llego a la cima —respirando solo un poco más fuerte de lo habitual— no me siento decepcionado. Tengo una vista aérea decente de la mayor parte de la isla.

No es una sorpresa que nunca hayamos podido meter satélites en el espacio aéreo del Ark, pero el hecho de que no tengamos imágenes de este lugar desde arriba nos ha asestado algunos golpes serios. No tenemos ni idea de qué tipo de infraestructura militar tienen aquí; ni idea de la escala de su armamento; ni idea de qué nueva tecnología loca podrían estar construyendo. Pero está claro,

incluso tras un vistazo superficial, que este lugar fue planeado con precisión. El bullicioso epicentro está coronado por edificios altos de aspecto importante, mientras que cuadrados perfectos de comunidades residenciales rodean las afueras. Es fácil distinguir las escuelas, los puentes, los aeropuertos, las tierras de cultivo. Exhalo lentamente, asimilándolo.

De alguna manera, es incluso peor de lo que pensaba.

Warner dijo que siempre había sospechado que el Restablecimiento estaba construyendo un santuario en alguna parte; que, de hecho, no tendría sentido que no tuvieran un plan de reserva. Pero en las semanas siguientes al colapso del Restablecimiento, no tuvimos los recursos para evitar que la élite del régimen huyera del continente. Nuestra gente casi muere derribando el sistema; Juliette, en particular, estaba tan mal que cuando la pusieron a salvo nadie estaba seguro de que sobreviviría. No había ancho de banda para pensar en otra cosa que no fueran los incendios inmediatos frente a nosotros.

Pero nunca imaginamos que el problema pudiera ser así de enorme. Ahora, mientras observo el paisaje altamente desarrollado, todo cobra sentido. El Restablecimiento nunca se iba a rendir sin luchar.

El problema era que nunca pudimos entender cómo se habían recuperado lo suficientemente rápido como para lanzar una guerra encubierta. ¿Cómo habían amasado un nuevo arsenal de armas? ¿Establecido nueva tecnología de vigilancia? ¿Reconstruido una red de espionaje? ¿Cómo estaban investigando? ¿Y las tierras de cultivo? ¿Un sistema de agricultura autosuficiente? ¿Aeropuertos? ¿Instalaciones médicas, de investigación, capacidades de fabricación?

El primer ciberataque nos golpeó solo unos meses después de tomar el poder. Los primeros asesinatos —de científicos e ingenieros

clave— ocurrieron unos meses después de eso. Los golpes nunca dejaron de llegar.

Nos llevó años comprender que sus planes para la isla eran anteriores a su ascenso al poder. El Restablecimiento empezó a construir el Ark antes incluso de lanzar el régimen. La mayoría de los miembros fundadores —mi padre incluido— tenían vínculos con el complejo industrial militar, habiendo amasado su riqueza como contratistas de defensa. Resulta que utilizaron empresas fantasma y firmas de inversión privada para comprar propiedades en la isla durante muchos años, expulsando finalmente a los pocos residentes que quedaban hasta que la tierra rodeada de agua estuvo totalmente bajo su control. Empezaron a sentar las bases de esto —su escondite— unos años antes de haber empezado siquiera la campaña por el poder. Así de seguros estaban de sus planes.

Se me tensa la mandíbula mientras examino la escena unas cuantas veces más. Cualquier cosa que pueda compartir con el equipo valdrá mucho, y grabo todo lo que puedo en mi memoria. Solo en mi último escaneo de la isla noto algo extraño: una de estas cosas no es como las demás.

Me tapo los ojos con la mano, entrecerrándolos contra el resplandor del sol matutino para ver mejor. Hay un grupo de edificios pequeños y anodinos salpicando un valle remoto y abandonado en la distancia. Las estructuras son tan insignificantes que casi se me pasan por alto, no solo porque no llaman la atención, sino porque están plantadas en una región asfixiada por un bosque salvaje a un lado y un acantilado escarpado al otro. Su construcción parece sencilla; desde aquí, parecen estar hechas de madera, y casi parecen cobertizos de almacenamiento.

Mi primer pensamiento es que podrían formar un depósito de armas discreto... excepto que parece haber volutas de humo saliendo de los techos, como si los edificios desvencijados tuvieran chimeneas. ¿Quizás son espacios pseudoidustriales? ¿Cuarteles

generales de vigilancia? ¿Almacenes secretos para una colección de muñecas espeluznantes?

Es difícil estar seguro. Un par de prismáticos serían muy útiles ahora mismo. Maldita sea, la mochila que me robaron del cuerpo sería muy útil ahora mismo. Tenía al menos cinco barritas de proteínas ahí dentro.

Lo único que puedo decir con seguridad es que hay toda una franja de tierra aislada de las principales zonas políticas, comerciales y residenciales. Un barranco profundo segrega físicamente las propiedades del corazón de la Isla Ark, casi como si la zona fuera intencionadamente difícil de acceder. Sin carreteras de entrada ni de salida. Muy poca infraestructura de apoyo cerca. Deben estar escondiendo algo.

Considerad mi interés despertado.

JAMES

CAPÍTULO 12

—Esto está bien, ¿no? —pregunto, asomándome por el parabrisas—. Tranquilo.

Afuera, el paisaje se desdibuja solo un poco mientras planeamos bajo las nubes. La tierra aquí es hermosa: montañas dentadas mordiendo el cielo, lagos brillando bajo el sol de la mañana. El zumbido del helicóptero eléctrico tampoco está tan mal; no tengo que forzar mucho la voz cuando digo: —Nunca había estado en una de estas cosas.

Mi compañero de asiento no parece impresionado, pero lleva muerto al menos veinte minutos, así que no es de extrañar.

Ahora mismo vamos de camino a uno de esos edificios con aspecto de almacén que elegí al azar en el mapa. Según la servicial pantalla que muestra la información de nuestro vuelo actual, aterrizaremos en quince minutos. Y yo aquí, pensando que tendría que robar un jet, o un barco, o incluso hacer rápel por los canales del infierno a pie... y el mundo me ofrece a cambio una especie de triciclo volador. No sé cómo más describirlo. Sin puertas; de dos plazas; un solo portavasos; motor animado; interior de imitación de cuero; reclinación mínima; navegación integrada; y, de regalo: vuela solo. Súper regalo: me estaba esperando. Logré volver a las afueras de la civilización y el dueño uniformado de este flamante vehículo buscó pelea conmigo de inmediato, y todo porque le pedí prestado su ingenioso pequeño trike aéreo.

—Oye, ¿cuánto crees que tardarán en darse cuenta de que no eres tú el que pilota esto? —pregunto, mirando de nuevo a mi compañero. Según la identificación que pesqué del portavasos, se llama Jeff Jefferson. Un Jeff diferente con una guarnición de Jeff. No me puedo inventar esta mierda—. ¿O crees que ya saben que estás muerto?

Jeff no dice nada, pero noto lo que está pensando. —Sí —digo, asintiendo mientras vuelvo a mirar al parabrisas—. Definitivamente saben que estás muerto.

Antes encontré en la guantera un rollo de caramelos de menta, una especie de batido dietético y dos tabletas de chocolate pegadas con una nota que decía: *Eres mejor que esto*. Me meto la mitad restante de una tableta de chocolate en la boca, masticando pensativamente. Miro a Jeff. —Fuiste demasiado duro contigo mismo, tío. No te comiste el chocolate y ahora mírate: estás muerto. —Abro la segunda tableta, doy un bocado enorme y luego inspecciono la etiqueta del batido dietético—. ¿Qué es esta mierda, Jeff? ¿Por qué bebías esta basura?

El triciclo pita con furia en respuesta, exigiendo otra ronda de verificación biométrica. Sacudiendo la cabeza, aplasto la mano lánguida de Jeff contra la pantalla correspondiente. Un momento después, parpadea en verde. Ha estado exigiendo verificación cada dos minutos; probablemente porque está bastante seguro de que el piloto está muerto. No me sorprendería que esta cosa rastreara también el ritmo cardíaco, las deposiciones y los pensamientos impuros. Empezó a volverse loco en el momento en que salté a bordo. Como si pudiera notar —antes de que le rompiera el cuello al tipo— que iba a romperle el cuello al tipo. Y luego hice algo para cabrear de verdad a la máquina: en lugar de ir directo a los almacenes, me la jugué e intenté volar a casa.

Sabía que era un riesgo. No solo porque estas cosas están cargadas de rastreadores y cámaras, sino porque probablemente tengan suficientes datos sobre Jeff como para conocer sus patrones de vuelo habituales. Un viaje aleatorio a La Nueva República definitivamente enviaría una alerta al sistema. Aún así, pensé que tenía que intentarlo.

Pero en el minuto en que introduje coordenadas no autorizadas en la navegación, me puso en libertad condicional. Al parecer, la gente de la Isla Ark no tiene permitido salir de este lugar

sin una autorización de seguridad de alto nivel. Al parecer, cualquiera que intente darse a la fuga es denunciado inmediatamente a las autoridades. Ahora, además de enfatizar la diana que tengo en la espalda, el triciclo ha entrado en un modo de uso limitado, lo que básicamente significa que no puedo tomar el control del volante, los cinturones de seguridad no funcionan, las luces no dejan de parpadear y la aeronave no volará ni muy alto ni muy rápido hasta que el personal oficial borre la alerta.

Doy un mordisco furioso a la tableta de chocolate. Apenas he empezado a masticar cuando el triciclo vuelve a chillarme, y obligo a la mano de Jeff a pasar por el escáner por centésima vez. Fue un poco incómodo al principio, empujar a Jeff fuera del vehículo solo para arrastrarlo de nuevo a bordo tras darme cuenta de que lo necesitaba para operar la cosa. También fue molesto para toda la gente que me vio hacerlo. Lo sé, porque nunca dejaron de intentar matarme. Al parecer, todo el mundo en esta isla va armado.

Jeff también iba armado, lo cual fue una suerte para mí. Antes de saquear la guantera en busca de snacks, me aseguré de cachearlo. Ahora me recuesto y me estiro, mientras la sangre seca se desprende de mi cuerpo como confeti. Cuando el sol cambia, ofreciéndome un reflejo fugaz en el parabrisas, me sorprende tanto la visión de mi propia cara que tengo que mirar dos veces. Casi puedo oír la voz de Kenji, conteniendo la risa: *Parece que alguien se ha cagado en tu cara de forma sangrienta, espesa y líquida. ¿Entiendes lo que te digo? La palabra que busco es diarrea. ¿Sabes lo que es la diarrea? Eres tú.*

El pensamiento casi me hace sonreír, y luego casi me mata. De repente, extraño tanto mi hogar que el sentimiento casi penetra. El miedo casi penetra. Respiro hondo. Quedan menos de diez minutos. El bosque se vuelve más grueso y denso a medida que nos alejamos de la región poblada de la isla, envolviendo nuestro destino en el misterio. Mi rodilla rebota.

Hay una razón por la que Warner nunca lideró una misión en el Ark. Su teoría era que nuestra única oportunidad de ganar una pelea contra El Restablecimiento 2.0 implicaría atraerlos de vuelta al continente. Tiene todo tipo de ideas sobre la mierda oscura que podrían estar desarrollando aquí fuera y no cree que estemos listos para enfrentarnos a ellos en su propio terreno. Pensé que estaba perdiendo su toque. Que se estaba ablandando. Ahora me doy cuenta de que debí haber escuchado.

Esta es una misión suicida. Fui peor que estúpido por pensar que sabía más que Warner, y más estúpido aún por pensar que podía hacer esto por mi cuenta. En el momento en que este triciclo toque tierra, estaré rodeado. Sigo sin tener ni idea de cómo voy a salir de aquí. No sé qué planean para mí o por qué me han mantenido vivo tanto tiempo. Simplemente voy improvisando sobre la marcha, esperando que las cosas salgan bien. Y ahora mismo el aguijonazo de la emoción real está quemando mi corazón y tengo que aplastarlo. No puedo dejar que estos imbéciles me vean sudar.

Me obligo a mirar a Jeff. —Así que. Jeff. ¿Quién te hizo pensar que tenías que perder cinco kilos para que te quisieran?

—Iniciando descenso inicial —dice una suave voz femenina—. Tocando tierra en cinco minutos.

—¿Cinco minutos? —Me enderezo en mi asiento tan rápido que Jeff se sacude a mi lado, cayendo en mis brazos. Lo empujo de vuelta a su silla y me asomo por la puerta abierta.

Estamos descendiendo sobre el mar, el agua brilla con la luz naciente y, mientras el triciclo da un giro brusco hacia tierra, capto mi primer vistazo de los almacenes a lo lejos... justo cuando Jeff se desploma de nuevo en mi regazo. Irritado, lo empujo de nuevo a su asiento. Vuelvo a mirar la escena, y mi irritación es rápidamente reemplazada por la confusión. Desde este punto de vista está absolutamente claro: estos no son almacenes. Son hogares.

Casuchas de mala muerte agrupadas en una de las escenas más desoladoras y postapocalípticas que he visto en mucho tiempo. La gente deambula, padres e hijos con aspecto lúgubre y desnutrido. La nieve fresca de ayer ya está manchada de hollín y sucia, con los rayos de sol luchando a través de una fina capa de smog. La escena cobra sentido de golpe, con poco tiempo para reflexionar antes de aterrizar—

—Entrada de verificación.

El escáner biométrico chilla una vez más en una advertencia furiosa. Molesto, me giro para agarrar la mano de Jeff. Excepto que, de repente, el asiento de Jeff está vacío.

—Oh. Mierda.

Me apresuro, estirando el cuello por la otra puerta abierta como si pudiera pillarlo todavía cayendo hacia su segunda muerte... pero, por supuesto, el esfuerzo es inútil. He perdido a Jeff, y ahora el triciclo aéreo está cabreado.

—Advertencia —dice la voz—. Entrada de verificación. —No deja de gritar ahora—. Advertencia. Entrada de verificación. Advertencia. Entrada de verificación...

Considero poner mi propia mano en la pantalla, pero luego pienso que probablemente sea una situación en la que todos pierden si verifico directamente que he robado el vehículo de Jeff, así que, en su lugar, decido entrar en pánico. Estoy a solo unos cinco metros del suelo pero el cacharro se niega a aterrizar, y no sé qué es peor: el hecho de que estoy llamando la atención sobre mí mismo, o el hecho de que tenía razón sobre ser asaltado por El Restablecimiento. Como predije, hay un enjambre de soldados armados esperando a lo lejos, donde versiones más grandes e impresionantes de mi triciclo ensucian el paisaje como juguetes. Supongo que esos serán mucho más difíciles de robar.

—Cierre del sistema en cinco, cuatro, tres, dos...

El motor se corta y de repente estoy en caída libre; todo sucede tan rápido que nunca llego a decidir si saltar. El armazón de acero golpea el suelo con una fuerza atronadora, sacudiéndose hasta detenerse caóticamente mientras oleadas de dolor recorren mi cuerpo maltrecho.

Parpadeo, y parece que me lleva una eternidad. Me zumban los oídos. Me toco un lado de la cara y mi mano sale húmeda. Roja. Inspiro mientras el dolor se intensifica, sacándome un trozo de cristal del brazo justo cuando oigo gritar a una niña. Me pongo rígido ante el sonido.

Mi ritmo cardíaco se acelera velozmente, asustándome. Reacciono mal al sonido de niños gritando. Es lo más roto que hay en mí; la parte de mí que siempre intento gestionar. Crecí escuchando a niños gritar. Me dormía escuchando a niños gritar. Niños muriendo. Niños desapareciendo. Niños siendo torturados, hambrientos, maltratados. Yo fui uno de los afortunados en el orfanato; tenía un hermano mayor que volvía a veces. Que enviaba comida a veces. Que finalmente ahorró suficiente dinero para sacarme de allí. Pero me crié con los niños cuyos padres fueron masacrados intentando luchar contra El Restablecimiento. Había tantos niños abandonados que inundábamos las calles como bancos de peces. Nunca había suficientes camas. Nunca había suficiente comida. Siempre, siempre estuvimos desprotegidos.

Me obligo a mirar a mi alrededor, con destellos de luz cruzando mi visión mientras examino el caos: metal abollado; manchas de sangre; luces intermitentes; entrada de verificación; cristales rotos; entrada de verificación. Mis ojos se clavan en el borde reluciente de un rifle automático. Entrada de verificación. Salgo rodando por la puerta abierta, golpeando el suelo frío con un estruendo, luchando por aclarar mi visión.

De nuevo, la niña grita. El sonido es como un golpe en la cara. Respiro hondo, aprieto los dientes. Durante años no pude ni estar cerca de los hijos de Adam durante mucho tiempo. Cuando Gigi o

Roman lloraban demasiado, perdía los papeles; arremetía contra ellos aunque sabía, intelectualmente, que a veces los niños lloraban incluso cuando estaban a salvo. Podía ver el horror en los ojos de Adam cuando perdía el control. Podía ver cómo le mataba darse cuenta de que yo estaba tan mal. Sigo estando mal.

Con el tiempo aprendí a fingir por su bien —midiendo mis visitas, disociándome de los momentos de los que no podía escapar— pero he intentado durante años quitármelo de encima de verdad y nunca he podido. Hay una rabia que vive dentro de mí que nunca he sido capaz de matar. Una rabia que vive enterrada, como el magma, a kilómetros bajo aguas tranquilas. La rabia de un niño todavía demasiado pequeño para luchar contra los monstruos cuando vinieron a llamar.

Cuando oigo a la niña gritar por cuarta vez, me pongo de pie. Me late la cabeza; me late el corazón; el sudor me recorre la frente. Entorno los ojos hacia el grupo de soldados a lo lejos, mi ansiedad subiendo un peldaño, y en mi aturdimiento tardo un momento en darme cuenta de que no me están mirando a mí. Maldita sea, no están aquí por mí en absoluto.

Han rodeado una de las casuchas, cuya puerta principal está abierta de par en par para revelar a una niña tan delgada que parece un esqueleto. Parpadeo rápidamente, mi cabeza se estabiliza, y a medida que mi vista se agudiza me doy cuenta de que me resulta extrañamente familiar. Pelo rubio platino, piel súper pálida. Dos soldados la obligan a salir por la puerta, manejándola con tanta brusquedad que me preocupa que se rompa por la mitad. Sus mejillas están hundidas, su cuerpo tiembla... pero está mirando algo con desesperación concentrada, y cuando sigo su línea de visión, casi retrocedo. Hay una mujer joven de rodillas en la tierra, agitándose violentamente contra los soldados que le sujetan los brazos a la espalda. Un hombre corpulento y de pelo oscuro se cierne sobre ella, con la cara en sombras. Está medio inclinado, con las manos apoyadas en sus hombros. Y es entonces cuando recuerdo...

Por favor Diles que sean amables con ella Es solo una niña Cuando muera, la tirarán al manicomio

Los soldados no me están apuntando con sus armas a mí, le están apuntando con sus armas a Rosabelle, y yo debería estar encantado. Esta es la distracción perfecta. No necesito estar aquí. No necesito escuchar esto. Este no es mi problema. Podría salir corriendo. Debería salir corriendo. Robar un vehículo, lanzarme al océano...

—Me lo prometiste —dice ella, y su voz es antinaturalmente tranquila, a punto de romperse—. Me lo prometiste... —Rosa, basta...

Ella escupe en la cara del hombre. Un soldado le asesta un golpe con la culata de su arma en el ojo tan fuerte que oigo el crujido del hueso, y cuando su hermana grita por cuarta vez, eso prácticamente reescribe mi ADN.

—Muy bien, a la mierda —murmuro, agarrando el arma de Jeff del triciclo volcado—. Hagamos algo estúpido.

ROSABELLE

CAPÍTULO 13

El impacto me quita el aliento. Como una pequeña explosión, la luz cruza mi visión en ráfagas. Casi puedo ver las chispas cuando el arma golpea mi cabeza, un dolor cegador atravesando mi ojo derecho. El sonido del grito de Clara se ralentiza y se estira, deformándose en la frecuencia de fotogramas ralentizada del momento. Levanto la cabeza y todo se emborrona.

No me arrepiento de nada por haber escupido a la cara de Sebastian. Al mismo tiempo, lo lamento profundamente.

Jamás he mostrado nada que no fuera un cuidadoso respeto por Sebastian, y ahora he mostrado mis cartas. Peor aún: Clara sufrirá por la pequeña y fugaz satisfacción del momento. Una victoria pírrica.

Un hilo de sangre se ha abierto camino hasta mi ojo, y parpadeo con dolor, desviando su curso hacia mi boca. El aire de la mañana es tonificante; el suelo húmedo pinta manchas en mis rodillas. Mis brazos siguen retorcidos a mi espalda, casi arrancados de sus cuencas. Oigo el aleteo de alas, un graznido distante; los cuervos empiezan a circular. Los eventos de la mañana vuelven a mí en destellos agonizantes: la orden del manicomio clavada en la puerta principal; la mirada de culpa en el rostro del hombre con el que se supone que debo casarme; la violencia de la entrada sin previo aviso momentos después.

Clara. ¿Qué pasa, Rosa? ¿Qué va mal? ¿Por qué están aquí? Rosa... Espera, ¿por qué te llevan...? ¿Por qué se la llevan a ella? ROSA... ¡NO!

Alguien me toca y retrocedo, obligando a mis ojos a abrirse para encontrar a Sebastian limpiando tiernamente la sangre de mi rostro. La inspiración llega sin ser llamada: Una pala oxidada. Le

cortaré la cabeza con una pala oxidada. Aburrido, poco práctico. Tardará una eternidad. Gritará sin fin.

—A veces no sabemos qué es lo mejor para nosotros —está diciendo Sebastian, con sus dedos rozando el moratón que se forma en mi sien—. Y yo solo quiero lo mejor para ti, Rosa. Ya lo verás.

Durante mucho tiempo, acepté esta vida como una deuda aplazada: mis padres se habían negado a pagar el precio, así que lo haría yo. Mi padre era un traidor; yo no. Mi madre había elegido la muerte; yo no. Cuando nada tenía sentido, la lógica me sostenía.

El Restablecimiento siempre me había protegido; fue mi padre quien me traicionó. Fue mi madre quien me dejó. Fueron mis padres quienes nos fallaron. Si yo podía ser todo lo que ellos no fueron, podría arreglarlo todo. Podría ser más fuerte. Podría ser mejor. Podría ser paciente.

Entregué los últimos diez años de mi vida a este sistema, confiando en que, mientras mantuviera la cabeza baja y trabajara duro, sería recompensada por mi lealtad. Confié en que, en última instancia, un aparato de justicia sustentaba mi sufrimiento diario. Pero ahora...

Giro la cabeza, buscando más allá de la mancha que es el rostro de Sebastian. Ahora ya no puedo ver a Clara. Deben habérsela llevado a rastras, fuera de mi línea de visión, todavía gritando. Siento el tartamudeo de mi sistema nervioso otra vez; un fallo en mi corazón; el temblor revelador de mi brazo derecho. La esperanza, como el aliento, abandona mi cuerpo.

Puedo verlo: los moratones que sus manos dejarán en su piel; la crueldad con la que la amarrarán; el abismo helado de su celda putrefacta; los restos podridos que le arrojarán; el agua sucia que la obligarán a beber; la infinitud de la soledad... y peor, y peor... No soy mejor que mis padres. Yo también nos he fallado.

Una parálisis fría se apodera de mi cuerpo. Pierdo la sensibilidad en las piernas. Mi pecho se bloquea, comprimiendo mis pulmones. Mi visión se desvanece y vuelve. Clara, con tres años, cubierta de la sangre de mi madre. Clara, con cuatro años, aferrada a mí constantemente. Clara, con cinco años, queriendo saber qué se siente al estar llena... *¿Te acuerdas, Rosa? ¿Puedes describirlo?*

Un sudor febril brota de mi piel, helándome hasta los huesos. Clara, con seis años, vomitando incontroladamente. Clara, con siete años, entregándome una nota: *Siento ponerte triste cuando estoy enferma no quiero ponerte triste te prometo que intentaré ser mejor.*

Mis ojos revolotean y lo siento: me voy a desmayar. No. *No, has estado muerta por dentro durante años*, me digo. *Has estado muerta por dentro tanto tiempo... Muérete*, me digo. *Muérete*.

—¿Qué demonios? —Sebastian levanta la vista bruscamente, por encima de mi hombro—. No se supone que deba estar aquí todavía. Se supone que no debería poder ponerse de pie en otros cinco minutos...

El impacto atraviesa mi piel adormecida, penetrando mi corazón como una hoja de cuchillo. De repente, puedo oírme respirar, sentirme temblar. De repente, estoy helada. Sé, de alguna manera, que es él. James.

Recuerdos distorsionados de las últimas veinticuatro horas suben, como bilis, a la superficie de mi mente, recordándome todo lo que se supone que debo hacer, la misión que se supone que debo completar. No recuerdo cómo me puede importar. Quiero saber qué han hecho con Clara.

Un murmullo recorre la multitud; las cabezas se giran todas a la vez hacia algo fuera de vista. Uno de los soldados afloja su agarre en mi brazo lo suficiente como para que pueda estirar el cuello y ver...

Un mini helicóptero abollado se precipita hacia nosotros. El parabrisas está agrietado, ocultando el rostro de James, pero él está solo a medias dentro de la cabina; sus botas son visibles a través de la puerta abierta, con sus pasos golpeando el suelo en zancadas cada vez más rápidas. La pequeña y dañada aeronave sube a toda velocidad por una ligera colina, tambaleándose sobre tres ruedas a una velocidad peligrosa, y cuando gana suficiente impulso, él salta de nuevo dentro y conduce directamente hacia la multitud.

ROSABELLE

CAPÍTULO 14

Todo el mundo retrocede. Un destacamento de soldados carga hacia adelante, formando una barricada frente a la aeronave que se aproxima. Levantan sus armas, y un zumbido eléctrico rasga el aire justo cuando Sebastian se lanza al frente, apuntando con su pistola al helicóptero destrozado que arremete contra nosotros.

—¡Retiraos! —grita él, con voz estentórea—. ¡Detén el vehículo inmediatamente!

James asoma su cabeza ensangrentada por la puerta abierta. —¿Qué has dicho?

—He dicho que te deten—

James se inclina más hacia fuera de la puerta, revelando un sofisticado rifle automático. —Solo bromeaba, idiota —le responde a gritos—. He oído lo que has dicho.

James abre fuego. La multitud grita. Sebastian se lanza a un lado para esquivarlo; los soldados no vacilan. Disparan una y otra vez contra el triciclo, los cristales estallan por todas partes.

—¡Asegurad el fuego! —brama Sebastian, poniéndose en pie a duras penas—. ¡No alteréis el rumbo! Nos quedan quince minutos de guion...

James dirige el helicóptero roto directo a la refriega; la gente se lanza al suelo buscando cobertura mientras él descarga cargador tras cargador. De vez en cuando, corre junto a la aeronave maltrecha para darle un empujón a su impulso languideciente, arriesgando su vida en el proceso. Lo veo recibir tres disparos: dos en las piernas y uno en el hombro, cada asalto puntuado por un epíteto pintoresco. Está claro que no están intentando matar a James, y me pregunto si él se da cuenta.

No puedo quitarle los ojos de encima. No tengo idea de cuáles son sus intenciones. No sé si está aquí por venganza, con la intención de matarme a mí junto con todos los demás por lo que le hicimos. No encuentro la energía para preocuparme por sus motivos, no ahora que me han arrebatado a Clara. Nunca me ha importado menos vivir. Sin Clara, no tengo valor como persona. Sin Clara, soy una asesina, nada más.

Observo la escena imposible derretirse a mi alrededor desde una distancia fría, desapareciendo más y más dentro de mí misma con cada segundo que pasa. No es hasta que dos disparos explotan justo al lado de mi cabeza —uno para cada uno de los soldados que me sujetan— que soy sacudida de vuelta a mi cuerpo. Solo entonces me doy cuenta de lo que está pasando. James vino aquí con un plan.

—¡Sube! —grita él, dirigiendo el destartalado vehículo en mi dirección.

No lo dudo. Mis brazos me duelen, gritando ahora que han sido liberados de sus posiciones torturadas, pero el tormento se siente distante: una fotocopia de una fotocopia.

—¿Estás bien? —dice James, dedicándome una mirada fugaz.

Por un momento, solo lo miro. Yo le corté la garganta a este hombre. Literalmente lo maté, y ahora me pregunta si estoy bien. Creo que podría tener algún problema mental. El fuego de las armas llueve sobre nosotros, golpeando el cuerpo resistente a las balas del triciclo. El humo se enrosca en el cielo como caligrafía suelta. Me recuesto en mi asiento ensangrentado mientras saltamos y nos sacudimos sobre el terreno escabroso y los cuerpos caídos. James parece una criatura de la noche, tan cubierto de sangre apelmazada y suciedad incrustada que es la definición misma de lo grotesco.

Me pregunto cómo encontró mi casucha.

—Hay pedales —digo, asombrada por el sonido estable de mi propia voz—. En el hueco de la rueda.

Él se queda helado; luego mira hacia abajo; luego me mira a mí; luego vuelve a mirar hacia abajo. —¿Me estás vacilando ahora mismo?

No respondo a esto; de repente estoy debilitada. La energía abandona mi cuerpo en una derrota abrumadora, tan total que parezco perder mis propios huesos. Me pregunto entonces si debería molestarme con esta misión —si le debo alguna lealtad al Restablecimiento después de lo que han hecho— antes de recordar, con un sobresalto, con quién estoy tratando. El Restablecimiento nunca sería tan estúpido como para matar a Clara.

Me pongo rígida. Desaparece mi fatiga deshuesada; el miedo echa raíces y ramas dentro de mí, animándome contra mi voluntad. Matar a Clara sería estúpido. Matarla significaría renunciar a su poder sobre mí. Torturar a Clara, por otro lado, sería mucho más efectivo, ya que solo tengo una debilidad. Solo he tenido una debilidad.

Observo, a través de una bruma de horror renovado, cómo James patea un panel en el suelo, manchando la pintura blanca con la sangre de sus botas para revelar un juego de pedales tradicionales, sobre los que salta sin demora. Tres heridas de bala y, aun así, sus ojos se iluminan. Me sonríe como si esto fuera lo mejor que le ha pasado nunca, y empieza a bombear sus piernas como un niño aprendiendo a montar en bici por primera vez.

—¡Sí! —dice, golpeando el salpicadero con la mano—. ¡Joder, sí!

Casi de inmediato, ganamos velocidad. Se gira para mirarme. —Muy bien. De acuerdo. ¿A dónde se llevaron a tu hermana? Al manicomio, ¿verdad? Pero, a ver, ¿cómo llegamos allí?

Estas palabras abren un agujero en mi pecho. El dolor es tan inesperado que emito un sonido involuntario, llevándome una mano al esternón solo para descubrir que sigo intacta.

Cómo llegamos allí. Cómo llegamos allí.

No estoy bien; mi corazón martillea mientras lo estudio. Las palabras salieron de sus labios sin malicia, como si de verdad lo dijera. Más anomalías. No logro entenderlo. Nadie en el abismo se ayuda entre sí, ciertamente no sin la promesa de una compensación. La gente tiene demasiados problemas propios. Aquellos que apestan a necesidad son parias; no hay camino más rápido al aislamiento que pedir ayuda.

Pedí ayuda una vez, cuando tenía diez años. Mi madre acababa de suicidarse, sus restos aún estaban salpicados contra la pared. Clara había recogido un trocito del cerebro de mamá y no podía dejar de mirarlo. Me preocupaba que se lo fuera a meter en la boca, así que se lo arranqué de sus dedos sucios y Clara lloró durante dos días seguidos. No tenía idea de cómo cuidar a una niña de tres años. Apenas podía cuidar de mí misma. Corrí de casucha en casucha, histérica y medio loca. La única vecina que abrió su puerta me dio una bofetada tan fuerte que me quedé muda. Me miró de arriba abajo durante mucho tiempo.

¿Solo están ustedes dos solas ahí dentro ahora?, preguntó. *Sí, señora. Clara no ha comido en días... Van a necesitar esto*, dijo, y me entregó una escopeta.

—Oye —dice James bruscamente, apartando la vista de la carretera. Levanto la vista. —¿Estás bien?

James se desenfoca mientras miro más allá de él, mi mente fracturándose. Incluso si pudiéramos llegar hasta Clara, ¿cómo podría ayudarla? ¿A dónde la llevaría? ¿Cómo la cuidaría? Se llevaron a Clara para torturarla. Van a llevarla al borde de la muerte solo para destruirla una y otra vez y otra vez...

—¡Oye! —ladra él. Vuelvo a levantar la vista. No me había dado cuenta de que había bajado la mirada. —Tu nombre es

Rosabelle, ¿verdad? ¿O es Rosa? He oído a alguien llamarte Rosa hace un momento.

Nadie más que mi familia me llama Rosa, respondo en mi cabeza. Sebastian perdió ese derecho hace años.

—Mira, me doy cuenta de que estás en un mal momento, pero si vamos a salvar a tu hermana realmente...

—No hay forma de salvarla —digo en voz baja. —¿Qué? ¿Qué quieres decir? —Esta es una isla pequeña con tecnología de vigilancia altamente desarrollada. Si intento salvarla, seré capturada fácilmente y ejecutada por traición. Cuando yo sea ejecutada, Clara morirá.

James se queda flácido, sus pies perdiendo velocidad en los pedales por primera vez. —Ah —dice, desinflado—. Maldita sea.

Asiento, aprovechando el momento para disolverme dentro de mí misma. No sentir nada, no saborear nada, no ser nada. *Muérete*.

Miro por la puerta abierta. Los esfuerzos de James nos han dado una ligera ventaja, pero un enjambre de aeronaves se está congregando en el cielo sobre nosotros; las pisadas de los soldados retumban hacia nosotros. James intenta devolver el fuego pero el esfuerzo dura poco; el cargador está vacío. Sacude la cabeza antes de registrar la guantera, lanzando algo con rabia por la puerta mientras refunfuña: —¿En serio, Jeff? ¿Un puto batido dietético pero nada de munición?

Y decido no preguntarle a qué se refiere.

Sebastian no compartió los detalles del programa conmigo; al igual que en mi primer encuentro con James, Klaus consideró necesario que yo participara en la misión de la forma más orgánica posible. Todo lo que sé con certeza es que no debo matar a James; de hecho, aún no he recibido instrucciones de matar a nadie. Mi trabajo es permanecer lo suficientemente cerca de James para

sacarnos a los dos de la isla y llevarnos al corazón del territorio enemigo para iniciar una ofensiva más amplia. Recibiré comunicaciones sobre los siguientes pasos de la operación solo después de haber aterrizado en La Nueva Republica, donde un agente encubierto me encontrará.

Esta es la fase uno de seis. Cada fase debe completarse dentro de un periodo de tiempo prescrito. Ahora mismo, por ejemplo, tengo el tiempo que tarde en salir de aquí antes de que alguien me mate. Si fallo en cualquiera de las fases de la operación, seré ejecutada.

Miro la pantalla agrietada en el salpicadero, la exigencia parpadeante de verificación biométrica. Pronto estaremos rodeados. Pronto estaré sola para gestionar todos los aspectos de esta situación, lo que significa que, por el bien de Clara, necesito hacer mi trabajo y sacarnos de esta isla lo antes posible. El triciclo parece estar funcionando, al menos un poco, lo cual...

—Muy bien. —James suspira, abandonando la búsqueda de munición—. Bájate.

Me quedo quieta de repente. —¿Perdona? —He dicho que te bajes. —Señala con la cabeza hacia la puerta. Gira un dedo sobre su cabeza, señalando los helicópteros sobre nosotros—. Tengo cosas que hacer. —No entiendo. —Vacilo—. Pensé que estabas intentando salvarme.

Ahora parece molesto. —¿De verdad pensaste que estaba intentando salvar a la asesina en serie que me mató? Sinceramente, me siento ofendido. Bájate antes de que te empuje. Puedes salvarte tú solita, joder.

Una sensación ligera se mueve dentro de mí ante eso, algo parecido a la alegría. —Querías salvar a Clara —digo suavemente—. Solo querías salvar a Clara. No te importo en absoluto.

—Mira, ¿estás bien? A ver, entiendo que hayas tenido un mal día, así que me parece genial si no has notado los cinco kilos de

sangre por todo mi cuerpo, pero yo también estoy teniendo un mal día, y tengo dos nuevas heridas de bala de las que ocuparme...

—Tres —digo, mirando a las masas que se aproximan—. Te han disparado al menos tres veces.

—De acuerdo, listilla, te he pedido dos veces que te largues de este vehículo, y ahora estás empezando a cabrearme...

—¿Sabes nadar? —le pregunto. Ante esto, él vacila. —Sí, pero... —La única forma de salir de esta isla es salir de la isla. ¿Entiendes lo que eso significa?

Él aparta la mirada de mí, hacia el mar. —¿Estás sugiriendo que salte por el acantilado? Gracias por la brillante revelación. Ya lo había pensado. Bájate.

—Conduce por el acantilado —le aclaro—. Y no voy a bajarme. Me voy contigo.

ROSABELLE

CAPÍTULO 15

James se queda rígido. —¿Venir conmigo? ¿Venir conmigo a dónde? —A La Nueva República. —Ni de coña. —¿Por qué no? —Porque eres una puta asesina en serie, por eso. —No soy una asesina en serie.

Él levanta las cejas. —¿Me estás diciendo que no has matado a gente en serie? ¿Para ganarte la vida? —Puedo ayudarte —digo, ignorando su comentario—. Puedo hacer que el helicóptero funcione. Puedo llevarte a casa. Pero tienes que llevarme contigo. —No. —¿Por qué no?

Él levanta las manos al aire. —¿Es una broma? Está claro que eres alguna clase de mercenaria psicópata al servicio de los fascistas. ¿Por qué te llevaría conmigo? ¿Para que mates a todos los que me importan? Imagina que te invitan a una cena de traje y traes la peste. —Me señala—. Tú eres la peste.

Se me tensa la mandíbula. —Si eso es cierto, ¿por qué intentaste salvar a mi hermana? —Es una niña —espeta él—. Eso es diferente. —Y tu arrogancia es asombrosa —le rebato—. Viniste a esta isla como parte de alguna operación encubierta y masacraste a docenas de personas en el proceso, pero te crees mejor que yo porque has decidido que tus motivos son dignos. Bueno, yo también creo que mis motivos son dignos.

Él me lanza una mirada de reojo. —¿No te ibas a casar la semana que viene? —Ya no. —Qué conveniente. —Es la verdad.

Un helicóptero abre fuego sobre nuestras cabezas; un estruendo ensordecedor precede al lanzamiento de tres misiles de advertencia disparados en formación perfecta. Las explosiones sacuden la aeronave con tanta fuerza que casi nos golpeamos la cabeza el uno con el otro. El estrépito es atronador; el calor,

sofocante. Miro a mi alrededor para descubrir que estamos atrapados en un infierno triangulado.

—Jesús —dice James, haciendo una mueca. Se presiona las manos contra los oídos, gritando por encima de la pequeña tormenta de fuego—. Realmente no saben cómo matarme, ¿verdad? —No están intentando matarte —digo, tosiendo—. Vales más vivo que muerto.

—Sabes —dice él, mirándome entrecerrando los ojos a través del humo—, las chicas guapas siempre me dicen cosas así. Se me está empezando a subir a la cabeza.

El cumplido descuidado me pilla desprevenida, rozando una vena expuesta. Un frágil brote de placer empuja a través de los campos en barbecho de mi vanidad, seguido inmediatamente por la vergüenza. Es vergonzoso descubrir que todavía me pueden importar esas cosas.

—Está bien, de acuerdo. —Él suspira, mirando las llamas que rugen justo fuera de la puerta abierta—. Salgamos de aquí. Pero en el minuto en que aterrices en mi suelo, serás encerrada e investigada por las autoridades. ¿Sabes por qué? —¿Por qué? —Porque te voy a entregar. —Bien —digo—. Acepto...

—No he terminado —dice él—. Si huyes, te mataré. —Bien. —Si intentas matarme de nuevo, definitivamente te mataré.

Parpadeo lentamente. —Bien. —Y si me entero de que algo de esto —gira un dedo para indicar el desastre general de la situación— es parte de algún plan enfermo para acercarte a mi familia, te despedazaré. ¿Lo entiendes? —Sus ojos brillan con una furia apenas contenida—. Si tocas a mi familia —dice, inclinándose hacia mí—, conocerás a una versión de mí muy diferente, Rosabelle. *Te despedazaré*. Y luego te echaré a los buitres, pieza por pieza.

Ante este pequeño discurso, una parte de mí se disuelve. Sus palabras generan en mí lo opuesto al miedo; en su lugar, mis pensamientos se sumergen en lo absurdo. Me pregunto, brevemente,

qué se debe sentir al ser amada por alguien como él. Tener a alguien siempre de tu lado, alguien dispuesto a luchar por ti. James estaba dispuesto a arriesgar su vida por una niña que no conoce; solo puedo imaginar qué haría por su propia familia. Me pregunto si tienen idea de la suerte que tienen. Cuántos de nosotros mataríamos por esa clase de lealtad feroz e inquebrantable.

—Entiendo —digo en voz baja.

Él extiende una mano, ostensiblemente para sellar el trato, pero por razones que no comprendo del todo, la idea de tocar a James me asusta. Me armo de valor antes de deslizar finalmente mi mano en la suya, neutralizando mi expresión mientras me vuelvo incómodamente consciente de él. Su piel está caliente, callosa y manchada de sangre seca; su mano es grande y áspera contra la mía. Levanto la vista. Cruzamos las miradas.

Él sonríe con una sonrisa extraña, casi divertida, y de repente la cabina parece demasiado llena, la distancia entre nosotros demasiado pequeña. Me suelta lentamente, sus dedos deslizándose contra mi palma, y experimento un espasmo impactante en el pecho: la misma chispa aterradora que sentí el día que lo maté.

—Tregua —dice él. —Tregua —acepto.

Mi piel parece estar vibrando. Ignoro este desarrollo inoportuno aplanando mi mano contra el monitor agrietado sin más demora. La aeronave cobra vida con un zumbido y la pantalla se desbloquea, saludándome. —Buenos días, Perfil Incompleto. Por favor, actualice su información. De lo contrario, introduzca destino.

Experimento un poco de alivio. Solo ayer Sebastian me concedió la autorización para aeronaves pequeñas; Klaus debió anticipar este momento. Rápidamente, alejo el mapa. La Isla Ark está ubicada frente a la costa noroeste de lo que solía ser América del Norte; hay un grupo de otras islas cercanas, muchas de las cuales siguen bajo el control de La Nueva República. Hago una selección al

azar, eligiendo un conjunto de coordenadas en una isla enemiga cercana a nosotros.

—Su destino no existe —dice el vehículo—. Anule o introduzca nuevo destino. —Anular —digo. —La batería está peligrosamente baja —dice el vehículo—. No se recomienda la operación de la aeronave. Anule o introduzca nuevo destino. —Mierda —dice James. —Anular. —Rueda trasera izquierda desinflada. Presión de neumáticos peligrosamente baja. Anule o llame a asistencia técnica. —Anular —digo de nuevo. —Vale —dice James—, este trasto está más jodido de lo que pensaba...

Otra explosión sacude el helicóptero sin previo aviso, el impacto casi me revienta los tímpanos. Salgo despedida contra mi asiento, haciendo una mueca de dolor. Abro los ojos, mirando a través de los restos del parabrisas destrozado, y alcanzo a distinguir las líneas familiares de la figura de Sebastian, acercándose rápidamente.

El pánico me aclara las ideas. —Anular —digo de nuevo, golpeando la pantalla. —Cinturones de seguridad no funcionales —dice el vehículo. —Anular. —No se recomienda la operación de la aeronave. Anule o llame a asistencia técnica. —Anular.

—Pensaba que se suponía que ibas a ayudarme —dice James—. Lo estás empeorando. —Cállate. —Airbags no funcionales. No se recomienda la operación de la aeronave. Anule o llame a asistencia técnica. —Anular. —¿Quizás deberíamos robar uno diferente? —dice James—. ¿Uno mejor? —No hay tiempo... —Sensores de cámara no funcionales. No se recomienda la operación de la aeronave. Anule o llame a asistencia técnica. —¡Oh, por el amor de...!

Pongo el helicóptero en modo manual, trepo por encima de James, tomo el control del volante y piso el acelerador a fondo. El vehículo se inclina violentamente hacia adelante, lanzándome contra James, quien suelta una serie de improperios mientras aterrizo con fuerza sobre sus piernas heridas.

No hay tiempo para disculparse. Apenas puedo ver por mi ojo bueno, mucho menos a través del parabrisas roto mientras atravesamos llamas de tres metros de altura. Mantengo el pie clavado en el acelerador incluso cuando la señal de batería baja chilla advertencias nefastas. Nos dirigimos directamente hacia el acantilado, tambaleándonos salvajemente sobre dos ruedas desequilibradas mientras los helicópteros que nos rodean nos ametrallan, destruyendo las ruedas restantes una a una.

De repente, estamos patinando. El triciclo gira fuera de control, golpeando árboles y arbustos; las ramas y los abrojos raspan dolorosamente el exterior de la carrocería. Piso el freno a fondo y dejamos de girar solo para derrapar de espaldas por el acantilado, lanzándonos al vacío. Oigo a James gritar algo profano y entonces... Entonces estamos en caída libre, girando en espiral hacia el mar.

ROSABELLE

CAPÍTULO 16

No me permito entrar en pánico.

Cambio las marchas, anulando manualmente los controles preestablecidos para activar los rotores. Cuando las palas finalmente enganchan, azotando el aire a un ritmo satisfactorio, empujo el acelerador a plena capacidad, enderezando la aeronave agonizante a solo unos centímetros de besar el agua. Golpeamos y derrapamos sobre la marea, el agua golpea la estructura con la fuerza de un cuchillo, pero en poco tiempo la curva de una costa distante aparece a la vista.

Aun así, mi alivio dura poco.

Los helicópteros no se han quedado atrás; tres de ellos aparecen a lo lejos, disparando más tiros de advertencia que pasan silbando peligrosamente cerca de nuestras cabezas, golpeando ocasionalmente el cuerpo de metal. Lo único que nos mantiene alejados de una muerte segura es el hecho de que quieren a James vivo; de lo contrario, nos eliminarían con facilidad. Si permito que se acerquen lo suficiente, un francotirador me atravesará la garganta con una bala antes de llevarse a James de vuelta a la base, donde sin duda recalibrarán todo bajo la guía de Klaus. Ahora mismo estoy funcionando con adrenalina y el poder de una pequeña llama piloto: la promesa que Klaus me hizo en la cuna.

Completa esta misión a satisfacción, Rosabelle, y os dejaremos libres a ti y a tu hermana.

Estoy monitoreando los niveles de batería, intentando exprimir tanta vida como sea posible de este cadáver abollado, pero puedo sentir que el motor está fallando. Casi no nos queda tiempo.

—Mantén el pie en el acelerador —le digo a James, gritando para ser escuchada por encima del estruendo—. Y sujeta el acelerador.

Trepo sobre él de nuevo, regresando al asiento del pasajero antes de anular la interfaz de usuario, escribiendo comandos furiosamente en la línea de órdenes.

—¿Qué estás haciendo? —grita James de vuelta, tomando el mando como le indiqué—. Nos quedan quizás unos minutos antes de que esto sea peso muerto. Tenemos que saltar.

—Lo sé —le respondo—. Intento ganarnos más tiempo.

Sigo ejecutando comandos desesperadamente, esperando que la computadora de la aeronave tenga suficiente energía para ejecutar funciones complejas. Solo cuando el helicóptero da un sacudida inquietante, suelto un rápido suspiro de alivio. Luego, rápidamente, abro el pestillo de la guantera y encuentro lo que busco: un kit de herramientas compacto.

—Oye... espera... dime qué está pasando...

Me pongo de pie sobre el asiento y me pongo a trabajar, desmontando partes del fuselaje para acceder al almacenamiento de la batería. Un par de minutos agónicos después, las palas ganan velocidad y el helicóptero asciende varios metros en el cielo. Aliviada y agotada, me hundo de nuevo en mi asiento, ignorando el temblor de mi brazo derecho mientras cierro el kit de herramientas. Me permito un segundo para cerrar los ojos y respirar, disfrutando del relativo silencio. Ahora que no estamos rozando el agua cada dos segundos, el ruido ensordecedor ha disminuido.

—Vale, ¿qué demonios has hecho? —exige saber James—. Los helicópteros se han quedado atrás y el panel de control se ha apagado. Nadie intenta matarnos y ninguna de las pantallas funciona.

A regañadientes, abro los ojos. —Ejecuté una simulación y desvié la fuente de energía.

—Explícame esto como si fuera idiota.

Siento el impulso de reír ante eso, excepto que no me he reído en tanto tiempo que la compulsión me sorprende. Me molesta. En su lugar, digo: —Hay diferentes tipos de helicópteros: de grado civil y de grado militar. Parecen diferentes, pero la gente no se da cuenta de que la mayoría de estas aeronaves tienen una programación similar y usan los mismos chips informáticos. Los modelos civiles solo tienen restricciones de seguridad masivas. —Ladeo la cabeza hacia él—. Así que engañé a la computadora para que pensara que era un helicóptero militar.

—¿Qué significa eso? —He desbloqueado el modo sigilo.

Los ojos de James se agrandan, un destello de respeto rápidamente desplazado por la sospecha. Se recuesta en su asiento. —¿Qué pasa con el panel de vuelo? —dice, señalando las pantallas muertas—. ¿Cómo es que estamos en el aire ahora mismo?

Me doy la vuelta, estudiando un creciente de metal cortado alrededor del parabrisas. —Hay dos paquetes de baterías. Uno grande para el motor y uno más pequeño para todo lo demás: monitores, sensores, aire acondicionado, mecanismos de bloqueo... ese tipo de cosas. La batería secundaria no es tan potente, por supuesto, pero no estaba dañada y parece estar cerca de su capacidad total. Podría ser suficiente para llevarnos a la costa. Mientras nuestra velocidad permanezca constante, tengo esperanzas de que lleguemos a la costa de La Nueva República en unos treinta minutos. Puede que no tengamos que nadar en absoluto.

James no dice nada durante tanto tiempo que finalmente levanto la vista. Me está mirando. En un silencio pétreo. Vuelvo a apartar la mirada.

—Ya no puedes ver nuestra ruta de vuelo en pantalla, pero he dirigido al helicóptero para que se pilote solo hasta nuestro destino —añado, sintiéndome incómoda ahora. Señalo sus heridas—. Pensé que agradecerías un descanso de operar el vehículo. Considerando el estado en el que estás.

Cuando él sigue sin decir nada, alcanzo debajo de mi asiento y abro el kit de emergencia, poniéndolo sobre mi regazo. Golpeo la caja metálica. —Aquí hay chalecos salvavidas, por si todo falla y tenemos que saltar. Pero pensé que podríamos usar el tiempo de vuelo restante para ocuparnos de tus heridas. Tus piernas parecen estar curando; esas lesiones debieron ser resultado de las DEW. Pero todavía tienes una bala alojada en tu tríceps izquierdo. No sé si te habías dado cuenta.

—Me he dado cuenta —dice él, moviéndose—. ¿Qué demonios es una DEW? —Arma de energía dirigida.

Él levanta una ceja. —Inténtalo de nuevo. —Pistolas láser.

James se ríe, pero el sonido es hueco. Los nervios se arrastran por mi interior y me distraigo soltando los cierres del kit. —Vaya —dice él—. Primero me mata, luego me cuida. Todo en este escenario es creíble. Coherente.

Me tenso. No sé por qué me molesta su escarnio. He pasado la mayor parte de mi vida perfeccionando una percepción de mí misma. Nunca he querido que nadie más que Clara me imagine capaz de sentir emociones. Debería estar complacida de que piense que soy fría e inhumana. En cambio, me hace sentir enferma. Busco entre los suministros médicos, buscando tijeras y antiséptico.

—¿Tú...? —¿Cómo sabías hacer eso? —dice él, señalando al techo—. ¿Cómo sabías cómo desviar el suministro de energía? ¿Cómo eres capaz de hackear computadoras a nivel de genio? ¿Cómo sabías dónde estaba el kit de emergencia? ¿Cómo sabías que había chalecos salvavidas a bordo? ¿Cómo estás tan familiarizada con la tecnología y la mecánica de esta aeronave? Y mientras hacemos preguntas importantes: ¿Cuál es, exactamente, el propósito de tu misión? Porque claramente eres mucho más que una asesina en serie. Eres algún tipo de operativa altamente entrenada, y voy a darte una oportunidad para que me demuestres que me equivoco antes de lanzarte al océano de una patada.

Me quedo quieta, incómodamente. Esto es culpa mía. Debería haberlo previsto. Debería haber previsto los peligros de la proximidad. Lo subestimé.

ROSABELLE

CAPÍTULO 17

Error mío. Sabía que James no confiaría en mí de inmediato, pero pensé que sería más fácil de manejar. Es un luchador más fuerte y formidable, pero lo califiqué como emocionalmente inferior. Me pareció ridículo; poco serio. Su actitud relajada y juguetona me engañó haciéndome creer que podría ser perezoso, menos observador, poco propenso a hacer demasiadas preguntas.

Elijo un par de tijeras médicas, sopesando las variables de la situación. He intentado encasillar el carácter de James en un patrón sin éxito; cada vez que creo haber encontrado consistencias en él, introduce desviaciones. Hasta ahora, mi único descubrimiento concreto es que vive bajo algún tipo de código moral. Si no fuera así, no le habría importado salvar a Clara. Si no fuera así, no me habría dado la oportunidad de demostrarle que se equivoca.

Basándome en muchas de sus acciones, lo había categorizado como temerario e impulsivo; en cambio, quiere estar seguro de que está tomando la decisión correcta antes de matarme. Otra inconsistencia. Esto es interesante.

Ahora me parece claro que la conciencia de James es lo único que me mantiene a salvo de ser expulsada. Si le doy una razón sólida para dudar de mis intenciones, es probable que me arroje del helicóptero y se dirija a casa sin pensarlo dos veces. No puedo arriesgarme a subestimar su inteligencia otra vez alimentándolo con una mentira barata. No tengo más remedio, entonces, que conformarme con una confesión de la verdad.

—Yo solía construir estas cosas —digo. —¿Qué significa eso? —Significa que a veces se me permite hacer trabajo normal. Trabajo de fábrica. —Recojo rollos de gasa y esparadrapo del kit de emergencia, y unas pinzas—. Parte de nuestra fabricación aún no está totalmente automatizada, así que durante un tiempo mi trabajo consistió en supervisar el ensamblaje de mini helicópteros. Se me

exigió memorizar no solo el manual, sino los esquemas. Estos —digo, mirando alrededor del fuselaje— se llaman PEARLs. Elevadores eléctricos aéreos recreativos personales. De grado civil. Estoy familiarizada con la versión militar porque la Isla Ark es un estado militarizado. Los veo por todas partes. He viajado en ellos. Sé de lo que son capaces. —Vacilo entonces, añadiendo en voz baja—: No soy una hacker de nivel genio. Pero agradezco el cumplido.

Durante un minuto entero, James mira a través del parabrisas roto, silencioso y casi sin moverse. Nunca he presenciado a un James tranquilo y contemplativo, y el cambio de personaje me está poniendo ansiosa. Se me ocurre entonces que he hablado más en los últimos minutos que en años.

—Debería cortarte la manga —digo, inclinándome hacia adelante—. Creo que tu cuerpo está intentando sanar alrededor de la bala...

—Si valgo más vivo que muerto —dice él, alejándose de mi alcance—, ¿por qué te enviaron a matarme? —No lo sé. —Lentamente, me recuesto en mi asiento—. En ese momento, no me dijeron quién eras.

Él se cruza de brazos, haciendo una mueca casi imperceptible. —¿Y una vez que descubriste quién era decidiste cambiar el rumbo de toda tu vida? ¿Dejaste a tu prometido, abandonaste a tu hermana...?

abandonaste a tu hermana

—...¿dejaste una carrera gratificante como asesina, todo por mí? Me siento halagado.

abandonaste a tu hermana

Las palabras se me quedan grabadas en la cabeza, repitiéndose en un bucle doloroso. *abandonaste a tu hermana abandonaste a tu hermana*

El recordatorio casi me descompone. Imágenes de Clara intentan agolparse en mi mente: dónde podría estar, qué podrían haberle hecho... *abandonaste a tu hermana*. Cierro los pensamientos desesperadamente, retirándome más y más hacia adentro hasta que temo haber perdido mi alma.

Cuando finalmente levanto la vista, encuentro a James observándome con una fascinación que nunca antes había sentido. Soledad solo me miraba con sospecha; Sebastian con una mezcla de anhelo y lástima. Nadie me ha estudiado nunca como si pudiera ser interesante, o peor: una persona real y completa. La intensidad de la inspección de James me hace sentir desnuda. No me gusta.

—Realmente debería echar un vistazo a tu brazo —digo, rompiendo el silencio—. Si la bala se mueve...

James estira el cuello, la acción provoca crujidos en la sangre endurecida de su cara. —Gracias, pero creo que paso —dice—. La última vez que te acercaste a mí con un objeto afilado me cortaste el cuello.

En voz baja, digo: —¿Vas a restregármelo por la cara para siempre?

Él levanta las cejas. —¿El hecho de que me mataste? ¿El hecho de que me viste morir sin remordimientos y luego me enviaste a que me cosecharan los órganos? Sí, sí, lo haré.

Un calor inusual sube a mis mejillas, y James no lo pasa por alto. No se le escapa nada, me estoy dando cuenta. —Pero acabo de salvarte la vida —señalo—. Tenemos una tregua.

—Bien. —Un músculo se tensa en su mandíbula—. Voy a hacerte una pregunta más, y si la respondes con honestidad, quizás deje que mires mi brazo. —Realmente no quiero responder a más preguntas. —Y realmente no creo que estés en posición de negociar —rebate él.

Reprimo un suspiro, preparándome. Después de todos estos años, pensé que estaría acostumbrada: la vigilancia, los interrogatorios, la sospecha constante, las interminables amenazas contra mi vida. Y sin embargo, de alguna manera, ser odiada por James se siente peor. No parece el tipo de persona que odia a mucha gente, y me sorprende descubrir cuánto me molesta ser la excepción.

—Está bien —digo—. ¿Cuál es tu pregunta? —¿Cuándo fue la última vez que tuviste una comida decente?

Esto es tan inesperado que me desarma. Mi mano derecha tiembla de nuevo, y las tijeras que sostenía tintinean contra el suelo. Mi corazón empieza a acelerarse.

¿Rosa? Rosa, me duele el estómago. Rosa...

Me quedo helada, mis ojos se desenfocan, mis respiraciones suenan fuertes en mi cabeza. Algo va mal conmigo. Mis piernas están frías. Mis manos hormiguean. Algo va mal conmigo y yo no...

Rosa, ¿qué me pasa?

—Oye —dice James—. ¿Estás bien?

Levanto la vista y allí está Clara, sentada en la cama, devorando un trozo de pan con una sonrisa que no he visto en semanas. Estoy junto a la puerta con mis botas puestas, mirándola.

¿No tienes hambre tú también, Rosa? No, le miento. *¿Estás segura? Cuando tú comes, Clara, es como si comiera yo.*

—Rosabelle —dice él con fuerza.

Sacudo la cabeza. Puedo sentir la silla dura debajo de mí, el mechón de pelo pegado a mi cuello, mis manos sujetándose una a la otra. —Lo siento, ¿cuál era la pregunta? —¿Cuándo fue la última vez que tuviste una comida decente?

Intento alcanzar las tijeras caídas y mi mano derecha tiembla tanto que tengo que sujetarla con la izquierda, dejando caer el resto de los suministros en el proceso. Algo va mal conmigo. Algo va mal conmigo y me está asustando. Estoy perdiendo el control de mi fachada y no parezco capaz de volver a ponerla en su sitio. Quizás porque no sé si volveré a ver a Clara. Quizás porque los interrogatorios nunca han incluido preguntas sobre mi bienestar. O quizás es porque no hay un chip en el cuerpo de James. No hay una audiencia mirando a través de sus ojos. No he tenido una conversación privada con nadie en años y me siento más segura con este extraño que con mi propia hermana, y es emocionalmente desestabilizador.

—¿Por qué no respondes a la pregunta? —¿Por qué preguntas? —Parpadeo, intentando concentrarme. No parezco capaz de regresar a mi cuerpo—. ¿Por qué estás...?

Doy una bocanada de aire. El hambre que he estado compartimentando durante días vuelve repentinamente a la vida, atravesándome con un dolor impactante y asombroso. Es un recordatorio de que, bajo los estallidos de adrenalina, mi cuerpo se está atrofiando lentamente, extrayendo nutrientes de mis huesos, metabolizándose a sí mismo.

—Rosabelle, ¿te están matando de hambre?

Sacudo la cabeza. Sacudo la cabeza y no para, Clara no para de llorar, no para de gritar. Hay sangre en sus labios, manchada por sus mejillas cetrinas. Tiene tres años otra vez, royéndose los dedos. Cuatro años y puedo contar sus huesos. Me enrollo alrededor de ella cada noche, presionando su estómago para que pueda dormir, atrapando el dolor con mis manos. Gimotea durante horas y no puedo sacármelo de la cabeza. Nunca puedo sacármelo de la cabeza. No puedo dejar de sacudir la cabeza.

¿No tienes hambre tú también, Rosa? —No —digo en voz alta.

—¿Así que los estás defendiendo? ¿Protegiéndolos? —James suena enfadado—. Genial. Esas son dos buenas razones para tirarte al océano ahora mismo.

Levanto la vista, incapaz ya de ocultar mi alarma. Sin contar con el hecho de que no he comido en tres días, raramente duermo una noche entera. No he sentido agua caliente en mi piel en años. Mi mente falla más últimamente; mi cuerpo no es tan resistente como solía ser. La única ropa que he poseído es la que desecharon mi padre y mi madre. Llevo puesto el uniforme de hospital de ayer y el suéter apolillado que una vez usé para limpiar las encimeras de la cocina. No he participado en un combate cuerpo a cuerpo en dos años. El temblor de mi brazo derecho ha empeorado progresivamente y se está convirtiendo en un lastre. El Restablecimiento lo sabe. Cuanto más débil me vuelvo, más rebajan mis misiones. Cuanto más débil me vuelvo, menos valgo.

Mi última misión fue asesinar a un profesor en el Distrito de las Academias; Klaus lo había marcado como un fanático con potencial para el terrorismo doméstico. El hombre pasaba tanto tiempo con sus hijos que tardé dos días en tener un tiro limpio. Se espera que esta misión dure mucho más de un mes, y aún no se me ha ordenado matar a James; se me ha ordenado usarlo.

Para usarlo, tengo que inspirarle confianza, y él es demasiado listo para sobrevivir con una dieta de mentiras, lo que significa que tengo que estar dispuesta a desprenderme de más y más verdades. Pero solo soy buena en mi trabajo cuando me desconecto de mi propia humanidad. El hambre ayuda a mantenerme hueca. Sobrevivo solo muriendo libre y silenciosamente, una y otra vez, dentro de mi cabeza. Lidiar con James requerirá acceder a mi alma, y pocas cosas me han aterrado más.

Levanto la vista, a sus ojos...

JAMES

CAPÍTULO 18

—Se acaba de desmayar —digo, levantando las manos—. Ya he explicado esto como catorce veces. No tengo ni idea de qué pasó. —¿Y no le hiciste nada? —¡No, no le hice nada!

—Muy bien, todo el mundo tiene que relajarse —dice Kenji, mordiendo un trozo de zanahoria. Me ofrece la bolsa y agarro una zanahoria, murmurando gracias mientras él añade—: Obviamente James no le hizo nada a esta chica, porque si tuviera idea de lo que hace, la habría matado hace días. —Oye...

—Mira —dice Kenji, masticando—. Te quiero, sabes que te quiero, y te doy mérito por volver a casa casi en una pieza, pero literalmente nos has quitado años de vida. Pensábamos que estabas muerto. —Mastica un segundo más y luego—: Honestamente, si no estuviéramos locos de alegría por tenerte en casa ahora mismo, te daría una paliza de muerte. —Apoyo eso —dice Adam.

Kenji coge otra zanahoria y asiente hacia Adam. —El nivel de los aperitivos mejora cada día, hombre. ¿Un poco de mantequilla de cacahuete también? ¿En su propio botecito? —Da otro mordisco—. ¿Has cortado tú estas zanahorias? —Sí, y también tengo rodajas de manzana —dice Adam, hurgando en la mochila a sus pies—. Roman ha decidido que esta semana solo come manzanas.

—¿No comía solo plátanos la semana pasada? —pregunta Winston, interceptando la bolsa de rodajas de manzana. —Sí, pero... —Oigan —digo, inclinándome hacia adelante—. ¿Para qué convocaron una reunión si ni siquiera van a hablar conmigo?

—Yo no he convocado esta reunión —dice Kenji—. Ha sido Warner. Y hemos llegado diez minutos antes, así que técnicamente la reunión aún no ha empezado. Este es el momento del aperitivo. —Sí —dice Winston con la boca llena de manzana—. Es el momento del aperitivo. Trabajamos duro por el momento del aperitivo.

Suspiro. —¿Saben dónde está? —¿Quién? ¿Warner? —Kenji mastica. Se encoge de hombros—. Probablemente pensando en la mejor manera de matarte sin que J se entere. —¿Cómo está ella, por cierto? —Me recuesto en mi asiento—. Todavía no la he visto. —Está bien. Una ligera mejoría. Quería visitarte en enfermería, pero el médico dice que no debería estar expuesta a idiotas. Creen que podría ser contagioso.

Le lanzo mi trozo de zanahoria a la cabeza. —No seas imbécil —digo—. Estoy genuinamente preocupado por ella. —Si estuvieras genuinamente preocupado por ella —dice Winston—, no habrías desaparecido así. Estábamos planeando tu funeral. —¿Cuántas veces tengo que pedir perdón? Lo siento. Lo siento mucho. Me he disculpado un millón de veces.

—Tú no estabas aquí —dice Kenji—. No sabes cómo fue. Incluso cuando recibimos la llamada para ir a buscarte ayer, la gente lo pasó mal. La gente estaba realmente abrumada. Hubo gente que lloró. —Tú lloraste —dice Winston. —Yo no lloré. —He dicho que *hubo gente* que lloró...

—Oye, ¿has visto ya a Warner? —pregunta Adam, girándose hacia mí. —Sí. —Me tenso un poco ante el recuerdo—. Solo un segundo, sin embargo. Vino a verme a enfermería. —¿Dijo algo? —pregunta Adam. —No. Se limitó a mirarme fijamente desde el umbral de la puerta.

Adam y Winston intercambian una mirada. —¿Qué? —digo.

Kenji se traga el último trozo de zanahoria y mira dentro de la bolsa vacía. —Sí, esto... deberías saberlo —dice, levantando una ceja hacia mí—. Warner está cabreado de verdad. Si intentara matarte, ni siquiera lo culparía. J lloró como doce horas seguidas. Inconsolable. Ese hombre casi pierde la cabeza... Oh —le dice a Adam—, oye, ¿tienes más de esos ositos de goma?

Me paso las manos por la cara, exhalando por la nariz. Adam le lanza un paquete pequeño a Kenji, un borrón de color trazando un arco por la habitación. Kenji lo atrapa fácilmente, dando vueltas al paquete en sus manos antes de rasgarlo para abrirlo. El crujido del plástico y los aromas a fruta sintética me transportan instantáneamente a otro momento. Una sensación intensificada recorre mi cuerpo, escalofríos de miedo y emoción. Me doy cuenta entonces de que nunca podré mirar unos ositos de goma sin acordarme de Rosabelle.

—¿Alguien sabe si ella ya está despierta? —pregunto. —¿Quién? ¿Gigi? Tiene cinco años, hermano, ya no duerme la siesta... —Gigi no —digo, luchando contra una ola de irritación—. Rosabelle.

—Ah. Sí. —Winston asiente. Sigue ocupado con su bolsa de rodajas de manzana—. A ver, no sé si *despierta* exactamente, pero ha estado estable durante unas horas. La conciencia va y viene. —¿Unas horas? —Me pongo rígido—. ¿Unas horas y nadie ha pensado en decírmelo?

Adam se ríe. —No creo que la gente vaya a decirte ya gran cosa. Warner ya te ha quitado un montón de credenciales de seguridad. Ella oficialmente ya no es asunto tuyo. —¿Estás jugando conmigo?

—Oye —dice Kenji, apuntando con un osito de goma a mi cara—. Cuidado con el lenguaje. Ya sabes que el abuelo Winston es una flor delicada. Las groserías marchitan sus pétalos. Winston levanta la vista bruscamente. —Llámame abuelo una vez más, capullo, te reto...

—¿Podrían estar serios un segundo? ¿Por favor? —Me enderezo, estresado—. ¿Cómo demonios es esto justo? Fui a la Isla Ark y volví vivo con información, y me están castigando por ello... —James. Mira. —Kenji deja caer más ositos de goma en su palma, elige dos rojos y se los mete en la boca—. No creo que lo entiendas —dice, masticando—. Esta es, con diferencia, una de las cosas más estúpidas

y peligrosas que has hecho en toda tu vida. El hecho de que fueras al Ark sin autorización ya es bastante malo. ¿Pero vas hasta la Ciudad Fascista y qué? ¿Te traes un recuerdo? —Ella no era parte del plan original... —No estoy seguro de que tuvieras un plan original —murmura Winston. —Auch —dice Adam, riendo.

Se me tensa la mandíbula. —Cuando se ofreció a ayudarme a salir de la isla, pensé que me aprovecharía de su ayuda y me libraría de ella en cuanto se volviera un inconveniente. Estaba siendo listo. Kenji sacude la cabeza. —Nop. Se volvió un inconveniente en el minuto en que te cortó el cuello.

—Mirad. —Me inclino hacia adelante, con los codos en las rodillas—. No estaba seguro de si ella estaba, ya sabéis, huyendo legítimamente del Restablecimiento. No es difícil de creer que algunas personas en la isla estén allí contra su voluntad, ¿verdad? No se les permite irse sin autorización. Y había suficientes pruebas para indicar que ella podría estar en peligro real. Vi a un soldado golpearla en la cabeza mientras se llevaban a su hermana a un manicomio... —¿Viste *realmente* cómo se llevaban a su hermana a un manicomio? —pregunta Adam—. ¿O solo te dijo ella que eso fue lo que pasó?

Suelto un suspiro, decidiendo no responder a eso. —El Restablecimiento es astuto —dice Kenji, eligiendo cuidadosamente otro osito de goma—. No sabes qué tipo de tontería podrían haber orquestado para hacerte creer que esta chica podría ser inocente. Y odio ser yo quien te lo diga, pero basándome en todo lo que nos has contado sobre tu tiempo allí, parece que te tendieron una trampa y caíste de cabeza. Has traído a esta chica directamente al corazón de nuestras instalaciones, y no tenemos ni idea de quién es.

—Estaba intentando averiguar eso —digo, pasándome las manos por el pelo—. Literalmente se desplomó. Pensé que se estaba muriendo. —Suspiro—. No la curé. No la ayudé más de lo estrictamente necesario. Solo pensé que mantenerla viva para un interrogatorio podría ser útil. ¿No tengo ningún mérito por eso? ¿Qué

más se suponía que debía hacer? —Podrías haberla empujado al océano —dice Winston con calma, mordiendo otra rodaja de manzana.

Kenji asiente ante eso y luego cuenta con los dedos: —Podrías haberla empujado al océano; podrías haberle clavado algo en la garganta; podrías no haber aceptado nunca la ayuda del enemigo en primer lugar... —¡No tenía suficientes pruebas para matarla! —casi grito—. No estaba armada; claramente había sufrido abusos; podría haber tenido un caso legítimo para pedir asilo. Además, ¿qué clase de asesino se desmaya en medio de una misión?

—Uno listo —dice Kenji, agarrando la mochila. Empieza a buscar dentro—. ¿Por qué hay tantas toallitas húmedas aquí? ¿Dónde están esas galletitas que parecen peces? —Al menos volvió a casa —dice Adam, saliendo en mi defensa—. ("Mira en el bolsillo lateral", le dice a Kenji). Nadie ha ido nunca al Ark y ha vuelto a casa, ¿verdad? Eso vale algo.

—Objeción —dice Kenji—. Eso es como si un niño prende fuego a la casa por diversión, la quema hasta los cimientos por diversión, pero consigue salir vivo. Estamos felices de que el niño esté vivo, pero seguimos enfadados con el niño. —No soy un niño —digo sombríamente.

Kenji se gira para mirarme. —Eres un niño. Demostraste que eras un niño cuando fuiste a una misión de reconocimiento no autorizada y volviste a casa buscando atención médica para la mercenaria que te mató. En serio. James. Te quiero. Moriría por ti. Me cortaría un brazo por ti ahora mismo si lo necesitaras. Pero, ¿qué cojones te pasa?

—Escuchad, sé que metí la pata... ahora me doy cuenta de que no debería haberla traído aquí... es solo que... no sé, hay algo diferente en ella. Realmente creo que hay algo diferente en ella y si me dais algo de tiempo para averiguarlo, creo que podría ser un recurso realmente importante para nosotros...

Kenji pone los ojos en blanco con tanta fuerza que es prácticamente una frase entera. —¿Qué? —exijo—. ¿Por qué es tan difícil de creer?

—No, tienes razón —dice Winston, quitándole la bolsa de las manos a Kenji—. Todos hemos visto a la chica, y definitivamente hay algo diferente en ella. —Me mira a los ojos—. Es hermosa. Realmente hermosa. Etérea, de esas bellezas que parecen un cuadro... —No me refería a eso.

—Oh, mierda —dice Winston, metiendo la mano en la bolsa. Le sonríe a Adam—. Esta vez has traído los zumos buenos. —¿Hay zumos malos? —Kenji le quita la bolsa a Winston—. Yo quiero a todos los zumos por igual.

—Mirad... no me refería a eso... —Alia fue a hacer la compra ayer —dice Adam, ignorándome—. Le dije que te gusta el de sabor ponche de frutas...

—Oigan —digo, frustrado. Nadie me mira. Nadie me escucha. Dios, esto es exactamente el tipo de basura que me hizo perder los estribos en primer lugar. Nadie me toma en serio. —Sí, vale, es hermosa —digo, admitiéndolo con un suspiro—. Es realmente hermosa. Pero no es por eso por lo que la traje aquí. No soy tan estúpido...

—Hermano. —Kenji mete la pajita en su zumo—. Literalmente nadie se cree eso. —¡Es verdad!

Kenji se encoge de hielos. —Lo que tú digas, pequeñín. —Ahora sonríe, con los ojos brillantes por una risa apenas contenida—. De cualquier manera, Warner te va a destrozar. —Pero yo no...

Adam mira su reloj. —Oye, tengo que recoger a Roman pronto. ¿Crees que llega tarde? —Warner nunca llega tarde —decimos todos nosotros a la vez.

Justo entonces, la puerta se abre.

JAMES

CAPÍTULO 19

—¿Qué hacen ustedes tres aquí? —Warner da un paso dentro de la habitación antes de detenerse en seco.

La visión de él es tan familiar que me sobresalta; no lo he visto realmente en días, y a veces olvido cuánto nos parecemos. Es como mirar en el espejo equivocado. Nuestros ojos son de colores diferentes y su cabello es oro puro mientras que el mío es más bien un desastre bronceado, pero no hay duda de nuestro ADN. Cuando lo miro, veo mi hogar. Actualmente, el sentimiento no es mutuo.

—¿A qué te quieres referir? —dice Kenji a Warner, dando un trago a su pajita—. Es el momento del aperitivo. Siempre usamos esta sala para el momento del aperitivo. —Eh, pensaba que se suponía que debíamos estar aquí —dice Winston—. ¿No se supone que debemos estar aquí?

La exhalación de Warner es lenta y controlada. —No. —Ah.

—Hola —digo, saludándolo con la cabeza. Warner se gira para mirarme con una expresión fría e inescrutable, y de repente no es mi hermano mayor, mi mentor, mi modelo a seguir, el tipo con el que he vivido durante diez años. En este momento, Warner encarna cada centímetro de su reputación, y juro que mi vida pasa por delante de mis ojos.

Aaron Warner Anderson es una leyenda viva. A veces olvido lo aterrador que puede ser. Sus ojos son de un tono verde pálido surrealista, tan penetrantes que a veces es difícil incluso mantenerle la mirada.

—Levántate —dice en voz baja. Abro mucho los ojos. —¿Eh... qué? —Ahora —dice—. Nos vamos.

—¿Irnos? —Miro a mi alrededor—. Pero... —Sí, yo me voy a largar de aquí —dice Adam, cerrando la cremallera de la mochila—. ¿Los veo mañana, chicos?

Kenji se levanta para darle un abrazo a Adam, dándole una palmada en la espalda mientras se separa. —Oye, ¿puedes traer esos rollitos de fruta mañana? ¿Los masticables que tienen chistes impresos dentro del envoltorio? Adam sonríe. —Sí.

Winston agita su caja de zumo vacía. —Dale un beso a los niños de nuestra parte. Me pasaré mañana sobre el mediodía. Dile a Roman que este fin de semana construiremos robots. —Hecho —dice Adam, todavía sonriendo—. Estará encantado. —Asiente a Warner y luego le lanza algo—. Lo prometido.

Warner atrapa la ofrenda y luego levanta la vista. —Gracias —dice en voz baja.

—Oye, no sabía que te gustaban las gomitas —dice Kenji, mirando por encima de su hombro—. Nos lo tenías oculto. Deberías unirte a nosotros para el momento del aperitivo... —Son para mi esposa —dice Warner tajantemente.

—¿Qué? ¿Tienes una esposa? —Kenji pasa su brazo por los hombros de Warner y lo aprieta—. ¿Estás casado? Felicidades, hombre. No tenía ni idea. Literalmente nunca lo mencionas. —Cállate. —Warner se zafa de Kenji, quien solo parece encantado de haberlo molestado. Entonces, de la nada, Kenji me lanza su caja de zumo vacía a la cabeza. —¡Ay! Qué diablos...

Levántate, gesticula él con la boca.

Levanto la vista para ver a Warner observando este intercambio, estudiándome impasible mientras se guarda el caramelo en el bolsillo. Se remanga las mangas de la camisa y luego se cruza de brazos. Lleva puesto color lavanda. Es el único tipo que conozco que puede llevar un jersey de cuello redondo lavanda y seguir resultando aterrador.

—Entonces, ¿nos vemos para cenar la semana que viene? —Adam mira a Warner mientras se dirige hacia la puerta—. Alia esperaba ver cómo está Juliette. Warner asiente. —A ella le encantaría. James cocina.

—¿Qué? —Me quedo rígido—. Yo no he aceptado cocinar. —Ah. —Adam chasquea los dedos, dirigiendo su atención hacia mí—. Deberías saberlo —dice—, Roman ya no come ni brócoli, ni arroz, ni queso fundido. Pero comerá pasta. —Entonces se va a morir de hambre —digo—. Todo lo que sé cocinar son pechugas de pollo y batidos de proteínas. Huevos. Quizás una hamburguesa.

—Los batidos de proteínas no se cocinan —dice Winston. Le asiento. —Gracias por confirmar mi punto. —Yo le haré pasta —se ofrece Warner—. Le gusta con salsa roja, ¿verdad?

Adam sacude la cabeza, echándose la mochila al hombro. —Ya no. Solo salsa de queso. Warner frunce el ceño. —Pensaba que no comía queso fundido. —En pan o verduras. Le parece bien el queso en la pasta —explica Adam—. Pero solo si es queso blanco. No lo tocará si es amarillo.

—¿Qué les pasa a tus hijos, hombre? —dice Kenji, atónito—. Cuando yo crecía, la elección era entre comida o no comida. Y siempre elegía comida. —Gigi se come cualquier cosa —dice él, encogiéndose de hombros—. Roman se obsesiona con esas cosas.

El ceño de Warner se profundiza. —Creo que tengo que hablar con Roman. Pero primero tengo que hablar con un niño diferente. —A mí, me dice—: Levántate. —No soy un niño —casi grito. —Tienes razón. La mayoría de los niños aprenden a ponerse de pie al año de edad. ¿Cuántos años tienes tú?

A regañadientes, me pongo en pie. —Está bien, de acuerdo, ya estoy arriba. —Extiendo los brazos—. ¿A dónde vamos? —Jesús, los huevos que tiene este niño —murmura Winston—. Yo ya me habría meado encima.

Warner me sostiene la mirada un latido más, exhala audiblemente y luego sale de la habitación. Simplemente sale de la habitación. —¡Oye! —le grito detrás—. ¿A dónde vamos? La puerta se cierra con un clic.

—Más vale que vayas tras él —dice Kenji, recogiendo sus envoltorios de comida. —¿Qué demonios está pasando? —exijo, mirando a mi alrededor—. ¿A dónde intenta llevarme? —A algún lugar donde no encuentren el cuerpo —dice Winston. Adam se ríe. —Vamos, ¿cómo pueden pensar que esto es gracioso? —No lo sé —dice Adam, mirando su reloj—. En parte espero que te dé una buena paliza. No tienes idea de por lo que nos has hecho pasar estos últimos días.

Suspirando, cierro los ojos con fuerza. Pensaba que las burlas suaves y el trato de bebé constante eran malos antes de irme al Ark. Pensaba que, como mínimo, volver vivo inspiraría algo de respeto, si no admiración directa por sobrevivir a lo insuperable. En cambio, parece que he empeorado las cosas. Nunca van a dejar que me olvide de esto.

Cuando finalmente alcanzo a Warner en el pasillo, él no deja de moverse. Ni siquiera reduce la velocidad. Solo me mira de reojo y dice: —Idiota. —Lo siento... Mira... —Pedirás perdón. —Ya pedí perdón —digo, igualando su zancada—. Estoy pidiendo perdón. Me he disculpado con todo el mundo...

—Le pedirás perdón a Juliette. Lo harás hoy mismo. Te sentarás con ella todo el tiempo que ella quiera, y no le contarás historias sobre haber salido volando de un árbol o sobre la cosecha de tus órganos. Nunca volverás a hacerle esto. —Se detiene de repente, se gira hacia mí—. ¿Me has entendido? No volverás a hacer algo así de estúpido nunca más o te lo juro, James, vivirás para arrepentirte.

Bajo la vista hacia mis botas, hacia los suelos de hormigón pulido bajo mis pies. En ese momento, siento más culpa que miedo.

Sé de qué trata realmente su enfado. Sé cuánto me quiere aunque solo lo haya admitido una vez, por omisión, cuando Juliette intentaba mediar en una discusión entre nosotros y dijo: *Está bien, ya basta, se quieren el uno al otro*, y Warner no la corrigió.

Ese hombre prácticamente me crió. Quiero a Adam a morir, pero cuando derrocamos al Restablecimiento y él decidió que quería vivir una vida tranquila y normal, yo fui directo a Warner. En aquel entonces él era el hermano que apenas conocía, al que acababa de conocer. Le pedí que me acogiera.

A los once años ni siquiera entendía la magnitud de lo que estaba pidiendo; solo sabía que no quería una vida tranquila y normal. Acababa de descubrir que tenía poderes de curación; acababa de descubrir mi herencia familiar; y había más que quería aprender, más en lo que quería convertirme. Sabía que no podría lograr mis objetivos con Adam, porque incluso entonces entendía la diferencia entre mis hermanos.

Adam quería paz. Warner quería justicia. Pero me di cuenta a una edad temprana de que no puedes tener paz sin asegurar la justicia; y cuando vives bajo una tiranía, no puedes asegurar la justicia sin violencia. No quería vivir una vida pasiva. Además, no estaba ciego. Veía la forma en que el mundo miraba a Warner: con esa clase de asombro, miedo y respeto con el que yo siempre había soñado. Él había trabajado duro por esa clase de poder, viviendo una vida aterradora y vertiginosa que me hacía pensar que era invencible.

Quería ser como él.

Warner y Juliette me acogieron en su casa sin dudarlo. Eran recién casados sumergidos en el caos de una era post-revolucionaria, intentando remodelar un mundo desfigurado, pero nunca me hicieron sentir como una carga. Al crecer, Adam estaba demasiado ocupado luchando por nuestras vidas para estar presente en mi infancia; pasé la mayor parte de mi tiempo solo, valiéndome por mí

mismo, viviendo una existencia de semi-huérfano. Por el contrario, Warner raramente me perdía de vista. Me tomó bajo su ala, enseñándome y entrenándome. Reconstruyéndome. Y por el hecho de vivir en su casa, he visto destellos de él que la mayoría de la gente no creería posibles. Versiones más suaves de él; versiones riendo. Versiones amorosas.

Ahora mismo, todo eso ha desaparecido. Ahora mismo, él es un escudo invulnerable. Un muro de hielo. Está molesto.

—Entonces, eh, ¿cómo está ella? —le pregunto al suelo—. ¿Siguen preocupados los médicos? Le oigo suspirar. Se mueve, sus botas se giran en dirección opuesta a mí. —Está mejor —dice en voz baja—. Ahora que estás en casa. —Iré a verla ahora —digo, levantando la vista—. Iré a la casa ahora mismo... —Irás —dice él sombríamente— cuando yo haya terminado contigo.

Abro la boca. La cierro. Lo intento de nuevo. —¿Qué significa eso?

Él empieza a caminar. —Significa que todavía tenemos mucho que hacer antes de que termine el día. —Espera... ¿qué está pasando? —Lo persigo, mis pasos resuenan por el pasillo de hormigón pulido—. ¿A dónde vamos? —Adivina —dice secamente. —¿Por qué no respondes a mi pregunta? —¿Por qué haces tantas preguntas? —rebate él. —Por claridad —digo—. ¿Para qué si no iba a hacer preguntas? —Tu exceso de confianza es agotador. —¿Exceso de confianza? ¿Crees que soy un engreído por querer saber qué estamos haciendo antes de hacerlo? —Sí. —Eso es una locura... —Juliette te malcrió. —*Tú* me malcriaste —le respondo. —Cállate.

Ahora estoy sonriendo, siguiendo su paso fácilmente a su lado. Miro a Warner de reojo, preguntándome si me regañará más que esto, pero no lo hace. Qué raro. Una vez, de niño, dejé caer un estante de pesas sobre mi brazo, rompiéndolo por dos sitios, y su diatriba de enfado (pánico) duró una hora. Este discurso solo ha durado unos minutos. Y entonces me doy cuenta: —Ni siquiera estás

tan enfadado, ¿verdad? —digo, animándome—. En realidad estás un poco impresionado conmigo, ¿a que sí?

Warner no me mira. —Lo estás, ¿verdad? —Ahora estoy emocionado. La tensión abandona mis hombros. Mi sonrisa se ensancha—. Crees que soy increíble. Crees que soy un genio por haber vuelto vivo...

—Creo que eres un idiota —dice tajantemente. Se detiene ante una puerta cerrada, lanzándome una mirada de advertencia—. ¿Crees que volver vivo es algo de lo que estar orgulloso? ¿Crees que la muerte es lo peor que te puede pasar? Morir es fácil. Soportar tu propio dolor es una bendición. El infierno es cuando te obligan a permanecer vivo, viendo cómo tus enemigos se llevan a alguien que amas —torturan a alguien que amas— mientras tú eres incapaz de salvarlos. A veces rezamos por la muerte, James. A veces salir con vida es peor que la muerte.

Esto mata la sonrisa de mi cara inmediatamente. —Pero esto —dice Warner, más calmado mientras mete la mano en su bolsillo— es quizás un resultado interesante del tiempo que pasaste en la isla.

Sostiene el pequeño chip azul que arranqué de la ardilla. Ya no tiene sangre. Claramente lo ha estado examinando. Logro una sonrisa tentativa. —¿Entonces... lo hice bien?

—Has entregado en mano a una mercenaria del Restablecimiento directamente en el epicentro de la resistencia, otorgándole acceso a cada líder de alto perfil de la oposición. La has traído aquí sin reflexionar, sin siquiera revisarla en busca de armas ocultas... —Lo hice, de hecho —digo a toda prisa—. La cacheé... —¿Buscaste dentro de su cabeza? —pregunta él, cortándome—. ¿Desechaste su piel para buscar tecnología de vigilancia, rastreadores, explosivos sutiles...? —Mierda. No. —Doy una respiración agitada—. No. No hice eso.

Warner toca la puerta con una mano y esta escanea sus datos, abriéndose un momento después con un suspiro. La abre y yo lo sigo al interior de la habitación oscura; las luces parpadean encendiéndose al entrar en el estrecho pasillo. Nunca he estado aquí antes. Un vestíbulo interior se abre a una habitación más grande, escasamente amueblada, cuya única característica distintiva es la enorme ventana que ocupa una pared. Me quedo de piedra.

Al otro lado está Rosabelle, tumbada en una cama de hospital. La visión de ella me deja paralizado.

JAMES

CAPÍTULO 20

No he visto a Rosabelle en treinta y seis horas.

Cuando se desplomó en el helicóptero la agarré por puro instinto, atrayéndola a mis brazos para que no se cayera por la puerta abierta. Los cinturones de seguridad —y un montón de otras funciones— habían fallado después de que le robé la moto a Jeff, lo que significó que tuve que sostener a Rosabelle contra mi pecho durante el resto de los treinta minutos de vuelo. Era tan pequeña y tan angustiosamente ligera que fue casi demasiado fácil recogerla en mis brazos, con su mejilla presionada contra mi cuello. Revisé la herida sobre su ojo; su piel era como la seda, muy suave.

Durante media hora la sostuve con fuerza con mi brazo bueno, mientras piloteaba la nave con el brazo herido. Cuando finalmente logré aterrizar el helicóptero, tuve que cargarla a través de un bosque denso y terreno empinado. Para cuando llegué al pueblo más cercano, estaba tan agotado que casi caigo de rodillas, sosteniendo a Rosabelle como una ofrenda.

Incluso ahora, al recordar esto, mi corazón empieza a latir de forma irregular. Sostenerla se había sentido natural y fácil, como si lo hubiera hecho cien veces. No pude entender mi reacción hacia ella en ese momento, y no entiendo mi reacción ahora. Lo único que sé es que el instinto de protegerla me sale tan natural que tengo que esforzarme activamente por apagarlo. Diablos, ni siquiera pude evitar intentar alcanzarla cuando ella estaba a punto de matarme.

Trago saliva, mirándola a través de la ventana. Esto está mal. Está muy mal. Siento que la sangre se me sube a la cabeza, volviéndome más estúpido. Todavía puedo sentirla bajo mis manos. Su aroma sigue viviendo en mi mente.

—¿Ya terminaste? —pregunta Warner con tono sombrío, descolgando una tableta brillante de la pared—. ¿O necesitas más tiempo a solas con tus delirios?

Eso aclara mis pensamientos en un instante. Lo miro, sintiendo cómo la humillación irradia un calor lento que me sube por el cuello. Warner tiene la habilidad sobrenatural de sentir las emociones de la gente. Esto se traduce en formas más poderosas también —puede robar los poderes de otros—, pero la mayoría de las veces su súper fuerza consiste simplemente en hacernos la vida realmente vergonzosa al resto de nosotros.

—Estoy bien —digo, forzando una sonrisa.

Warner escanea la tableta mientras habla. —Como sabes, la paciente estaba inconsciente al llegar. Sufrió un traumatismo craneoencefálico cerrado que resultó en una fractura lineal de cráneo y una ligera inflamación orbital, aunque en general hubo poco daño en el ojo. Estaba deshidratada y peligrosamente desnutrida. Tenía el ritmo cardíaco elevado a pesar de estar inconsciente —muy inusual— y moretones cubriendo la mayor parte de su cuerpo. Los moretones, 247 en total, eran del mismo tamaño y forma, lo que nos lleva a suponer que se produjeron simultáneamente y fueron causados por la misma arma. No hay teorías aún sobre qué tipo de arma pudo causarlos, aunque la consistencia de las lesiones apunta a algún tipo de tortura estandarizada. Por lo demás, le hicimos varios escaneos en busca de tecnología sutil y salió limpia.

Él me mira. Siento que me mira. Pero yo estoy mirando a Rosabelle otra vez. *Fractura lineal de cráneo. Deshidratada y peligrosamente desnutrida. Moretones cubriendo la mayor parte de su cuerpo. Tortura estandarizada.* Estoy teniendo una reacción muy mala a estas noticias.

Puedo sentirlo: el pico en mi pulso, la rabia acumulándose dentro de mí. Aprieto y suelto los puños, intentando sacudirme esa

sensación. No conozco a esta chica. No tengo ninguna razón para sentir nada más que odio por ella. Pero sigo escuchando su voz rota y desesperada en mi cabeza...

Por favor. Diles que sean amables con ella. Es solo una niña.

Sé lo vicioso que puede ser el Restablecimiento. Sé lo que le hacen a la gente, cómo los hunden hasta el fondo, hasta volverlos locos. *¿Qué demonios le hicieron? ¿Por qué?*

Con los ojos cerrados, Rosabelle parece irreal, frágil. Su cabello rubio platino es más largo de lo que esperaba, suelto de su nudo práctico, extendido bajo su cabeza. Tiene las manos entrelazadas sobre la sábana doblada pulcramente a la altura de su cintura. Sus heridas han sido curadas, la sangre limpiada de su rostro. Parece falsa, como una muñeca de porcelana. Cuesta creer que esta sea la misma chica que me asesinó a mí y a incontables otros.

Warner se aclara la garganta, molesto. —Obviamente, el Restablecimiento habría anticipado tales escaneos —está diciendo—. No la habrían enviado aquí con evidencia de sus intenciones tejida en su ADN. De hecho, es posible que la eligieran para esta misión precisamente porque no porta pruebas de su tecnología en su cuerpo; lo cual tengo razones para creer que es muy raro entre la población del Ark. Sin embargo, hay una cicatriz distintiva y mal curada en la parte interna de su antebrazo derecho. Considerando los avances médicos liderados por el Restablecimiento, esto es sumamente inusual, y quizás sea lo más interesante sobre ella. O bien no pueden eliminar esa cicatriz por alguna razón insondable, o quieren que la lleve como castigo. O como un recordatorio.

—¿Un recordatorio de qué? —pregunto, apartando la mirada de Rosabelle—. ¿Un castigo por qué? —Eso está por verse.

Mi rabia solo se intensifica. —¿Y los moretones? ¿La desnutrición? Dijiste que la estaban torturando.

La irritación de Warner ante esto es obvia. —Muy bien —dice, encajando la tableta de nuevo en su soporte—. Supongo que haremos esto ahora. —Toma aire con cuidado antes de mirarme a los ojos—. Extingue tus esperanzas y sueños. No existe ningún escenario en el que sus intenciones sean honorables. No te dejes engañar por su apariencia. Al Restablecimiento le encanta destruir rostros inocentes; encuentran un placer perverso en forjar asesinos a partir de las figuras más modestas, especialmente mujeres jóvenes que muestran promesa física y mental desde niñas. De hecho, es una gran ventaja para ellos que se presente como alguien pequeña y delicada —dice, sosteniéndome la mirada—. Hicieron lo mismo con Juliette.

—Pero... —Calculo que tiene más o menos tu edad —Warner la mira a través de la ventana—, lo que significa que sus años formativos fueron moldeados bajo la era imperial del Restablecimiento. Me sorprendería que no hubiera sido entrenada para esto desde una edad temprana. Así que sácatelo de la cabeza —dice—. No es una inocente frágil. Tampoco te considera su héroe. No le salvaste la vida. No está huyendo de sus captores, y no te ayudó a escapar de la isla con la esperanza de encontrar una vida mejor...

—¿Entonces por qué la mataban de hambre? ¿Por qué lastimaron a su hermana? —James. Ya sabes la respuesta. —Sí —digo, cruzándome de brazos. Luego, citando a Warner—: "Con pocas excepciones, generalmente se puede confiar en que el Restablecimiento controla a la gente mediante la coacción, el chantaje o la tortura. A veces las tres cosas". ¿Pero eso no prueba mi punto? La están torturando. Probablemente chantajeando.

—Su situación no es común y no hace nada para demostrar que simpatiza contigo o con nuestra causa —dice Warner—. De hecho, si la chica ama a su hermana, como pareces creer, eso solo empeora la situación.

Levanto las cejas. —¿Cómo que lo empeora? —Tiene más que perder —dice, acercándose a la ventana—. Y ya demostró que está dispuesta a matarte para lograr sus propios fines.

Exhalo, sorprendido por el peso de este golpe. Ni siquiera me había dado cuenta de qué tan altas eran mis esperanzas hasta que se derrumbaron. Honestamente, es un poco vergonzoso. —Sí —digo en voz baja—. Tienes razón. Por supuesto que tienes razón. No sé en qué estaba...

Algo encaja en mi cabeza entonces. Abro mucho los ojos en algo parecido al horror. —No puede ser —susurro—. ¿Me trajiste aquí para que la mate?

Warner pone cara de asco al instante. —Diez años viviendo conmigo —aprendiendo de mí— y todavía recurres a las groserías. Culpo a Kent. Te crió pensando que estaba bien hablar como un criminal. —Y a Kenji —señalo—. Kenji me inspira a diario.

La mandíbula de Warner se tensa. —No tienes que matarla hoy —dice, respondiendo a mi pregunta—. Hoy, quiero que entres ahí y hables con ella. Me gustaría observar sus interacciones. —Hm —me río, pero suena forzado—. ¿Por qué?

—Te están usando, James —dice, girándose completamente para encararme—. Ya te usaron. Ella ya te manipuló de forma tan perfecta que no puedes ver los hilos. Fuiste lo suficientemente ingenuo como para traerla aquí, y ahora tenemos que manejar la situación. Reescribir las reglas a nuestro favor.

—¿De verdad crees que es tan malo? —Sí.

Suelto un suspiro. —Está bien. ¿Entonces no quieres que la interrogue? ¿Solo quieres que hable con ella? —Ella espera un interrogatorio —dice Warner—. Espera que la traten como a una criminal, estar a la defensiva. —Empieza a caminar lentamente de un lado a otro—. Si es una mercenaria del Restablecimiento, su umbral para el sufrimiento será alto. Probablemente ha sido

sometida a crueldades indescriptibles, de las que nosotros jamás implementaríamos en nuestros procedimientos. Cualquier dificultad que enfrente bajo nuestra custodia no será nada para ella. Será fácil, incluso.

—Lo que no espera —dice, girando distraídamente su anillo de bodas en el dedo— es ser tratada con algún tipo de amabilidad. No espera que nadie se preocupe por su bienestar. No espera ser tratada con humanidad.

—¿Humanidad? —digo con una sonrisa—. Suenas igualito a Juliette ahora mismo.

Él se detiene para mirar por la ventana. —Sé que quisiste decir eso como un insulto, así que considérate afortunado de que te quiero lo suficiente como para no asesinarte por faltarle al respeto a mi esposa.

Eso me hace reír a carcajadas. Warner me sostiene la mirada un momento, con los ojos brillando con un humor contenido. A veces pienso que a Warner le encanta secretamente tenerme cerca, porque aunque probablemente lo harto demasiado, soy el único que no le tiene miedo. No importa lo que diga, sé que nunca me lastimaría. Es mi hermano mayor, y genuinamente quiero al tipo.

El rostro de Warner cambia mientras tengo este pensamiento; una emoción parpadea en sus facciones antes de que desvíe la mirada. —A menudo trato de pensar como lo hace Juliette —dice en voz baja—. Ella tiene una perspectiva del mundo más reflexiva y holística que la mía. Y ahora mismo, estoy sopesando mis opciones. No podemos proceder sin un plan claramente definido. Y antes de decidir el mejor curso de acción, me gustaría saber qué tipo de ventaja tienes sobre ella.

—¿Qué te hace pensar que tengo alguna ventaja sobre ella? —Porque ha estado diciendo tu nombre en sueños.

Una descarga de placer me recorre. Un subidón automático de endorfinas. —¿Qué? ¿En serio? —No.

—Vaya, está bien, pudre... vete al diablo.

Warner realmente sonríe. Es una de sus raras sonrisas; los hoyuelos aparecen y desaparecen solo para jugarte con la cabeza. Pasa de asesino a chico de al lado a asesino en dos segundos exactos. —Mira qué decepcionado estás —dice suavemente—. Qué encantado estabas cuando pensaste que una secuaz del Restablecimiento, enviada aquí para matarte a ti y a toda tu familia, estaba teniendo sueños inapropiados contigo.

—Sabes —digo, cruzándome de brazos—, realmente, *realmente* odio que puedas sentir las emociones de los demás.

—No te sientas tan mal por ti mismo —la expresión de Warner se enfría—. Imagina gestionar el incesante diluvio psíquico de cada persona con la que me cruzo. No tienes idea del excremento emocional que tengo que filtrar cada día. A veces no puedo ni escuchar mis propios pensamientos. —Se da la vuelta—. Vivir contigo mientras pasabas por la pubertad, por ejemplo, fue un tipo de infierno único. A veces pienso que todavía estás en la pubertad.

Pongo cara de pocos amigos. —No me gusta oírte decir la palabra *pubertad*. De hecho, no creo que necesite oírte decir esa palabra nunca más...

Warner levanta una mano para silenciarme justo cuando los párpados de Rosabelle tiemblan. Sus manos se mueven ligeramente. Abre los ojos lentamente, estudiando la habitación con la vista entrecerrada. Observo cómo lidia con la desorientación, casi incorporándose en un repentino arranque de pánico. Parece procesar las cosas por fases, volviendo finalmente en sí, adaptándose a su nuevo entorno. Luego gira la cabeza, todavía parpadeando suavemente, y me mira directamente.

Me pongo rígido. No, no directamente a mí. Está mirando en esta dirección, sus ojos vidriosos enfocándose, siguiendo el rastro de la ventana. Intentando resolver un acertijo. Incluso ahora, me doy cuenta, ella sabe que la están observando.

—No te dejes engañar —dice Warner en voz baja—. Entra ahí con la guardia en alto. —Sí —tomo aire—. Sí, está bien. —Vacilo cuando se me ocurre algo—. Oye, ¿ya le han dado algo de comer?

Warner cambia su peso de pierna. —Se le han administrado fluidos por vía intravenosa, pero no ha comido nada sólido todavía, no. ¿Por qué? —Tengo una idea.

ROSABELLE

CAPÍTULO 21

Podría estar soñando. El problema es que tengo los ojos abiertos. El problema es que el resplandor de las luces del techo no tiene nada de romántico. El problema es que el pitido constante de los monitores médicos genera en mí una tensión que se enrolla cada vez más, a pesar de que tengo el cabello suelto, libre de su nudo. El problema es que no estoy a salvo, aunque mi cuerpo se siente más fuerte, mejor de una forma que no puedo definir. Cierro los ojos, obligándome a respirar profunda y pausadamente, pero la alucinación se intensifica; mis sentidos son atacados por el aroma delicioso de la carne asada a la leña; mi estómago se contrae ante la promesa de alimento. Los aromas melosos de las cebollas y el ajo salteados llenan mi cabeza. Huelo menta y albahaca. Limón. Pimienta. Queso. *Delirante*. Abro los ojos.

Puedo escuchar mi corazón latiendo en mi pecho; sus movimientos resuenan en voz alta a través del tipo de máquina que no he visto en años. El equipo en esta habitación es viejo, excepto que se ve nuevo. No se me había ocurrido pensar que aquí podrían no poseer los mismos avances tecnológicos. Frunzo el ceño. *¿Dónde?* No es un sueño. Me digo a mí misma que he llegado a La Nueva República. Fase uno completada.

Soltaría un suspiro de alivio si no fuera porque no recuerdo haber aterrizado aquí. Los detalles que relatan mi entrada en territorio enemigo no existen; donde debería haber recuerdos, solo hay un vacío. He estado a merced de los rebeldes en un estado de inconsciencia, y no tengo idea de cómo pude haberme expuesto o qué pudieron haberme hecho. Le imploro a mi mente que use la razón: mantén la calma. Sigue el plan. Un agente del Restablecimiento ha sido asignado para contactarme dentro de las cuarenta y ocho horas posteriores a mi llegada. No tengo idea de cuánto tiempo llevo aquí. Mi prioridad inmediata es encontrar una salida.

—Oye —dice él, extendiendo el vaso—. En serio, es solo agua. Me quedo muy quieta.

James está sentado junto a mi cama de hospital, mágicamente íntegro. Lo había notado antes, pero como aún no decidía si estaba soñando, no sabía cómo asimilarlo. Su presencia es tan vívida que parece de ensueño; su energía ocupa casi toda la habitación. Hay un peso en él que me agrada. Parece sólido. Inquebrantable. Pero sin esa gruesa capa de sangre y suciedad oscureciendo su rostro, es mucho más difícil de mirar, y me cuesta sostener su mirada inquisitiva. Me estudia con una expresión plana, ligeramente curiosa. Por lo demás, es ilegible. No es un sueño.

Entró hace unos minutos con apenas una mirada en mi dirección, empujando una mesa llena de platos con comida que no he visto en años. Sigue sosteniendo el vaso con agua, esperando a que lo tome. Sus ojos son un caleidoscopio de azules; como el mar, a veces tranquilos y otras turbulentos. Ahora mismo se ve relajado y cómodo en su cuerpo. Tengo un pensamiento extraño: desearía poder recoger su calma y ponérmela encima, dormir bajo ella como si fuera una manta.

—Rosabelle —dice él. Por primera vez, esboza una sonrisa—. Vamos. Te juro que no tiene veneno. —No entiendo —susurro. —¿Puedes incorporarte un poco más? —¿Por qué? —Necesitas comer —dice él—. Te traje comida. —¿No? —lo digo como una pregunta.

—Sí —dice con énfasis—. Vamos. Siéntate un poco, pero no te muevas demasiado rápido. —No entiendo —repito. —¿Qué es lo que no entiendes? —¿Por qué eres amable conmigo?

Él coloca el vaso con agua en la bandeja frente a mí y luego se recuesta en su asiento; la sonrisa ha desaparecido. De hecho, su rostro se cierra por completo, y esto me inquieta más que el ofrecimiento de comida. Me incorporo sin pensar, como si esa acción fuera a devolverle la sonrisa al rostro. La sonrisa no vuelve.

—No estoy siendo amable contigo —dice—. Esto se llama ser una persona normal. No voy a dejar que te mueras de hambre.

Trago saliva, sorprendida al notar que mi garganta no está seca. El dolor irradia por todo mi cuerpo; el hambre araña mis entrañas. Me quedo mirando la mesa llena de comida, permitiéndome creer, por primera vez, que esto podría estar pasando de verdad. Sacudo la cabeza. Ni siquiera sabría por dónde empezar.

—Por cierto, nunca respondiste a mi pregunta —dice James. Levanto la vista ante el cambio repentino en su tono. Sus hombros parecen más tensos, sus ojos más alerta—. ¿Cuánto tiempo ha pasado desde que comiste una comida de verdad?

Mi corazón truena en mi pecho ante esa pregunta, y cuando el monitor refleja este cambio, James mira hacia la máquina y yo entro en pánico. Me obligo a descender hacia la nada, desconectando mi cuerpo de mi mente, triturando lo que queda de mí hasta volverlo polvo. Necesito controlarme y mantenerme así. No puedo permitirme más errores.

Cuando mi ritmo cardíaco se ralentiza, lo miro y digo: —Tres días. —Tres días —repite él. Asiento, como si esto fuera normal. —No he comido en tres días.

Su rostro se ha vuelto frío. Su voz es dura. —¿Y qué comiste hace tres días? *Hongos*. —No entiendo por qué esto es relevante.

—Mira, ¿podrías simplemente beber el agua? —espeta él, perdiendo la compostura. Su enojo me sorprende. Lo miro a él, luego miro alrededor de la habitación; mis ojos recorren todo en ese espacio brillante y estéril. Considero la situación. Esto es claramente una celda de detención readecuada con una cama de hospital. Hay una pintura enorme y genérica de un campo de verano que ocupa casi toda una pared, detrás de la cual probablemente haya algún tipo de plataforma de observación. No tengo dudas de que varias

personas me están observando ahora mismo. No sé cuánto tiempo llevo aquí, pero la recuperación física de James indica un lapso de tiempo lo suficientemente largo como para permitir la recuperación y la cooperación. Él ha tenido horas para ducharse, comer, dormir, para restaurar el brillo saludable en su piel. Esto significa que ha tenido tiempo para reunirse con sus oficiales, lo que significa que ellos saben lo que él sabe. No ha venido a visitarme sin autorización; entró aquí con un plan.

Esta comida no es un acto de misericordia, me doy cuenta con algo de alivio. *Es una prueba*.

Me digo a mí misma: *Una persona normal y hambrienta, sin motivos ocultos, no tendría miedo de comer comida ofrecida libremente*.

Alcanzo el vaso con agua con mano temblorosa, derramando un poco al llevarlo a mis labios. Doy un sorbo y cierro los ojos, saboreándolo. El agua está a temperatura ambiente, fácil de beber, suave para mi garganta, pero me sorprende darme cuenta de que en realidad no tengo sed. Miro las viejas bolsas de suero y la respuesta es obvia: me han estado dando fluidos por vía intravenosa. Por eso me siento mejor. Más lúcida. Más ligera. Dejo el vaso.

James empuja un plato con pollo frente a mí, la carne ya cortada en trozos pequeños, como si yo fuera una niña. Ver eso me provoca algo, amenaza con ahogarme. —Probablemente ya esté frío —dice él, disculpándose.

Como si me importara. Lo miro, intentando mantener mi ritmo cardíaco estable. —¿Simplemente vas a quedarte ahí mirándome comer? —Sí.

Este es un tipo de tortura que no anticipé. Todo en este momento se siente cargado y extraño, y el miedo me oprime el estómago. Mi hambre es algo que solo puedo controlar cuando estoy famélica. A veces, la inanición es una bendición, vacía mis entrañas

tan completamente que me resulta más fácil apagarme, permanecer vacía. Solo tengo recuerdos borrosos de lo que es estar llena. No sé qué hará mi cuerpo cuando lo alimente, y ese desconocimiento me asusta.

Tomo el tenedor con trepidación, consciente de los muchos ojos que deben estar observando este momento. Mi mano tiembla un poco, y lo oculto pinchando la carne con más fuerza de la que me gustaría, para luego llevarla a mis labios con vacilación. Se me hace agua la boca automáticamente; los aromas sabrosos de la grasa y la sal me enferman de anhelo y culpa.

Rosa, ¿a qué sabe la carne? Mis párpados tiemblan. Mi pecho se oprime.

Rosa, vamos a tener un banquete. Tú te sientas ahí, y yo aquí, y vamos a fingir que mi sábana es el mantel, ¿está bien? Está bien, dije yo, tomando asiento. ¿Qué hay en el menú? ¡El chef nos ha preparado un pollo asado! ¿Te gusta el pollo, Rosa? Vi una foto en un libro...

Mi estómago se revuelve con odio hacia mí misma. Agitándose con necesidad y asco. Mi mano tiembla de nuevo.

Rosa, eso es privado, había dicho ella, frunciendo el ceño mientras yo desdoblaba un trozo de papel viejo. Lo había encontrado mientras quitaba sus sábanas. Era una lista, y yo había leído el título y los dos primeros elementos antes de devolvérselo, con el corazón acelerado. "Cosas que comeré algún día", decía. polyo dulses

Me obligo a mirar el pollo pinchado en mi tenedor, me obligo a abrir los labios. Inhalo por la boca y me preocupa que me voy a enfermar. Siento que el estómago se me vuelca y lucho contra la compulsión, con el pecho agitado.

—¿Rosabelle? —dice él. Levanto la vista, horrorizada al darme cuenta de que mis ojos están anegados en lágrimas. No. Estoy

muerta por dentro. He estado muerta por dentro durante años. —Oye... *Muérete*, me digo a mí misma. *Muérete*.

Me obligo a meter el trozo de pollo en mi boca, me obligo a masticarlo, me obligo a saborearlo.

¿Cómo es, Rosa? ¿Está muy rico?

Escucho los monitores desde lejos, las máquinas gritando como a través de capas de niebla. La carne se siente extraña en mi boca. Ajena. Suave. *Esto es pollo de verdad*, me doy cuenta. Carne real de un animal, no cultivada en laboratorio. Tiene una textura que no experimentaba desde la infancia. Mis dientes me parecen nuevos, afilados. Los sabores son demasiado brillantes, demasiado intensos. Siento una náusea súbita, me tapo la boca con la mano. Me obligo a tragar. Pincho otro trozo.

—Oye —dice él de nuevo, con una nota de pánico en su voz ahora—, no tienes que comértelo... solo pensé que...

¿Crees que algún día lleguemos a comer carne de verdad, Rosa? Me gusta el pan que nos dan y no me importa la avena, de verdad, pero recuerda que una vez nos dieron huevos, y esos vienen de una gallina, y una vez nos dieron leche, y eso viene de una vaca, así que tal vez...

Me meto el siguiente trozo en la boca, aguantando la náusea. Mi mandíbula ya está cansada, el movimiento repetitivo es robótico. Mi piel se calienta y se enfría; mis manos están sudorosas. Un sudor ligero ha brotado en mi frente. El dolor me retuerce las entrañas al tragar. Pincho otro trozo de pollo.

—Para —dice él, arrebatándome el tenedor de la mano. Suena diferente ahora. Asustado—. No tienes que comértelo. Lo siento... —Me lo voy a comer —digo. Mis ojos están calientes. Húmedos. Alcanzo el pollo con mis manos desnudas, forzando otro trozo en mi boca—. Me lo voy a comer. —Rosabelle, para...

Me agarra las manos sucias, me obliga a mirarlo. La determinación tiembla dentro de mí, estremeciéndose en mi garganta. Mi rostro está empapado. Mi corazón late fuera de mi pecho. —Lo siento —dice desesperadamente. Sus ojos están fuera de sí—. Lo siento. No tienes que comértelo si no quieres...

Siento cómo mi cuerpo se convulsiona en el silencio e intento, de verdad lo intento, pero no puedo controlarlo.

Vomito encima de él.

ROSABELLE

CAPÍTULO 22

Giro mis manos, observando mis dedos arrugados. He estado sentada bajo el agua caliente tanto tiempo que mi piel ha empezado a picar y, aun así, no me atrevo a salir. Esto es un lujo: el estruendoso ruido blanco, el vapor perlado en mis extremidades, el silencio pacífico. El silencio pacífico.

Había olvidado lo que era estar sola. Había olvidado lo que era tener privacidad. Sigo olvidando que la gente de aquí no está conectada al Nexo. Que no es norma vigilar a las personas en todas partes, todo el tiempo. Cierro los ojos, dejo que el agua me golpee la cara.

Mi habitación del hospital se llenó de gente poco después de mi humillación; enfermeras entrando a trompicones, ladrando protocolos de materiales peligrosos a James. Se lo llevaron lejos de mí a pesar de sus protestas. No dudo que lo estarán revisando en busca de rastros de veneno o explosivos, enviando mi vómito a un laboratorio solo para estar seguros de que no lo hice a propósito.

El pensamiento casi me arranca una sonrisa sombría. Los rebeldes no son estúpidos, aunque parecen haberme sobreestimado en este caso. Después de todo, me trataron como esperaba: me metieron en la ducha con movimientos rápidos y bruscos, quitándome la bata de hospital con fría eficiencia. Es hora de recuperarme.

Clara no está muerta. Clara no está muerta.

Lo sé con absoluta certeza; no la habrían matado cuando pueden usarla para manipularme. El problema es que sigo perdiendo el control de mi imaginación. Sigo permitiendo que mis pensamientos divaguen, que se pregunten cómo podrían estar torturándola. Pero perder la cabeza significa cometer errores, lo cual es, sin duda, la forma más segura de garantizar su muerte.

Voy a compartimentar. Sellaré herméticamente a Clara en mi corazón. Aceptaré la paradoja de que, para salvar su vida, debo ignorar su sufrimiento. Clara, yo me encargaré. Es a James a quien no sé cómo controlar.

No entiendo qué le pasa. Estoy cansada de intentar encontrarle sentido. Me confunde a cada paso, recompensándome con paciencia y amabilidad cuando debería estar asignándome una celda y una inquisición violenta. No tengo práctica en este tipo de guerra sutil. Me está manipulando con interrupciones mentales sofisticadas, y las consecuencias son inquietantes. Estoy empezando a hacer asociaciones positivas con su nombre, con la visión de su rostro. Cuando pienso en él, no siento miedo en absoluto. Eso me está dando rabia.

Me doy cuenta de que he apretado los puños solo cuando empiezan a doler. Me miro las manos, exhalando mientras las suelto. Estoy respirando demasiado fuerte. Las emociones surgen dentro de mí sin ser invitadas; mis pensamientos más silenciosos empiezan a desenredarse. Siento que crece ese deseo desesperado de ocupar finalmente algo más que un pequeño rincón de mi propia mente. Durante años me asfixié en el silencio, y ahora espirales de pensamientos se desenvuelven alrededor de mi garganta; el peligro de las palabras y sentimientos prohibidos surge dentro de mí como un grito...

Siempre he odiado al Restablecimiento.

Me pongo rígida al pensarlo, preparándome para el familiar tartamudeo de mi corazón, la opresión de mi pecho. Presiono mis manos contra el suelo duro, buscando, instintivamente, algo. La paranoia crece y retrocede dentro de mí, alimentada por el miedo, hambrienta de lógica. No se arriesgarían a vigilarme aquí, me digo. Nunca antes el Restablecimiento ha entregado con éxito a un mercenario del Ark en el núcleo de La Nueva República; no arriesgarían mi exposición durante esta misión sin precedentes. Mi mirada recorre la ducha sencilla e industrial, buscando entre el

vapor el familiar parpadeo de la luz azul. Me recuerdo que estoy lejos de casa; que estoy sola.

Mi corazón no se ralentiza. Me recuerdo que también odio a los rebeldes, y esta dirección más aceptable de mis pensamientos me calma. Tomo una respiración profunda y estabilizadora, saboreando el agua. La verdad es que odio a todos por igual.

Los fundadores de La Nueva República son responsables de miles de muertes y de una violencia indescriptible, y aun así siempre se apresuran a condenar al Restablecimiento, reclamando superioridad moral. Prometen fantasías de libertades insostenibles a una población mientras los exponen a los males de la hambruna, la anarquía, la ignorancia, el conflicto y el derramamiento de sangre... y a un clima irreparable. Desafían los avances de la ciencia y la tecnología moderna. Insisten en que el caos autogobernado es preferible a un orden mundial regulado.

El Restablecimiento es una empresa autoritaria, inmoral y de mano de hierro, pero La Nueva República es peor que ingenua, y solo por esa razón nunca prevalecerán. Todavía me asombra que mi padre jurara lealtad a una revolución condenada al fracaso y que, al hacerlo, sentenciara al resto de su familia a un destino peor que la muerte. Siempre quise vengarme de los rebeldes responsables de la destrucción de mi vida y del trastorno del mundo... incluso cuando encontraba las acciones de mi propio régimen peores que despreciables. Me alineé con lo que creía que era el menor de dos males, confiando en que no se puede confiar en ningún gobierno.

Y sin embargo... Deslizo un dedo por la condensación de la pared de azulejos, maravillada de que acabo de tener pensamientos terribles y traicioneros sobre el Restablecimiento, y nadie me interrogará el mes que viene para descubrirlo. Un sonido sale de mi cuerpo, algo parecido a una risa.

Pruebo los músculos de mi cara, paso la lengua por mis dientes, toco con la yema del dedo la suavidad de mis labios. El agua

corre en hilos por mi piel caliente, rozando las curvas de mi cuerpo. Mientras esté aquí, al menos, me pertenezco a mí misma.

—Voy a cortar el agua ahora —llama la enfermera. Ha estado esperando justo detrás de la puerta de la ducha todo este tiempo—. Estaré aquí con una toalla.

Demasiado pronto, se acaba. El estruendo, el vapor. El silencio.

El calor me ha puesto de un rojo brillante, y me quedo mirándome en los momentos siguientes, un goteo constante golpeando el azulejo bajo mis pies. Me levanto del suelo, mi piel grabada con el diseño de los azulejos. Mi cabeza humea. Mi estómago grita. La enfermera, como prometió, me está esperando.

No desvía la mirada; de hecho, me mira de arriba abajo como para asegurarse de que no voy armada. Agarro la toalla y me envuelvo en ella, y cuando finalmente salgo de la ducha al baño frío de concreto de la celda de detención, mis pies calientes parecen encogerse contra el suelo helado. Un escalofrío recorre mi cuerpo y me envuelvo más fuerte en la toalla, con el cabello chorreando. Miro a la enfermera.

Es alta y de mediana edad; piel oscura, ojos oscuros; su rostro es anguloso e interesante. Me recuerdo que la gente en La Nueva República todavía tiene poderes preternaturales. Incluso una enfermera modesta podría poseer una fuerza secreta, capaz de matarme con un solo movimiento.

Como si sintiera mi evaluación, levanta una ceja. Luego mira intensamente hacia otro lado, y sigo su mirada hacia una esquina, donde una pila ordenada de ropa doblada descansa sobre una pequeña caja sin marcas.

—Eso es para ti —dice, observándome de nuevo—. Vístete. Te trasladarán en diez minutos. —¿Trasladada? —Esta información me anima. Me preocupa.

Pasé parte de mi tiempo en la ducha intentando trazar opciones de escape; sabía que eventualmente me llevarían a una celda de prisión de alta seguridad, pero esperaba tener tiempo para escanear las instalaciones, hacer un mapa en mi mente—. ¿Trasladada a dónde? —A un centro de rehabilitación.

Estoy alcanzando la pila de ropa cuando dice esto, y me quedo helada. Me giro lentamente para mirar a la enfermera, mis instintos afilándose en advertencia. *Centro de rehabilitación* es siempre una clave para algo peor: manicomio, laboratorio; un lugar para experimentos y disecciones.

—Ya veo —digo, descongelándome mientras recojo la ropa en mis brazos. El material es suave contra mi piel, y no puedo evitar pasar la mano por la tela, mi mirada perdiendo el enfoque mientras los engranajes giran en mi cabeza.

Mi incidente con James debe haber sido peor de lo que temía. Escapar de un laboratorio —o de un manicomio— requerirá un plan completamente diferente. Especialmente si pretenden drogarme. Aun así, de alguna manera, esto es un alivio. La tortura no es ideal, pero al menos es familiar. Puedo lidiar con el dolor. Además, los rebeldes son débiles de voluntad; ni siquiera creen en ciertos métodos de castigo. Mi mente trabaja rápido ahora, repasando escenarios mientras me visto. Apenas noto que las prendas están bien hechas hasta que están contra mi cuerpo: un suéter azul suave y un par de jeans que casi me quedan bien.

Esta no es ropa de prisionero.

Miro a la enfermera, que no ofrece ninguna explicación. Solo se cruza de brazos mientras camino hacia el tocador. Me cepillo los dientes con los suministros proporcionados, luego me cepillo el cabello, atándolo, mojado, en un moño poco favorecedor. Estudio mi reflejo en el pequeño espejo sobre el lavabo. No me gusta mirarme. Cuando me miro, veo a mi madre. La muerte. A mi hermana. El sufrimiento. A mi padre. La traición.

Mi cara se ha enfriado de rojo a rosa. Mi cabello casi tiene color cuando está mojado. Mis ojos, me doy cuenta, son brillantes y aterradores, febriles. James me llamó hermosa.

El recuerdo activa un sentimiento latente dentro de mí, algo elemental que nunca he fomentado. Observo cómo un rubor lento brota en mi piel, fundiéndose con el calor que retrocede en mi cuerpo. *Solía ser hermosa*, pienso. Sebastian solía decirme cosas así. Mi piel se enfría ante el recordatorio.

No me llevé su anillo de bodas. Se lo arrojé a la cara cuando vino por Clara, cuyas consecuencias sin duda enfrentaré al regresar a casa. Mato el pensamiento mientras alcanzo la caja sin marcas.

Dentro encuentro una pequeña bolsa de mensajero; un par de tenis resistentes; calcetines; una bolsita de nueces mixtas; una botella de agua y una barra de chocolate. La barra de chocolate me sorprende. No he comido chocolate desde que era niña. Decido en ese mismo momento guardarla para Clara. Cuando regrese a casa habré demostrado mi valor y mi lealtad al Restablecimiento, y Clara tendrá chocolate por primera vez. Klaus nos prometió libertad a cambio de mis esfuerzos... y Klaus no es lo suficientemente humano como para mentir.

Neutralizando mi expresión, tomo un respiro pausado. Un plan se está formando en mi mente, una oleada de esperanza dándome enfoque. Recojo los diversos artículos y los coloco dentro de la bolsa de mensajero. Me siento en un pequeño banco para ponerme los calcetines y los zapatos, pero me cuesta un poco con el zapato izquierdo. El tamaño está bien, pero hay algo como una piedrita atrapada dentro del tenis, justo bajo la plantilla. Meto la mano, levanto la suela removible y mi dedo roza un disco pequeño y plano. Es aproximadamente del tamaño y peso de una moneda.

Me pongo rígida de inmediato. Lanzo una mirada furtiva a la enfermera, que todavía me observa. Una sensación extraña me

recorre la columna. —Date prisa —dice ella—. Tengo que escoltarte fuera.

Vuelvo a los zapatos, mis manos afortunadamente firmes. Despego el disco de metal de la suela. Es liso y sin marcas, de plata pulida. La enfermera sigue observándome. Todo ese tiempo en la ducha pensé que estaba lejos del ojo vigilante del Restablecimiento. *Error.*

—Me pregunto qué hora es —digo, repitiendo las palabras que me instruyeron decir.

Ella se mueve, considerándome, luego extiende su mano, donde un destello de luz azul pulsa justo en la parte interna de su antebrazo. —Es tarde —dice—. Casi pierdes la oportunidad.

Esto me llena de alarma. Rápidamente presiono la pieza entre mi pulgar e índice y ofrece una respuesta háptica inmediata, respondiendo a mis huellas dactilares. Con un zumbido final, se desbloquea.

El disco se abre en espiral, produciendo un holograma. Es una imagen perfectamente renderizada de un frasco de vidrio. El objeto es aproximadamente del tamaño de mi mano, el líquido dentro es negro como el tono. Grabo la imagen en mi memoria justo antes de que se desintegre, la moneda vaporizándose sin previo aviso... tan caliente que me quema la piel.

Finalmente, miro a la agente. Ella está estudiando su brazo. La luz azul parpadea más rápido ahora, contando hacia atrás. Se me ocurre que ella estaba tan ansiosa como yo por completar esta tarea. Si no hubiera entregado la holo-moneda dentro de las cuarenta y ocho horas posteriores a mi llegada, probablemente ella también sería castigada.

Cuando la luz finalmente llega a su clímax y muere, ella exhala visiblemente. —La fase dos —dice— ya está completa.

Me quedo con esta revelación por un momento y luego, lentamente, empiezo a atar mis tenis, archivando y clasificando mentalmente la nueva información. Si la fase uno era escapar de la isla con James, y la fase dos implicaba recibir la holo-moneda, acabo de ser lanzada a la fase tres: adquirir el frasco.

Cuando me mira a los ojos, sacudo la cabeza. —¿Dónde lo encuentro? —pregunto. —Yo no respondo preguntas —dice ella—. El próximo lo hará. Tienes dos semanas. —¿Dos semanas? —digo, atónita—. Ni siquiera sé por dónde empezar. —Presta atención. Si eres lo suficientemente inteligente, lo verás venir. —Pero... —Yo no respondo preguntas —dice de nuevo, con los ojos brillando—. El próximo lo hará.

Me sostiene la puerta abierta y me pongo en pie con un nudo frío en el estómago. Esto va a ser mucho más difícil de lo que pensaba, y nunca pensé que fuera a ser fácil. *Presta atención*, había dicho ella.

Debería preocuparme no ser capaz de descifrar esto a tiempo —que arruinaré las cosas y mis posibilidades de salvar a Clara—, pero a pesar de las incertidumbres, me siento extrañamente tranquila. Si hay algo en lo que soy buena, es en prestar atención.

En cambio, mientras me cuelgo la bolsa de mensajero al hombro, no puedo evitar pensar en James, quien estuvo dispuesto a sacrificar su vida para salvar a mi hermana. Lo suficientemente tonto como para darme una oportunidad de demostrarle que se equivoca. Lo suficientemente ingenuo como para preocuparse por mi hambre. Me alivia pensar que probablemente nunca lo volveré a ver. Pero me pregunto si los rebeldes tienen idea de lo fácilmente que han sido infiltrados.

Este mundo de fantasía que han construido no durará mucho más.

JAMES

CAPÍTULO 23

—Creo que es una gran idea —dice Juliette, sonriéndole a Warner como siempre lo hace. Como si él no pudiera romper ni un plato.

—Yo creo que es una idea estúpida —discuto—. Es complicado y peligroso...

—Tú perdiste tu derecho al voto —me interrumpe Warner—. Estamos en esta situación por tu culpa. La chica tiene vulnerabilidades claras, y deberíamos utilizar cada ventaja que tengamos sobre ella. Mientras estemos en la fase de descubrimiento, este es posiblemente nuestro mejor curso de acción para obtener información...

—No voy a hacerlo —digo con rabia. —¿Por qué no? —me espeta él. —Porque... —digo, pasándome las manos por el cabello—. Porque es raro. Se siente raro.

Kenji se ríe. Está comiendo palomitas. —Hermano —dice, lanzándome una mirada. Hace comillas en el aire con una mano—. "Es raro" no es el contraargumento que tú crees que es. Todos hemos tenido que hacer cosas incómodas a lo largo de los años para sobrevivir. Mira a Jello aquí presente —dice, lanzándole una palomita a la cara de Juliette.

Ella la aparta de un manotazo. —¿Quieres hablar de cosas raras? A esta chica una vez la controló mentalmente tu propio padre. La obligaron a convertirse en su súper soldado...

—Oh, Dios, no me lo recuerdes —gruño—. Odio esa historia. —... y casi nos mata a todos solo porque Papi Anderson se lo pidió. —Jesús —me paso las manos por la cara—. No lo llames "Papi".

Noto que mi hermano se ha puesto blanco como un papel. Nada hace que Warner entre en espiral más rápido que un

recordatorio de cuánto sufrió Juliette a manos de nuestro padre. Como si él fuera, de alguna manera, cómplice de los pecados del hombre que lo torturó cada día de su vida. Quizás porque yo era un niño cuando todo pasó, puedo hacer esa distinción. Warner no puede.

Kenji sigue, sin inmutarse. —Y si Warner no hubiera sido capaz de salvar a J a través del "poder del amor" —imita un fuego artificial con una mano—, todos seríamos marionetas con el cerebro lavado por el Restablecimiento ahora mismo.

—No revivamos todos los detalles —dice Juliette, apretando el brazo de Kenji. Mira con preocupación a Warner, quien ahora tiene la mirada perdida en el abismo—. Eso fue hace mucho tiempo —dice suavemente— y, de hecho, fue una suerte que yo me sometiera —y sobreviviera— al experimento, porque de lo contrario no habríamos conocido el alcance del programa. No teníamos idea de que ya habían empezado a conectar a civiles a una red neuronal, y no nos dimos cuenta de que destruir la Operación Síntesis cortaría el sistema nervioso del programa. —Vuelve a mirar a mi hermano—. Warner cree que han lanzado una nueva versión de la red en el Ark. Su teoría es que nunca abandonaron el proyecto.

Luego, sonriéndome radiante, añade con entusiasmo: —Por eso está tan emocionado por el chip que trajiste a casa. Está muy orgulloso de ti, James. Lo que hiciste es algo muy importante, a pesar de cómo nos hizo sentir. Habla de eso todo el tiempo.

Esto último es un golpe de genio y logra lo que me doy cuenta es su efecto deseado: Warner sale instantáneamente de su melancolía.

—Yo no usaría la palabra *emocionado* —dice, lanzándome una mirada de advertencia—. Ni *orgulloso*. Ni *algo importante*. Ni *todo el tiempo*.

Aun así, siento un poco como si me hubiera dado un rayo de sol. —Vaya —le digo, conteniendo una sonrisa—. Mírate. Ni siquiera puedes evitarlo. Me quieres tanto que te da asco. Te das asco a ti mismo.

Juliette se ríe. —Me gustaría volver al tema original —dice Warner con rigidez—. Dejen de intentar cambiar de tema. Tenemos cosas importantes que discutir...

Kenji ignora esto, añadiendo entre un bocado de palomitas: —Warner también me ama a mí. A veces es demasiado, ¿saben? Siempre está con el: "Ay, por Dios, Kenji, eres increíble, eres mi mejor amigo, no se lo digas a Juliette pero a ti es a quien más quiero...".

—¿Cómo es que cada vez que hablas —lo interrumpe Warner— tienes comida en la boca? —No exageres porque estás celoso —dice Kenji—. Si quieres palomitas, lo único que tienes que hacer es pedir. —No debería tener que pedir —responde Warner con frialdad—. Se supone que debes ofrecer.

—Muy bien, ¿saben qué? Ni siquiera puedo tomarlos en serio ahora mismo —digo—. Esto no es una reunión de verdad. Esto es una especie de pijamada saboteada...

—De ninguna manera es una pijamada —dice Warner, alarmado. —Y no está saboteada —añade Juliette, conteniendo un bostezo—. Kenji y yo nos vamos a quedar despiertos hasta tarde viendo películas viejas. Puedes unirte si quieres. —Se acomoda para sentarse con las piernas cruzadas en la cama, con su largo cabello castaño cayendo por sus hombros. Está acunando su enorme panza de embarazada con Kenji apoyado a su lado, con sus largas piernas estiradas frente a él. Están absolutamente rodeados de comida chatarra.

—Ni de chiste —murmura Kenji—. Él habla durante todas las partes buenas. Y de todos modos, tiene que irse a, no sé, afeitarse y

esas cosas. Ducharse un par de veces. Correr alrededor de la cuadra para liberar esas feromonas. Prepararse para el romance.

Warner levanta una ceja hacia él. —Si eso es lo que haces para prepararte para el romance, ya veo por qué estás soltero.

Kenji hace una pausa a medio masticar, ladeando la cabeza hacia Warner. —¿Sabes qué? No todos podemos tener un "felices para siempre" como el tuyo, ¿está bien? El resto de nosotros vivimos en el mundo real, donde los amores de nuestras vidas no nos quieren lo suficiente, y no tiene nada que ver con cuántas veces nos duchemos. O tal vez sí. Ella no fue muy clara en ese punto.

—Kenji —dice Juliette suavemente—. Sabes que fue más complicado que eso...

—No quiero hablar de eso —dice él—. Pero, para que conste, nosotros, el pueblo, no apreciamos que nos echen el pasado en la cara. Especialmente no en noche de películas.

—No lo dije con esa intención —dice Warner con voz cortante.

Kenji se encoge de hombros. —Ya hice las paces con eso. Además, no estoy solo en mi miseria. —Se mete otra palomita en la boca—. A Winston y a mí nos dejaron hace años, y hemos sido felices siendo amargados desde entonces. De hecho, hemos decidido hacer collages horribles y usarlos para decorar nuestra casa. Él va a reunir todo lo que tenga la letra de Brendan y lo va a usar para hacer papel maché con un montón de rollos de papel higiénico. Yo voy a golpear mi cabeza contra la pared hasta que deje una marca. Pensamos que ya es hora de poner algo de arte en la sala. —Mastica un poco más—. Winston lo llama *estilo deprimente*.

—¿Esto es una broma? —Warner mira a Juliette y luego a Kenji—. Yo mismo puse ese panel de yeso. Pintamos esas paredes apenas el mes pasado...

—Nazeera no te dejó —señalo yo, arrastrado a esta discusión en contra de mi voluntad—. Lo sabes. Ella simplemente no podía quedarse aquí. Tiene que vivir al otro lado del mundo. Su gente está allá...

—Lo sé —dice Kenji, levantando una mano—. Y mira, no estoy amargado por eso. Tuvimos una buena racha, pero estamos reconstruyendo nuestro mundo. Lo entiendo; todos tenemos trabajo que hacer. Ella necesita estar en Asia Occidental, y la larga distancia es súper difícil. Pero ella quería reconectarse con sus raíces, su cultura, su gente. Por un periodo de tiempo indefinido. Eso se llama "que te dejen". Eso se llama: "Probablemente me voy a casar con un árabe guapo y voy a perder tu número". En fin, ya no quiero hablar de eso.

—Kenji... —Dije que no quiero hablar de eso —dice con finalidad, y la habitación queda en silencio. Luego Kenji me señala y dice—: De todos modos, por lo que vale, yo también creo que la idea de Warner es sólida. Esta chica Rosabelle es... —suelta un suspiro— sí, es, guau. Definitivamente deberías fingir que eres el mejor amigo de la chica que (a) te asesinó, y (b) te vomitó encima. Los resultados serán adorables.

Estoy a punto de responder a eso cuando Juliette grita sin previo aviso, doblándose mientras toma una bocanada de aire cortante. Warner se endereza de golpe, con los ojos encendidos de pánico.

Mierda.

JAMES

CAPÍTULO 24

—Estoy bien —dice Juliette, soltando el aire. Cierra los ojos mientras el dolor retrocede y le hace un gesto a Warner para que se calme, aunque sigue haciendo una mueca—. Está bien. De verdad. Lo juro.

Hay una tensión colectiva en la habitación mientras todos la observamos y esperamos. Estudio a mi hermano mayor, las líneas severas de su rostro. Ha estado aterrorizado durante meses.

Juliette, al igual que Warner y yo, nació en los brazos del Restablecimiento. Yo no supe quién era mi padre durante mucho tiempo —Warner y yo tenemos madres diferentes—, pero todos somos hijos de comandantes supremos. La gran diferencia era que los padres de Juliette eran científicos, mientras que mi padre era estrictamente militar. La madre de Juliette fue quien lanzó el experimento responsable de reescribir el ADN humano, generando poderes preternaturales para ser usados como armas por el régimen. Mi padre era un monstruo único, pero los padres de Juliette eran sádicos en un nivel totalmente diferente. Tuvieron hijos con el único propósito de experimentar, usando a su propia descendencia como ratas de laboratorio, construyéndolos y destruyéndolos una y otra vez de formas cada vez más inhumanas. Las consecuencias terminaron matando a la hermana de Juliette.

Se suponía que la propia Juliette nunca podría tener hijos.

Me dejo caer en mi silla con un suspiro. Miro a Warner, que está de pie, inmóvil, junto a la silla idéntica a la mía.

—¿Estás segura de que estás bien, amor? —le dice a su esposa, suavizándose mientras se acerca a ella. Se sienta al borde de la cama y le toma las manos. Presiona su frente contra la sien de ella y luego le susurra algo al oído.

En voz baja, la escucho decir: —El sangrado se detuvo hace unas horas —y desvío la mirada, no queriendo escuchar a hurtadillas.

No esperaban quedar embarazados. Después de diez años de matrimonio y un sinfín de pruebas, habían aceptado que era prácticamente imposible revertir la casi esterilización que sus padres le impusieron. El bebé fue un shock enorme. Todo el embarazo ha sido tenso. Estuvo a punto de abortar tres veces. En un momento dado, no podíamos escuchar los latidos del corazón. Ha habido muchos días oscuros.

Juliette dice que todo esto es un milagro. Warner lo llama una "maldita pesadilla", y él nunca usa lenguaje vulgar. Una vez, cuando pensamos que ella había perdido al bebé, lo escuché tener un ataque de pánico en el baño. Kenji había estado con él entonces, calmándolo.

El recuerdo me golpea en el pecho. Nos gusta molestarnos por aquí, pero al final del día, todos daríamos la vida por los demás, sin hacer preguntas.

—De verdad, estoy bien —escucho decir a Juliette, y levanto la vista para verla forzando una sonrisa, con su mano todavía apoyada bajo su vientre—. Solo odio no poder levantarme de la cama.

—Solo unas pocas semanas más —dice Kenji, con la mirada ahora más seria—. Tú puedes con esto, J.

—Podemos tener tantas reuniones aquí como quieras —añado con entusiasmo—. Y me aseguraré de venir más seguido.

—¿De verdad? —Sus ojos se iluminan—. Me gustaría escuchar todas las historias de Rosabelle... —No —dice Warner tajantemente—. Nada que sea perturbador.

Ella solo lo mira, su sonrisa transformándose en algo tan abiertamente adorador que tengo que mirar hacia otro lado. —Estaré bien —dice ella suavemente—. No tienes que preocuparte tanto.

—Eso es como decirle al agua que no moje —murmura Kenji, masticando palomitas de nuevo—. Este hombre vive para preocuparse por ti. Es su cosa favorita en el mundo. Entre preocuparse por ti, hablar de ti y retozar por los campos gritando agresivamente tu nombre a la fauna silvestre, me sorprende que al hombre le quede tiempo para joder al resto del mundo.

—Oye, no te burles de mi esposo —dice Juliette en tono de juego, y le da un pellizco—. Él trabaja duro.

Kenji suelta un alarido. Olvida las palomitas y se gira para mirarla con los ojos muy abiertos. —¿Acaso acabas de, no sé, electrocutarme con tu poder asesino? Ella se ríe. —Solo un poquito.

—¿Solo un poquito? —Sus ojos se abren más—. J, tú puedes literalmente asesinar gente con "solo un poquito"... —Ella puede asesinar a quien quiera —dice Warner rotundamente—. No la reprimas.

A Kenji se le cae la mandíbula. —Ustedes dos son asquerosos. Toda esta situación es asquerosa. Odio a todos en esta habitación. —Excepto a mí —señalo yo. —Excepto a ti —dice él, asintiendo. Duda, y luego frunce el ceño—. Espera, no, todavía estoy enojado contigo.

—Pensé que ya lo habíamos perdonado —dice Juliette. —No, no lo hemos hecho —dice Warner, cruzándose de brazos. Se gira completamente para encararme—. Y no hemos terminado con esta discusión.

Suspiro, hundiéndome más en mi silla. —Al principio pensé que alejarte de la chica era lo correcto —dice Warner—, pero ahora tengo claro que necesitas terminar lo que empezaste. Ella ha mostrado suficiente vulnerabilidad —suficiente inestabilidad— en sus interacciones contigo para demostrar que es humana, y eso la hace débil.

—Anota eso —dice Kenji—. Recuerden este momento. Diablos, que sea el título de tu biografía: *Ser humano te hace débil*, por Aaron Warner Anderson.

Juliette contiene una sonrisa, pero Warner ignora el comentario. Sigue mirándome cuando dice: —Si la chica tiene una debilidad, tiene otras. Tu trabajo es encontrarlas.

—¡Ella no va a hacerlo! —grito, levantando las manos—. Rosabelle, la asesina serial, no va a participar en un programa de terapia. ¿Se la imaginan sincerándose? ¿Hablando de cómo el Restablecimiento hirió sus sentimientos? ¿De los pasos que está tomando para ser una persona más consciente?

La boca de Warner es una línea sombría. —Nadie espera que ella participe realmente. Esto no es más que una oportunidad para que tengas acceso regular a ella en un entorno controlado. Si queremos que crea que hemos aceptado su solicitud de asilo, necesitamos establecer una transición igualmente creíble a nuestro mundo. Es lo que hacemos con todos los miembros teóricamente reformados del Restablecimiento. Al final del programa, habremos recopilado un expediente completo de cada miembro, lo cual informa los siguientes pasos.

—¿Cuánto tiempo? —pregunto—. ¿Cuánto tiempo tendría que hacer esto?

—El programa de rehabilitación dura unas ocho semanas en total. Como su mentor, pasarías la mayoría de los días con ella y supervisarías todo su progreso, reuniéndote con sus médicos y demás. Informarás todo, por supuesto, directamente a mí.

—Podría ser inútil —digo—. Puede que no saquemos nada de ella.

—Es un riesgo —admite Warner—. De todos modos, es un movimiento psicológico para ganar tiempo. Queremos desgastarla. Darle la ilusión de libertad. Permitir que el Restablecimiento crea

que somos lo suficientemente estúpidos como para haber mordido el anzuelo, y que ella todavía está en camino de completar la misión que se le asignó. Mientras estés con ella, tendrás la oportunidad de sonsacarle información con una negación plausible; se verá obligada a seguir el juego para apaciguarte, lo que significa que tendrá que entregar algunas verdades para sobrevivir. Descubre lo que puedas sobre quién es. Ahora mismo, ni siquiera sabes su apellido.

Hago un sonido de incredulidad. —¿Cómo se supone que voy a saber su apellido? —Afirmas haber tenido en tu poder su supuesta invitación de boda... —Oh. —... y en lugar de guardarla como evidencia o, como mínimo, memorizar los detalles, decidiste lanzarla al fuego.

—Oye, espera un segundo, eso no es justo... Kenji deja escapar un silbido bajo, sacudiendo la cabeza hacia mí con algo parecido al asombro. —Realmente estás bajando la vara para el resto de nosotros, hombre. Te lo agradezco. —Lanza una mirada furtiva a Warner—. Ahora tal vez alguien finalmente deje de molestarme por no haber entregado un informe a tiempo.

—Entregaste el informe incorrectamente —dice Warner, girándose bruscamente hacia Kenji—. Y ese descuido nos costó tres meses de caos... —Vamos —se queja Kenji—. Tienes que superar eso. Fue hace dos años...

—Miren —digo desesperadamente—. No pensé que Rosabelle terminaría siendo tan importante. No pensé que volvería a verla nunca, y en ese momento estaba un poco distraído por lo que creía que eran problemas mucho más grandes...

—No me importa. —Warner vuelve a fijar sus ojos en mí—. Vas a compensarlo. Quiero saber su historia familiar. Quiero saber de qué es capaz. Quiero saber sobre esos moretones en su cuerpo y la cicatriz en su muñeca. Quiero saber más sobre su hermana. Y, obviamente, quiero saber qué está haciendo realmente aquí. Estamos tratando de frenar sus planes, James. Lo que necesitamos

es tiempo. Tiempo e información suficiente para preparar un contraataque.

—Bien —susurro, cruzándome de brazos—. Lo odio, pero está bien. ¿Cuándo tengo que empezar?

—Mañana —dice Kenji, lanzándome una palomita a la cabeza—. Obviamente. Warner asiente. —A las diez de la mañana. —Bien —repito.

—Una última cosa, James. Miro al techo con fastidio. —¿Qué? —No debes ponerle una mano encima a menos que sea para matarla. ¿Entendido?

Mi cabeza se dispara hacia adelante. —¿Perdón? —Escuchaste lo que dije. No la toques. Nunca. No a menos que sea absolutamente necesario.

Juliette y Kenji me miran con renovado interés, intercambiando miradas. —Oh, mierda, qué giro —susurra Kenji en voz alta. Abre una bolsa familiar de gomitas, le ofrece la bolsa a Juliette y luego se echa un puñado en su propia boca. Mientras mastica, dice—: Esto podría ser mejor que la noche de películas.

Mi mandíbula se aprieta. —¿Qué te hace pensar que voy a tocarla? —No creo que tengas planes de hacerlo —dice Warner—. Solo te estoy aconsejando que no lo hagas cuando, inevitablemente, quieras hacerlo.

—Acabo de quedarme sin aliento —dice Kenji, sin que se le note. —Yo también —dice Juliette, tampoco sin aliento.

—Esto es genuinamente insultante —le digo a Warner—. ¿Crees que no sé cómo controlarme? Tengo veintiún años. Tú eras dos años más joven que yo cuando lideraste una maldita revolución...

—¡Ese lenguaje! —dice Kenji con alegría, sonriendo mientras abre una bolsa de papas fritas.

—... y todos aquí todavía me tratan como si fuera un niño. No soy un niño. Tal vez no te diste cuenta, pero crecí hace mucho tiempo. Tal vez es hora de que dejes de tratarme como si no supiera cómo limpiarme mi propio...

—Tú no creciste como nosotros —dice Warner con una calma mortal—. Tu generación ha sido consentida. No han sido probados. No tuviste que crecer tan rápido como nosotros...

—No debió decir eso —dice Kenji en voz baja.

—¿Estás bromeando? —Ya estoy de pie. Furioso—. Tenía seis años cuando vi cómo arrastraban a mis amigos a callejones traseros para arrancarles los órganos. ¿Sabes qué es lo que de verdad te arruina la cabeza? Ver a adultos aterrorizar a niños una y otra vez. ¿Crees que no crecí tan rápido como tú? ¿Quién crees que enterraba los cuerpos? ¿Crees que a alguien le importaba organizar funerales para niños de la calle? Tenía siete años la primera vez que disparé un arma. Siete la primera vez que maté a alguien. No tienes idea de la clase de mierda que he visto...

—Yyyy... definitivamente no debió decir eso —murmura Kenji.

—¿Quieres un premio por tus desgracias? —dice Warner, encarándome—. ¿Crees que eres el único que tuvo que ver morir a gente? ¿Crees que eres el único manchado por la miseria? Lo que has sufrido es trágico, pero no se acerca a los niveles de oscuridad que nosotros tuvimos que soportar...

—Cariño —dice Juliette suavemente, y Warner se detiene de inmediato, con el cuerpo tenso—. Este no es el tipo de competencia que ninguno de nosotros quiere ganar.

Warner baja la cabeza, estabiliza su respiración. —Vas a estar por tu cuenta —dice, girándose para mirar la pared—. Estarás a solas con ella por largos periodos de tiempo. Solo vigilancia ocasional, como prometí. Necesito poder confiar en ti.

—Por supuesto que puedes confiar en mí —digo enojado—. ¿Qué clase de estupidez es esa? —James —dice él, con una advertencia en la voz—. No insultes mi inteligencia.

—Es que es, tipo, muy, muy hermosa —le explica Kenji a Juliette en voz baja. Se mete unas papas a la boca—. A James le gusta mucho —mastica— aunque ella lo mató y, más tarde, le vomitó encima.

Ahora Juliette sí se queda sin aliento de verdad. —¿Puedo conocerla? —¡No! —gritan todos al mismo tiempo.

Juliette se encoge, sorprendida. —Lo siento —dice Warner al instante. Se pone pálido—. Perdóname, amor. No quise gritarte.

Ella se ablanda, sonriéndole como si fuera algún tipo de animalito bebé. A veces pienso que ella ve a Warner de una manera que literalmente nadie más puede. Parece pensar que él no tiene espinas en absoluto.

—Bien, ya en serio. —Kenji se gira para mirarla—. ¿Por qué te presentaríamos a la mercenaria que definitivamente quiere matarte? Ninguno de nosotros la va a conocer. Ella no tiene acceso a ninguno de nosotros. Esa es parte de la razón por la que decidimos que el Genio aquí presente —asiente hacia mí— tiene que ser quien se encargue de este desastre.

Exhalo con rabia. —¿Podemos terminar con esto, por favor? Y para aclarar: no me gusta, y soy totalmente capaz de hacer mi trabajo. Solo porque piense que podría ser un ser humano complejo no significa que me guste.

Warner me lanza una mirada. —¿Qué? —digo—. No me gusta. —Bien —dice él sombríamente—. Entonces esto no será un problema para ti en absoluto.

JAMES

CAPÍTULO 25

Respiro con dificultad cuando pulso el botón del elevador, el sudor resbala por mi pecho y la camiseta se me pega a la piel. Le doy un trago a mi botella de agua y me seco la cara con una toalla. Todavía estoy recuperando el aliento. El gimnasio nunca está más tranquilo que antes del amanecer, aunque aquí abajo nunca se sabe. Nuestro cuartel general fue construido totalmente bajo tierra.

La idea estuvo fuertemente inspirada en Omega Point, obviamente. *Point* fue el primer cuartel subterráneo, y Castle, el líder ya retirado del grupo de resistencia original, nos ayudó a transformar su visión en una obra maestra moderna. Llevó varios años construirlo meticulosamente, pero en lo que a mí respecta, este es el mayor logro de Winston y Alia. Es como una pequeña ciudad aquí abajo, fuertemente fortificada y extremadamente segura. Plus: tiene instalaciones de gimnasio de última generación, y casi siempre están vacías. Nadie parece estar tan emocionado por ir al gimnasio como Warner y yo.

Pulso el botón de nuevo, el sudor serpenteando por mi clavícula.

Warner empezó a entrenarme poco después de que me mudé con él, y me encantó de inmediato. Algo en los constantes disparos de dopamina cambió la química de mi cerebro. Usualmente él está aquí para hacerme sentir mal por mis repeticiones, pero esta mañana no apareció. Eso me hace preguntarme si todo está bien con Juliette.

El elevador finalmente suena y entro.

Tengo que poner mi mano en el escáner para acceder a mi piso, pero por lo demás hago un esfuerzo por no apoyarme en nada mientras la cabina asciende, conteniendo mi ser sudoroso hasta que pueda meterme en la ducha. Miro mi reloj, recordándome en otro

pequeño momento mi breve estancia en el Ark. Se llevaron todas mis cosas —incluyendo el reloj de mi muñeca— y ese me costó mucho. El que llevo ahora es menos apto para el gimnasio y mucho más simple en general: manecillas tradicionales de hora y minutos, una sola complicación, nada de tecnología. Ni siquiera tiene batería. Tienes que usarlo para que se dé cuerda solo, de lo contrario el reloj se detiene.

Me gusta. Me gusta no estar atado, constantemente, a la unidad central.

Veo los pisos pasar en el monitor.

El Restablecimiento estaba tan obsesionado con el futuro —tan obsesionado con avanzar constantemente la tecnología de formas aterradoras— que creo que le dio un complejo a nuestra generación. Después de la revolución, establecimos y subsidiamos programas para alentar a la gente a aprender oficios prácticos. Fue idea de Warner. Él argumentaba que teníamos que volver a aprender la autosuficiencia como nación; recuperar la manufactura y la innovación para nunca ser tan dependientes de la tecnología como para abandonar los pilares fundamentales de la vida. Muchos de los chicos que conocía ahora son granjeros de verdad.

Aunque seguimos teniendo bastante tecnología de punta.

El elevador se detiene en un piso inferior, y las puertas abiertas iluminan un laboratorio reluciente y lleno de chispas justo detrás, donde gente con batas técnicas ya se apresura por el lugar. Un hombre mayor sube al elevador; sus rastas largas y negras me recuerdan a un Castle más joven. He visto a este tipo varias veces por aquí, especialmente durante mis sesiones de gimnasio matutinas. Su etiqueta dice: Jeff.

Sacudo la cabeza, conteniendo una risa privada mientras le doy los buenos días. Hay un exceso de "Jeffs" en mi vida.

Jeff se baja en otro piso: el laboratorio de ingeniería. Una vez que se va, el elevador se ralentiza, requiriendo una nueva verificación. Pongo mi mano sudada en el escáner biométrico otra vez y luego, a medida que subimos más, escanean mis retinas antes de haber pasado la seguridad por completo. Después de eso, ascendemos rápido; tan rápido, de hecho, que me dan un poco de náuseas para cuando nos detenemos en el piso superior.

Las puertas suenan, abriéndose directamente a nuestra sala.

—Hola —digo, levantando una mano. Salgo del elevador elegante y moderno y entro al suelo de madera de nuestra modesta casa de estilo antiguo. Rayos de luz matutina se filtran por las ventanas, iluminando las habitaciones con el amanecer naciente. Los rayos dorados bañan los bordes de las lámparas y los muebles. Una ardilla menea la cola desde la rama del enorme roble en el jardín delantero, más allá del cual los sonidos de la vida despiertan en la calle. Se escucha el murmullo distante de voces; el zumbido de un coche pasando. Los pájaros hacen mucho ruido.

Warner, por supuesto, está en silencio.

Está completamente vestido a las siete de la mañana, sentado a la mesa del desayuno con pantalones negros y un suéter gris tejido, compuesto incluso en reposo. Pensé que era impresionante a los veinte; a los treinta años radia esa clase de poder silencioso y sin esfuerzo que me resulta aspiracional. Incluso ahora parece bendecido, su cabello rubio bañado por la luz fresca del sol. Sé sin ninguna duda que ha estado despierto desde las cinco. Quizás antes. Lo veo directamente al otro lado de nuestra pequeña casa de planta abierta, bebiendo una taza de café. Puedo olerlo desde aquí: negro, muy negro. Sin crema, sin azúcar.

Puro ácido de batería.

Me quito los tenis y los pongo en el estante de zapatos designado antes de caminar hacia la cocina en calcetines. Warner

deja su taza y luego la tableta que estaba leyendo. Al acercarme, alcanzo a ver la enorme pila de expedientes a su lado.

—Deberías ducharte —dice a modo de saludo. —No me digas —respondo, soltando mi maleta del gimnasio en el suelo de la cocina. Pongo mi botella de agua junto al fregadero y empiezo a preparar un batido de proteínas—. ¿Por qué no estuviste en el gimnasio esta mañana? —Juliette me necesitaba.

Me quedo helado, con la mano en la puerta de la alacena. —¿Está bien? —Está bien —dice en voz baja, tomando su taza de café. —¿Quieres hablar de eso?

Él duda, con la taza a centímetros de su boca, y solo me mira. —No, está bien —digo, sonriendo mientras mezclo el batido—. Querrás escribirlo todo en tu diario más tarde. Lo entiendo.

Él deja la taza. —Rosabelle estuvo haciendo preguntas sobre ti ayer.

Esto me golpea, *pum*, justo en el esternón. Necesito un minuto. Finalmente, digo: —¿Preguntando sobre mí cómo? —Les preguntó a las chicas si tenías los mismos poderes. Quería saber si podías curar a otras personas además de a ti mismo.

Considero esto un momento, luego entrecierro los ojos al decir: —¿De verdad preguntó por mí? ¿O solo te estás burlando de mí otra vez? —Esta vez no —dice él, recostándose en su silla.

"*Las chicas*" es una forma cariñosa de llamar a Sonya y Sara, las gemelas sanadoras que supervisan las instalaciones médicas de nuestro cuartel. En estos días pasan la mayor parte de su tiempo investigando y desarrollando tecnologías curativas, pero empezaron con Castle hace muchísimos años en Omega Point. Yo estudié bajo su guía durante mucho tiempo; ellas fueron quienes me enseñaron exactamente cómo usar mi poder.

—¿Qué estaba haciendo ella con las chicas? —pregunto, apoyándome en la encimera de la cocina. —Ellas siempre supervisan los exámenes físicos de los traslados de alto perfil. —Dice esto con un toque de impaciencia, como si yo ya debiera saberlo—. Especialmente de aquellos que han ingresado con heridas.

—Cierto —digo, recordando que sí lo sabía. Me giro para mirar por la ventana. Un pinzón salta al alféizar y me observa, y me recuerda a los pájaros-robot—. Supongo que las chicas no respondieron a sus preguntas.

Warner toma un sorbo de su café, observándome. Mi corazón, ese traidor imbécil, se acelera. Se me eriza la nuca. Maldición. Menos mal que ya estoy sudado. Honestamente, he estado tratando de no pensar en Rosabelle. Cada vez que miro mi reloj, trato de no pensar en Rosabelle. He estado tratando de no repetir en bucle los horrores del fiasco de ayer, tratando de no recordar cómo logré hacer llorar a una asesina serial dándole de almorzar. La rompí, y ni siquiera sé cómo lo hice. Me revuelve el estómago.

Sé que técnicamente es una persona horrible. Lo sé. Tengo la cicatriz en mi cuello para probarlo. Pero nadie rompe a llorar tratando de comer un trozo de pollo a menos que cargue con un dolor serio. Y el hecho de que voy a estar a solas con ella día tras día, forzado a sacarle información —a romperla de nuevo— en busca de sus secretos más profundos y oscuros, me hace sentir aún más miserable. Y luego, por supuesto, me siento mal por sentirme mal, porque al final del día no importa cuánto llore. Voy a hacer lo que sea mejor para mi familia, para mi gente.

Al carajo el Restablecimiento.

—Bien —dice Warner, tomando su taza de café de nuevo—. Solo estaba comprobando. —Oye —digo, atónito—. No escuches mis sentimientos a hurtadillas. —Hueles mal —dice él, tocando su tableta para encenderla de nuevo.

Ignoro esto y me asomo por encima de su hombro. Alcanzo a ver un encabezado que dice: *Sector 52, Una Breve Historia*, antes de que él ponga la tableta boca abajo. —¿Y qué es todo esto? —pregunto, señalando la pila de archivos a su lado—. ¿Qué estás investigando?

Ni siquiera levanta la cabeza cuando dice: —No te has ganado el derecho a saberlo. —¿Qué se supone que significa eso? —Frunzo el ceño—. Espera... ¿estás haciendo reconocimiento sobre Rosabelle? —Obviamente. —Toma otro sorbo de café. —¿Y no me vas a incluir? —No tienes el nivel de seguridad necesario. Ahora déjame en paz.

—¿Estás bromeando? —Me quedo atónito—. Esto es una broma, ¿verdad? Me pones de nuevo en su caso —se supone que debo ir al centro de rehabilitación en unas horas— ¿y ni siquiera me vas a preparar?

Ahora él levanta la vista, confundido. —Dejé dos carpetas en tu escritorio anoche. —Oh —digo, dudando—. Pensé que eso era, no sé, lectura opcional.

Warner cierra los ojos con un suspiro controlado, y cuando los abre de nuevo, parece a punto de estallar. —¿No leíste nada?

Esa es mi señal para irme. Puedo sentir que se avecina un sermón de la misma forma que algunas personas pueden oler la lluvia en el aire. —Yo, este... En realidad, iba a ir a leerlo justo ahora.

Él sacude la cabeza hacia mí, tensando la mandíbula, y luego toma su tableta. —¿Quieres que deje de tratarte como a un niño? —dice—. Deja de actuar como un niño. —Gracias, hermano mayor —digo, retrocediendo para salir de la habitación—. Aprecio el consejo. Yo también te quiero. —Recoge tu maleta del gimnasio. No eres un animal.

Agarro la maleta del suelo al salir de la cocina, señalándolo con mi batido de proteínas. —Me alegra mucho que hayamos tenido

esta charla de corazón a corazón. Yo también me siento bien por el día de hoy. Amando la vida. Motivado.

—No olvides afeitarte —dice él, con los ojos fijos en la pantalla—. Y haz un trabajo limpio esta vez. Usa la navaja barbera como te enseñé. —¿No tienes nada positivo que decirme? —pregunto, dirigiéndome al pasillo—. ¿Tal vez un poco de aliento? ¿Tal vez algo sobre lo genial que soy, lo talentoso que soy, lo agradable que es tenerme en clase...? —No arruines lo de hoy.

—¿Qué dijiste? —Pongo la mano en mi oreja—. ¿Crees que soy más guapo que tú? ¿Más inteligente? ¿Más alto?

Warner se endereza en su silla, con los ojos echando chispas. —Tienes razón —digo, subiendo las escaleras corriendo—. Mensaje recibido. No volverá a pasar...

ROSABELLE

CAPÍTULO 26

—No —digo.

—Está bien. Bueno, estamos a punto de concluir nuestra sesión matutina y, hasta ahora, solo has compartido tu primer nombre con el grupo. ¿Qué hay de tu nombre completo? ¿Te sientes lista para compartir tu nombre completo? ¿Primer nombre, segundo, apellido?

—No.

—¿Qué hay de tu edad? ¿Te sentirías cómoda ayudándonos a entender cuánto tiempo has estado luchando?

—No.

—Ya veo. Rosabelle, ¿tienes alguna afirmación que comience con "Yo" que te gustaría compartir antes de terminar? ¿Qué tal un "Yo siento"? ¿Puedes completar esa frase? ¿Cómo te sientes hoy?

El calor se enrosca dentro de mi pecho, soldando mis pulmones, desplegándose por mi garganta. Esto es peor que una celda de alta seguridad. Peor que la tortura física. Preferiría el confinamiento solitario a esto... a este... círculo de terapia.

—Está bien, no tienes que compartir nada hoy si no estás lista —dice el líder del grupo, un hombre fibroso que se presentó como "Ian Sánchez, no hago milagros, tenemos mucho trabajo por hacer".

Cierro los ojos, aflojo los puños, exhalo con calma.

—A mí también me tomó mucho tiempo abrirme —está diciendo ahora—. No tenemos prisa por forzar la sanación.

Sigue diciendo eso. *No tenemos prisa por forzar la sanación*.

Por dentro, grito durante tres segundos seguidos.

Me imagino explotando fuera de mi cuerpo, corriendo directo hacia la pared y atravesándola. Aún no he decidido si esto es una puesta en escena elaborada, si soy un peón siendo movido en un tablero de ajedrez. Si los rebeldes me han hecho esto a propósito, no tengo más remedio que reconocer su habilidad. Si, por el contrario...

Una mano se levanta en el grupo.

Ian asiente hacia el hombre corpulento sentado en la silla pequeña.

—Jing. Sí. ¿Tenías algo que querías compartir esta mañana?

—El Restablecimiento mató a mi familia.

Un murmullo recorre el grupo, la gente asiente. Ian asiente también, como si fuera información nueva.

—Ya has compartido eso con nosotros antes, Jing. ¿Estás listo para hablar de lo que pasó?

Jing sacude la cabeza.

Jing es un mentiroso. Jing afirmó que era un soldado que servía bajo el mando del comandante en jefe y regente del Sector 18. Ha afirmado ya dos veces que el Restablecimiento asesinó a toda su familia, y además afirma haber matado a su CCR en un acto de insurrección, en nombre de la venganza y la justicia. Afirma estar reformado desde entonces.

Casualmente, yo sé que el ex-CCR del 18 está cómodamente situado en el Ark, vivo y coleando. Jing cree que esto es un chiste. Lo vi riéndose con Aya, los dos susurrando en el pasillo fuera de esta sesión infernal.

En mi cabeza, estoy haciendo mis propias listas.

Es posible que alguien aquí, en este círculo, sea el mismísimo agente que estoy buscando. Podría haber ojos sobre mí ahora mismo, observando cada uno de mis movimientos. También es posible que estos idiotas sean totalmente inútiles. Además, se me ocurre que hay otras oportunidades más valiosas en este anillo del infierno. El Restablecimiento potencialmente recompensaría la información sobre traidores, aquellos que podrían estar vendiendo secretos al enemigo. Podría comprar mi prestigio de vuelta en casa, intercambiando información por seguridad. Pero cuando recuerdo que los miembros de sus familias pagarán el precio por su traición, mi instinto se enfría.

Ian se aclara la garganta.

Otra mano se levanta.

—Sí, Elias —le dice a un hombre mayor con barba—. ¿Tienes algo que quieras compartir?

—Sí —dice él con un acento marcado—. Hay un hongo en mi pie. Todo mi pie es hongo, se me caen las uñas.

—Ya veo. ¿Y hay alguna razón por la que querías compartir eso con el grupo?

—¡Sí! —dice, y señala con rabia a Jing—. ¡Espero que a Jing le salga un hongo en el pie, luego en las piernas, luego en todo el cuerpo! ¡Espero que su piel se pudra y se le caiga del cuerpo!

—¡Espero que a ti te salga hongo! —le grita Jing.

—¡Yo ya tengo hongo!

—Elias —dice Ian, mostrando una moderación notable—. Parece que todavía guardas frustración hacia Jing después del incidente de la semana pasada. Vamos a intentar resolver esto.

Jing empieza a protestar, pero Ian levanta una mano.

—Jing, tendrás oportunidad de responder en un momento. Elias, continúa.

—¡Me robó mis pantuflas y todavía lo niega! —dice Elias, poniéndose de pie—. ¡Tengo un hongo en el pie! ¡Todo mi pie es hongo! ¡Espero que se contagie de mi hongo del pie y se muera de hongo!

Ian asiente.

—Bien. Este tipo de visualizaciones elaboradas pueden ser útiles, ayudándonos a procesar la ira en la seguridad de nuestra imaginación. Espero que decirlo en voz alta haya ayudado a exorcizar algo de esa emoción para que podamos empezar a superar esto. Jing —dice Ian, girándose—, ¿cómo te hace sentir eso?

—¡El Restablecimiento mató a mi familia! —grita Jing, abalanzándose sobre Elias.

Me recuesto en mi silla, mirando alrededor de la habitación.

Si eres lo suficientemente inteligente, me había dicho el agente, *lo verás venir*.

El grupo no reacciona al absurdo estallido de Jing, lo que me hace pensar que ocurre con cierta frecuencia. Como si fuera una señal, aparece la mentora de Jing, conjurando una banda de luz eléctrica con sus manos. Usa esta luz para enlazar a Jing, que sigue gritándole a Elias, y se lo lleva a rastras con una verdadera correa, murmurando una disculpa a Ian. Ian parece cansado.

—¿Alguien más?

Espera otro minuto, haciendo contacto visual con cada uno de nosotros antes de concluir finalmente la interminable sesión.

Hay un ligero cambio en el ambiente mientras los sonidos de movimiento susurran por la habitación. Ian está animando a todos en

voz alta a escribir en sus diarios, hablando por encima del estruendo de la salida.

—Mañana discutiremos la culpa del superviviente —dice—. Piensen en lo que quieren traer al grupo, ¿está bien? Estoy seguro de que todos tendremos mucho que discutir.

Me levanto con esfuerzo, mi paciencia para este espectáculo ya se está agotando. No puedo creer que me obliguen a soportar esto una y otra vez. No puedo creer que, en algún momento, me obliguen a participar.

Casi me hace extrañar mi tiempo con Soledad.

En los momentos siguientes, recogemos nuestros diarios y nos dirigimos a nuestros respectivos mentores, como niños siendo devueltos a sus padres. Los mentores nos siguen a todas partes, rondando cerca en todo momento. Escuchando. Observando.

Aún no se me ha asignado un mentor permanente. Hasta ahora me ha llevado de un lado a otro una asistente interina llamada Agatha, una mujer menuda con un afro impecable y afinidad por el turquesa, que anoche me sentó y me dijo que el verdadero valor era decir "sí" a la vida cuando te ofrecía un abrazo, pero que si intentaba algo con ella, me derretiría la boca con sus manos. Con un suspiro, la busco por la habitación, pero me quedo corta al ver un rostro familiar.

De inmediato, mi cuerpo se inunda de calor.

Es automático, instintivo y sin precedentes. No soy este tipo de persona. Nunca antes había reaccionado físicamente ante otro ser humano, y ahora mismo siento como si alguien hubiera accionado un interruptor dentro de mí, inundando mis venas con luz. Es una sensación tan extraña que me invade el deseo repentino de examinarla, de buscar dentro de mí la causa y matarla.

James está de pie junto a la salida.

ROSABELLE

CAPÍTULO 27

Está apoyado contra el marco de la puerta con una camiseta negra y pantalones tácticos, y eso es todo lo que hace falta para que mi corazón empiece a acelerarse. Es el impacto, me doy cuenta, de su presencia física; hay algo abrumador en su belleza. La sonrisa irónica en su rostro me enfurece de manera irracional. Tiene los brazos cruzados con naturalidad, atrayendo la atención hacia su complexión musculosa, sus antebrazos fuertes. Su cabello está un poco húmedo —más oscuro de lo habitual— como si acabara de salir de la ducha. Sus ojos azules están fríos, cerrados. No parece feliz de verme, y esto me decepciona a pesar de que no logro encontrar ni una sola razón por la cual mi vista debería complacerlo. Después de lo de ayer, no pensé que volvería a ver su rostro. Pensé que finalmente me había librado de él.

He estado tratando de no pensar en él. He estado tratando de no recordar el pánico en sus ojos. La forma en que me agarró las muñecas y se disculpó, una y otra vez, por intentar alimentarme. De repente, me aterra la idea de que nunca podré deshacerme de él; que su voz, al igual que la de Clara, vivirá en un bucle en mi mente para siempre.

¿A dónde se llevaron a tu hermana? Al manicomio, ¿verdad? Pero, o sea, ¿cómo llegamos ahí?

—Oye —dice, inclinando la cabeza—. ¿Vienes?

Pero, o sea, ¿cómo llegamos ahí?

Dudo un momento más, obligando a mi cuerpo a enfriarse. Los efectos de ese impacto inicial y desorientador están empezando a retroceder, y ahora soy dolorosamente consciente de que verlo de nuevo podría ser el preludio de algo más oscuro. Pensé que James, habiendo cumplido su propósito de entregarme a los rebeldes, ya no

era útil. Pensé que mi enfoque se había desplazado exclusivamente a la obtención del vial.

Si eres lo suficientemente inteligente, lo verás venir.

Tal vez James es más importante de lo que pensaba. Tal vez él es quien posee el vial. Y tal vez, pronto, mi trabajo sea matarlo... otra vez. Es suficiente para reanimar mis extremidades. Cruzo la habitación y él retrocede mientras me acerco, haciéndome un gesto para que lo preceda por el pasillo.

—Guía el camino —dice. Me detengo en seco. Lo miro fijamente, y algo parecido al miedo me eriza la piel de los brazos. —¿Guiar el camino a dónde? —A tu habitación —dice—. ¿Cuál es la tuya?

Campanas de advertencia suenan en todo mi cuerpo. En respuesta, me giro lentamente hacia adelante, guiándolo a mi habitación en silencio. Los rebeldes siguen sorprendiéndome. Superándome. No tengo idea de por qué está aquí.

Para ser justa, he estado atrapada en esta instalación menos de veinticuatro horas, y tampoco estoy segura de por qué estoy *yo* aquí. Supongo que es plausible asumir que, tras mi comportamiento de ayer, decidieron que realmente necesitaba rehabilitación. Es una teoría poco probable, pero no puedo descartarla del todo. Si los rebeldes realmente piensan que reunir a exmiembros del Restablecimiento en una habitación es una buena idea, entonces estoy tratando con niveles de estupidez tan astronómicos que asombran. De cierta forma, un adversario estúpido es más peligroso que uno malvado. No puedo mapear la estupidez. No puedo extrapolar teorías de la estupidez. No puedo resolver patrones basados en la estupidez.

Por otra parte, tal vez ese sea el punto.

Escucho a James exhalar detrás de mí, el roce constante de sus pantalones mientras se mueve. Soy demasiado consciente de lo

cerca que está, de cómo parece ocupar todo el espacio disponible. Su aroma oscuro y almizclado inunda mi cabeza con pensamientos mareantes que nunca antes había tenido. Nunca he sentido la absurda compulsión de presionar mi cara contra el pecho de un hombre y respirarlo. Ciertamente, no voy a empezar ahora.

Este lugar se siente como una universidad pequeña, con diferentes alas para aulas y dormitorios. También parece estar sellado completamente bajo tierra, o bien los bloques de hormigón son impresionantemente densos. Hay ventanas fuera de mi alcance, demasiado altas para acceder, y necesito más tiempo para estudiar la luz y estar segura de su origen. Podría ser sintética, o simplemente me falta una referencia para esta región geográfica. La Isla Ark se encuentra en lo que habría sido el Noroeste del Pacífico de la Nueva República; pero como estuve inconsciente durante mi llegada aquí, no tengo idea de dónde estamos respecto a mi hogar. Sigo evaluando. Mapeando. Esto es, sin duda, algún tipo de prisión disfrazada de santuario.

Finalmente, nos detenemos.

—Holaaaaaa, Rosabelle Sin-apellido —dice Leon, asomando la cabeza desde su habitación—. Holaaaaaa, mi hermosa Rosabelle, Rosabelle. Te estaba esperando.

Leon es mi vecino. Ahora mismo me está sonriendo de la misma forma que ayer cuando llegué, con un fervor que podría asustar a cualquiera. Es alto, de piel y cabello dorados, y unos ojos verdes intensos que rara vez parpadean. Es guapo y está desquiciado.

—Rosabelle significa rosa hermosa —dice Leon, con la cabeza aún colgando fuera de la puerta como un perro en una ventana—. Rosabelle, Rosabelle, Rosabelle, Rosabelle...

Miro a James, indicándole con un gesto que hemos llegado a la puerta de mi dormitorio, y me sorprende encontrar que parece más

enojado ahora que cuando llegó. Su expresión es tormentosa mientras me observa, y me pongo un poco torpe bajo su furia silenciosa mientras busco en mis bolsillos. Finalmente, saco la antigua llave de latón.

Disfruto de la sensación táctil y clásica de una llave, pero no entiendo la lógica. ¿Por qué no encerrarnos en nuestras habitaciones usando mecanismos de seguridad modernos, abriéndolas y cerrándolas de forma remota, regulando nuestra libertad? ¿Por qué darnos la ilusión de poder?

—Rosabelle —dice Leon con una risita tonta—. Mi rosa hermosa. Puedo oírte por la noche. Te escuché toda la noche, Rosabelle, te daré un poco de tierra, Rosabelle, déjame mirar dentro de ti, Rosabelle, Rosabelle, Rosabelle...

James se adelanta, le pone la palma de la mano en la cara a Leon y lo lanza físicamente hacia atrás, dentro de su habitación. Hay un grito ahogado, un estruendo violento, y luego James cierra la puerta de Leon de un portazo. Se gira para mirarme y yo estoy congelada por la sorpresa, con la llave aún atrapada en la cerradura.

—¿Ese pedazo de mierda vive al lado de tu cuarto? —dice. —Sí.

James desvía la mirada y no dice nada más. Estudio la columna de su cuello, su garganta al tragar saliva. Mi mano derecha tiembla ligeramente mientras giro la llave, y entonces entramos en mi habitación y él cierra la puerta tras nosotros; esta simple acción corta el suministro de aire a la mitad.

Me pego contra mi cómoda mientras él entra en el espacio pequeño, y el calor me abrasa la cabeza. De repente, me aterra irracionalmente la idea de que pueda tocarme. No lo hace.

No toca nada. De hecho, James ni siquiera se acerca a mí. Mantiene toda la longitud de la habitación entre nosotros mientras la inspecciona, y veo el pequeño espacio como él lo vería: paredes blancas y desnudas, una cama individual con una mesa de noche a

juego. Hay un baño adjunto con un espejo de cuerpo entero fijado detrás de la puerta. No se mueve de su sitio, pero sus ojos están fijos en mi cama.

—Vaya —es lo primero que dice—. Tiendes tu cama como un soldado. Impresionante.

La miro: las sábanas tensas y nítidas; las esquinas perfectas; la manta lisa. Las almohadas no están hundidas, están infladas como un par de huevos. Me pongo rígida de alarma.

No esperaba una inspección, y tal vez debí haberlo hecho. No dormí en mi cama anoche. En su lugar, me senté de espaldas contra la puerta, mirando dentro de mi bolso de mensajero la botella de agua y la pequeña bolsa de nueces. Me las comí todas, cada una de ellas. Y luego lamí la sal del plástico y bebí toda el agua de la botella y me quedé mirando a la oscuridad, luchando por respirar. Escuché el silencio, aguzando el oído en busca de señales de vida. Registré cada centímetro del baño, metí el brazo por el inodoro, toqué los espejos con los dedos, desenrosqué el tapón del lavabo. Saqué cada cajón de la cómoda, pasé las manos por las paredes y pegué el oído a la alfombra, escuchando.

Nada. Nada. Cada vez, nada.

Empezó a volverme loca. La idea de que me permitieran encerrarme en mi habitación sin una pizca de vigilancia me estaba volviendo loca. Necesitaba encontrar algo, necesitaba saber si el Restablecimiento había encontrado una forma de vigilarme aquí, y si no, por qué mi enemigo tampoco lo había hecho. Finalmente colapsé en medio de la habitación, con el corazón latiendo tan fuerte que mi visión había empezado a nublarse.

Nunca llegué a la cama, cuyas sábanas aún no había deshecho. Me quedé allí, tirada en el suelo como una estrella de mar, con la vista nublada por la fatiga, preguntándome cómo había terminado allí, en ese momento. Recordé algo que mi madre solía decirme.

Cuando lloriqueaba por algo que ella no podía darme, o cuando estaba frustrada con un problema que ella no podía resolver, decía: *Rosabelle, cuando hay algo que quieres pero no puedes tener, puedes ser paciente o creativa. Elige un camino.*

Cuando la bala de la pistola de mi madre se disparó, el camino fue elegido por mí. Nada pudo frenar la fuerza de un disparo que la expulsó a ella de su mundo y a mí del mío. En un instante, dejé de ser una niña. Tenía una sola habilidad oscura para la cual había sido entrenada de la manera más rudimentaria, y era lo único que tenía para negociar. De repente, a los diez años, fui madre, proveedora, estudiante, idiota... y luego, sin ceremonias, una asesina.

—Han pasado dos minutos. Levanto la vista, parpadeando. —Los conté —dice James, apoyado contra la pared. Mira su reloj. Las correas son de cuero, el estilo fuera de lugar: un anacronismo, anotado—. Han pasado dos minutos y treinta y siete segundos desde que hice un comentario sobre tu cama, y en lugar de responder, te fuiste. Es como si acabaras de salirte de tu propia cabeza.

Lo siento de nuevo: calor, amenazando con consumirme. Sube por mi pecho, por mi garganta. No me gusta la forma en que me observa. No me gusta la forma en que parece prestar atención. No me gusta. No me gusta. No me—

—¿A dónde te fuiste? —pregunta. —A ninguna parte —digo en voz baja—. Estoy aquí mismo.

Me lanza una mirada que roza la diversión. —Vuelvo enseguida —dice, y sale de la habitación. Sigo exactamente en la misma posición, con la cabeza exactamente en el mismo ángulo cuando vuelve a entrar unos minutos después, esta vez cargando una silla. La puerta se cierra de golpe tras él, y me sobresalto.

Él lo ve, pero no dice nada. En su lugar, empuja la silla contra la pared opuesta y se sienta, dándome tanto espacio como la

habitación permite. Me señala la cama con la cabeza. —Toma asiento, Rosabelle. —¿Por qué? ¿Qué me vas a hacer?

Sus ojos parecen apagarse, como una llama que se extingue. —Voy a hablar contigo.

Exhalo, pero lentamente, manteniendo mi cuerpo inmóvil. Esto es un alivio. Finalmente, algo que tiene sentido. Algo que sé cómo manejar. —Has venido a interrogarme. —No —dice él, inclinándose hacia adelante, con los brazos sobre las rodillas—. Solo voy a hablar contigo.

Mi ritmo cardíaco se dispara de nuevo. Parpadeo para alejar el repentino mareo, retrocediendo hacia la cama confundida, con las pantorrillas chocando contra el marco. Recurro a una reserva interna para calmarme, para aplastarme. *Muere. Has estado muerta por dentro durante años*, me recuerdo. *Has estado muerta por dentro durante años...*

Entonces, con una fuerza que me quita el aliento, finalmente lo entiendo. En un momento de pánico puro y sin diluir, finalmente comprendo. Es por esto que sigo cometiendo errores a su alrededor... Esto es lo que me pasa... Es por esto que no puedo morir y quedarme muerta, por qué mi piel sigue ardiendo, mi corazón sigue acelerado, mi cabeza sigue dando vueltas...

Él es lo que me pasa. Después de tantos años estando muerta por dentro, James me hace sentir viva.

JAMES

CAPÍTULO 28

Es tan malditamente hermosa. Nunca la había visto con ropa normal, y ahora desearía no haberlo hecho. Se ve aún más etérea con estos colores y telas suaves. Su cabello de platino está recogido en una trenza larga y desordenada, y no deja de apartarse los mechones sueltos de la cara. Sus mejillas están más rosadas. Su piel y sus ojos brillan más, están más vivos. Está sentada en la cama con calcetines blancos, con las rodillas pegadas a la barbilla, y es a la vez impresionante sin esfuerzo y profundamente inconsciente del desastre que está causando en mi sistema nervioso. No parece capaz de lastimar ni a una mota de polvo.

Dios, esto es una pesadilla. Una verdadera pesadilla. Llevamos haciendo esto —reviso mi reloj— desde hace dos horas, y ya estoy perdiendo los estribos. Warner tenía razón. Me quedan varias horas más de esto y no sé cómo voy a aguantar. No me entrenaron para sentarme en habitaciones a hablar de nada. Me estoy ahogando. Si ella sigue así, puede que simplemente tenga que irme.

Bajo la cabeza, me paso las manos por el cabello. Tiene esos ojos grises y suaves que no sé cómo describir. En realidad, ni siquiera se trata de sus ojos. No es el color ni la forma. Es más bien la forma en que me mira, como si yo fuera algo totalmente nuevo, como si cada vez que me viera fuera la primera vez, como si le volara la cabeza. Lo siento cuando hacemos contacto visual: esa forma en que se queda quieta, como si estuviera aturdida. No me mira mucho, pero cuando lo hace es como clavar un cuchillo al rojo vivo en mi pecho. La mayor parte del tiempo siento que está intentando *no* mirarme.

Como justo ahora. Me enderezo. Ella está mirando a la pared. —Rosabelle —digo—. Por favor, responde la pregunta.

Se gira hacia mí, cruza su mirada con la mía y, *pum*, otra vez. Como un resorte, me golpea directo en el corazón. Intento no

respirar demasiado fuerte mientras sus ojos se agrandan, examinándome como si nunca me hubiera visto antes, y entonces se suaviza: sus ojos brillan, como en un sueño, bajando las pestañas, entreabriendo los labios mientras se demora en mi rostro.

Me está volviendo loco. Quiero salir a correr. Saltar a un lago. Clavarme una tachuela en la frente. Warner podría matarme de verdad si me rindo y me voy.

—¿Cuál era la pregunta? —pregunta ella, y vuelve a mirar a la pared. —Son preguntas muy fáciles —digo, intentando no notar la línea elegante de su cuello. Su suéter le queda un poco grande y no deja de abrirse en el cuello, torturándome con vistazos de piel que no debería estar viendo. Me presiono las cuencas de los ojos con las palmas de las manos, hablando hacia el suelo cuando digo—: Te pregunté cuál es tu estación del año favorita.

—¿Por qué? —dice ella, y es la primera vez en horas que escucho algo de chispa en su voz—. ¿Qué sentido tiene saber mi estación favorita?

Me incorporo, ella me mira de nuevo y... Al carajo, tengo que salir de aquí. Enfriar la cabeza. Irme a pelear con un oso. Hay demasiada adrenalina corriendo por mis venas ahora mismo, y voy a empezar a trepar por las paredes pronto.

—¿Sabes qué? —digo, poniéndome de pie—. Creo que, eh, voy a ir a buscar algo de comer. ¿Quieres algo?

Ella se desenvuelve lentamente, descruzando los brazos de sus piernas, relajándolos de su pecho. Se gira, se sienta en el borde de la cama, con sus pies con calcetines sin tocar el suelo. Me quedo mirando eso, estudiando la distancia entre sus pies y el piso cuando ella dice, con cuidado: —¿A qué te refieres? —Voy al comedor —señalo hacia la puerta—. ¿Quieres que te traiga algo?

—¿Comedor? —ahora ella está de pie—. ¿Qué significa eso? —Es... —frunzo el ceño— es un comedor. Es donde se come. ¿Nadie te dio un recorrido?

Ella sacude la cabeza. Sus mejillas están de repente más rosadas. —Agatha dijo que mi mentor me mostraría el lugar hoy. Todavía no tengo un mentor.

Suelto una carcajada y luego considero seriamente lanzarme desde un edificio. —Yo soy tu mentor —le digo—. ¿No lo mencioné?

Aparentemente, esta es la peor noticia que ha recibido en todo el día. El color desaparece del rostro de Rosabelle. Se convierte en una estatua ante mis ojos. Cuando hace eso, me siento tan impotente que quiero estampar mi cabeza contra una pared. Me cuesta todo lo que tengo no hacer algo tan básico como consolarla.

Esto no es una competencia justa. No me sale natural orquestar la caída de mujeres vulnerables. Me gustaba más cuando intentaba asesinarme activamente. Me gustaba más antes de que la hiciera llorar. Demonios, juraría que antes hablaba más. Y nunca me miraba así, como un gato cuando está cómodo. Parpadeando suavemente, con ojos somnolientos. No me gusta. Me está asustando. Necesito que intente apuñalarme o algo, y pronto. Muy pronto. Espera, ¿por qué no está intentando apuñalarme?

—No —dice ella finalmente—. No lo mencionaste. —Bueno, pues sí, lo soy. —Claramente, nunca he sido mentor antes. Ahora entiendo por qué Warner dejó esas carpetas en mi escritorio anoche. De hecho, no hice más que echarles un vistazo esta mañana—. Ah.

—Oh —dice ella. Luego, otra vez, un susurro—: Oh. —Supongo que, eh, puedo darte ese recorrido. Si quieres.

JAMES

CAPÍTULO 29

Cuando finalmente nos sentamos a comer, quedamos uno frente al otro, y se me ocurre que solo he empeorado la situación. De repente, solo nos separan un par de pies. Puedo ver matices de azul en sus ojos grises. La suave curva de su nariz, el acabado satinado de su piel. De pronto, me quedo mirando su boca.

Mentalmente, me doy un puñetazo en la cara.

—¿Puedo venir aquí cuando quiera? —pregunta ella, con los ojos en su bandeja. Tiene un solo plato frente a ella, y en él, una sola manzana. Es prácticamente nada, pero aun así se siente como una victoria.

Se quedó parada frente a los sándwiches por tanto tiempo que casi me mata. Extendía la mano y luego la retiraba. Extendía la mano y luego la retiraba. Como si tuviera miedo de algo.

—Sí —digo, tratando de recordar qué me había preguntado. Pincho un tomate pequeño en mi ensalada. Ni siquiera sé qué tiene esta ensalada. Solo la agarré para tener algo que hacer—. Sí, eh, puedes venir aquí cuando quieras. Bueno, quiero decir, durante el horario de comida, pero sí. —Señalo un cartel en una pared cercana con los horarios—. Pero no puedes llevar comida a tu habitación. Eso es lo único. A veces la gente acumula cosas, luego se echan a perder y entonces... —me encojo de hombros, metiéndome el tomate en la boca— se pone asqueroso.

Ella toma su manzana y noto, no por primera vez, que su mano derecha tiembla un poco. Recuerdo lo que Warner dijo sobre la cicatriz en la parte interna de su antebrazo, pero lleva mangas largas, así que no puedo...

Ella muerde la manzana. Muerde la manzana y cierra los ojos, y luego emite un pequeño sonido de placer en el fondo de su garganta que me descoloca tanto que tengo que soltar el tenedor.

No. Olvídalo. Definitivamente debería conservar el tenedor, mantenerme ocupado. Necesito no estar pensando en la expresión de su rostro o en este sentimiento primario y profundamente inapropiado de satisfacción en mi pecho. Parecía tan abrumada pasando por la línea del buffet que pensé que era una mala idea presionarla para que comiera más de lo que estaba lista para comer... especialmente después de lo de ayer. Solo estoy tan feliz de que esté comiendo algo. Estoy tan feliz de que se sienta lo suficientemente cómoda como para comer algo frente a mí. Son pensamientos raros para tener sobre una asesina serial.

—Así que, eh, cosas que deberías saber —digo, pinchando otro tomate—. Las personas que pasan por aquí ya han cumplido sentencias de prisión. Han sido juzgados, investigados y aprobados para este programa. Esta es la última fase de calibración antes de que se les permita reingresar a la sociedad. ¿Qué más? Hm, tienes que asistir a todas las reuniones...

—¿Le dan comida gratis a personas que fueron a prisión? Levanto la vista, sorprendido por su tono cortante, con el tenedor a medio camino de mi boca. Dejo el tenedor. —Sí —digo—. O sea, también alimentamos a la gente en prisión, obviamente. —Oh.

Deja la manzana y aparta la vista de mí, con los ojos moviéndose de un lado a otro. Claspa sus manos, frotando círculos con el pulgar en la palma opuesta mientras recorre la habitación con la mirada. Me pregunto si se da cuenta de que se está autoconsolando justo frente a mí.

—¿Por qué te altera eso? —pregunto. Ella vuelve la mirada hacia mí bruscamente, con los ojos brillantes, aturdida, *pum*, *ay*. —No dije que me alterara. —No tuviste que hacerlo —señalo—. Te pone triste que alimentemos a la gente en prisión. Tienes sentimientos tristes al respecto. —¿Cómo sabrías eso? —Bueno... —Le señalo la cara con el tenedor—. Es obvio. —No es obvio. ¿Por qué dices que es obvio? —Está bien —digo, riendo un poco. Pincho mi

tomate de nuevo—. Ahora estás enojada. —No, no lo estoy. —Definitivamente enojada. —Deja de decir eso.

Estoy hurgando en mi ensalada, buscando otro tomate cuando digo: —Ahora tienes miedo. —Basta —dice ella, esta vez en voz alta—. Detente ahora mismo. —¿Detener qué? —¡Dije que te detengas! —grita.

Levanto la vista, con la comida a medio masticar, y me quedo helado. Literalmente nunca la había escuchado levantar la voz antes. Rosabelle parece genuinamente aterrorizada, y ahora yo estoy confundido.

—¿Acaso tú...? ¿Eres...? —Está sonrojada, sigue recorriendo la habitación con movimientos bruscos y erráticos—. ¿Acaso eres...? —¿Acaso soy qué? —¿Puedes... —traga saliva, me mira fijamente— puedes ver dentro de mi cabeza? —¿Qué? —Me río, relajándome. Pincho un trozo de lechuga—. ¿De qué estás hablando? —¿Tú también estás conectado? —dice, y suena furiosa—. ¿Me están vigilando ahora mismo?

Bien, el tenedor va al plato otra vez. —Rosabelle, me doy cuenta de que el Restablecimiento realmente te ha arruinado la cabeza, pero te juro que no estoy viendo dentro de tu mente. O sea... —me encojo de hombros— mira, está bien, supongo que de alguna manera puedes llamarlo ver dentro de la cabeza de alguien, pero no es...

—Así que es verdad. —Se aleja físicamente de mí, su silla chirría mientras se aparta de la mesa—. No están en mi habitación porque están dentro de ti. —¿Quiénes? —le respondo—. ¿De qué hablas? ¿Por qué estás entrando en pánico justo ahora? —No estoy entrando en pánico —dice tajante. —Claramente —pongo los ojos en blanco.

—Si no estás viendo dentro de mi cabeza —dice ella—, ¿cómo puedes saber lo que estoy sintiendo? —¿Porque soy un ser humano? —No.

Levanto las cejas. No puedo evitar sonreír. —¿Simplemente estás... —muevo una mano— rechazando mi respuesta? —¿Por qué te burlas de mí? —No me burlo de ti —le digo—. Pero me parece interesante que esto te esté provocando tal pánico. —No tengo pánico —dice, con el color subiéndole a la cara.

Suelto un suspiro. Realmente lucho por reprimir esa sonrisa. No puedo evitarlo. La risa simplemente escapa de mi cuerpo. Esto la enfurece de verdad. El "gato feliz" se ha ido hace rato.

—Hm. Sí, mira —digo—. Solo porque digas algo, no lo hace verdad. Lo sabes, ¿cierto? —Gesticulo con el tenedor—. No puedes simplemente decir: "mira, soy invisible", y que de repente sea verdad. —Bueno, excepto por Kenji—. No me gusta cuando te ríes de mí. —Lo sé —digo—. Te enoja. Piensas que no te estoy tomando en serio.

Sus ojos se agrandan. Aturdida. *Pum*. El gato feliz ha vuelto. —Excepto que sí te tomo en serio —le digo—. Solo piensas que se requiere, no sé, magia o algo así para poder ver dentro de la cabeza de alguien... —No es magia —me interrumpe—. Es ciencia extremadamente avanzada. Tecnología de vanguardia. —¿Qué cosa? —El Nexo.

—Claro, obviamente —digo, súper calmado, aunque por dentro acabo de reventar un vaso sanguíneo, tuve un infarto y morí. *¿Qué diablos es el Nexo?* Dios mío, Warner se va a volver loco. ¿O espera, él ya sabe lo que es el Nexo? Mierda, probablemente ya sepa qué es. Tal vez esto no fue una gran revelación.

Sigo adelante: —Pero hay otras formas de conectar con la gente. —¿A qué te refieres? —Ya sabes —digo, metiéndome un trozo

de lechuga en la boca—. Como... simplemente prestando atención. Yo te presto atención a ti.

Se pone rosa. Casi toda ella se pone rosa. Es jodidamente adorable. Quiero morirme. —Yo también te presto atención a ti —dice ella en voz baja.

Me enderezo de golpe ante eso, mis células cerebrales entrando en pánico, todas corriendo y gritando "¿qué diablos significa eso?" al mismo tiempo. Una versión mal editada de esa pregunta sale de mi boca: —¿Qué?

Ella parece más calmada ahora, entrecerrando los ojos. —Yo tampoco necesito tecnología para entenderte. —Vaya, espera. —Levanto una mano—. Mira, no te estaba amenazando. Solo trataba de explicar... —Crees que eres tan misterioso... —No, yo no... —Bueno, no lo eres —dice ella bruscamente—. No eres misterioso. Tus métodos son obvios. Confías en velos de distracción, usando el humor y el encanto para proyectarte como un oponente inepto e incapaz, solo para luego masacrar a tus enemigos como si no te costara nada. Finges ser temerario cuando no lo eres. Finges ser débil cuando no lo eres. Finges ser estúpido cuando no lo eres. Vives según algún código moral impenetrable, decidiendo a tu propio criterio si algo vale la pena para morir por ello, y luego actúas como si tu sacrificio no significara nada. Finges aburrimiento incluso cuando estás prestando atención. Sonríes incluso cuando estás enojado... especialmente cuando estás enojado. —Se inclina hacia adelante—. Eres un mentiroso. En el fondo, no crees que este mundo sea gracioso. En el fondo, estás hirviendo de rabia. ¿Crees que no puedo ver a través de ti? Vives tu vida como si nada pudiera lastimarte, aunque tu cuerpo esté cubierto de cicatrices.

Estas palabras detonan dentro de mí. El resultado es un desastre: mi corazón late fuera de mi pecho; mi cabeza arde de calor. Quiero volver a ser la persona que era hace cinco minutos. Es como si me hubieran abierto la caja torácica, como si un mago

acabara de sacar los órganos de mi cuerpo y ahora se los estuviera lanzando a una multitud burlona. Jesús. No puedo dejar de mirarla.

Rosabelle está recostada en su asiento, mirándome con esos ojos lentos y somnolientos, y estoy tan arrestado en el momento que apenas puedo distinguir nada más allá de su cabeza. Ni siquiera estoy enojado porque me acaba de destrozar. Ninguna mujer me había desnudado así jamás. Demonios, ninguna mujer me ha estudiado con este nivel de intensidad, y cuanto más se sostienen nuestras miradas, más fuerte late mi corazón.

Quiero saber qué más piensa de mí. Quiero saber qué está pensando ahora mismo. Quiero saber qué otras cosas esconde detrás de esos ojos extraños; claramente guarda todo tipo de secretos. Y ni siquiera me doy cuenta de que la estoy mirando como un adolescente prepúber hasta que dejo caer mi tenedor y el metal tintinea, sobresaltándome.

Trago saliva. Me recuesto en mi asiento. Mierda. Esto está mal. Me toma un segundo, pero finalmente reseteo mi cabeza, encuentro mi voz. Me aclaro la garganta y digo: —Eso fue... hm... muy grosero. —¿Qué? —Ella retrocede sorprendida—. No, no lo fue. —Lo fue —digo, recogiendo mi tenedor caído—. Heriste mis sentimientos. Creo que deberías disculparte.

Sus ojos se agrandan. Realmente parece considerar esto, y el medio segundo que pasa sopesando sus opciones me dice todo lo que necesito saber sobre esta chica. Cuando me ve luchando por no reírme, se pone rígida de indignación.

—Lo acabas de hacer de nuevo —dice—. Eres un mentiroso... —Escucha —digo, sacudiendo la cabeza—. Voy a arriesgarme y asumir que no tienes ni idea de cómo tener una conversación normal y educada. Supongo que la vida de asesina serial no te enseñó a ser casual. Probablemente no fue el alivio relajante contra el estrés que pensaste que sería cuando te inscribiste para el trabajo... —Yo no

me inscribí —dice ella, interrumpiéndome. —Está bien. —Nací en esto.

Ahora es mi turno de quedarme muy quieto. Lo del Nexo tal vez no fue gran cosa, pero esto se siente importante. Mantengo los ojos en mi comida, reintroduciendo el movimiento poco a poco. Hurgueo la lechuga lentamente, mantengo los hombros relajados. Espero a que ella llene el silencio.

—Yo no habría elegido esta vida —dice ella—. Era lo que mis padres querían para mí.

Sí. Bien. Esto es bueno. Horrible, objetivamente horrible, pero buena información. Finalmente estamos llegando a algún lado. Warner sabrá qué hacer con esta información, pero yo entiendo lo suficiente sobre la jerarquía clasista del Restablecimiento para saber que, si los padres de Rosabelle eligieron este camino para ella, debe de venir de una familia rica. Cuando los padres eligen la profesión, ellos pagan por ella, y empiezan con los niños desde pequeños. Lo que significa que Warner tenía razón. Ha sido entrenada en esto desde la infancia. Rosabelle es probablemente algún tipo de mercenaria de súper alta alcurnia. Eso explicaría la invitación de boda elegante para el imbécil elegante. Excepto...

¿Qué pasa con su hermana? ¿Por qué estaba en esa cabaña extraña y de mierda? ¿Por qué la han estado matando de hambre? Espera un segundo. ¿Dónde diablos están sus padres? Hay mucho que pensar aquí, pero ignoro intencionalmente la bomba para no llamar la atención sobre ella.

—Cierto —digo—, así que, me estás dando la razón... —¡Holaaaaa, Rosabelle Sin-apellido! ¡Rosabelle, Rosabelle, Rosabelle!

Lo oigo antes de verlo, levantando la vista justo cuando el imbécil de al lado estampa su bandeja en nuestra mesa. Mi primer instinto es enojarme, pero cuando le veo bien la cara me doy cuenta

de que algo anda mal con él. Parece... ¿ebrio? Eso no puede ser. El alcohol no está permitido aquí.

—Mi rosa hermosa, te he estado buscando. Quería verte —dice, arrastrando las palabras un poco—. Eres una rosa, mi rosa rosada. —Se deja caer en la silla junto a Rosabelle, luego se lanza hacia ella tan rápido que solo tengo tiempo de saltar de mi silla antes de escuchar su grito espeluznante.

Rosabelle saca su tenedor del cuello de él, lo limpia cuidadosamente con una servilleta y toma su manzana. El imbécil está gorgoteando sangre. Se agarra el cuello, manoseando la herida, y puedo ver que ella no solo lo apuñaló con el tenedor, sino que también le desgarró un poco la garganta.

—¿Qué hacemos con nuestras bandejas? —pregunta ella, apartándose de la mesa. Me está lanzando esa mirada otra vez. Gato feliz, ojos somnolientos.

JAMES

CAPÍTULO 30

—Entonces, ¿qué hemos aprendido? —dice Kenji, sacando un par de gafas de sol de su bolsillo. Las abre con una mano, mientras equilibra una taza para llevar en la otra.

—Nada —dice Winston, luciendo más irritable de lo habitual, arrastrando los pies por la acera—. No hemos aprendido nada.

—Eso no es cierto —dice Kenji, haciendo una pausa para saludar con la cabeza a alguien que conoce y prometiendo pasar por una panadería más tarde. Mira a Winston mientras caminamos—. Hemos aprendido que no se te debería permitir conocer gente nueva por tu cuenta.

—Eso ya lo sabíamos —señalo—. Lo sabemos desde hace años. ¿Por qué dejaste que saliera anoche?

—¿Dejarlo salir? —Kenji se quita las gafas de sol de un tirón, se arrepiente de inmediato y se las vuelve a poner—. El hombre tiene ciento cincuenta años...

—Cuarenta y uno —dice Winston con miseria—. Tengo cuarenta y uno.

—Como dije, tiene mil años, la nariz prácticamente se le está cayendo de la cara, ¿y es mi trabajo evitar que salga por la noche?

—No me gusta la gente —dice Winston—. Sé esto de mí mismo. Es solo que olvido que no me gusta la gente hasta que realmente conozco gente, y entonces recuerdo por qué nunca conozco gente. Es porque no me gustan. —Se frota los ojos por debajo de sus gafas, haciendo que se tuerzan en su cara—. Dios —dice, gruñendo—. Soy demasiado viejo para esto. Brendan me dijo en mi cara que era demasiado viejo para esto.

—Él no dijo eso. —Lo insinuó.

—¡Él quería ver el mundo! —dice Kenji, forzando entusiasmo—. No quería establecerse; quería hacer cosas de jóvenes, encontrar su estrella interior, nadar en las aguas de la vida infestadas de radiación...

—Voy a morir solo —dice Winston.

Kenji le da una palmada en la espalda. —Vamos, hombre. Al abuelo Winston le quedan al menos cinco años buenos antes de que la artritis lo acabe.

—Vete al carajo.

Sonrío para mis adentros mientras bebo de mi propia taza. Es un día de invierno perfecto y nos dirigimos a nuestro lugar favorito para desayunar, así que, considerando todo, estoy bastante feliz. Aquí, a unas pocas millas de la costa, el sol no desaparece en invierno; solo se enfría un poco. Tomo aire y lo saboreo. Amo la luz suave, la brisa fresca. Solíamos vivir en una parte del continente donde el invierno significaba meses y meses de cielos opresivamente grises y nieve sucia, y lo odiaba. Yo nací para vivir cerca del agua. Montañas. Campo abierto. Cuando era niño, solía fingir que era un barrilete. Saltaba de sillas y mesas y, eventualmente, de contenedores de basura y edificios bajos, esperando atrapar el viento.

Generalmente terminaba con un grito.

Como sea, ya sé que no estaré mucho afuera estas próximas semanas, así que trato de apreciar el tiempo que tengo con el cielo.

Avanzamos por la acera, saludando a caras conocidas al pasar, mientras Winston y Kenji intercambian pullas. Nuestro vecindario está ubicado directamente encima del cuartel general subterráneo, así que, con la excepción del centro de rehabilitación —que está a un par de millas—, nuestros traslados diarios son fáciles. El ascensor en mi sala de estar baja directo, veinte pisos. Me encanta. Me encanta que nuestro cuartel sea una instalación elegante y de

vanguardia, pero que nuestras casas sean viejas. Vivimos en construcciones residenciales de la era previa al Restablecimiento con techos remendados y tablas del suelo que crujen. Tenemos patios descuidados. Buzones oxidados. Ocasionalmente, termitas. Hemos estado renovando lentamente a lo largo de los años, pero lo que más importa es que todos vivimos uno al lado del otro. Las primeras casas en las que vivimos después de la revolución eran viviendas pequeñas y remodeladas, y nos gustó tanto el estilo que mantuvimos la tradición incluso después de mudarnos.

No tuvimos más remedio que mudarnos.

Las cosas se habían puesto feas. Vivíamos de la amabilidad de la hija de Castle, Nouria, quien había construido un santuario para su propio grupo de resistencia menor. Ella y su esposa, Sam, nos permitieron refugiarnos allí por un tiempo, pero nuestra presencia les estaba causando problemas, exponiéndolas al peligro... y tras el quinto intento aterrador contra la vida de Juliette, Warner se hartó. Decidió que era hora de cumplir finalmente uno de los mayores sueños de su esposa: diseñar una miniciudad fortificada y dedicada, construida específicamente para nuestras necesidades; un lugar donde pudiéramos vivir con la pretensión de libertad. Después de un invierno duro, decidimos colectivamente plantar nuestra bandera en una zona más templada.

Comenzó como una sola calle, luego dos, y ahora nuestro humilde vecindario se ha expandido hasta convertirse en un campus extenso que incluye hospitales, parques y pequeños negocios. La zona residencial existe en un plano de seguridad y acceso más fortificado, pero todos los que ponen un pie en esta ciudad-dentro-de-la-ciudad tienen que pasar por un proceso de selección. Desde los conserjes hasta los baristas, científicos e ingenieros. Nadie viene aquí a menos que trabaje aquí, y nadie vive aquí más que nosotros.

Informalmente se le llama **El Waffle**.

Lo llamamos El Waffle porque así fue como lo llamó Roman la primera vez que vio el mapa de la cuadrícula. Luego pidió waffles con extra de sirope y dijo: *"Tío James, tengo un moco"*.

—Mira —le está diciendo Kenji a Winston—. Podría ser peor, ¿cierto? Mira a James, por ejemplo.

—¿Qué? —Mi cabeza se levanta alarmada—. ¿Qué pasa conmigo?

Winston me mira, y las nubes de melancolía se despejan de sus ojos. —Sí —dice, asintiendo—. Tienes razón.

—¿Verdad? —Kenji también asiente—. Joven, guapo, bien conectado. Las chicas literalmente se le lanzan encima...

—Eso pasó una sola vez —protesto.

—Al menos diez veces —dice Winston con disgusto—. Literalmente se le lanzan, acampan en las calles esperando a que pase...

—Esperen, ¿cómo es eso mi culpa? La gente cree que soy Warner. Por eso no me gusta salir de El Waffle...

—...y míralo. Solo míralo.

Winston hace lo que le dicen y me mira. —Este hijo de perra malagradecido ha estado soltero por años —está diciendo Kenji—. Al menos nosotros hemos estado en relaciones, ¿cierto? Al menos nosotros sabemos cómo amar.

—Oigan, yo sé cómo amar...

—Sí —dice Winston de nuevo, esta vez con más convicción. Sus hombros se enderezan. Considera el horizonte—. Sí, de acuerdo, eso es cierto. ¿Qué más?

Nos hemos detenido, parados en la acera a solo unos pasos de *Waffles del Waffle*. Ya puedo oler el sirope. Azúcar impalpable. Café demasiado cargado.

—¿Podemos entrar? —pregunto, mirando alrededor—. Tengo hambre, y se supone que esta conversación ni siquiera era sobre mí...

Kenji cuenta con los dedos. —Sigue viviendo en su casa; todavía tiene terrores nocturnos; sigue siendo un asco en su trabajo...

—No soy un asco en mi trabajo —protesto.

—¿Estás bromeando? —dice Winston, con el ánimo visiblemente mejorado—. Tu historial es una mierda últimamente.

—La audacia —dice Kenji—. La estupidez... —La chica literalmente asesinó a un hombre bajo tu guardia.

—¡Sigue vivo! —replico—. ¡Lo sané casi de inmediato! Sanitizamos el comedor. No hubo daños permanentes.

—Lo que sea —dice Kenji, mirando dentro de su taza de café vacía—. Tienes suerte de tener poderes de sanación, o si no, eso podría haberse puesto muy feo, muy rápido. —Duda, luego se quita las gafas de sol, entrecerrando sus ojos negros—. Oye, ¿por qué no estás con la mercenaria ahora mismo? ¿No se supone que debes estar allí todos los días?

—Sí —asiento, ignorando la forma en que reacciona mi pecho ante la idea de ver a Rosabelle de nuevo—. Sí, pero la están disciplinando. Tiene que pasar unas horas sola en el **Jardín Emocional** esta mañana. Debo reunirme con ella en una hora.

—¿Qué demonios es un jardín emocio...? Oh, mierda...

Kenji se vuelve invisible, reapareciendo un segundo después en la entrada de *Waffles del Waffle*, parpadeando dentro y fuera de la vista. —Mierda, mierda, mierda...

—¿Qué? —Winston y yo decimos al mismo tiempo. Lo rodeamos en la entrada, en alerta máxima. —¿Qué está pasando? —digo—. ¿Viste algo?

—Bien, puede que esté perdiendo la cabeza —dice él, desactivando su invisibilidad—, pero juraría que acabo de ver a Nazeera caminando por la calle.

Winston y yo intercambiamos una mirada cargada, y un segundo después Kenji nos da a ambos un golpe fuerte en la cabeza.

—¡Ay! —gritamos al mismo tiempo.

—¿Qué demonios les pasa? —grita Kenji enojado.

El dueño del restaurante, un pelirrojo con barba llamado Kip, nos mira a través de la puerta de vidrio. Me frunce el ceño, como preguntando: *¿qué está pasando?*, y yo le lanzo lo que espero sea una sonrisa tranquilizadora.

—¿Ustedes sabían que ella estaba aquí? —está diciendo Kenji—. ¿Sabían que Nazeera venía y no se les ocurrió decirme?

—Ella vuela como cada tres meses —dice Winston, frotándose la nuca—. Ya lo sabías.

—Además, nos dijiste que nunca habláramos de ella contigo —añado—. Dijiste que no querías detalles sobre Nazeera, jamás...

—No se supone que me hagan caso cuando digo estupideces como esa —sisea él, asomándose por detrás del marco de la puerta.

Sé el momento exacto en que la ve de nuevo, porque se pone rígido y retrocede, colapsando contra la pared.

—Oh, Dios mío —dice, apareciendo y desapareciendo, con su invisibilidad fallando—. Creo que me estoy muriendo. ¿Se puso más hermosa? ¿Cómo es que se puso más hermosa?

—Creo que deberíamos llevarlo adentro —dice Winston, lanzándome una mirada—. Agárralo del brazo.

—¿Está con un árabe guapo? —dice Kenji, zafándose. Se asoma a la calle otra vez y luego se deja caer, cerrando los ojos con fuerza—. Esperen, no me digan. No quiero saberlo. No puedo competir con esos tipos. Esos tipos están construidos de otra forma. Oh, Dios, no siento las piernas.

Una campana suena sobre nuestras cabezas y levantamos la vista.

—Oigan —dice Kip, abriendo la puerta principal con su delantal puesto—. ¿Están bien, chicos? ¿Qué pasa? —Señala con el pulgar hacia atrás—. La gente se está preocupando.

—Lo siento, Kip —dice Winston—. Todo está bien.

—¿Entonces qué le pasa a él? —dice, señalando a Kenji, que ha dejado de parpadear pero ha empezado a deslizarse por la pared.

—Nazeera está aquí —digo.

La cara de Kip se descompone. Nos mira a Winston, a mí, a Kenji y otra vez a mí. —¿Él no lo sabía? Ella pasa por aquí como cada tres meses.

—Se me olvidó —dice Kenji, gruñendo contra sus manos.

—Está bien —dice Kip, recomponiéndose—. Estarás bien. Se irá en una semana, ¿verdad?

Winston hace una mueca. —¿Dos semanas? —dice Kip.

—Se quedará para el nacimiento —explico, mirando de reojo a Kenji con cautela—. Quiere estar aquí para Juliette.

—No hay vuelo de regreso planeado —añade Winston.

Kenji emite un sonido lastimero, como un quejido.

—Ay, niño —dice Kip suavemente, con ojos compasivos—. Todos hemos pasado por eso. Superaremos esto. —Pone un brazo sobre el hombro de Kenji, dándole palmaditas en la espalda mientras lo guía hacia el comedor.

Entran en medio de un clamor de preocupación y preguntas, pero Kip calma a la gente con la mano. —Nazeera está aquí —explica—. Para el nacimiento.

La multitud inhala colectivamente, y luego se disuelve en sonidos terapéuticos y universales de consuelo.

—Que alguien le traiga unos waffles a mi muchacho —dice Kip, empujando a Kenji hacia la multitud—. Y helado.

—¿Y chispas de chocolate? —dice Kenji, levantando la vista.

—Y chispas de chocolate —dice Kip.

—¿Y qué hay de mí? —pregunta Winston, siguiéndolos adentro—. Yo también estoy deprimido. También me gustan las chispas de chocolate...

Me río en silencio, a punto de cruzar el umbral hacia una nube de azúcar caliente, cuando siento una mano en mi hombro. Sobresaltado, me doy la vuelta.

Es Ian.

Ian Sánchez, el psicoterapeuta principal del centro de rehabilitación y viejo amigo de la familia. Parece furioso.

—Mierda —digo, alarmado—. Mierda, ¿qué hizo ella ahora?

ROSABELLE

CAPÍTULO 31

—Yo no lo hice —digo en voz baja. Agatha me está mirando con los brazos cruzados. —Tienes un motivo.

Miro hacia el vacío, los verdes intensos de la habitación se desdibujan a mi alrededor mientras los aromas brillantes y terrosos de la vida vegetal llenan mi nariz. Este lugar me sorprendió cuando entré. No esperaba que el aislamiento solitario fuera tan hermoso. Por supuesto, ellos no lo llaman aislamiento solitario.

Este es el **Jardín Emocional**, donde envían a los delincuentes a pensar en lo que han hecho. No es un espacio grande, pero cada centímetro está cubierto de enredaderas colgantes y vegetación, con un techo abovedado de cristal que decanta una luz jaspeada sobre montículos de musgo y hierba silvestre. Hay un escritorio y una silla en medio de la habitación, con patas de madera como raíces plantadas directamente en la tierra, y se supone que debemos sentarnos aquí durante horas, escribiendo arrepentimientos y reflexiones en nuestros diarios. Según las reglas, no llevo zapatos ni calcetines.

A Clara le encantaría este lugar. Yo lo odio.

—Rosabelle —dice ella con severidad—. Alguien saqueó su habitación mientras él estaba en recuperación. La pusieron patas arriba. Lo que quiero saber es esto: ¿Cómo entraste? No había indicios de que la cerradura hubiera sido forzada.

La miro, luego desvío la vista. —¿Te das cuenta del privilegio que es estar aquí? —está diciendo ella, cambiando el peso de su cuerpo—. Si no tienes cuidado, podrías terminar en una prisión de alta seguridad... —Genial —digo suavemente—. Trasládenme.

Ella se tensa visiblemente, luego descruza y vuelve a cruzar los brazos. —El hecho de que aún no te hayan echado es, francamente, increíble. La lista de espera para entrar en esta

instalación es de años. ¿Lo sabías? ¿Tienes idea de la suerte que tienes de acceder a los recursos que brindamos?

Estoy mirando, fascinada, el apretado rizo de un brote tierno: la espiral aterrorizada de la juventud, el puño cerrado de la incertidumbre. La joven enredadera será alentada a vivir por la promesa de la luz, desplegándose cada día hacia lo desconocido, buscando un camino hasta que una mano sale disparada, la agarra por el tallo y la rompe por la mitad...

—Ahora, no sé qué hilos moviste para saltarte la fila —está diciendo Agatha—, pero solo estamos tolerando tu comportamiento aquí porque las órdenes de admitirte vinieron de muy por encima de mi cabeza. Si no te enderezas, pediré formalmente que te retiren. Hay mucha gente que cree en este programa. Gente que dedica su vida a este programa. Llevas aquí menos de dos días y ya mataste a alguien, y luego asaltaste su habitación... —Yo no lo hice.

—¿Qué has estado haciendo aquí durante tres horas? —dice ella—. ¿Siquiera escribiste en tu diario?

Parpadeo muy lentamente. Mi diario está sobre el escritorio, todavía dentro de su funda. —¿No has escrito nada? —dice, atónita. Arrebata mi diario del escritorio, ve el sello intacto en la funda y parece que se le va a reventar un vaso sanguíneo. Me retraigo dentro de mí misma mientras ella grita, observando cómo lanza mi libro frente a mí. Sus palabras se silencian y se deforman, perdiendo forma mientras me desconecto del tiempo. Escucho el sonido de mi propia respiración, junto mis manos y sigo sus líneas.

Durante horas he estado observando la luz bailar y cambiar en esta habitación, usando mi tiempo para organizar los archivos mentales que he hecho de cada persona que he encontrado en la instalación. He clasificado a todas las partes por amenaza percibida y utilidad posible, pero hasta ahora ninguna ha destacado de manera marcada excepto James. Bueno, él y Leon.

Alguien ha saqueado la habitación de Leon, y no fui yo. *Presta atención.*

Le he dado mil vueltas: ¿Es posible que alguien estuviera buscando el vial en su habitación? Si es así, surgen dos nuevas posibilidades: o Leon es el agente doble que estoy buscando, o es el desafortunado guardián del objeto. La primera teoría se desmorona frente a la lógica: parece poco probable que el Restablecimiento confiara el vial a alguien con la mente inestable. Por supuesto, el incidente con Leon podría no ser más que una distracción ajena. Aun así...

Si eres lo suficientemente inteligente, lo verás venir. Las teorías suben y se disuelven, como burbujas de aire. En mi cabeza, subrayo una imagen del rostro de Leon, añadiendo un signo de interrogación junto a su nombre. *¿Importante? ¿O idiota?*

Fijada en el tablero de corcho imaginario junto a él hay una imagen de James, su rostro rodeado por un círculo y con una estrella, con notas garabateadas furiosamente en los márgenes:

Clave para infiltrarse en la familia Anderson Aterrador y peligroso Linaje notorio Induce a los enemigos a una falsa sensación de seguridad. No subestimar

—con esta última nota subrayada varias veces. La verdad es que el drama con Leon es probablemente poco más que una disputa doméstica entre internos. Parece mucho más probable, dado todo lo que he pasado hasta ahora, que James sea mi verdadero objetivo.

Contengo el aliento ante el pensamiento. El calor chamusca mi piel, un miedo no categorizado que me obliga violentamente a volver a mi cuerpo.

—Así es —dice Agatha, y la miro. Ha malinterpretado mi reacción. —Deberías avergonzarte de ti misma —está diciendo—. Honestamente, es refrescante ver que incluso eres capaz de sentir

remordimiento. Empezaba a pensar que no te sentías mal en absoluto por matar a Leon.

—No lo maté —digo, recordando—. No está muerto. —Sabes exactamente a qué me refiero...

Mis ojos se desenfocan. James había estado tan tranquilo. No gritó ni hizo preguntas. Ni siquiera parecía enojado. Solo me miró, luego rodeó la mesa y se acercó a Leon, y cuando puso sus manos desnudas en la garganta sangrante de Leon, pensé que tal vez había decidido romperle el cuello, sacarlo de su miseria. En su lugar, le habló con calma al oído a Leon, diciéndole que iba a estar bien, y luego lo sostuvo hasta que dejó de convulsionar.

Observé, aturdida, mi mente desmoronándose y vagando en una dirección peligrosa... Me pregunté entonces si James podría curar a Clara. Había descartado el pensamiento para cuando él se alejó de Leon. Alguien ya había llamado a los médicos. Fuimos rodeados. James, razoné, nunca conocería a mi hermana. Sin duda estaría muerto para cuando yo la viera de nuevo. Mientras tanto, Leon se había quedado dormido.

—Se desmayó —explicó James a los que respondieron, con las manos brillantes de sangre—. Tenemos que llevarlo a recuperación lo antes posible, pero estará bien.

Solo después de que todos se hubieron ido, James se giró para mirarme. Se limpió las manos con una pila de servilletas; la sangre pegajosa, adherida; el papel rompiéndose. Suspiró, sacudió la cabeza. —Rosabelle —había dicho suavemente.

Juraría que sentí la tierra moverse. Su voz, baja y firme, se deslizó dentro de mí, rodeó mi corazón muerto y lo apretó, bombeando sangre a mis venas con una fuerza que nunca antes había sentido. No podía apartar la vista de él. No tenía idea de lo que estaba a punto de decirme, de cómo podría condenarme. —¿Estás bien? —dijo.

Y me licué. *¿Estás bien? Rosa, ¿estás bien?*

—Oye. —Agatha estaba chasqueando los dedos frente a mí—. ¿Escuchaste lo que dije? ¿Qué te pasa?

Rosa, ¿qué pasa? Nada, había dicho yo, frotándome las manos en el lavabo. Me las frotaba hasta dejarlas en carne viva. Estaban rojas y escocían. Mis ojos ardían. *¿Por qué sigues lavándote las manos?*, preguntó Clara. *¿Por qué no vienes a leerme? Tengo que lavarlas, Clara. Tengo que lavarlas primero. Pero has estado lavándolas una eternidad, Rosa. ¿No están limpias ya? No.*

—¿Perdona? ¿Me estás escuchando? La puerta se abre de golpe y doy un respingo ante el sonido, con los oídos zumbando. James entra corriendo en la habitación.

ROSABELLE

CAPÍTULO 32

Parece que vino corriendo. Su rostro está más rosado de lo normal, su cabello bronce despeinado por el viento, sus ojos brillantes y cautivadores. Cada vez que lo veo, se vuelve más difícil verlo. Cuando nuestros ojos se encuentran, contengo el aliento.

Su ausencia está empezando a dejar una huella en mí. Ya puedo sentir cómo mi sistema nervioso se aquieta en su presencia, los gritos del mundo extinguiéndose hasta convertirse en un ruido suave. No me gusta este sentimiento. No me gusta esperar con ansias verlo, haber estado aguardando a que regresara, haber casi terminado de contar el rastro de pecas que cruzan el puente de su nariz. Siete.

—Rosabelle —dice él, sacudiendo la cabeza—. ¿Qué fue lo que...? —Yo no lo hice.

Se queda quieto, mirándome. Mira de mí a Agatha, luego detrás de él, a Ian, que está echando chispas. —Bien. De acuerdo. —James exhala, se mete las manos en los bolsillos. Mira a los otros dos—. Ella dice que no lo hizo. Así que, a menos que tengan pruebas...

Agatha e Ian explotan. Observo, sin oír, mientras discuten con él, con la sangre subiéndome a la cabeza. El tiempo parece estirarse y doblarse, retroceder y desdibujarse. ¿Por qué me defiende? ¿Cómo sabe que no estoy mintiendo?

—Porque —dice él a Agatha, y su voz atraviesa mi bruma. Su voz, me doy cuenta, siempre me devuelve a mi cuerpo—. Ella no te tiene miedo. Si lo hubiera hecho, lo admitiría.

—¿Cómo sabes eso? —preguntamos Ian y yo al mismo tiempo. James mira de mí a Ian. —No lo sé —dice, mirándome de nuevo—. Simplemente me doy cuenta.

Ian me estudia con dureza mientras considera esto. James exhala. —Oye, no olvides hacer esos análisis, ¿está bien? —Le dice esto a Agatha—. Enumeré todo en mi informe. Había algo raro con ese tipo ayer.

—Permíteme ser absolutamente clara —dice Agatha, erizada—. Cada uno de nuestros pacientes ha pasado por un riguroso proceso de evaluación mental y física, y Leon no fue la excepción. Solo ha habido una excepción, y está sentada ahí mismo. —Agatha entrecierra los ojos hacia mí—. Se sabe que Leon ha tenido problemas de lucidez en el pasado, pero eso es de esperar de alguien con su historia tan desafiante, y muestra progresos cada día. Puedo asegurarles que no había alcohol en su sistema...

—Sé lo que vi —dice James con firmeza—. Sus pupilas estaban dilatadas de forma antinatural. Arrastraba un poco las palabras... —Tal vez ella lo drogó —dice Ian. —¡Ian! —exclama Agatha, ofendida—. Aquí llevamos un control estricto. Sabríamos si ella hubiera traído drogas a las instalaciones...

—Miren —dice James, sonando repentinamente cansado—, hasta que tengan pruebas que respalden las acusaciones contra ella, esto es improductivo. No es la primera persona que arremete contra otro paciente, y como no podemos probar que estaba intentando matar a Leon...

—Lo estaba —digo—. Estaba intentando matarlo. —Eso no ayuda, Rosabelle —dice él, cortando cada palabra—. Reunámonos más tarde —les dice a los otros—. Ian, ¿no tienes una sesión ahora mismo?

Ian mira su reloj y murmura una maldición, y para cuando él y Agatha salen de la habitación —lanzándome miradas de odio—, un suave timbre suena varias veces. James me ofrece una sonrisa sombría.

—Hora de irse, alborotadora —dice. Mantiene su rostro severo, pero sus ojos brillan con un humor privado—. Tienes que ir a una sesión de media mañana sobre "gratitud radical".

—Está bien —digo. Pero no me muevo. Mis latidos se ralentizan mientras lo miro, mis extremidades se suavizan. Me siento líquida cuando lo miro por suficiente tiempo, como si pudiera desprenderme de mis propios huesos. Me gusta. Me gusta este silencio. Me siento a salvo en este silencio.

—¿Por qué siempre me miras así? —dice él, y el brillo desaparece de sus ojos. —¿Mirarte cómo?

Él sostiene mi mirada, su pecho elevándose ligeramente al respirar. Noto el movimiento en su garganta, luego me demoro en la columna de su cuello, la línea marcada de su mandíbula. Deslizo mis ojos hacia su boca... Él exhala de repente, mira hacia abajo. —Nada —dice—. Olvídalo.

Me gusta su cabello. Parece suave. Parece brillar bajo la luz refractada del techo abovedado, toques de oro destellando entre el castaño. Me de gustan sus ojos. Sus pupilas se han contraído con el resplandor de la mañana, los matices de azul ahora se ven con mayor sutileza, los iris más claros rodeados por un anillo oscuro. Sus pestañas son largas y espesas, y cuando se gira, estudio el contorno de su perfil, el poder contenido en su cuerpo. Cambia el peso de una pierna a otra. Lleva una chaqueta de mezclilla desgastada con cuello de lana. Hay un pin brillante con forma de barrilete en el bolsillo.

—¿En qué piensas —dice él, mirando hacia otro lado—, cuando te quedas callada así? —En nada. Él suelta una risa seca. —Claro. Seguro.

—¿Por qué tienes un pin con forma de barrilete en el bolsillo? Se gira para mirarme de inmediato, la sorpresa tiñendo su expresión. —¿Me estás haciendo una pregunta?

Calor, ese familiar y horrible calor: lo siento arder en la parte alta de mis mejillas. —No. —¿No? —No —digo, esta vez con indiferencia forzada—. Retiro mi pregunta.

—Ni hablar —dice él, sonriendo ahora—. Ya la lanzaste al mundo. No puedes retractarte. —Tú no pones las reglas.

—¿Qué tal un trato? —dice—. Si empiezas a responder más de mis preguntas, tal vez yo responda algunas de las tuyas.

Niego con la cabeza, el pánico acechando. Ya tengo que vivir con el enorme error que cometí el otro día, exponiéndome a mí misma y mi inspección sobre él en un estallido infantil de ira. Me había desequilibrado la fuerza pura de la atención de James, sus sonrisas fáciles y su risa. Nadie más que Clara me sonríe con sinceridad. Había estado sometida al poder mareante de su encanto durante horas en ese momento, y me sentía frustrada y reactiva. Hablé demasiado sin pensar. Nunca más.

Me obligo a apartarme ahora, a recoger mi diario y despejar mi mente antes de decir o hacer algo irreparable... cuando de repente, soy incómodamente consciente del musgo entre mis dedos. Me doy cuenta de que no sé qué hicieron con mis zapatos.

—Están afuera de la puerta —dice él. Levanto la vista como si me hubieran abofeteado. —Tus zapatos —dice, sin que yo se lo pida—. Están afuera. En un pequeño casillero con tu nombre.

—No dije nada sobre querer mis zapatos. —Lo sé —dice. —¿Cómo supiste...? —Porque —dice él—. Acabas de mirarte los pies y luego miraste alrededor. Saqué la cuenta. No es complicado.

Lo miro y vuelvo a deshacerme. Tengo un nuevo sueño: me gustaría estar prolijamente doblada, guardada en un rayo de luz y que se me permitiera juntar polvo. James, me doy cuenta, me hace sentir que puedo descansar.

Es un pensamiento histérico y peligroso. Como si alguna vez se me permitiera desatar estas cuerdas, abrir estas cadenas. Voy a volver a casa. Voy a volver a casa, recoger a Clara, intentar evitar casarme con Sebastian y pasar el resto de mi vida marchitándome hasta ser ceniza. Fui entrenada desde la infancia para una vida como verdugo. Era lo que mis padres querían para mí; más que eso, era la única carrera que se me permitía. Desde que tengo memoria, cada evaluación psicológica y prueba de aptitud coincidía: *la niña parece estar muerta por dentro*.

Había algo mal en mí, algo roto, alguna razón significativa por la que nunca me reía como los otros niños, nunca sonreía a los extraños. Por qué nunca lloraba cuando me cortaban una y otra vez, intentando alimentar a una máquina con mi mente.

Yo no sería científica ni doctora. Ni madre ni soldado. Crecería para ser una asesina eficiente. Un excelente activo para el régimen. En el apogeo del poder del Restablecimiento, nunca imaginé que mis habilidades serían tan deseadas, pero ahora que carecemos del robusto ejército de una era pasada, los mercenarios son más importantes que nunca. Espías, asesinos, verdugos. Nos han obligado a reducir nuestra capacidad de matar, diseñando misiones con precisión quirúrgica y eficiencia.

Esto es todo lo que vale mi vida. Y decidí hace mucho tiempo sacrificar mi cuerpo muerto para que Clara pudiera vivir.

—Por cierto —dice James, interrumpiendo mi ensueño—. Si vas a fingir que sigues el protocolo, tienes que trabajar en los detalles. Llevas ese cuaderno a todas partes pero nunca llevas una pluma. No engañas a nadie.

No sé qué me impulsa a decirlo. No estoy segura de estar pensando en absoluto cuando digo, suavemente: —He estado engañando a la gente toda mi vida. Tú eres el único que está prestando atención.

JAMES

CAPÍTULO 33

—Déjame preguntarte algo —digo, dejándome caer en el sillón de terciopelo. Me hundo en la tela afelpada, con el peso del día arrastrándome hacia abajo—. ¿Es normal que una chica se te quede mirando mucho y no diga nada? Y si no es normal, ¿eso... significa algo?

Warner levanta la vista hacia mí desde la ventana oscurecida, entornando los ojos.

—Cierto —digo exhalando—. Olvidé con quién estaba hablando. Quedarse mirando a la gente sin hablar es lo tuyo, ¿verdad?

Warner no muerde el anzuelo. Dice: —Una mercenaria de sangre fría —leal al Restablecimiento— está esencialmente prisionera en una instalación de rehabilitación, donde es obligada contra su voluntad a participar en insoportables sesiones de terapia grupal seguidas de horas de interrogatorios invasivos, ¿y esperas que yo te diga que su mirada silenciosa e inquebrantable es una señal de que está enamorada de ti?

Me desplomo hacia atrás, dejando que mi cabeza cuelgue por el borde. El mundo se pone de cabeza y aprieto los ojos. —Bueno —digo—, cuando lo pones así...

Una brisa fresca recorre la habitación. Los grillos chirrían rítmicamente en la distancia de la noche. Una luz tenue calienta el acogedor espacio; la lámpara de la mesa lateral proyecta un brillo suave sobre Juliette, que está sentada en la cama, frotándose los ojos. Un libro está abierto sobre su vientre.

—¿Estamos hablando de Rosabelle? —dice ella. —Estás cansada, amor —dice Warner suavemente—. James y yo podemos discutir esto en otro lugar. Deberías dormir. —No —dice ella, incluso mientras se recuesta cerrando los ojos contra el cabezal—. Quiero saber qué está pasando.

Reprime un bostezo y luego se gira hacia mí. —¿Se metió en problemas otra vez hoy? —Eh... —Miro a Warner, que se ha puesto rígido—. Sí —digo, suspirando derrotado—. Sí, lo hizo.

Han pasado diez días. Diez días de Rosabelle interminables. La hermosa Rosabelle. La exasperante Rosabelle. Ha sido enviada al Jardín Emocional seis veces. Solo hoy recibió otra censura oficial. Me fui al baño por apenas cinco minutos y, para cuando volví, la sesión grupal era un caos. Rosabelle tenía a Jing en una llave de estrangulamiento.

Uno de los patrocinadores gritaba: *"¡Lo está usando como escudo!"*; Ian decía: *"¡Así no es como resolvemos para solucionar!"*; y para cuando logré atravesar la multitud para llegar a ella, Jing se había desmayado. Observé, atónito, cómo se deslizaba de sus brazos hasta quedar hecho un montón en el suelo. Rosabelle se sobresaltó cuando me vio, alejándose de Jing como una niña atrapada robando un dulce.

—¿Qué estás haciendo? —le dije, horrorizado—. Rosabelle, vamos, ya hemos hablado de esto... —Estaba tratando de ayudar —dijo ella.

Casi me voy para atrás del asombro, y ella solo me miró con esos ojos parpadeantes de gato y dijo que estaba animando a Jing a devolverle sus pantuflas a Elias. La explicación era tan absurda que casi no le creo, hasta que un hombre mayor y canoso apareció corriendo un momento después, abrazándola con alegría por la espalda.

Estoy exhausto. Si no me está sacando de quicio, me está volviendo loco. A veces lo único que hace es mirarme. Nunca sé qué hacer cuando hace eso, así que me quedo ahí sentado mientras ella me observa, sus ojos recorriendo cada centímetro de mí, preguntándome qué demonios estará pensando y sabiendo que nunca me lo dirá. A veces no habla durante tanto tiempo que el silencio empieza a hacerme sudar. Me despierto pensando en ella. Me

duermo pensando en ella. Accidentalmente la rozé al pasar por una puerta y, por la forma en que reaccionó mi cuerpo, jurarías que me había acorralado contra la pared y se había ofrecido a bajarme el cierre del pantalón. Tuve que salir del edificio solo para tomar aire. He empezado a soñar con ella. Me despierto a mitad de la noche acalorado y fuera de mí. He tenido problemas para dormir toda mi vida... pero este podría ser el peor sueño que he tenido en años.

—Tal vez deberíamos quitarte de esta misión —dice Warner, alejándose de la ventana. —¿Qué? —Me enderezo—. ¿Por qué? —No estoy seguro de que puedas manejarlo.

Me erizo, y la mentira es automática: —Puedo manejarlo. —¿Qué discutiste con ella hoy?

Trago saliva y me recuesto, mirando alrededor de la habitación, ganando tiempo. Hoy la vi trenzarse el cabello. Trenzar y destrenzar. Trenzar y destrenzar.

Le pregunté por sus padres. Ella me miró. Le pregunté por su hermana. Ella me miró. Le pregunté por su ex-prometido. Ella me miró.

Finalmente me crucé de brazos y dije: *"¿Vas a hacer esto para siempre? ¿En serio? ¿Solo te vas a quedar ahí sentada mirándome sin darme nada? ¿Cuál es tu color favorito, Rosabelle? ¿Puedes decirme tu color favorito? ¿O es algún tipo de secreto comercial altamente protegido que no puedes pronunciar al mundo por miedo a incitar una nueva guerra?"*. Y entonces ella se rió de mí, y entonces yo tuve un derrame cerebral. Literalmente sentí que la sangre se me bajaba de la cara. Mis manos se pusieron calientes, luego pegajosas. Fue un sonido suave y musical que nunca había escuchado.

Demonios, ni siquiera la había visto sonreír. Seguía sonriendo cuando me miró después de eso, con esa expresión dulce grabada en su rostro. Mi maldita alma abandona mi cuerpo. Siempre pensé que era preciosa, pero no tenía idea de lo que me estaba perdiendo. La

forma en que sus ojos se iluminaron, la forma en que su nariz se arrugó. Ha estado comiendo más cada día, viéndose más saludable, volviéndose sólo más radiante.

—Vaya —susurré, boquiabierto como un idiota que descubre sus manos por primera vez. Y luego, al darme cuenta de que lo había dicho en voz alta, busqué dentro de mí y me di un puñetazo en el cerebro.

—¿De verdad has perdido el juicio? —dice Warner, con una rabia tan aguda que me devuelve al presente de un golpe.

No estoy del todo seguro de cuánta de mi turbulencia emocional está captando él ahora mismo, pero la expresión de su cara me dice que probablemente sea mucha.

—Sabes —digo, señalándole—, es interesante. Hay algo en la forma en que siempre tiene la guardia en alto que me recuerda a ti. El rostro de Warner se vuelve neutral ante eso. Una señal clara de que está ocultando su propia respuesta emocional. —¿Perdona? Juliette emite un zumbido de interés.

—O sea, obviamente son personas diferentes —aclaro—. Pero yo conozco al verdadero tú, porque he vivido contigo mucho tiempo. Sé que la cara que le pones al mundo no es la que usas cuando te sientes a salvo. Ella transmite esa misma vibra. A veces no obtengo muchas respuestas de ella, pero luego me mira y juro que puedo verla. —Me doy la vuelta—. Como si la verdadera Rosabelle fuera una niña viviendo dentro de una fortaleza, dentro de una fortaleza, dentro de una fortaleza, dentro de una fortaleza. Pero las paredes son tan gruesas que nadie puede oírla gritar.

Cuando finalmente levanto la vista, descubro que Warner me está observando. Juliette me está observando. —¿Qué? —digo. —Te importa —dice Warner. —No, no es cierto —miento. —Te importa —dice Juliette, con los ojos suavizándose—. Oh, James.

—Este es un giro desafortunado —dice Warner, girándose hacia la ventana. —No es así —miento de nuevo, luchando por mi redención—. Es solo que a veces tengo la sensación de que está, no sé, genuinamente asustada. O nerviosa. O simplemente humana. A veces realmente tengo la sensación de que ella abandonaría al Restablecimiento si pensara que hay una salida. Y para que conste, no creo que sea de sangre fría...

—Kenji podría manejarlo —le dice Warner a Juliette—. O Samuel. Juliette niega con la cabeza. —Ambos están sobrecargados ahora mismo, y Samuel no tiene el nivel de seguridad necesario. —Hugo podría estar listo —dice Warner. —Oh, Hugo —dice Juliette con sueño.

—Oigan —digo enojado—. Dijeron que tenía ocho semanas. Solo han pasado diez días... —Podría ser un buen punto de entrada, darle la oportunidad de probarse a sí mismo —dice Warner—. Por otro lado, si nos equivocamos, podría resultar ser un estorbo... —Me gustaría ver a Hugo en acción —dice Juliette—. Ha estado en espera por suficiente tiempo...

—¡Bien! —digo, levantando las manos—. ¿Quieren datos duros? Bien. Me dijo que el nombre de su madre era Anna. Dice que sus padres están muertos. Tiene veinte años. Su hermana es siete años menor que ella. No tiene otros hermanos. Ya saben lo de la invitación de boda; estaba comprometida con un tipo llamado Sebastian allá en la isla, y me dijo cuando la conocí que eso ya no va a pasar. Es posible que sus padres los hayan emparejado, lo que explicaría por qué pudo abandonar la situación tan fácilmente. También encaja con la teoría de que nació en una familia rica y de alto rango, porque, como saben —levanto la vista—, los esponsales eran una práctica común entre la élite del Restablecimiento, y el hecho mismo de que estuviera en el Arca indica que disfrutaba de un nivel de privilegio enrarecido...

—¿Cuándo murieron sus padres? —pregunta Warner, interrumpiendo. —No lo sé. —¿En qué sector vivía? —No lo sé. —¿Has

podido reunir más información sobre el Nexo? ¿Cómo funciona? ¿Quién lo controla? —No. —¿Por qué tiene una cicatriz en la parte interna del antebrazo? —No lo sé... —¿De dónde vinieron sus moretones? —No lo sé. —¿Por qué no fue informada de tu identidad antes de que te matara? —¡No lo sé! —¿Entonces qué es lo que sabes? —¡Sé que es diestra! ¡Que recientemente descubrió que no le gustan los tomates! ¡Que la luz solar directa a veces la hace estornudar!

Juliette bosteza de nuevo, acomodándose contra el cabezal. —Diez días —dice Warner—. Diez días has estado con ella y esto es todo lo que has descubierto.

—Tú me dijiste que hablara con ella —le respondo—. Me dijiste que actuáramos como si creyéramos que está aquí para tener una oportunidad de una nueva vida. Me dijiste que le hiciera preguntas normales sin hostilidad. ¿Cómo se supone que voy a interrogarla cuando me dijeron explícitamente que no la interrogara?

—Se llama delicadeza —dice Warner, con un músculo tensándose en su mandíbula—. Tal vez debería hacerlo yo mismo. —¡No! —casi grito—. No es seguro para ninguno de ustedes tener exposición directa con ella. Además, ya tienes diez mil millones de cosas que gestionar. No me quites de la misión. Vamos, hermano. Esto es una estupidez. Ella ya me conoce... —Cállate un segundo.

Estoy listo para protestar, pero entonces Warner cruza la habitación hacia Juliette, rodeándola con sus brazos con una ternura que no muestra con nadie más. Observo, con mi rabia desinflándose, mientras la ayuda a acomodarse en la cama, ajustando su cabeza, apartando el cabello de sus ojos. Coloca almohadas extra alrededor de su cuerpo, cierra su libro, lo pone en la mesa de noche y luego sube la manta hasta sus hombros.

Ella le murmura un "gracias" y él le besa la frente; el tierno intercambio me inquieta, como si necesitara salir de mi propio cuerpo. Crecer con estos dos me ha arruinado para las relaciones normales. Quiero lo que ellos tienen.

Warner levanta la vista hacia mí en el momento en que ese pensamiento cruza mi mente, estudiándome como si hubiera pronunciado las palabras en voz alta. —¿Te ha hecho más preguntas últimamente? —pregunta Juliette, deslizando una mano bajo su almohada.

—Más o menos —digo, y la pelea abandona mi cuerpo—. No hace muchas preguntas sobre mí, personalmente. Pero ha estado haciendo algunas preguntas sobre cómo es nuestro mundo. Estaba confundida con mi reloj —lo levanto como prueba—, el uso regular de lápiz y papel, los toques de tecnología analógica por todas partes. —Dudo—. Sí hizo una pregunta muy específica sobre la luz en el Jardín Emocional. —Ladeo la cabeza, recordando—. Quería saber si era real.

Warner se pone rígido. —Oh, está planeando escapar —dice Juliette, reprimiendo otro bostezo—. Debe de estar esperando contacto pronto. —¿Qué? —frunzo el ceño—. ¿A qué te refieres?

—Usa la cabeza —dice Warner en voz baja—. Está haciendo preguntas prácticas sobre tecnología y sociedad porque se está preparando para entrar en territorio extranjero. Quiere saber si la luz es real porque...

Y entonces me golpea. Fuerte. Me desplomo en mi silla, sintiéndome estúpido. —Porque está tratando de averiguar si el edificio es subterráneo.

De repente, una alarma estridente suena suavemente en la habitación, y Warner se pone de pie, sacando el receptor de su bolsillo. Despliega el metal fino como una navaja, y la voz de Kenji se proyecta de inmediato en la habitación:

—Oye, hombre, sé que es súper tarde y se supone que deberías estar desconectado ahora mismo, pero Maya le dijo a Agatha que le dijera a Ian quien me llamó para decirme que todos están

preocupados porque algo raro está pasando en el pasillo afuera del dormitorio de Rosabelle...

Me enderezo de golpe, casi chocando con Warner. —¿Qué significa eso?

Warner me mira, molesto. —No lo sé, hombre —dice Kenji—. Pero Ian dice que Maya dice que tu novia está hablando con Leon sobre... Oh, mierda.

La línea se queda en silencio. Kenji solo está respirando. —¿Qué? —decimos todos al mismo tiempo. —James, mueve el trasero hacia allá —dice él, sin rastro de humor en la voz—. Maya acaba de enviarme unas grabaciones de las cámaras del pasillo.

—Bien, me voy ahora... Estaré allí en un segundo... ¿Está intentando matarlo otra vez? —No —dice Kenji, con voz apagada—. Creo que este tipo podría estar intentando matarla a ella.

ROSABELLE

CAPÍTULO 34

El golpe en mi puerta llega durante la noche. Abro los ojos, pero mi cuerpo está en calma. Han pasado diez días desde que llegué a las instalaciones y todavía no estoy más cerca de una pista sobre el vial. Al final, Leon resultó ser nada más que una distracción; no lo he visto desde el incidente. Consideré realizar un barrido encubierto de su habitación solo para estar segura, pero se ha encerrado desde el día en que lo maté, citándome como la razón por la que se niega a salir, ni siquiera para comer. No estoy segura de cómo lo están alimentando.

Agatha e Ian oficialmente me odian. He mantenido mi enfoque en James, en su lugar, observándolo en busca de señales, tratando de encontrar significado en los pequeños detalles. En última instancia, estoy a merced de otro agente, esperando ser contactada por alguien que debe encontrar la manera de llegar a mí; si ellos fallan, yo fallaré. Solo quedan cuatro días. Últimamente paso las noches mirando el techo, aferrándome a los bordes de mi cama mientras mi cabeza da vueltas.

James me ha envenenado. Está en mis venas. Estoy enferma por el peso de su recuerdo, enferma al verlo. Su voz me persigue; su presencia me desarma. Su rostro emerge cada vez que cierro los ojos, así que trato de no cerrarlos. Trato de no pensar en sus manos o en su risa o en la forma en que suspira suavemente, a veces, cuando me mira. Trato de no demorarme en un deseo sorprendente y aterrador de tocarlo. De ser tocada por él. Sobre todo, pienso en la guillotina que es mi lugar de descanso.

Cuando el golpe vuelve a sonar, la interrupción es casi un alivio. Busco bajo mi almohada el cuchillo de mesa que introduje a hurtadillas en mi habitación, sosteniéndolo con ligereza mientras camino, descalza, hacia la puerta.

Espero, escuchando. Sin respirar. El golpe suena por tercera vez, y con él, una voz: —¿Rosybelle? Rosy-rosa, ¿estás despierta?

Giro el cuchillo en mi mano y descorro el pestillo de la puerta, abriéndola. Leon está de pie bajo la luz tenue. —¿Puedo ayudarte? —le digo. —Recibí tu nota —dice él, luciendo inestable.

Analizo sus pupilas dilatadas más de cerca, preguntándome sobre la evaluación de James respecto a su lucidez. Asumí que Leon estaba aterrorizado de estar cerca de mí, así que este estallido de entusiasmo es una sorpresa confusa. —¿Qué nota? —pregunto. —Te perdono, Rosy —dice él, en un susurro teatral—. Sé que no quisiste lastimarme. —Leon —digo con firmeza—. ¿Qué nota? ¿De qué estás hablando?

Él despliega un trozo de papel, leyéndolo por encima. —Dijiste que has estado buscando un lugar donde descansar la cabeza, un hogar que dure para siempre. Dijiste que morirías por mí. Describiste las profundidades a las que llegarías por mí. Dijiste que si yo quiero algo, solo tengo que pedirlo. —Levanta la vista hacia mí cuando termina, con los ojos tontos y desenfocados.

Aprieto mi mano alrededor del arma. Definitivamente hay algo mal con él. —¿Me das esa nota, por favor? —No —dice él, aplastándola contra su pecho—. Voy a conservarla para siempre, Rosy. Solo quería que supieras... —sacude la cabeza con fuerza—. Tenía que decírtelo a la cara, para que pudieras verlo en mis ojos: no me agradas en absoluto.

Esto realmente me deja atónita. —Tengo una esposa —susurra, con los ojos muy abiertos—. Y tú eres muy hermosa, Rosabelle Sin-apellido, pero mi esposa es mucho más hermosa que tú, y sé en mi corazón que no estamos destinados a estar juntos porque no me agradas en absoluto. Amo a alguien más, y la amaré por siempre, y ella es mucho mejor que tú en todos los sentidos... —baja la voz—. Y sé que esto es muy triste para ti.

—Leon. —¿Sí, Rosy? —¿Dónde está tu esposa?

Él vuelve a sacudir la cabeza, esta vez tan fuerte que su cabello se agita. —¡No lo sé! —dice, inclinándose hacia mí—. ¿Tú lo sabes? ¿Te dijo él a dónde se la llevaron? —¿Quién? ¿Quién te la quitó? —Tú sí lo sabes —dice él—. Sabes quién se la llevó, porque te ha pasado a ti también. —Y entonces empieza a llorar, con el rostro descompuesto—. Oh, Rosy, ¿puedes sentir que está pasando otra vez?

Respiro hondo. Al principio pensé que tal vez Leon simplemente había perdido la cabeza, pero ahora empiezo a preocuparme. —¿Sentir que está pasando qué?

Él mira a su alrededor, con los hombros tensos, y el llanto cesa tan repentinamente como empezó. —Puedo sentir que está pasando otra vez, Rosybelle. Tú también puedes sentirlo. —Leon. —¿Sí? —Por favor, dame esa nota.

—¡No! —dice en voz alta. Enojado—. Es mía. Dijiste que has estado buscando un lugar donde descansar la cabeza, un hogar que dure para siempre. Dijiste que morirías por mí. Describiste las profundidades a las que llegarías por mí. Dijiste que si yo quiero algo, solo tengo que pedirlo. —Leon... —intento de nuevo, alcanzando el papel.

—¡No! —se aparta violentamente, respirando rápido—. Dijiste que has estado buscando un lugar donde descansar la cabeza, un hogar que dure para siempre. Dijiste que morirías por mí. Describiste las profundidades a las que llegarías por mí. Dijiste que si yo quiero algo, solo tengo que pedirlo.

Presta atención. La intuición me dice que dé un paso cauteloso hacia atrás. Leon se endereza, su frente se suaviza, sus hombros se echan hacia atrás. Parece encajar en su propio cuerpo, volviendo a ser él mismo; las líneas marcadas de su rostro atrapan las sombras. Sus ojos brillan como monedas planas y aprieto el cuchillo un poco más fuerte.

—No eres la única aquí —dice, sonriendo—. No eres la única. —¿Qué significa eso? —Significa que no eres especial —me espeta—. Y si tú no lo haces, alguien más lo hará.

Presta atención. Si eres lo suficientemente inteligente, lo verás venir.

—¿Hacer qué? —digo, esperando guiarlo con mi voz para que mantenga la calma—. Necesito que me des más información...

Sus ojos se apagan sin previo aviso, encogiendo los hombros, y las lágrimas vuelven a correr por su rostro. Mira a su alrededor, parpadeando rápido. —¿Puedes sentirlo, Rosybelle? ¿Puedes sentir que está pasando otra vez?

Mis instintos están en guerra: ¿Matarlo o hacer que siga hablando? Decido que aún podría resultar útil. —Leon —digo—. ¿Cuánto tiempo lleva desaparecida tu esposa? —¡No lo sé! —dice, y me agarra de los brazos—. ¿A dónde se la llevaron?

Me ordeno a mí misma no reaccionar a este contacto físico, obligándome a mirar sus ojos salvajes. Es claramente incapaz de coherencia. —Leon —digo de nuevo—. Por favor, dame esa nota.

—¡No! —grita, retrocediendo—. Es mía. Dijiste que has estado buscando un lugar donde descansar la cabeza, un hogar que dure para siempre. Dijiste que morirías por mí. Describiste las profundidades a las que llegarías por mí. Dijiste que si yo quiero algo, solo tengo que pedirlo.

—Te lo estoy pidiendo ahora mismo —digo, luchando contra mi rabia—. Dámela... —¡No puedes llevártela! —dice él—. ¡No puedes quitarme nada más! —Yo no te quité nada. No fui yo quien revisó tus cosas. —Miro de un lado a otro del pasillo silencioso, con mis instintos gritando ahora—. Leon —digo, tratando de encontrar sus ojos—. Escúchame. Yo no fui quien saqueó tu habitación, y yo no escribí esa nota. Creo que alguien está tratando de incriminarme...

—No te preocupes, Rosy —dice suavemente, girando el papel arrugado para mostrármelo—. Sé que no lo hiciste. La página está en blanco.

Leon se ríe, luego se queda flácido, con los brazos colgando pesadamente a los lados. —¿Por qué revisarías mis cosas? Ni siquiera sabes dónde lo escondí. —Se inclina hacia mí, y observo, horrorizada, cómo una piel negra y escurridiza aparece y desaparece sobre sus ojos. Luego, susurrando: —Yo no quería encontrarlo, Rosabelle. Él me obligó a encontrarlo.

Ahora, un pico de verdadero miedo me atraviesa. Trato de mantener la calma. Trato de mantener mi respiración uniforme. Pero un pensamiento aterrador está tomando fuerza en mi cabeza, trazos de colores dispares uniéndose para formar una imagen perturbadora.

—¿Quién te obligó a encontrarlo? —pregunto. —¡Rosy la curiosa! —grita Leon, con la cabeza ladeada hacia un lado—. Mi hermosa rosa, te daré un poco de tierra, Rosabelle, déjame mirar dentro de ti, Rosabelle, Rosabelle, Rosabelle...

Finalmente estallo. Agarro un puñado de su camisa violentamente, presionando el cuchillo de mesa contra su garganta. —Empieza a responder mis preguntas —digo—. O esta vez, cuando te mate, me aseguraré de que no haya nadie aquí para salvarte.

Sus ojos se agrandan. De repente parece aterrorizado. —Pero te traje un trago de tierra —dice—. Soy un niño grande, Rosy, lo hice todo yo solo. —Mete la mano en su bolsillo y saca un vial de vidrio, el recipiente reluciente lleno de oscuridad—. Klaus me obligó a encontrarlo —dice, y luego está llorando de nuevo, con los hombros colapsando—. Klaus quería que tú lo tuvieras. Me obligó a salir de mi habitación. Me obligó a hacerlo, Rosy, yo no quería...

Mi mano derecha tiembla y lo suelto, sacudiendo los temblores de mi puño antes de tomar el vial que me ofrece. Mi corazón late peligrosamente rápido. El vidrio está tibio contra mi piel.

—Adiós, mi hermosa rosa. Adiós. Adiós. Se llevaron a tu padre igual que se llevaron a mi esposa, ¿recuerdas? ¿Puedes sentir que está pasando otra vez, Rosy?

La conmoción me sacude. —¿Qué? ¿De qué estás hablando? —Lo sacudo ligeramente—. ¿Leon? Leon, ¿dónde está Klaus? —¿Klaus? —Susurra la palabra, su voz cambia, su espalda se endereza. La piel negra se arrastra sobre sus ojos otra vez—. Klaus está aquí.

Reprimo un escalofrío, conteniendo mi horror. —¿Dónde?

Leon me agarra por la garganta y me levanta del suelo.

ROSABELLE

CAPÍTULO 35

Reprimo un grito. Ya sé que no debo matarlo. Sé, incluso mientras las manchas nublan mi visión, que Leon se ha ido; que matar a su cuerpo anfitrión solo retrasará lo inevitable. De alguna manera, estoy siendo castigada, y necesito prestar atención.

No sé cómo está pasando esto. No sé por qué sus ojos brillan en negro en lugar de azul. No sé cómo Klaus ha logrado anular la mente de Leon; no sabía que fuera posible que Klaus tuviera este tipo de control desde una gran distancia. Solo sé que me estoy quedando sin oxígeno, luchando por ver con claridad. Él me empuja hacia mi habitación, golpeando mi espalda contra la pared interior. Mis ojos flaquean mientras el cuchillo de mesa cae de mi mano con un golpe sordo.

—La fase tres ya está completa —dice.

Me suelta sin previo aviso y colapso en el suelo, golpeando mi cabeza contra el borde de la cómoda; el dolor estalla detrás de mis ojos. Levanto la vista y la habitación se agita a mi alrededor. Observo a Leon cerrar mi puerta, encender las luces y luego echar el cerrojo. Jadeo buscando aire, masajeándome la garganta.

—Me pregunto qué hora es —raspo, repitiendo las palabras que me instruyeron decir. —Tarde —dice él, con voz grave—. Escuché que tenías preguntas, Rosabelle.

Intento tragar saliva. —¿Qué hago con el vial? —Te lo bebes —dice él. —¿Qué hará?

Leon parpadea, la película de tinta flotando y retrocediendo por sus ojos. —Despejar el camino para las últimas tres fases de la misión.

Esto me deja inmóvil. El miedo se despliega ahora dentro de mí a una velocidad que no puedo superar.

—Mira lo que nos hicieron —está diciendo Leon, señalando la habitación—. Mira lo que nos quitaron. Mira lo que hicieron cuando se les permitió pensar por sí mismos. Ellos, como tú, creen que pueden escapar del control. Leon también pensó que podía escaparse de nosotros. Fue el primero de los científicos en probar la tierra —en experimentar el poder de su propia invención—, pero decidió, demasiado tarde, que no le agradaba Klaus. Realizó experimentos despiadados en sí mismo, intentando y fallando en deshacer la edición genética. No seas como Leon —dice él—. Leon intentó luchar contra el futuro y mira lo que pasó. Nada bueno puede salir de que las masas se gobiernen a sí mismas. Solo caos. Guerra. Anarquía.

—Así que estás probando este vial en mí —susurro—, para ver si puedes controlarme mejor de lo que controlaste a Leon.

—¿Controlarte? —Leon frunce el ceño, sus ojos turbios fingiendo confusión. Se inclina a mi nivel y luego me da un golpecito en la cabeza como si fuera un juguete que está apagando—. ¿Aún no te has dado cuenta de por qué estás aquí?

Lo miro mientras él se pone de pie, con mi corazón martilleando contra mis costillas.

—Rosabelle Wolff, has sido enviada aquí para morir. Klaus miró en tu mente y vio una debilidad indigna de nuestra gran misión. Tu padre era débil. Tu madre era débil. Tu hermana es débil. Eres una vergüenza. Albergas pensamientos casi traicioneros sobre tu nación, resientes al único hombre dispuesto a casarse contigo y tus acciones diarias están motivadas por el bienestar de una niña enferma cuya existencia solo agota nuestros recursos. Tu mente ha sido considerada deficiente... y tu vida, como resultado, ya no vale la pena ser sostenida. Tu único beneficio para nosotros será tu sacrificio final, si decides aceptarlo.

Esta revelación me golpea en oleadas, destrozando los planos de mi cuerpo como láminas de vidrio, dejándome hecha jirones.

—Ustedes dijeron... Me prometieron que si completaba mi misión nos dejarían libres a mi hermana y a mí...

—La muerte es la libertad. Si decides aceptar tu sacrificio final, te recompensaremos matando a Clara rápidamente. Si rechazas el sacrificio final, la mantendremos con vida durante diez años, soportando cada día torturas mayores que las del día anterior.

La habitación da vueltas a mi alrededor. De repente no puedo respirar, no puedo ver bien...

—Cavarás tu propia tumba, Rosabelle. Beberás el vial y te enterrarás viva. Tu cuerpo se descompondrá en veinticuatro horas, cuyo resultado provocará una explosión indetectable que irradiará la tierra a niveles sin precedentes, cauterizando eficazmente todo en un radio de cien millas. Los poderes preternaturales de los rebeldes desaparecerán. En seis meses, sus cuerpos sucumbirán a la edición genética, permitiéndonos controlarlos sin más derramamiento de sangre ni conflictos. Esta es la magnitud de nuestra misericordia.

—¿Por qué necesito enterrarme viva? —Tu cuerpo en descomposición requerirá la fusión con un elemento clásico; de los cuatro, tierra con tierra es el más poderoso.

Estoy fuera de mí, una estrella colapsada, un agujero negro, luego nada, nada... *No eres la única*, me había dicho Leon. *No eres la única aquí*.

—Están haciendo esto en todas partes, ¿verdad? —jadeo—. Por toda La Nueva República. No soy la única...

—Tienes ocho semanas para cumplir esta tarea. Si decides rechazar esta misión, serás reemplazada, asesinada de inmediato, y tu hermana sufrirá las consecuencias.

—¿Cuáles son las últimas tres fases de la misión? —logro preguntar. —Muerte, destrucción y renacimiento.

—¿Qué significa eso?

En respuesta, Leon se desencaja sin previo aviso: su cabeza cuelga hacia adelante desde su cuello, que cuelga hacia adelante desde su cuerpo; sus extremidades se bloquean en posiciones tan antinaturales que me alejo de él con un sonido ahogado. Leon está hiperventilando incontrolablemente. Finalmente cae de rodillas y se agarra la cabeza en un pánico frenético, y para cuando empieza a gritar, ya sé cómo va a terminar.

Me cubro la cara con los brazos, con el vial todavía apretado en mi puño, preparándome mientras él grita y grita hasta que las luces del pasillo se encienden y el sonido de pasos retumba hacia nosotros. Las manijas de los cajones de la cómoda empiezan a traquetear, el suelo tiembla bajo mis pies, puños golpean implacablemente contra mi puerta. Escucho voces apagadas y gritos, el ruido metálico de una cerradura cediendo. Para cuando Agatha abre de golpe la puerta de mi habitación en un pánico enloquecido, Leon se ha inmolado.

Retiro las manos de mi cara y parece que pasan años. La sangre ha salpicado la escena, manchándolo todo. Estoy entumecida mientras observo las secuelas: han desaparecido sus ojos, su nariz, su boca. Leon ha sido eviscerado desde el interior, carne y sangre expulsadas por orificios abiertos. Mi estómago se revuelve. Me doblo por el dolor.

Oigo gritar a Agatha, y luego la habitación se llena de gente; rostros y extremidades se desdibujan y me pongo de pie tambaleante, dándome cuenta demasiado tarde de cómo se ve esto: Leon, brutalmente asesinado dentro de mi habitación, con las entrañas aún saliendo de su cuerpo mientras la sangre mancha la alfombra debajo de nosotros. Estoy de pie sobre él, con el rostro vacío de emoción; yo, su asesina, la persona que ya intentó matarlo una vez. Las mandíbulas caen de horror, los ojos están muy abiertos y acusadores. Incluso yo puedo entender la facilidad con la que forman sus conclusiones. Pronto, manos se extienden, abalanzándose sobre mí. Expresiones enloquecidas, jadeos de urgencia, alguien

gritando *"traigan las esposas"* y recuerdo, con un sobresalto, la promesa de Agatha de derretir mi boca de mi cara.

Me doy cuenta entonces de que no tengo otra opción. Me guardo el vial en el bolsillo, tanteo el cuchillo de mesa en el suelo y Agatha grita: *¡Tiene un arma!*, y me lanzo fuera del camino de un lazo eléctrico, chocando contra el espejo que cuelga detrás de la puerta del baño. El vidrio se hace añicos a mi alrededor y no lo dudo: lanzo un fragmento a la garganta de la mujer —Deepti, se llama Deepti— y escucho el impacto, luego me pongo de pie rápidamente mientras ella deja escapar un grito gutural y sofocado. Agatha se lanza hacia mí con furia y aprovecho su impulso, haciéndola girar sobre mi cabeza, caigo sobre una rodilla y entierro el cuchillo en su pecho.

Siento un zumbido de conciencia mientras arranco la hoja roma, el rumor de un silencio inesperado cayendo sobre la habitación. Levanto la vista, lentamente, hacia el mar de rostros familiares atónitos, luego veo la sangre en mis manos, la mirada de asombro congelada en el rostro de Agatha. Jing está llorando. Elias se ha cubierto la boca con horror. Aya se ha orinado. Ian está apoyado contra la pared, como si fuera a vomitar. Estoy a millas y millas de distancia de mi propia mente cuando James finalmente irrumpe en la habitación, y la expresión de su rostro al asimilarlo todo... cuando se gira y me mira con una decepción muda, desgarradora e impresionante...

Eso es lo que realmente me mata. Lo siento: mis extremidades se entumecen; mi corazón se ralentiza dentro de mi cuerpo. Mis huesos ceden y me desplomo en el suelo, mi cabeza golpeando la alfombra mojada. Miro hacia las luces empotradas mientras se atenúan y brillan, dejando todo fuera de foco. Giro el cuello y el esfuerzo es agotador; parpadeo y dura un siglo. Unas manos me manipulan bruscamente, me quitan el cuchillo de mesa del puño. Ya no quiero pelear. Ya no quiero matar. Ya no quiero ser esta persona. Ya no quiero vivir en este cuerpo...

Has estado muerta por dentro durante años, me recuerdo. *Muere*, me digo. *Muere*.

Mis ojos se ponen en blanco, mi corazón se vuelve de piedra en mi pecho. Siento que mi mente se desconecta. Mi pecho deja de moverse. Soy consciente, de alguna manera, de que ya no respiro, ya no siento. Mi piel es un traje de goma, rebosante de líquido.

Muere, Rosabelle, me digo. *Muere*.

Y esta vez, lo hago.

ROSABELLE

CAPÍTULO 36

En mis sueños, todo es suave. Los bordes afilados del mundo están romos, mi rostro acunado por las nubes. Mi cuerpo parece suspendido en agua, mi cabello liberado de su nudo utilitario, cascadas sedosas cayendo por mi espalda. Soy un cuerpo que aún se está formando, intacto por la tragedia. En mis sueños estoy a salvo; tengo una mano fuerte a la cual aferrarme; una puerta que cerrar contra la oscuridad; un oído confiable en el cual susurrar mis miedos. En mis sueños soy paciente y amable; tengo espacio en mi corazón para más dolor que el mío propio. No tengo miedo de sonreír a los extraños. Nunca he presenciado la muerte. En mis sueños la luz del sol barniza mi piel; el viento suave acaricia mis extremidades; la risa de Clara me hace sonreír. Ella está corriendo. En mis sueños, ella siempre está corriendo.

Mi corazón se reinicia con una sacudida eléctrica. —Entonces inténtenlo de nuevo —ladra Soledad, su voz retumbando dentro de mí—. ¿A qué se refieren con que no hay actividad cerebral? —Señor, hemos intentado implantar el chip varias veces, pero no logramos que conecte... —Eso es una mierda —clama él—. Inténtenlo de nuevo.

Las alarmas suenan, manos manipulándome, desnudándome. Metal frío y destellos de luz. —Lo hicimos exactamente como pidió —dice alguien con nerviosismo—. Lo intentamos de nuevo... este año sin anestesia, tal como usted instruyó... —¿Entonces por qué no se mueve? —dice él—. ¿No debería estar gritando? —Sí, señor. Esa sería la reacción normal, señor. Sí.

—¿Qué demonios le pasa? ¿Es posible que todavía tenga un gen mutativo interfiriendo con el proceso? —Es difícil saberlo. Hemos administrado la terapia de edición genética varias veces; a estas alturas no debería tener mutaciones residuales, si es que hubo alguna para empezar.

—Esto es increíble. Miles de millones gastados en investigación, ¿y no pueden darme una razón sólida de por qué hay una persona en esta isla que no puede ser conectada al sistema?

Agua fría, agua tibia, más manos sobre mi cuerpo. —Han sido dos años de intentos —dice Sebastian—. Ha tenido tiempo de sobra para recuperarse entre cada uno. Lo siento, señor... ella me prometió que funcionaría esta vez. Me prometió que no volvería a pasar... —Estoy harto de esto —dice Soledad con rabia—. Han sido años de excusas de mierda. Quiero una explicación real...

—Su cuerpo exhibe algún tipo de resistencia —dice una voz que no reconozco—. Lo hemos intentado de varias formas diferentes. No importa lo que hagamos, para cuando tenemos todo en línea, simplemente deja de funcionar. La tecnología está siendo rechazada. —Eso es imposible —dice él—. El programa es impecable. Ha sido probado de mil maneras... —No sabemos por qué está pasando —dice la voz, ahora aterrorizada—. Para ponerla en línea, la mente tiene que estar activa. Por alguna razón, no podemos obtener una señal.

—¿Qué demonios significa eso? —exige Soledad—. ¿Su cerebro simplemente no funciona? —Sí, señor. Sus ondas cerebrales no responden. —¿Cómo? —Escucho el momento en que su ira se convierte en sospecha. Lo escucho desde vidas de distancia, como si estuviera suspendida del sol—. ¿Están diciendo que su cuerpo asume un estado vegetativo a voluntad? —Sí, señor. En lo que respecta al programa, ella parece estar muerta por dentro.

Me doy cuenta de que estoy desnuda. Mi carne está presionada contra el metal frío, una sábana áspera subida hasta mi cuello. Mis nervios despiertan, como antenas desplegándose. Mi piel parece suavizarse, mis huesos endurecerse. El sonido regresa a mí lenta y fragmentadamente: el zumbido de la electricidad, el arrastre de un paso, el tintineo y estrépito del acero, el raspado de herramientas afilándose.

Entonces, su voz: un milagro. —No puedo creer que esté realmente muerta. Esto es una locura. ¿Están seguros de que no había latido? ¿No deberíamos estar absolutamente seguros antes de hacer esto? Porque no hay una razón lógica por la que deba estar muerta ahora mismo...

Una mujer dice: —Sufrió un fuerte golpe en la cabeza en algún momento de la noche. A veces los síntomas de una hemorragia cerebral son difíciles de detectar.

Estoy en una camilla, me doy cuenta, rodando a través del espacio. Siento cada bache y traqueteo de las ruedas, la mordida fría del metal contra mi piel. Pasos golpean el suelo a mi alrededor, golpean en mi cabeza. Mi corazón late tan lentamente que parece arrastrarse. Me siento antigua, mantenida en pie por telarañas.

—Esperen —está diciendo James—. Oigan... Esperen... ¿Pueden aguantar un segundo...?

La camilla se detiene de forma súbita y violenta. Mi cuerpo se sacude. Mis dientes castañetean. —Déjalo ir, James —dice una voz masculina fría que nunca he oído antes—. Quiero que la autopsia se realice sin demora.

Autopsia. Debo estar en la morgue.

—¿Simplemente van a abrirla? —está diciendo James—. Ni siquiera van a intentar... —Mira —dice la mujer, con voz brusca—. No hay nada que podamos hacer para ayudarla. Ya está muerta. Creemos que murió hace al menos treinta minutos. Ninguna cantidad de curación va a traerla de vuelta a...

Mis ojos se envuelven lentamente, el esfuerzo es como separar la cáscara de una naranja de su pulpa. Mis dedos se curvan por micrómetros bajo la sábana almidonada, mis pulmones expandiéndose un grado a la vez.

—¡Maldito zombi! —grita alguien.

Mis ojos lagrimean mientras la luz y el color inundan mi visión. Parpadeo varias veces antes de que mi vista se asiente, las imágenes superponiéndose y enfocándose. Un hombre con ojos de color negro azabache y cabello a juego me está mirando, boquiabierto. —Oh, Dios mío —dice, apretándose el pecho—. Acaba de darme un infarto. Oh, Dios mío, no puedo respirar...

De pie junto a él está James. Dos veces. Dos James.

Parpadeo y las imágenes no se reconcilian; en cambio, se agudizan, las diferencias entre ellos volviéndose más claras. Cabello diferente, ojos diferentes. Un James es mayor que el otro: su rostro es más afilado, más duro, con menos líneas de expresión alrededor de los ojos. Misma nariz, misma mandíbula, sin pecas.

Prefiero las pecas. Me gusta el toque del sol en su piel, la forma en que su boca se anima fácilmente, como si siempre estuviera esperando sonreír. Excepto ahora.

En este momento, ninguno de los dos James parece complacido de verme. De hecho, llevan expresiones similares de furia. Y luego, por supuesto, mientras mi mente se ordena, se vuelve obvio para mí que el segundo James, el de cabello dorado y ojos verdes, no es James en absoluto. Este, me doy cuenta, debe ser el hermano mayor. **Aaron Warner Anderson.**

Incluso ahora, con mis sentidos a fuego lento, un destello de trepidación me recorre. Las historias sobre el mayor de los hermanos Anderson son legendarias, incluso en el Arca.

—¿Rosabelle? —dice James cautelosamente—. ¿Puedes oírme?

Intento abrir la boca, pero el esfuerzo por despegar mis labios es demasiado. He estado muerta, creo, por demasiado tiempo. —No entiendo —dice la mujer que está fuera de mi línea de visión. Suena sin aliento por el miedo—. No tenía pulso. No había latido, ni actividad cerebral...

—Creo que deberíamos meterla en la nevera —dice el hombre del cabello negro. Tiene un aspecto travieso, de alguna manera encantador incluso mientras me insulta—. Denle algo de tiempo para que termine de morirse del todo.

James frunce el ceño. —¿De qué estás hablando? —Probablemente sea algún tipo de fallo técnico, ¿no? —explica él—. Esto es como cuando un gusano sigue gusaneando incluso cuando está partido a la mitad. —Kenji...

Tomo nota: el hombre de cabello negro se llama **Kenji**. —¿Qué? —dice él, señalándome—. Mírala. Apenas se está moviendo. Esto es, tipo, comportamiento zombi real. Voto por que le peguemos un tiro en la cabeza solo para estar seguros.

James, noto, no descarta la sugerencia; solo parece resignado. Se me ocurre entonces que he perdido incluso la idea de él. James nunca volverá a ser un lugar de descanso para mí. Sus ojos nunca volverán a entibiarse en mi dirección. Ahora me ve por lo que realmente soy.

Tu padre era débil. Tu madre era débil. Tu hermana es débil. Eres una vergüenza.

El dolor de esta comprensión es tan agudo que arranca un sonido torturado de mi garganta. —Oh, mierda —dice Kenji—. Creo que está intentando decir algo...

El estallido de emoción maltratada tiene un efecto contraproducente: la inundación de cortisol y epinefrina reinicia mi cuerpo, impulsando mi corazón y pulmones, inundando mi cerebro de oxígeno. —Olvidenlo —dice Kenji, agitando una mano—. Falsa alarma.

Logro levantar la cabeza ligeramente, y tres cosas captan mi atención en rápida sucesión: la bata de laboratorio colgada en la pared, el vial de tierra sentado en un mostrador de acero y la salida a mi derecha. Me recuesto de nuevo, mi mente trazando escenarios,

preparándose para eventualidades. Hago una lista mental de los tipos de herramientas que podría encontrar en una morgue, cosas que podrían servir como armas: sierra para huesos, cincel, martillo, cuchillo para cerebro, cizallas para costillas...

Si voy a hacer esto, solo tendré una oportunidad. —Entoooonces, ¿cuál es el plan? —pregunta Kenji—. ¿Nos vamos a quedar aquí parados mirándola? Porque yo no...

Warner levanta una mano y la habitación queda en silencio. Él me inspecciona con una calma letal que envía un pulso de miedo renovado por mi cuerpo. Parpadeo con frialdad, manteniendo mi rostro impasible, pero él me mira directamente a los ojos cuando dice: —Bloqueen el edificio, va a correr...

ROSABELLE

CAPÍTULO 37

Tiro de la sábana conmigo mientras ruedo fuera de la mesa y caigo en una voltereta, tropezando solo un poco mientras arranco la bata de su gancho, envolviéndola alrededor de mi cuerpo antes de manotear el vial del mostrador y meterlo en mi bolsillo. Warner y Kenji me apuntan con sus armas de inmediato, y me lanzo fuera del camino mientras los disparos resuenan contra las superficies de acero. El caos estalla: alguien activa una alarma, una voz automatizada chilla una alerta de seguridad por los altavoces, James grita mi nombre. La mujer no identificada grita y luego se desploma al suelo, arrastrándose hacia la salida. Kenji le grita furioso a James que saque a Warner de la habitación, y logro agacharme detrás de un mostrador para recuperar el aliento, abotonando mi bata abierta mientras me esfuerzo por escuchar la respuesta de Warner, pero sus palabras pausadas quedan sepultadas por el estruendo de las sirenas. Sea lo que sea que diga, solo enfurece más a Kenji.

—Si alguien va a morir esta noche, no serás tú —está gritando—. Ese niño no va a crecer sin un padre. James, te lo juro por Dios, si no lo sacas de aquí yo mismo te pegaré un tiro en la cara...

Me lanzo pasando un carrito de suministros, agarrando un puñado de herramientas mientras otro disparo silba junto a mi cabeza. La puerta se abre de golpe antes de cerrarse con fuerza, y de repente somos solo Kenji y yo, y tengo el corazón en la garganta. No tengo idea de a qué me enfrento. Él, como los otros rebeldes, podría tener algún poder sobrenatural imparable.

Aun así, de alguna manera, mis manos están tranquilas.

—El edificio está bloqueado, Rosabelle —dice Kenji con naturalidad. Escucho sus pasos, rodeándome—. ¿Por qué no sales con las manos en alto para que pueda darte un tiro directo al corazón? Asegurémonos de que esta vez te quedes muerta.

Me lanzo detrás de otro mostrador, arrojando un cuchillo mental a Kenji antes de lanzarme detrás de un gabinete cercano. Escucho su maldición explosiva y mascullada cuando el cuchillo hace contacto, pero no hay tiempo para sentir alivio. Mi pequeña victoria solo lo enfurece.

Dispara contra mí de forma más agresiva; el sonido del metal rebotando casi me revienta los tímpanos mientras corro, descalza, lanzando un cincel a su pecho al pasar. Él agarra una bandeja de acero al último segundo, usándola como escudo para desviar el golpe, y la vibración resonante ni siquiera ha cesado antes de que esté descargando rondas hacia mi cabeza otra vez. Me agacho, obligada a buscar cobertura más lejos de la salida. Incluso con su herida, Kenji está bloqueando la puerta con su cuerpo, negándose a ceder su posición.

Salgo disparada de detrás del gabinete, lanzando el martillo con todas mis fuerzas, pero esta vez... no lo veo. En los segundos en que el martillo vuela hacia el umbral vacío, el tiempo parece expandirse y ralentizarse. Escaneo el área como en cámara lenta, y cuando no logro vislumbrarlo, decido correr hacia la salida... pero él aparece de repente, como por arte de magia, blandiendo la bandeja en sus manos como un bate de béisbol. El acero conecta con el acero; el sonido ensordecedor resuena en mis dientes. El martillo sale disparado de vuelta en mi dirección y me golpea en las costillas con tanta fuerza que veo chispas; el dolor me obliga a soltar un grito.

Sujetándome el costado, me lanzo a cubrirme.

—Se siente bien, ¿no? —dice él. Luego: —¿Qué hay en el vial, Rosabelle?

Mis respiraciones son cada vez más erráticas; la agonía en mi abdomen florece. Kenji, aparentemente, puede desaparecer. Esto es malo. Si no lo despacho pronto, podrá atacarme desde un ángulo que no puedo anticipar. La única ventaja que tengo ahora es su falta de

voluntad para dejar la salida desprotegida. Eso significa que es poco probable que se aleje mucho. Aun así, no hay forma de estar segura.

Hago inventario de mis tres armas restantes: una sierra, una llave de cráneo y una jeringa vacía. Una pistola sería mucho mejor. Me tomo otro momento para reagruparme y luego me arriesgo a mirar a Kenji desde detrás de un estante de acero. Él me dispara y retrocedo justo cuando una bala susurra junto a mi cabeza.

—¿Tienes alguna idea —dice él, hablando con una incomodidad audible— de cuánta gente se va a encabronar cuando se enteren de que me clavaste un cuchillo en la pierna? ¿Cómo voy a caminar hasta *The Waffle's Waffles* por la mañana, Rosabelle? —Me dispara otra vez—. ¿Cómo se supone que voy a alimentar a los patos en el maldito parque, Rosabelle? —Vuelve a disparar.

Escucho cómo se mueve en el silencio subsiguiente. Está tomando un momento para recargar su arma, cambiando el cargador con una serie de clics satisfactorios, y no pierdo tiempo corriendo detrás de un mostrador más cercano a la salida, lanzando la llave de cráneo a su brazo ejecutor. La punta de cincel del instrumento atraviesa su carne con un golpe seco, y la pistola cae al suelo, rodando lejos de él.

—Hijo de perra —clama.

Me lanzo por el arma, derrapando de lado mientras la arrebato, luego me pongo de pie con dificultad, girando hacia él. Respiro tan fuerte que tengo la garganta seca, pegándose al tragar. Levanto el arma hacia su cara y él ni siquiera se inmuta. Solo me mira. Me mira y sacude la cabeza, decepcionado.

Otra decepción.

Cada uno de mis instintos me grita que lo elimine: cabeza, garganta, corazón. Pero la imagen del rostro de Agatha surge ante mí, recordándome... Hice todo lo que el Restablecimiento me pidió. Hice lo que pensé que tenía que hacer, y al final mis sacrificios no

valieron nada. Mi vida, nada. La oscuridad engendrando oscuridad que engendra más oscuridad; toda esta sangre en mis manos dando a luz a más derramamiento de sangre; la mutilación de mi alma llevando a la mutilación de otros; mi vida consumida en llamas solo para prenderle fuego al mundo.

Me culpo a mí misma. Pensé que era inteligente elegir el menor de dos males percibidos. Pensé que sería recompensada por alinearme con el vencedor obvio; fui lo suficientemente ingenua como para asumir que algún día un régimen tiránico podría ofrecerme inmunidad. Busqué refugio en los brazos de un enemigo abierto, cumpliendo sus órdenes incluso mientras mataban de hambre y torturaban a mi familia... incluso mientras despojaban lentamente a su propio pueblo de su humanidad en nombre de la seguridad. Crueldad rebautizada como libertad, tortura rebautizada como justicia, horrores exportados para perpetuar horrores, todo en interés del control absoluto. Una población inconsciente viviendo en la palma de una mano todopoderosa, fácil de aplastar.

A pesar de todos mis esfuerzos, Clara nunca estará a salvo. Le fallé a mi hermana. Me fallé a mí misma. Solo queda un camino para arreglar esto, y para arreglar las cosas necesito ser capaz de salir de aquí con vida. Necesito volver a casa lo antes posible. Eso significa que necesito matar a Kenji.

Pero ya no quiero ser esta persona. No quiero vivir con miedo de mis manos, de mi cabeza, de la estrella colapsada que es mi alma. No quiero vivir cada día solo por la promesa de la muerte. El problema es que no sé cómo dejar de ser esta persona.

—No quiero matarte —le digo—. Solo quiero salir de aquí. No necesito tu ayuda para escapar. No necesito nada de ti. Solo quiero que me dejes ir. Déjame ir para que no tenga que matarte.

Kenji cierra los ojos y suspira. —Está bien, está bien —dice—. Ya puedes salir.

—¿Qué? —Escucho el clic antes de entenderlo, y mi corazón se hunde cuando el cañón frío de una pistola se presiona contra la parte posterior de mi cabeza. —Suelta el arma —dice James en voz baja.

Dejo que se deslice de mis dedos y cae al suelo con un estrépito resonante. Kenji camina cojeando hacia ella, la recoge con su brazo bueno y se acerca a mí. De repente, tengo dos armas apuntando a mi cabeza. Al frente y atrás.

—¿Tienes las esposas? —le dice Kenji a James. Puedo sentir que él niega con la cabeza. —Solo tengo precintos de plástico. —Eso servirá por ahora.

Me quedo ahí, mirando a la distancia mientras James ata mis manos a la espalda, tratando de no pensar en el tacto de su piel o en el roce cálido y eléctrico de sus dedos contra mis muñecas, tan suave conmigo incluso ahora. De todas las formas en que me atreví a imaginar cómo sería tocarlo, nunca pensé que sucedería así.

Kenji saca el cilindro de vidrio de mi bolsillo, sosteniéndolo ante mi cara con una mirada de complicidad. —¿Qué hay en el vial, Rosabelle? —dice—. ¿Planeando una masacre?

Mis ojos se cierran, horrores sobre horrores derrumbándose a mi alrededor. Imágenes de Clara llenan mi cabeza. Recordatorios de una noche aún no procesada, amenazas aún no resueltas. No importa lo que haga, pierdo.

—Warner está preparando una celda para ella en supermax —dice Kenji—. ¿Puedes encargarte de llevarla allá? Es un riesgo de fuga. Vas a tener que ir por los túneles.

Supermax. Prisión de máxima seguridad. —Sí —dice James sombríamente—. Puedo manejarlo.

La furia ardiente de su voz susurra sobre mi piel, enviándome escalofríos. Todavía no he visto su rostro. No tengo idea de lo que

está pensando. —Voy a pedir refuerzos solo por seguridad —dice Kenji. —No necesito refuerzos.

Kenji se ríe, como si esto fuera absurdo. —Me aseguraré de que Samuel te encuentre bajo tierra. Él traerá las esposas de metal.

James respira profundamente. Prácticamente puedo sentir su irritación, incluso cuando acepta. Luego dice: —¿Vas a estar bien?, y por un momento delirante pienso que me lo está diciendo a mí. —Estaré bien —dice Kenji—. No te preocupes por mí.

Kenji y James parecen intercambiar miradas, comunicándose en silencio. —Muy bien, entonces, sácala de aquí —dice Kenji, dándome un empujoncito en la frente con su arma mientras retrocede. Tropiezo ligeramente y James desliza una mano por mi cintura, sosteniéndome.

Este breve contacto casi me quita el aliento. James retira el arma de mi cabeza, el metal frío besando mi nuca mientras presiona el cañón contra mi cuello. Se inclina hacia mi oído.

—Te lo advertí —dice suavemente, y me pongo rígida, mi corazón se detiene—. Te dije que si lastimabas a mi familia conocerías a una versión muy diferente de mí. Intenta cualquier cosa conmigo esta noche y te desarmaré, Rosabelle. ¿Entiendes? Te voy a destruir, maldita sea. No me importa ante quién reportes en tu casa. Ahora mismo, tú recibes órdenes mías.

Su mano sigue en mi cintura, su boca tan cerca de mi piel. Ya ni siquiera sé qué me está pasando. He estado ansiando este tipo de cercanía con él durante tanto tiempo que no puedo notar la diferencia entre el placer y el miedo. Mi piel está caliente, mi cabeza arde. No puedo recuperar el aliento.

—¿Estamos claros? —pregunta, su susurro rozando mi mejilla. Cierro los ojos, exhalando la palabra: —Sí.

JAMES

CAPÍTULO 38

Esto es una verdadera pesadilla. El infierno en la tierra. El peor maldito día de mi vida.

—Gracias —dice ella, y la palabra resuena en la penumbra—. No tenías que hacer eso.

No respondo a esto. Llevábamos apenas cinco minutos aquí abajo cuando me di cuenta de que estaba descalza. Los túneles están bastante limpios —los suelos de hormigón pulido están reforzados con paneles de acero—, pero tenemos al menos una milla de caminata por delante, y no podía dejar que hiciera esto sin zapatos. Por qué no podía dejar que caminara una milla sin zapatos, no tengo ni idea. La chica es, en cada centímetro, la mercenaria traicionera y de sangre fría que todos me dijeron que era. Probablemente debería hacerme revisar la cabeza.

En lugar de eso, volvimos. Yo, con una pistola en su sien, yendo de enfermero en enfermero en el piso, preguntando si alguien tenía un par de zapatos —de su talla— que estuvieran dispuestos a prestarle. Fue un literal espectáculo de comedia. Absurdo a un nivel increíble. Me odiaba más a mí mismo cada segundo, y aun así, no podía parar. No dejaba de pensar que iba a terminar en prisión con los pies ensangrentados y llenos de ampollas. Como si importara. Como si a mí me debiera importar.

Soy un lunático delirante.

En un momento, Kenji asomó la cabeza por una sala de recuperación y dijo: «¿Qué demonios siguen haciendo aquí?», y yo señalé a Rosabelle y dije: «No tiene zapatos», y él dijo: «Tampoco lleva ropa interior, ¿vas a ir preguntando a las damas si te prestan sus sostenes también?», e imaginé, brevemente, saltar de un puente.

Ahora estoy aquí, sosteniendo una pistola en la cabeza de Rosabelle e intentando no pensar en el hecho de que he tenido sueños vívidos y lúcidos con esta chica, intentando durante semanas evitar siquiera tocarla por accidente, y ahora aquí está, prácticamente en mis brazos, completamente desnuda bajo esa bata de laboratorio.

—James... —No me hables.

Mi corazón late tan fuerte que me avergüenza. Soy una vergüenza para mí mismo. Mi rabia está fuera de control. Mi cabeza da vueltas, mis emociones saltando de extremo a extremo. Vi pruebas de su sociopatía asesina una y otra vez esta noche. Vi los restos de un hombre eviscerado en su dormitorio; la vi casi asesinar a Kenji; encontré un vial nefasto en su cuerpo; una trama frustrada; planes hechos... y todavía no parezco poder apagar mis sentimientos por ella. Todo pasó tan rápido. El latigazo cervical. No he tenido tiempo suficiente para procesar, para matar el cáncer que ella dejó en mi corazón. Me siento enfermo. Me siento literal y físicamente enfermo. El mismo día que la escucho reír por primera vez, la encuentro goteando sangre y entrañas, rodeada de cadáveres. No puedo pensar en ello. Me niego a pensar en ello.

Mierda. Estoy intentando no pensar en todo tipo de cosas. Engaño. Traición. El hecho de que ella literalmente murió ante mis ojos y luego volvió a la vida media hora después.

—¿Sabes qué es lo que no entiendo? —digo, riendo un poco. Sueno trastornado incluso para mí mismo—. No entiendo cómo eres tan buena actriz. Ser una mercenaria talentosa ya es una gran habilidad, pero tus dotes teatrales están en otro nivel completamente distinto. No puedo creer que caí en la trampa. Todo eso de la comida, de tu hermana...

Nos detengo de repente, algo se me ocurre. —Espera, ¿siquiera tienes una hermana pequeña? ¿O esa niña era solo un señuelo? ¿Algo

de lo que me contaste sobre ti era verdad? ¿Debería asumir que todo fueron mentiras?

—James... —No. No me "James". Si vas a decirme algo, que sea la maldita verdad. —La giro, la inmovilizo contra la pared, presiono la pistola contra su garganta—. ¿Quién eres? —le pregunto—. ¿Quién eres, realmente? Ni siquiera sé tu nombre real.

Cuando ella me mira, me doy cuenta de mi error. No he visto su rostro desde el momento en que le apuntó a Kenji, y era más fácil vivir en mi rabia cuando no podía ver sus ojos. Ahora me está mirando, suave y tranquila, con una tristeza que se siente tan real que me asusta. Se ve salvaje y desconsolada y un poco sin aliento, con el color subido en sus mejillas y los ojos brillando en la penumbra. Sin muros, sin escudos. Ella me ha mirado así —total y completamente desprotegida— solo en otra ocasión. Fue el día que nos conocimos. Justo antes de que me matara.

Esta fue una mala idea. Mirar su rostro fue una mala idea. Quiero girarla, fingir que esto nunca pasó, pero ahora no puedo dejar de pensar en todos los lugares donde nuestros cuerpos se están tocando, y me hace dar vueltas la cabeza: mi muslo rozando su pierna desnuda; mi mano en su cintura. Mis dedos se hunden en la carne suave a través de su fina bata, mi pulgar casi rozando su ombligo. Me inclino hacia ella inconscientemente, moviéndome no más de una pulgada, pero cuando mi mano se desliza por su cadera ella se hunde contra la pared, cerrando los ojos con un sonido tan tenue que creo haberlo imaginado.

Quiero escucharlo de nuevo. Estoy luchando con mi autocontrol, todavía reuniendo mis neuronas cuando de repente ella se mueve bajo mi mano, y mi respuesta reflexiva es evitar que huya: me acerco más, agarrándola con más fuerza, y esta vez ella jadea, el color inundando su piel. Me parpadea desde debajo de sus pestañas, con los ojos pesados y vidriosos de hambre. Verla así —la forma en que me mira con un deseo abierto y desesperado—...

No puedo respirar. Mi piel está demasiado tensa, estos pantalones están demasiado apretados, mi pecho se está desgarrando. Quiero probarla, abrir su bata y presionar mi rostro contra su piel. Quiero deshacerme. La quiero bajo mis manos, quiero respirarla, quiero saber cómo se sentiría en mis brazos sin nada entre nosotros. Hace solo unas horas habría matado por esto, por un momento como este.

—No me mires así —digo, con la voz como grava. Ella está mirando mi boca. Parpadea hacia mí, sus ojos aclarándose, regresando. —¿Mirarte cómo?

No puedo con esto. Me alejo de ella y siento la pérdida de inmediato. Mi cuerpo está febril, inestable. Me maldigo a mí mismo, intentando recomponerme. La empujo hacia adelante, con una mano todavía en su cintura y la otra sosteniendo la pistola en su cuello.

De repente me está matando la cabeza. El pecho me duele malditamente.

Nuestros pasos resuenan en la casi oscuridad, con luces naranjas brillando a intervalos. Hemos estado caminando en un silencio torturado durante al menos veinte minutos cuando ella dice mi nombre otra vez. Lo dice como una pregunta.

—¿Qué? —digo, aplacando mi rabia. —Rosabelle es mi nombre real. No mentí sobre eso. —Exhala—. Mi nombre completo es Rosabelle Wolff. Mi familia me llama Rosa.

Por alguna razón, esta confesión me golpea en el estómago. —Y sí tengo una hermana menor. Se llama Clara —dice, y su voz se quiebra en la palabra.

Nos detengo. Estamos quietos ahora, su espalda contra mi frente, mirando a la nada en la tenue luz de este túnel, la oscuridad estrechándose en la distancia. Mi corazón late tan fuerte que me siento mareado.

—Mi madre se suicidó cuando yo tenía diez años —dice en medio del silencio—. Clara tenía tres. La crié yo sola.

Me toma un segundo darme cuenta de que estoy conteniendo el aliento. He estado presionando desde siempre para sacar algo real de esta chica. Y ahora...

—Clara ha estado enferma casi toda su vida. No sé por qué. Después de la muerte de mi madre, nunca volvió a ser la misma. Lloró sin parar durante meses. Nunca teníamos suficiente comida ni leña. Nuestra cabaña siempre estaba fría, siempre húmeda. A veces Clara tenía tanta hambre que se masticaba la piel de las manos.

Esto casi me aniquila; casi bajo el arma. —Todo lo que he hecho —dice, su voz desvaneciéndose hasta ser un susurro— ha sido por ella. Sé que eso no es una excusa. Sé que no tengo base moral aquí. Pero cumplir con mi trabajo significaba que obtendría las raciones que necesitaba para alimentar a mi hermana. —Vacila. Respira—. La usaron para controlarme, y yo lo sabía y no me importaba, incluso cuando su crueldad se volvió más evidente. No me daban medicinas para ella, ni siquiera cuando empezó a vomitar sangre, e incluso cuando me lanzaban sobras, los beneficios eran cada vez menores. Me daban menos cada vez, esperando siempre más.

Sacudo la cabeza. Siento que estoy en un punto de ruptura. —¿Por qué me cuentas esto? ¿Por qué ahora? —Yo solo... —Vacila—. Solo quería decir que lo siento.

Miro hacia otro lado, tragando saliva. No sé qué hacer con esta chica. No sé cómo se supone que deba reaccionar ante estas palabras.

—¿Lo sientes por qué? —digo, y sueno destrozado—. ¿Por qué parte? ¿Por jugar con mi cabeza? ¿Por entrar en mi vida esperando asesinar a todos los que amo? ¿Cuál es tu objetivo final, Rosabelle?

¿Qué ibas a hacer con ese vial? ¿Sigues planeando intentar usarlo? ¿Estás tramando otro escape ahora mismo?

—Aún no lo he decidido.

Ahora sí que estoy perdiendo el control. Río como un idiota, el sonido rebotando en las paredes. —Eres increíble. Esto es increíble. ¿Aún no lo has decidido? Y aun así esperas que simplemente te perdone de antemano por lo que sea que estés a punto de hacer... por cualquier cosa que elijas hacer a continuación...

—¿Me darás la vuelta para que pueda ver tu cara? —No —casi grito. —¿Por qué no? —Porque no puedo mirarte. Si te miro, voy a hacer algo estúpido.

—James... —No digas mi nombre.

Siento que se tensa. Luego sus hombros caen, su cabeza se inclina. Se ve tan pequeña y vulnerable y lo odio. Odio esto. Odio estar presionando esta pistola contra su cuello. Odio que sus manos estén atadas a su espalda.

Odio que ella sea todo lo que esperaba que no fuera.

ROSABELLE

CAPÍTULO 39

James suelta una maldición por lo bajo. Hemos llegado a un callejón sin salida. Después de una serie de giros tortuosos a través de los túneles laberínticos, hemos alcanzado un punto de inflexión. Miro hacia la imponente escalera fijada a la pared; la puerta de salida espera en la parte superior. La tensión en el cuerpo de James emana de él en oleadas.

—Me olvidé de esta parte —dice, moviéndose detrás de mí. Es la primera vez que me habla en al menos media hora. Sus manos han estado sobre mi cuerpo por incluso más tiempo; su calor y su aroma nublan mi cabeza, llenándome de una conciencia vertiginosa. No parece importar que me odie; no hay nada que yo odie de él. Toma aire, y siento su exhalación inestable contra mi piel y quiero hundirme contra él. Sentir el peso de su cuerpo a mi alrededor, sobre mí. Cada vez que me toca, deseo que me toque de nuevo.

—Tengo que cortarte los precintos aquí para que puedas subir la escalera. Una vez que estemos arriba, te pondré un juego nuevo. ¿Entiendes? —Sí. —Intenta correr —dice, inclinándose hacia mi oído— y te mataré.

De alguna manera, logro respirar. Escucho cómo guarda su arma, luego el tajo de una navaja al desplegarse y, momentos después, el tirón seco de los precintos antes de separarse. Sujeta mis muñecas con una mano mientras guarda su navaja, y luego me lleva así hasta la base de la escalera, soltándome solo por un segundo antes de agarrar un puñado de mi bata, tirando de mí de vuelta contra él.

Jadeo. Sin mis manos detrás de la espalda, puedo sentir la presión de su cuerpo contra el mío, duro y suave. Tan cálido. —Te lo advierto —dice en voz baja—. Subes la escalera. Luego te pongo los precintos otra vez. —Está bien.

Me suelta. No me muevo. —¿Qué estás esperando? —dice—. Ve.

Aun así, dudo. —¿Puedo simplemente...? ¿Puedo darme la vuelta por un segundo? —No.

La sangre corre hacia mis brazos recién liberados, mi piel pica mientras despierta. Distraídamente, me masajeo las muñecas. —Por favor —susurro—. Esto es importante. —Si tienes algo que decir, dilo. No necesitas mirarme.

—Muy bien —digo, preparándome—. Iba a preguntarte, muy educadamente, si considerarías dejarme ir. —¿Qué? —Se pone rígido detrás de mí, luego se ríe, un sonido áspero teñido de incredulidad—. ¿Dejarte ir a dónde? —De vuelta al Arca.

Ahora él mismo me hace girar. —¿Estás bromeando? —dice. Las luces ardientes proyectan un resplandor cálido en su rostro, suavizando la dureza de sus ojos—. Dime que estás bromeando, Rosabelle. —No estoy bromeando.

Esto parece golpearlo como un impacto físico. —Después de todo lo que has hecho, ¿crees que puedes simplemente pedir que te envíen a casa? ¿Fingir que esto nunca pasó? ¿Es así como sueles salir de estas situaciones? ¿Simplemente pides, muy educadamente?

—Eso no es lo que quise decir... —Ni siquiera te entiendo —dice él—. ¿Esa gente te ha estado torturando a ti y a tu hermana durante años y simplemente vas a correr de vuelta a sus brazos? ¿Vas a hacer lo que sea que te digan por el resto de tu vida?

—No es lo que piensas —digo desesperadamente—. Tengo que volver porque necesito arreglar las cosas. Tengo un plan, pero va a ser complicado. Las cosas son mucho peores de lo que sabes, no entiendes... —Entonces ayúdame a entender —dice, con la voz cargada de sentimiento—. Dime qué está pasando. Dime qué sucede...

—No puedo —digo. —¿Por qué no? —responde él de inmediato.

Sacudo la cabeza, tratando de ordenar mis propios pensamientos enredados. Tomé la decisión de eliminar a Klaus en el momento en que amenazó con matar a Clara. Es la única solución para un problema imposible.

Klaus me dio ocho semanas para destruirme y, en el proceso, torpedear el epicentro de la resistencia; lo que significa que tengo ocho semanas para regresar a la isla. Ocho semanas para robar el vial, encontrar el tanque de Klaus, beber la tierra, lanzarme a las aguas de su mente sintética y esperar que mi cuerpo en descomposición detone la explosión necesaria para matarlo. Es la única forma de salvar a Clara. Es la única forma de ahorrarle al resto del mundo un destino como el de Leon. Si puedo acabar con Klaus antes de que otros innumerables agentes lancen sus propios ataques contra La Nueva República, podría ser capaz de desmantelar el sistema completo.

Pero no quiero que nadie sepa mi plan, porque no quiero que nadie intente detenerme.

—Es que... no estoy acostumbrada a trabajar con otras personas —logro decir—. Estoy acostumbrada a hacer las cosas por mi cuenta, y no sé si puedo confiar en tu equipo... —¿Puedes confiar en mí?

Esta pregunta me atraviesa el corazón, dejándome en silencio. James da un paso más hacia mí, con las manos relajadas a los costados. Sin pistola, sin precintos. Él es, en sí mismo, el arma más grande contra mis defensas. En su presencia, mis escudos se deforman, mi corazón se ralentiza, mis miedos se calman. En su presencia, mi cuerpo cede a su forma original: hielo derritiéndose bajo la luz del sol, regresando al mar.

—Rosabelle —dice él—. ¿Confías en mí? Miro hacia sus ojos, asombrándome a mí misma cuando digo, suavemente: —Sí.

Sus ojos se cierran brevemente mientras exhala, y lo veo tragar saliva mientras me mira, sus ojos oscureciéndose con una expresión que me deja sin aliento. Me siento débil y eufórica tan cerca de él, ligeramente intoxicada.

—Si confías en mí —susurra—, podemos arreglar esto juntos. Si confías en mí, todo es sencillo. —No es sencillo —digo, sacudiendo la cabeza—. Infiltrarse en el Arca no es fácil. Sus avances tecnológicos no tienen paralelo. Sus sistemas de vigilancia no se parecen a nada en la tierra... —Lo sé, Rosabelle, he estado allí. Es difícil, pero no es imposible...

—No —digo tajantemente—. No entiendes. Sé que crees que escapaste de la isla por tu cuenta, pero... —¡Oh, mierda! —grita James, agarrándome de repente, haciéndome girar lejos de la escalera. Inmoviliza mi cuerpo contra la pared, su espalda contra mi frente. Protegiéndome.

Todavía estoy tratando de entender qué está pasando, con el corazón martilleando, cuando sobre su hombro finalmente lo vislumbro... La familiar línea láser de un francotirador.

ROSABELLE

CAPÍTULO 40

—Sabes que tenemos cámaras aquí abajo, ¿verdad? —grita una voz que nunca he oído antes, resonando desde arriba de nosotros. —Puedes guardar la mira, Samuel —responde James—. Todo está bien.

Hay un momento de vacilación. —Has estado ahí abajo mucho tiempo, amigo. ¿Estás seguro de que estás bien? —Sí —dice él—. Vamos subiendo ahora mismo. —Genial —dice el tipo llamado Samuel—. Esperaré.

James suspira, luego se vuelve hacia mí, sus ojos recorriendo mi rostro en una inspección rápida y febril. —¿Estás bien? —pregunta en voz baja.

Dos palabras, como un tubo de plomo contra un panel de vidrio. Me gustaría acurrucarme dentro de su camisa y descansar. Quiero que me dejen en su bolsillo y me permitan dormir. Quiero estar cerca de él solo por estar cerca de él. El delirio me ha consumido.

—Estoy bien —digo.

Él desliza una mano alrededor de mi cintura como si fuera algo que hubiéramos hecho siempre, guiándome suavemente hacia adelante, delante de él, hacia la escalera. Luego me levanta en el aire como si nada, sosteniéndome hasta que encuentro apoyo en los peldaños. —¿Estás bien? —pregunta de nuevo. —Estoy bien —digo.

A medida que nos acercamos a la cima, veo el contorno vago de un hombre cerniéndose sobre nosotros, sus botas golpeando mientras camina por el rellano. Me observa de cerca mientras asciendo, con su rifle apuntando a mi cuerpo en todo momento.

Me impulso hacia arriba, profundamente consciente de que no llevo ropa interior mientras me suelto de manera poco elegante de

la escalera, con mis piernas desnudas rozando ligeramente el suelo de hormigón. Me pongo de pie y Samuel me agarra por el cuello, estampándome contra la pared tan fuerte que el dolor en mis costillas estalla de repente. Estrellas explotan detrás de mis ojos. Él me retuerce los brazos detrás de la espalda.

Escucho a James gritar: «¿Qué demonios estás haciendo?», y Samuel se ríe, confundido, como si la pregunta fuera un chiste, y para cuando James logra subir al rellano siento el deslizamiento frío del metal contra mis muñecas, el clic de los pernos encajando. Llevo un par de pesadas esposas que zumban con electricidad controlada y siento la estática en mis dientes, detrás de mis rodillas. Hay un sabor metálico en mi boca que aumenta por momentos, dándome náuseas.

Capto los rasgos básicos del rostro de Samuel mientras abre la pesada puerta de salida —piel morena, ojos café claro— y luego pierdo el equilibrio cuando me empuja hacia un pasillo cegador, con luces zumbando en el techo. Tropiezo hacia adelante, desequilibrada, y me sostengo contra una pared lisa y fría, mientras mi mente se nubla. Siento la lengua áspera. Corrientes eléctricas de bajo nivel recorren mi cuerpo, burbujeando bajo mi piel. Me impulso fuera de la pared, todavía luchando con mis pies cuando James corre detrás de nosotros diciendo: —Oye, vamos, eso no es necesario...

Samuel levanta una mano para frenarlo. —Hermano, ¿te sientes bien? —dice, y puedo notar el ceño fruncido en su voz. —¿Qué? Sí, estoy bien... solo digo que no tienes que tratarla así... —¿Así cómo? —Samuel se ríe de nuevo—. ¿Como a una criminal? ¿Como a alguien que literalmente destripó a un hombre esta noche?

Si James responde, apenas puedo oírlo. Me estoy hundiendo en mí misma de nuevo, retrocediendo hacia adentro, reconstruyendo los muros. Intento liberar mi mente de esta jaula eléctrica, pero la estática está dentro de mi nariz, luego crepitando en mi garganta, ardiendo detrás de mis ojos, cegándome y cegándome...

Un grito ahogado escapa de mí y pierdo el equilibrio otra vez, golpeando contra otra pared antes de caer de rodillas.

—¡Bájale la intensidad! —estalla James—. ¿No ves lo pequeña que es? Estás sobrecargando su cuerpo...

La electricidad se retira casi de inmediato, devolviéndome lentamente a mí misma. Me siento agotada de repente. Mis pulmones apretados, mi boca seca. Mis huesos temblando. Luego hay manos sobre mí, bajo mí, y estoy en el aire, mi mejilla contra su pecho, los párpados aleteando. Mi sangre está efervescente, carbonatada. Estoy tratando de despertar.

—¿Qué demonios te pasa? —está diciendo James enfadado—. La estabas torturando... —¡Ese era el ajuste por defecto! —responde Samuel—. La estoy tratando igual que a cualquier otra porquería que pasa por aquí. Tú eres el que claramente ha perdido la cabeza. Salí ahí para ayudarte... —No pedí tu ayuda —espeta James—. ¿Dónde demonios está Warner?

—Suéltala —dice una voz fría y familiar.

Mis ojos se abren ligeramente. El miedo me obliga a volver a mi propia piel, la adrenalina empujando a mi corazón a trabajar más duro. James me desliza con cuidado fuera de sus brazos, ayudándome a mantenerme en pie, pero no retira su mano de la parte baja de mi espalda. Miro hacia la luz brillante y cegadora, mis ojos lagrimeando un poco. Estamos en el borde de un espacio común, un cuadrilátero interior que ancla el edificio de varios pisos. Cuento los pisos, atónita por las dimensiones y las líneas blancas y limpias. Algunas personas circulan por cada nivel abierto, moviéndose de un lugar a otro.

—Aléjate de ella —dice Warner, entrando en mi campo de visión. Me mira a mí, no a James, cuando dice esto, y la furia en sus ojos verdes es tan fría —tan intensamente palpable— que empiezo a entender su reputación.

Este hombre fue criado por el Restablecimiento. Forjado en sangre. Igual que yo.

James no se mueve. —Necesito algo de tiempo —dice. Warner se vuelve hacia su hermano como una marea creciente, el movimiento es lento y poderoso. —¿Perdón? —Necesito más tiempo. Tengo que hablar con ella. —Tus días de hablar con ella han terminado. Lo que le ocurra a partir de ahora ya no es asunto tuyo. Ve a casa. —De qué estás hablando... —Ve a casa, James. —Mira, sé que ha sido una noche loca, pero hay algunos avances que necesito discutir contigo...

—¿Avances? —repite Warner, asombrado—. ¿En el tiempo que te tomó llevarla de una morgue a una penitenciaría? Déjame adivinar. —Warner me lanza una mirada tan negra que bordea el odio—. Se ha sincerado contigo. Ha mostrado remordimiento. Te ha dado la información justa para hacerte creer que eres especial sin decirte absolutamente nada.

—Basta —dice James enfadado—. No hagas esto. Todo el mundo por aquí cree que me tienen descifrado... —Pensé que ella te había dicho que sus padres estaban muertos.

Ante esto, me estremezco internamente, y James se pone rígido a mi lado. —Díselo —dice Warner, dirigiéndose a mí directamente por primera vez. Me sorprende lo difícil que es sostener su atención total. Hay un acero en él tan severo que resulta desorientador—. Dile la verdad. ¿Están tus padres muertos?

No tengo idea de si mi padre sigue vivo. Aun así, el hecho de que Warner haya logrado de alguna manera descubrir quién soy —que haya logrado desenterrar detalles desagradables de mi historia familiar— no me sorprende demasiado. Después de todo, mi padre abandonó a su familia para jurarle lealtad a él. A este hombre que tengo delante.

—Mi madre está muerta —digo—. Mi padre está muerto para mí.

Esto me gana algo parecido a una sonrisa. —Llévensela —dice Warner—. Díganle a Hugo que empezaremos por la mañana.

Me quedo quieta de repente. Warner me observa esperando una reacción, y solo entonces me doy cuenta de que he sido superada por una maniobra experta. **Hugo.**

No me resisto cuando unas manos rudas me arrastran, mi mente bullendo de pánico.

La vigilancia es seguridad, Rosa. Solo los criminales necesitan privacidad.

—¡Oye! ¡Espera!

Pero, papá, no quiero que extraños me miren todo el tiempo... eso suena horrible...

James da un paso hacia mí por instinto, retrocediendo solo cuando su hermano le pone una mano, con fuerza, en el hombro.

A veces no importa lo que queramos, Rosa. A veces no sabemos qué es lo mejor para nosotros. A veces un niño quiere tocar el fuego solo para sentirlo quemar. Si queremos proteger al niño, tenemos que enseñarle a obedecer.

No he visto a mi padre en diez años.

Hugo, cariño, ¿puedes pedirle a Rosa que venga aquí, por favor? No deja de arrancar los capullos de mis rosas...

Miro hacia atrás, hacia James, mientras me llevan, mis pensamientos desenrollándose en alarma. Sus ojos arden, encendidos de sentimiento, e intento aferrarme a esa imagen de él, grabando los detalles en mi memoria. Ni siquiera pienso en luchar mientras me empujan hacia adelante y luego me arrastran al doblar

una esquina. Este no es momento para la acción. Hay días oscuros por delante. Largas noches esperándome. Necesito un lugar donde descansar la cabeza, un lugar donde ordenar mis pensamientos, un lugar donde trazar mis planes.

La prisión servirá perfectamente.

Thahereh Mafi nació en 1987, en Connecticut, Estados Unidos.

Es la menor de cuatro hermanos. Se graduó en una universidad pequeña de artes liberales a dos millas de la costa de Laguna Beach . Ha estudiado 8 idiomas diferentes, y pasó un verano en Barcelona, España, donde tuvo la oportunidad de estudiar la literatura española en su forma nativa.
Ha viajado por todo el mundo, pero actualmente vive en el Condado de Orange, California. Cuando no es posible encontrarla leyendo un libro, es que está leyendo envoltorios de caramelos, cupones y recibos viejos.